

DG
64

EL PANAL DEL CRISTIANO,

O SEA

LA MISA

HISTÓRICA, MÍSTICA Y LITÚRGICAMENTE CONSIDERADA,

COMPUESTO POR EL

DR. D. CALIXTO DE ANDRÉS TOMÉ,

CAMARERO SECRETO DE S. S.

Y DIGNIDAD DE ABAD DE SAN ILDEFONSO.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE SEGUNDO MARTINEZ.

Travesía de San Mateo: 12.

1880.



EL PANAL DEL CRISTIANO,

Ó SEA

LA MISA

HISTÓRICA, MÍSTICA Y LITÚRGICAMENTE CONSIDERADA,

COMPUESTO POR EL

DR. D. CALIXTO DE ANDRÉS TOMÉ,

CAMARERO SECRETO DE S. S.

Y DIGNIDAD DE ABAD DE SAN ILDEFONSO.

—
—
—
MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE SEGUNDO MARTINEZ,
Travesía de San Mateo, 12.

—
1880.



1206
DG
com
+ 434262
C. 72388078

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

SECRETARÍA DE CÁMARA
Y GOBIERNO
DEL
OBISPADO DE SEGOVIA.

Á la exposicion presentada por V. S. pidiendo licencia para imprimir una obra titulada *EL PANAL DEL CRISTIANO*, S.^oS.^o el Sr. Gobernador Eclesiástico, ha tenido á bien dictar el decreto siguiente:

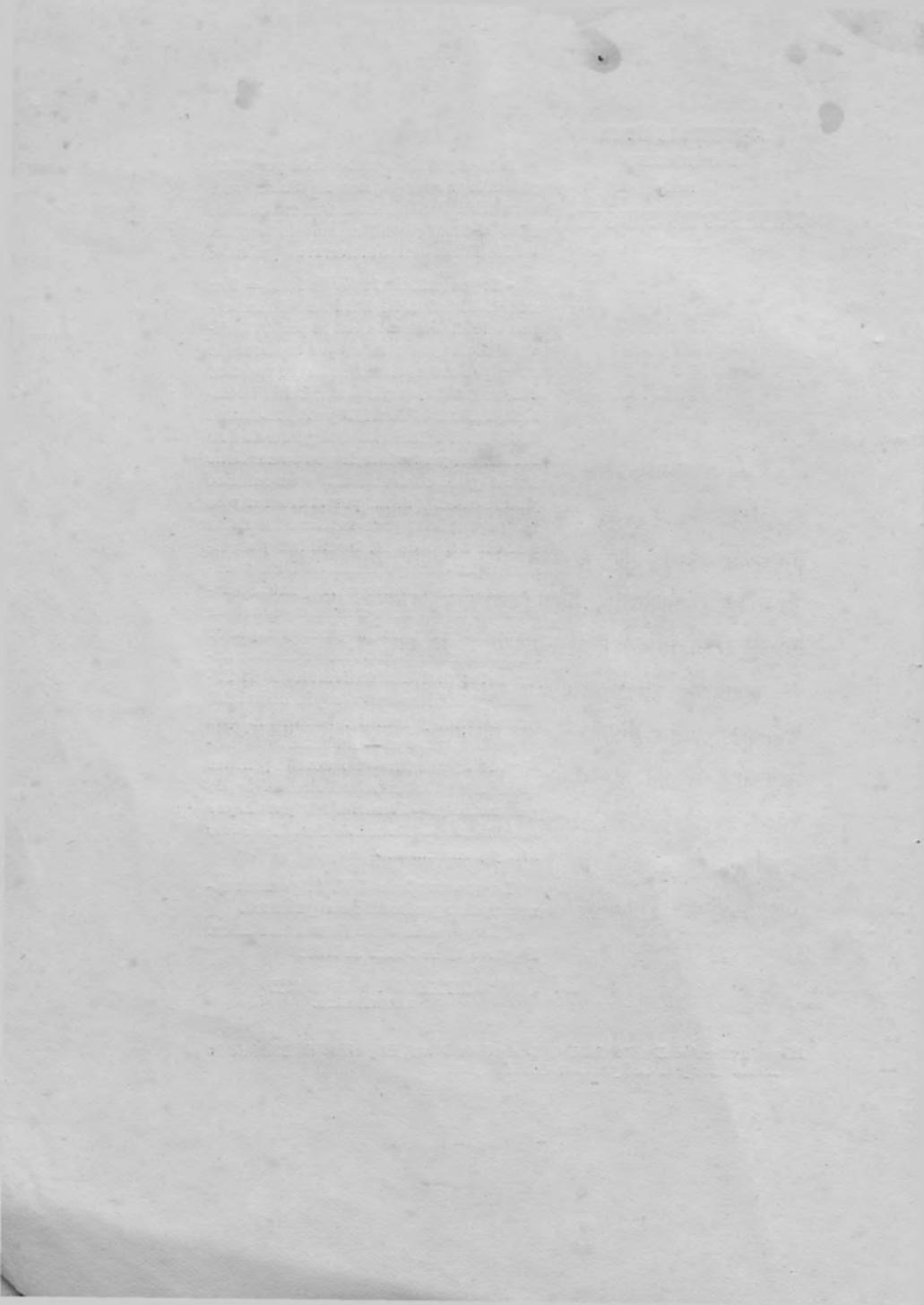
« Segovia 10 de Junio de 1880. = Por cuanto de órden Nuestra ha sido examinada detenidamente, en la parte relativa al fondo y doctrinas que encierra, la obra que con el título de *EL PANAL DEL CRISTIANO* ha escrito el Sr. Dr. D. Calixto de Andrés Tomé, Dignidad de Abad de la Real é Insigne Colegiata de San Ildefonso, y resultando que no contiene cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral, ántes por el contrario es muy apropósito para excitar á los fieles á hacer actos de fe, humildad y sumision á la Omnipotencia de Dios y encenderles en el amor al Augusto Sacrificio de la Misa, venimos en conceder Nuestra autorizacion para que pueda imprimirse, si bien deberá su Autor dejar ántes en Nuestra Secretaria de Cámara y Gobierno una copia literal del manuscrito, y remitir, terminada que fuere la impresion de la obra, un ejemplar de la misma. = Lo acordó y firma S. S.^o el Sr. Gobernador Eclesiástico, de que certifico. = *Licenciado Miguel Lopez de Mendoza.* = *Licenciado José Cardenoso Monge, secretario.* »

Lo que traslado á V. S. para su conocimiento y efectos consiguientes.

Dios guarde á V. S. muchos años.
Segovia 14 de Junio de 1880.

LICENCIADO JOSÉ CARDEÑOS) MONGE,
SECRETARIO.

Muy Ilustre Sr. Dr. D. Calixto de Andrés Tomé, Dignidad de Abad de la Real é Insigne Colegiata de San Ildefonso.



DEDICATORIA.

A la Srma. Ira. Princesa de Asturias.

SEÑORA:

Los piadosos sentimientos que abriga el magnánimo corazón de V. A. me han impulsado á dedicaros la presente obra, que acerca del Santo Sacrificio de la Misa he compuesto. Bien conozco, Señora, que este pequeño trabajo no corresponde á lo que V. A. se merece, atendida vuestra clara inteligencia y superior ilustracion; pero dignaos, al ménos, aceptarle como una muestra de mi profundo y vivo reconocimiento á los favores recibidos de vuestra generosa bondad, así como tambien en prueba de respetuosa consideracion á vuestra Augusta Persona.

A. L. R. P. DE V. A. S. S. Y C.

El Abad de San Ildefonso.

lidad al frio corazon el fuego del amoroso deseo, y le dispusiera á venerar y respetar y áun amar con ardiente fervor la verdad de aquel, único que da la vida, como procedente del que es camino, verdad y vida verdadera, Nuestro Señor y Redentor Jesucristo.

Hé aquí por qué, sin que sea nuestro ánimo rebajar en lo mas mínimo el mérito de los antiguos devocionarios, ántes bien confesando que nunca llegarán nuestras reflexiones al afectuoso sentido y patética expresion de las de aquellos, hemos determinado componer un nuevo libro de Misa, libro en el que, como en rico panal, halla el cristiano dulcísima miel por entre los adornos de blanquísima cera, libro que procura encubrir sustanciosa miga bajo la variada y suave corteza de poéticas descripciones y vivísimas figuras, libro, en fin, que presenta á los curiosos lectores la belleza de nuestra Sacrosanta Religion en su parte más esencial, en lo que pudiéramos llamar el corazon del Catolicismo, en el Augusto Sacrificio de la Misa, que, cual foco de luz gratisima, trasmite brillantes resplandores por los graciosos cristales de solemnes y significativas ceremonias.

Célebre Autor, de preclaro ingénio y rica imagi-

nacion, á raiz de nocivo trastorno, ideó y trazó, en bellissimo escrito, una exposicion razonada y poética de la Religion Cristiana, consiguiendo con su ímprobo trabajo que atribulados compatriotas volvieran sus llorosos ojos á una Religion tan bella, tan tierna, tan amante, que es nuestro sosten y alivio en esta miserable vida, y en ella, en sus creencias, en sus prácticas, en sus consejos, en su regazo, hallaran el apetecido descanso, la tranquilidad perdida, la paz deseada, la posible felicidad del presente y una prenda y fundada esperanza de la eterna en el porvenir.

Séanos permitido tambien, aunque no haya sido tan terrible la perturbacion de ideas en nuestra Pátria, despues de lo que en época no lejana hemos presenciado con indefinible angustia, puesto que todavía subsiste aterrador el soplo helado de mortífera indiferencia, ofrecer este insignificante y debilísimo esfuerzo de nuestra pobre inteligencia, dirigido á hacer amable el Sagrado Misterio de nuestros altares, para que asistiendo á él devotos, meditándole atentos y procurando su propagacion por todo el orbe, alcancemos el remedio á nuestras necesidades, y que regadas nuestras almas con raudales purísimos de Sangre Divina, se limpien de la

inmundicia del pecado y florezcan con las purpúreas rosas y blancas azucenas de preciosas virtudes.

Con este fin hemos desarrollado en la primera parte de esta obra, á grandes rasgos en verdad, pero con abundancia de datos, la historia de la Misa, que arranca, en figura, desde el Paraíso, y despues de recorrer, envuelta en simbólicos ritos, la ley antigua, aparece majestuosa en el Cenáculo para no terminar su curso sino con la consumacion de los siglos. En esta parte, no nos hemos concretado al acto transeunte del Sacrificio, sino que tambien abarcamos todo el conjunto y hablamos del ministro y de la materia y del Sacramento, que es el fruto, y del precepto y de su valor, deteniendonos, sobre todo, en probar con hechos prodigiosos las incalculables ventajas que se pueden reportar de obra tan santa y meritoria.

La segunda parte, que es toda mística, abraza los modos de oír con atencion la santa Misa, señalando uno para cada dia de la semana, á fin de que nuestra imaginacion, voluble siempre y propensa á disgustarse y distraerse, halle un áncora firmísima que la fije en el inmenso mar de encontrados pensamientos que la hacen fluctuar, zozobrar y á

veces anegarse en insondable abismo de penosa tristeza y melancólica desconfianza. Y los inimitables salmos de David, el magnífico panorama de la vida del Salvador, la viva y patética exposicion de las ceremonias todas de la Misa, el grandioso cuadro de la vida de nuestra amantísima madre María, la circunstanciada y bien desarrollada manera de hacer la Comunión espiritual, la utilísima devoción en obsequio de las benditas almas del Purgatorio y la concurrencia de las tres Edades del mundo con sus cánticos y voces y deseos á tan augusto Acto; hé aquí el objeto de la imaginación en los siete días de la semana, sin perjuicio, se entiende, de que podamos usar y repetir y continuar el que más nos plazca y do más jugo halle nuestro conmovido corazón. Nos hemos permitido en esta parte anteponer una brevísima consideración sobre la abundancia de ideas cristianas y reflexiones piadosas que brotan del riquísimo depósito de la santa Misa, para preparar el ánimo, así como también concluimos con una preciosa oración que recoge y esprime, por decirlo así, la esencia de lo que hemos meditado y resuelto en aquel rato, para que conservemos durante todo el día el grato calor de aquellos amorosos sentimientos, pudiendo hacer ambas cosas todos

los días, cual graciosos anillos empiezan y cierran los brillantes eslabones de rica cadena.

En la tercera y última parte nos hemos propuesto tejer un brevísimo elogio de las diversas clases de Misas, que con variedad de accidentales ceremonias brillan en el cielo litúrgico, sirviendo como de gracioso pabellon á tan interesante misterio. La Misa rezada, siempre en uso; la cantada, amenizada con armoniosos sonidos y aromático incienso; la gravemente majestuosa, en medio de su melancólica tristeza, de *requiem*; las de las mil festividades solemnes del año; la que se celebra con el Santísimo Sacramento expuesto; todas, todas se describen con sus propios caracteres, probando patentemente la Divinidad de una Religion que hace hablar los broncees y los bosques y las piedras, y hasta á la muerte presta animacion y vida. Concluye esta parte con una ligera exposicion de la manera de recibir con fruto los Santos Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, toda vez que regularmente suelen los fieles hacer esto junto con la Misa.

Hé aquí, en pocas palabras, la sinópsis de la presente obra, que lanzamos, cual pequeña gota, en el mar del mundo literario, sin pretension de nin-

guna especie, ni censura de otras mejor y más concienzudamente escritas, y sólo con el deseo de aficionar á los cristianos á la asistencia devota al Augusto Sacrificio de la Misa.

Nos declaramos culpables de todo lo malo que en ella se encuentre, atribuimos gustosos á nuestro Señor las buenas ideas que en ella se contengan, sujetamos rendidos, y todo sin excepcion, al superior juicio de nuestra santa madre la Iglesia, y consignamos, por fin, el deseo de que otros, con mejores plumas y más profundo talento, traten, cual corresponde, asunto de tanta trascendencia.

El Autor.

ÍNDICE DE LA OBRA.

DEDICATORIA.—PRÓLOGO.—ÍNDICE.—PRIMERA PARTE, HISTÓRICA.—CAPÍTULO PRIMERO: Los sacrificios antiguos.—CAP. II: El Sacrificio Eucarístico.—CAP. III: La Misa á través de los siglos.—CAPÍTULO IV: Excelencia del sacrificio de la Misa.—CAP. V: Sucesos prodigiosos.—CAP. VI: Continuacion del precedente. Misas de San Gregorio.—CAP. VII: Continuacion del precedente. Bienes de fortuna.—CAP. VIII: Ministro oferente.—CAP. IX: La oblacion.—CAP. X: Lo que queda despues de la Misa, ó sea el Sacramento.—CAP. XI: Sucesos prodigiosos. Bondad, poder y justicia de Dios, manifestados por el Sacramento de amor.—CAP. XII: Precepto de oír Misa.—SEGUNDA PARTE, MÍSTICA.—CAPÍTULO PRIMERO: Introduccion.—Primer modo de oír Misa. Salmos de David.—CAP. II: Modo segundo. La vida de Jesús.—CAP. III. Tercer modo. La Misa parafraseada.—CAP. IV: Modo cuarto. La vida de la Virgen.—CAP. V: Modo quinto. La Comunión espiritual, ó sea union de afectos con Jesús.—CAP. VI: Sexto modo. La devocion á las ánimas del Purgatorio.—CAP. VII: Modo sétimo. Todo para el Cristo, que es la Víctima del sacrificio.—Oracion para conclusion de esta segunda parte.—TERCERA PARTE, ELOGIO LITÚRGICO.—CAPÍTULO PRIMERO: La Misa rezada.—CAP. II: La Misa solemne.—CAP. III: La Misa de *requiem*.—CAP. IV: Las Misas de las diversas fiestas del año.—CAP. V: La Misa con el Santísimo Sacramento expuesto.—CAP. VI: Breves reflexiones sobre la Confesion y Comunión.



PARTE PRIMERA.

HISTÓRICA.

CAPÍTULO PRIMERO.

LOS SACRIFICIOS ANTIGUOS.

FELICES eran nuestros primeros Padres en el deliciosísimo lugar donde un Dios clemente y misericordioso los habia colocado.

La hermosura del azulado firmamento do un sol brillante y claro resplandecia ir-

radiando la tierra que hollaban sus plantas: frondosas alamedas de árboles de todas clases, que ya convidaban con sus delicados frutos, ya prestaban benéfica sombra con el áspero follaje que cubria sus ramas, ya, en fin, servian de albergue á multitud de pintadas y canoras avecillas: caudalosos rios que surgiendo de céntrico y perenne manantial, recorrían por los cuatro costados el bellísimo espacio del terrenal Paraíso, para llevar sus cristalinas y límpidas aguas, ora con impetuosa corriente, ora con plácido murmullo, unas veces recta, otras oblicuamente y por entre tortuosos caminos, á las tierras circunvecinas: pradera de finísima yerba entremezclada de gratisimas florecillas, cuyas odoríferas emanaciones llenaban el ambiente de balsámico aroma: y los animales, áun los mas feroces, sujetos al imperio del hombre, y la naturaleza brindándole con todos sus dones, y exento

de dolor, de congoja, de afliccion, y dueño de aquel suntuosísimo edificio levantado para su recreo , y...

Pero tuvieron la desgracia de pecar, rebelándose contra el Supremo Hacedor; se dejaron fascinar por el satánico espíritu, que perturbara el cielo con su grito sedicioso y soberbio; repitieron el *non serviam*, y á esta voz retembló el Universo y la naturaleza toda sintió un trastorno horrible, perjudicial, de suma trascendencia.

Vaporosas nubes surgen de los profundos valles y oscurecen el clarísimo resplandor del sol, produciendo espantosas y destructoras tempestades: caen las hojas y los frutos y las ramas á impulsos del encendido rayo y del impetuoso huracan, ofreciendo en los desmochados árboles la imágen tristísima de la muerte: las aguas pierden su dulcísima frescura, y entumesciendo sus movibles olas llevan por doquiera

ra con sus inundaciones la desolacion y la ruina: espinosas yerbas brotan en vez de las doradas espigas y por todas partes la aridez reemplaza á la bienhechora abundancia: la paz, aquella envidiable paz que el hombre disfrutaba, ha concluido y sobre su cabeza ve un cielo enojado, á su piés el pavimento vacila, en torno suyo oye rugidos de iracunda agresion y hasta dentro de sí mismo siente un desórden en sus pasiones, en sus deseos, en sus movimientos, que le horroriza y aflige en extremo.

No es extraño, ha declarado la guerra á su Criador y el Omnipotente ha permitido que todo el Universo se la declare á él.

¡Qué desgracia! Dios comunicaba con el hombre y el hombre con Dios, cual pudieran hacerlo dos íntimos amigos. Juntos conversaban bajo las ramas de los árboles del Eden al suavísimo sonido que un aura

gratisima producia sobre los destinos de la humanidad. Hubiera sido felicísima la mansion del hombre en la tierra y tras de una vida exenta de padecer habria venido la dichosa eternidad en el Empíreo. Pero el pecado rompió las relaciones entre el Criador y la criatura y ya ésta, manchada su frente con el estigma del crimen, no podia levantar sus ojos á contemplar la purísima faz de su Dios y Señor; el pecado infirió una ofensa infinita á la Majestad del Dios tres veces santo y colocó una valla, insuperable á toda fuerza humana, entre el ofendido y el ofensor; el pecado, en una palabra, cerró las puertas del Paraíso con la querúbica espada de un espíritu justiciero y lanzó hácia los negros torbellinos del abismo, do se revuelve torturado Satán, al que tuvo la osadía de hacerse cómplice suyo en el rebelde grito.

¡Qué desgracia, repito, qué desgracia!

Sin embargo, brilló un rayo de esperanza. El Señor se compadeció de su hechura y prometió al Redentor que le rehabilitara. El hombre, iluminado por el Altísimo, conoció su culpa y empezó una carrera de penitencia y satisfaccion. Era víctima condenada á muerte; pero halló su sustitucion en los sacrificios de los animales. Y, mientras llegaba el momento de que expiara nuestros delitos una Víctima Augusta, humearon en los rústicos altares primero, y bajo las pieles del tabernáculo despues, y luego en el augusto recinto del grandioso templo Salomónico-Zorobabélico, los palpitantes restos del tímido corderillo, de la dulce paloma y de la melancólica tortolilla. Reo de sangre fuera el hombre culpable y sangre daba sobre las piedras consagradas al Dios vivo. Cierto que habia ofrendas que provenian del agradecimiento que debe todo ánimo racional

al bienhechor de quien recibe lo necesario para su sustento y vestido, explicándose así los sacrificios de los frutos de la tierra; pero no ménos cierto que el cruento de los animales, donde concurrían la muerte de la víctima y el derramamiento de sangre, no podían provenir sino de la idea íntimamente impresa en el ánimo del hombre de una culpa primitiva y de la necesidad de repararla, mediante la sustitucion de la víctima y reversibilidad de los méritos.

Cierto que extraviado el corazón por la ofuscada inteligencia, llegó hasta inmolar víctimas humanas sobre los altares, como los libros santos, los historiadores profanos y los relatos de los misioneros nos lo prueban; pero no ménos cierto que estas aberraciones, así como los débiles rayos que atraviesan las compactas masas de negras nubes nos indican la existencia del sol que vibra con fuerza detrás de aquel áspero

conjunto y enrareciéndole concluye por iluminar todo el contorno, del mismo modo ellas nos demuestran la existencia de la verdad del sacrificio, centro de toda religion, de donde parten las diferentes ceremonias que le hermocean, verdad y realidad que la Religion Católica, con su dulce influencia, va afirmando á la par que disipa funestísimos errores y destierra esas trístísimas escenas, en que la sangre de infelices cautivos, inocentes doncellas y tiernos niños se mezclaba con las histéricas carcajadas de pueblos ébrios de placeres y locos deseos.

Cierto, por fin, que los sacrificios indicados eran en sí vanos y desnudos, porque su fuerza, su mérito, su valor y eficacia dependian de la Víctima Augusta, prometida en el Paraíso, y que sólo era capaz de reanudar las relaciones entre el Omnipotente y Eterno, á quien se habia hecho la ofensa,

y el vilísimo gusano del hombre, que había sido el ofensor, llenando el horroroso vacío originado por la primitiva culpa, mediante los puntos de contacto que por su Divinidad tenía con el cielo y por su Humanidad con la tierra; pero no ménos cierto que ellos suplían, mediante la promesa divina y la fe exigida al hombre, la falta de la principal Víctima, y, símbolos más ó ménos expresivos de Ella, á la vez que ponían ante los ojos del mortal la enorme deuda contraída, produciendo en su corazón los más vivos sentimientos de dolor y de amor, de agradecimiento y de esperanza, de temor y de sumisión, le iban preparando, y como llevando por la mano, á la realización de la obra maestra de la Omnipotencia, de la Redención del género humano, mediante el drama del Gólgota y su continuación en la Santa Misa.

Y el místico sacrificio del pacífico Rey de

Salém, cuando al victorioso Abraham presentó el pan y el vino, él, Sacerdote del Eterno, él, hombre sin padre, sin madre, sin genealogía, él, tipo expresivo del Pontífice de los Pontífices, Jesucristo; y el tierno espectáculo que ofrece el monte Moria en la patética escena del sacrificio de Isaac, donde el anciano Jefe de los creyentes se dispone, sumiso á las órdenes del Cielo y lleno de fe, á inmolar á su hijo único, al inocente Isaac, á quien ama entrañablemente como padre amante, escena que termina con la celeste aparicion que se interpone entre la fatal cuchilla y la desnuda cerviz, indicando con ademán gracioso la víctima de sustitucion, esto es, el blanquísimo corderillo que yace enredado entre las punzadoras espinas de silvestre zarza; y el Sacrificio Pascual que, en memoria de la prodigiosa libertad de todo un pueblo del ominoso yugo de abominables y

despóticos tiranos, se celebraba todos los años con simbólicos ritos, atrayendo en torno de la tímida víctima los miembros de las respectivas familias, para que de su conjunto surgiera una oblacion gratísima al Supremo Señor, que pusiera á disposicion de su pueblo escogido las tronadoras nubes, los insondables senos de espumosa mar, el inflamado etéreo elemento, los insufribles cínifes y las criaturas todas de quienes es Dueño y Criador; y la cotidiana ofrenda de la purísima harina rociada con riquísimo vino, que brillaba por momentos en las preciosas mesas del incorruptible setim embutido de oro, para subir hasta el cielo entre las ondulantes columnas del oloroso incienso en suavísimo perfume; y la mesa, de que habla el Sábio, colocada entre las primorosas columnas del suntuoso edificio y llena de suculentas viandas de escogidas víctimas, sobre las que se destilara pu-

rísimo vino; y..... pero pasemos de la figura á la realidad, de la sombra y símbolo á la verdad, de la Ley Antigua á la Ley Nueva.



CAPÍTULO II.

EL SACRIFICIO EUCARÍSTICO.



A LOS sombríos celajes que ocultaban al sol de la verdad empezaran á entreabrirse: ya los amorosos acentos y anhelantes suspiros de múltiples generaciones, en las que brillaron la púrpura régia, la toga del sábio, el báculo del Patriarca y la vara del juez, iban á ser correspondidos: ya la unánime voz de todo el Universo hastiado de sangrientos sacrificios publicaba solemnemente que la Divinidad exigia otra víctima.

Un Profeta Israelítico, de agraciado rostro, modesto en sus modales, vehemente en su decir, de corazón celoso por el bien de su Pátria, continuador de la obra iniciada por el inspirado Autor de los Salmos y por el suavísimo Isaías, el célebre Malaquías, este ángel en carne humana, dirige su mirada escrutadora, cual águila encaramada en la saliente punta de altísima roca, y leyendo en lo pasado y abarcando lo presente y rasgando el todavía no replegado velo del porvenir, exclama y dice: «Ya no aceptaré vuestras ofrendas, hijos de Judá, ya no está mi corazón con vosotros; en su lugar se me prepara, se me ofrece, se me presenta una ofrenda purísima, no en un punto sólo, no en una provincia, no en un reino, sino en toda la tierra, de un polo á otro, desde el Oriente al Occidente, porque mi Nombre es grande en las naciones.» Esto dijo, esto consignó, esto grabó en su

profecía el Vidente enseñado, inspirado, movido del que todo lo vé, todo lo dispone, todo lo sabe. Y ¿no vemos aquí claramente indicada la abolición de los Antiguos Sacrificios y la sustitución de Uno Nuevo, purísimo, universal, santísimo y que había de formar las delicias de Jehová, mucho mejor que la humeante sangre de los becerros y cabritos?

Pasan los siglos; sucédense las generaciones; la feroz leona de los Caldeos ha sido reemplazada por el terrible oso de los Medos y éste por el ligero y sanguinario leopardo de los Persas; ciérnense las águilas Romanas sobre la ingrata Jerusalen; no está ya el cetro de Judá en manos de los Israelitas; un Extranjero ocupa el trono de los Davides y Salomones.

En aquellos tiempos, un Hombre prodigioso, que conmoviera al nacer el Universo todo, convocando cabe su pobrísima cuna

al angélico espíritu con el sencillo aldeano y el opulento monarca, que se eclipsara luego, cual astro luminoso entre opacas nubes, bajo la silenciosa morada de la pequeña Nazaret, para despues despedir radiosos resplandores, que apareciera, en fin, difundiendo celestial doctrina con las dulcísimas palabras que destilan sus lábios, obrando inauditos prodigios, en mar y tierra, por valles y montañas, pública y privadamente, en favor de la humanidad doliente, se hallaba rodeado de amantes discípulos, de latentes enemigos, de turbas de infelices ávidos de ciencia y de salud, cerca del lago de Genesaret tan célebre por sus frescas y cristalinas aguas, por su abundantísima pesca, por el movimiento continuo de mil ligeras navecillas que le surcaban en todas direcciones, por las colinas que lo cercaban con sus olivares y viñedos y por las populosas ciudades que se desta-

caban en sus llanos y fomentaban mútuo comercio.

Y hablaba á sus oyentes extasiados de un pan de vida que no habian recibido hasta entónces y que él les ofrecia dar generoso y amante. «No como vuestros Padres, les decia, que comieron el maná y murieron; el que comerá de este pan que os prometo, éste vivirá eternamente. Mi carne es comida, mi sangre es bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre, en mí está y yo en él.» Duro les parecia este lenguaje, no podian concebir este comer la carne y beber la sangre de su Maestro, horror les causaba el sólo pensamiento de ello; pero el Señor, léjos de rectificarlo, léjos de amenguar la fuerza de las expresiones, léjos de explicarlo, les repite y les asegura y exclama con juramento. «En verdad, en verdad os digo, si no comiéreis la carne del Hijo del hombre y bebiéreis su sangre, no

tendreis vida en vosotros.» ¿No hay aquí una promesa clara, explícita, terminante, de la comida eucarística? ¿No está predicho en estas hermosas palabras el Sacrificio de la Nueva Ley? ¿No vemos ya sustituido el alimento del cuerpo de Jesús al maná del desierto, y á los sangrientos Sacrificios Moisésicos el incruento de la Misa?

Poco tardó, en verdad, á realizarse dicha promesa. El que nos diera suavísimos preceptos, el que nos consagrara días y noches con incesante afán, el que deramara gotas de copioso y benéfico sudor, el que orara, predicara y se fatigara en favor de sus criaturas, tenia aún que hacernos un legado más precioso, más inestimable, de infinito valor. Bien pueden registrarse los anales, bien pueden revolverse las crónicas, bien pueden verse los archivos de la humanidad entera; no se encontrará, no, un don cual el que nos dejó,

nos regaló, nos dió nuestro buen Jesús.

Era la noche de la cena; era la noche más célebre que han visto los siglos; era la noche de los grandes misterios; noche memorable, noche de suma trascendencia, noche que debe grabarse con indelebles caracteres en el corazón de los fieles.

La luna, entrevelada por ligeras gasas, despedía rayos de pálida y gratísima luz: dormían las parlerasavecillas suspendidas de las flexibles ramas, sin que los movimientos que causaba en éstas la fresca brisa les hiciera mal alguno: sentíase á lo léjos el sordo murmullo de las aguas del torrente, que saltando de guijarro en guijarro, se deslizaban rápidas y bullidoras: reinaba el más profundo silencio en las calles y plazas de Jerusalem, porque sus familias estaban reunidas para celebrar la Pascua.

En una sala espaciosa, iluminada por

la clara luz de sencilla lámpara, y rodeando modesta mesa, se veían sentadas trece personas, unas más, otras ménos jóvenes, pero de grave aspecto.

Eran Jesús y los Apóstoles, el Maestro y los Discípulos, el Padre y los Hijos, el Señor y los Siervos, que, en cumplimiento de la ley, habían inmolado y comido el Cordero figurativo.

Los ojos de todos se hallaban fijos en el Salvador, dentro de cuyo pecho tenía lugar una lucha terrible, angustiosa, indefinible.

Su misión iba á terminar; pero no se resolvía á dejar un lugar regado con sus lágrimas: Dios le llamaba á su lado, los hombres no querían que partiese: la obediencia de Hijo le impelia hácia el cielo, la caridad y amor de Padre le detenía en la tierra: no temía morir para reinar entre los ángeles, sin embargo, quería vivir con los hombres.

En esta angustia, su Omnipotente Sabiduría dispone un medio, por el que parte y se queda, sube y no nos abandona, mora en el cielo y no dejará la tierra. Toma el pan en sus sacratísimas manos, le bendice, consagra y distribuye á sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed, este es mi Cuerpo.» Del mismo modo consagra el vino del cáliz y lo reparte, diciendo: «Tomad y bebed, esta es mi Sangre.» Y por un prodigio inaudito, á esta voz omnipotente se ponen presentes bajo las especies sacramentales su Cuerpo y su Sangre preciosísimos. Y aquel corazón que late en el pecho, late en las manos y se comunica á los Apóstoles y se reproducirá en nuestros altares hasta la consumacion de los siglos.

Sí, porque Jesucristo, que celebró el primero el incruento sacrificio de la Misa, Jesucristo, que muy luego le celebraria cruentamente en el ara de la Cruz á la faz

de un pueblo ébrio de orgulloso desden, Jesucristo, que fué entónces, como en la Cruz, Sacerdote y Víctima á la vez, Pontífice y Hostia, Jesucristo dió á San Pedro y los demás Apóstoles el poder de consagrar su Cuerpo y Sangre, la facultad de hacer el mismo Sacrificio, diciéndoles: «Haced esto en memoria mia.» Y no sólo esto, sino que considerando que eran mortales y, unos en pos de otros, habian de desaparecer de la tierra para recibir el premio de sus tareas apostólicas, les facultó tambien para que ordenaran Sacerdotes y les trasmitieran el poder de celebrar dicho Sacrificio. Más aún, les dió el poder extraordinario de consagrar Obispos en las diferentes partes del mundo, adonde los condujera su mision, quienes á su vez consagrarán Sacerdotes con la expresada facultad.

Hé aquí el Sacrificio de la Misa, cuya esencia es la consagracion de las especies

de pan y vino en Cuerpo y Sangre de Jesucristo; hé aquí el sol del culto católico, en cuyo derredor, como los planetas en torno del astro del día, giran, más ó menos cercanos, todos los actos litúrgicos; hé aquí el corazón de la Religión cristiana, de donde se esparce el movimiento y vida á todos los miembros.

A él tienden los amorosos suspiros de las almas que en el Purgatorio expian y esperan; á él se dirigen los obsequiosos tributos de adoracion de los verdaderos hijos de Dios, de aquellos que saben y reflexionan que han sido criados para conocer, servir y amar á su Criador; á él convergen los alegres cánticos de los espíritus angélicos que en armoniosos coros alaban al Dios de las alturas; á él se unen los respetuosos homenajes que la Purísima Virgen María tributó al Eterno Padre y á su Hijo Sacratísimo durante su vida y aún tributa en el

Cielo; aún las adoraciones de Jesús Hombre-Dios á Dios su Padre, tienen su objeto y término en este augusto y divinísimo Sacrificio.

Nada extraño que, así como las sombras se replegan y desvanecen á la aparición de la luz, del mismo modo los gentílicos sacrificios fueran cesando y disminuyeran, á medida que se fué propagando la benéfica religion que enseñaba y celebraba el Sacrificio instituido por el Salvador.

Salen los Apóstoles del Cenáculo, y si bien callan durante la sangrienta escena que se verificara en el Gólgota, entre la violenta conmocion de la naturaleza toda que lloraba la muerte de su Criador causada por el empedernido corazon del hombre, despues que su Maestro triunfara de la muerte y del infierno, y, bendecidos paternalmente sus hijos, subiera al Cielo, y, glorioso desde la diestra del Padre, les enviara

el Espíritu Santo, empezaron á celebrar el Sacrosanto Sacrificio, continuándolo sus sucesores y haciendo que los supersticiosos ritos del paganismo se escondieran en tortuosos subterráneos, ó en las intrincadas selvas del Druida, ó en las breñas de inaccesibles montañas, ó en las pagodas del indio, ó en la impenetrable maleza del salvaje.

Pero hagamos alto aquí á las reflexiones que nos sugiere la propagacion de tan venerando misterio, para describir en el siguiente capítulo la historia de la Misa á través de los siglos y en las diversas partes del globo.



CAPÍTULO III.

LA MISA Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS.

UANDO el alma contempla la celebracion del Sacrificio Eucarístico en la sucesion de los tiempos, y le ve siempre el mismo á pesar de la diversidad de lugares, de la oposicion de mil razas distintas y en medio de la variedad de ceremonias que le rodean como los rayos al foco de luz, no puede ménos de encontrar el cumplimiento de aquella profecía del Salvador, que compara su Iglesia al pequeño grano de mostaza, casi imperceptible en su

principio, débil planta despues, arbusto luego y al fin árbol frondoso, cuyas ramas cobijan infinidad de avejillas, prestando á la vez benéfica sombra al fatigado caminante.

El Sacrificio de la Misa ha sido y será siempre el mismo en sus partes esenciales, á saber: oblacion, consagracion y suncion; pero, ¿qué armoniosa variedad no se observa en cuanto al lugar, tiempo, lenguaje, número, modo y manera de celebrarle?

Los Apóstoles, no hay duda, verificaron los augustos Misterios en las casas particulares, que los primeros prosélitos les ofrecieron con aquella heróica generosidad de que nos hacen mencion los Hechos referidos por San Lucas.

Y ¿despues? Ya eran las cárceles, más ó ménos tenebrosas, donde invictos atletas se preparaban al martirio, sacrificando la Víctima Augusta, cuya gracia hace fuertes

á los débiles y alienta á los pusilánimes, y pidiendo al Dios, tres veces Santo, que recibian amantes en su encendido pecho por los mismos tiranos y verdugos que les quitaban la vida temporal: ya las lóbregas catacumbas, de múltiples pisos, estrechas y tortuosas calles, gastadas escaleras, abovedadas salas, llenas de cinerarios depósitos, vasos, monógramas, inscripciones, símbolos y objetos de culto, y en las que se elevaba la Hostia Sagrada entre las fervientes plegarias de almas justas, mientras que por defuera rugia pavorosa la tempestad, y el fiero leon, ó la sanguinaria pantera, desgarraba las entrañas del generoso Confesor de Cristo, y la humeante hoguera hacia crugir las tostadas carnes, destilando grasientas gotas sobre los leños medio quemados de la pira, y el agudo filo de criminal acero segaba inocentes cabezas de niños, doncellas y ancianos, y los gárfios y

las planchas y los espinosos látigos y mil y mil instrumentos satánicos hacian correr á torrentes la sangre cristiana, sangre que quizá llegara á veces á filtrarse por las arenas del pavimento y se mezclara con las lágrimas y suspiros de los que yacian ocultos en los sombríos cementerios: ya, en fin, dada la paz á la Iglesia por el Gran Constantino, subyugado su corazon pagano por el signo de nuestra redencion, lo fueron las suntuosas y magníficas Basílicas, erigidas sobre las subterráneas capillas, y en donde el arte competia con la riqueza y el gusto corria parejas con la decoracion y el oro, la plata, las piedras preciosas, deslumbraban con su brillo y probaban la divinidad de aquel Señor, que rompiera los tenebrosos velos donde se ocultara por tres siglos, para ostentar grandiosa pompa y sublime majestad, cual correspondia á dias de triunfo y de alegre manifestacion.

Las Iglesias, sí, llámense Oratorios por su objeto, Casas de Dios para designar á quien están consagradas, Templos por la Divinidad que en ellas habita, Basílicas por su grandiosidad, cual los palacios cesáreos destinados á juzgar las causas de los súbditos, Títulos por la memoria del Santo sobre cuyo sepulcro se erigian, ó cuyas reliquias se veneraban allí, Catedrales por la Silla Episcopal, Colegiales por el Cuerpo Eclesiástico allí congregado, Parroquiales por el Sacerdote encargado de la cura de almas; las Iglesias, sean de la forma que fueren, ya figurando graciosas naves, como para indicarnos que en ellas debemos surcar el azaroso piélago de este mundo, hasta que arribemos al puerto de salud, ya semejando simétricas cruces de iguales brazos, como en el Oriente, de desiguales, como en el Occidente, que nos indican una vida de abnegacion, de trabajo, de conti-

nua mortificación, vida que se ha de cambiar, mediante el ósculo amoroso del Señor enclavado en áspero madero, en aureola inmortal de gloria; las Iglesias, bien deslumbradas con su riqueza artística primorosamente expresada en sus calados arcos, en sus cinceladas columnas, en sus valientes bóvedas y en sus altísimas torres, que parecen desafiar al tiempo y á la eternidad, medio ocultas entre las nubes, á la vez que señalan al observador los vientos que corren con el rápido girar de sus agudas flechas, bien cautiven con su modesta sencillez, ostentando blanquísimas y desnudas paredes sombreadas de vez en cuando con algun místico emblema, ó con algun gracioso altar, ante el que penden caprichosas lámparas que con su oscilante lucecilla dejan entrever el rostro amable y grave de algun Santo; las Iglesias, que han reemplazado á las frias y desnudas Sinagogas y

á los voluptuosos y falaces templos paganos; las Iglesias, repito, son y serán los lugares donde se inmole por el Sacerdote católico la Hostia de propiciacion, ese Sacrosanto Sacrificio de la Misa.

Esto no obsta, sin embargo, para que en casos de necesidad, como misiones entre gentes idólatras, largas y peligrosas navegaciones, campamentos militares, numeroso gentío, persecuciones horribles, y otros, se permita, por la autoridad competente, celebrar la Misa en otros sitios y lugares que la Iglesia.

¡ Cuántas veces, durante la civilizacion de las hordas bárbaras del Norte, los umbrosos bosques de las Galias y de la Germania, dejando apenas paso por entre las espesas bóvedas de sus apiñados árboles á los rayos blanquecinos de un sol naciente, han sido testigos de la augusta ceremonia, viendo inclinados ante el Santísimo Sacra-

mento á forzudos guerreros, de rostro atezado, de formas hercúleas, de valiente corazón, que arrodillados sobre el finísimo césped, herian sus pechos al sonido de la pequeña campanilla, sonido que se iba á perder en el espacio, ahogado por el sordo murmullo de las verdes hojas agitadas dulcemente por ligera brisa!

¡Cuántas otras, una nave, empavesada y balanceándose suavemente sobre el inseguro elemento, servia de movable templo, donde, entre el ruido de las ondas y de los mástiles, mientras ejércitos de nadadores pececillos hendian rápidos las olas, ó peregrinas aves despedian al pasar algun sonoro cántico, se celebraba el Augusto Misterio, para que marinos mil y otros viajeros, desde su respectivas embarcaciones, que bien formaban inversas pirámides, bien pequeños semicírculos, cumplieran con el precepto, ó se encomendaran á su Dios y

Señor en la peligrosa travesía que llevaban!

¡Cuántas, también, elevada una meseta, gustosamente decorada, en medio de miles de aguerridos combatientes, un venerable Prelado, de encanecido cabello y rodeado de ministros revestidos con riquísimas ropas, ha consagrado y bendecido con la Hostia purísima á sus amados Hijos, que genuflexos, inclinadas las banderas, rendidas las brilladoras espadas y las temibles carabinas, sin otro ruido que el patético y sonoro eco de la marcha real, probaban ante el mundo entero la presencia en la Sagrada Eucaristía del Dios Omnipotente, á cuyo imperio todo está sujeto y de quien brota la vida y deriva la fuerza y parte el movimiento y el valor procede!

Y ¿qué diríamos, si describiéramos las Misas celebradas por caritativos misioneros en las mefíticas concavidades de las minas

del Nuevo Mundo, ó en los apestados baños de Constantinopla, para consolar á miserables operarios y cautivos, á trueque de aspirar envenenados miasmas que cortan el hilo de su existencia? ¿Qué, si nos trasladáramos á las ahumadas cabañas de los Lapones, ó entre las tribus de los Esquimales, que atraviesan en ligeros odres turbulentos mares, y cuyas almas, regadas con la sangre de un Dios, quiere la piedad católica salvar á toda costa? ¿Y si volvemos á nuestra Europa y quisiéramos decir algo de los aciagos dias de trastornadora revuelta, en que atribulados Pontífices y temblorosos Sacerdotes tienen que elegir retirados sitios y escondidas habitaciones donde celebrar la Pascua Santa con sus fieles hijos? ¿Y si, despues de pasado el comun peligro, contempláramos en tristísima pirámide, que oculta cenizas de indefensas víctimas, levantados altares donde se celebran infini-

dad de Misas por el eterno descanso de los que murieron en el Señor?

¡ Ah! Todo esto nos recuerda lo que el Salvador fatigado dijera, descansando junto al pozo de Sicar. « Vendrá tiempo en que no se adorará á Dios ni en este monte, ni en Jerusalem, sino en todo lugar. » No ya un punto dado, un monte, un templo, sino toda la tierra y el mismo mar servirán de altar al Dios vivo.

Ahora podríamos hablar del idioma en que se han celebrado los tremendos Misterios, que fué el hebreo ó siro caldaico, lengua que se hablaba en Palestina cuando predicaban los Apóstoles, el griego, que se usaba en la mayor parte de las provincias de Asia, y especialmente el latín, idioma del Lacio, de la Iglesia Occidental, de la Iglesia Romana y que es el único que ha quedado, fuera de los casos de dispensa de la Silla Pontificia para naciones recién

convertidas, y con justísima razon, porque es la lengua más adaptada á la majestuosa dignidad de tan augusto Sacrificio y al misterioso rito que le envuelve, evitando á la vez que con nociva variacion se alterase sustancialmente en algun tiempo. Tambien podríamos referir, que si bien en los primitivos tiempos no se celebraba el Santo Sacrificio más que los Domingos, dias que recuerda San Pablo, y luego, áun en tiempo de los mismos Apóstoles, el miércoles y viernes tambien, y más tarde el sábado, y en tiempo de San Agustin era muy varia la disciplina, pues en unas Iglesias se celebraba todos los dias, en otras los sábados y en otras los Domingos, al presente, en la Iglesia Latina, no hay dia en que no se ofrezca la Hostia purísima en olor de suavidad, á excepcion del Viernes Santo, y en la Iglesia Griega lo mismo, á excepcion de las ferias de la Cuaresma, dias en que

se celebra el Santo Sacrificio con la Hostia Consagrada en el dia anterior y se llama Misa de Presantificados. Últimamente podríamos extendernos sobre el número de Misas que cada dia se decian, al principio varía, segun las festividades que concurrían en un mismo dia, despues en el siglo XI no mas de tres y luego, para evitar las sospechas de avaricia y las murmuraciones á que esto daba lugar, una solamente, excepto en el dia de Navidad en que se pueden decir tres, para España y Portugal el dia de Finados en que tambien se pueden celebrar tres y para aquellos Párrocos que tienen dos pueblos, ó uno muy numeroso, que no quepa cómodamente en el Templo, los cuales pueden celebrar dos veces, guardando las debidas prescripciones; y sobre la hora de celebrar, de noche en los tiempos inmediatos á nuestro Salvador, ya para seguir el santísimo ejem-

plo de tan amantísimo Padre, ya para ocultar á las activas pesquisas de celosos y encarnizados enemigos, en aquellos dias de luto y sangrienta persecucion, el misterio que con razon se llama y es el corazon de la Religion cristiana, y despues que brilló la paz y la Esposa de Jesucristo lució sus más hermosas galas y practicó sus humanitarias obras á la faz del mundo admirado y convertido, durante el dia, á partir de la aurora hasta el momento en que el sol divide la mañana de la tarde, fuera de las Misas de Vigilias en los antiguos siglos y ahora la de la media noche de Navidad que indica el nacimiento, mejor dicho, la eterna generacion del Verbo del Padre; y... pero conviene que pasemos esto por alto y concluyamos el presente capítulo con la relacion que un Autor contemporáneo, de gran nota, nos da de la manera con que se celebraba el Santo Sacrificio en los prime-

ros siglos de la Iglesia, advirtiendo ántes que , además de la Misa solemne que describe, habia Misas privadas, como él mismo confiesa , y que siempre, desde tiempos apostólicos, en una y otra han precedido á las palabras de la Consagracion oraciones preparatorias, que disponen las almas á la venida del gran Rey, á cuya presencia todo el orbe, cielo, tierra, se postra y le adora, y las siguen otras que encienden los corazones en vivísimos deseos de recibir á tan amable Huesped y los mueven á darle rendidas gracias por tan insigne beneficio.

«En los primeros tiempos, así se expresa el citado Escritor , decia la Misa el Obispo acompañado de los Sacerdotes y Diáconos, de este modo. Principiaba con el saludo, *El Señor sea con vosotros* ; seguian despues las lecciones de la antigua Escritura en Oriente y de las Epístolas en Occidente; luego se cantaba un Salmo, al que sucedia

el Evangelio con la correspondiente Homilía del Prelado. Entónces se hacia salir de la Iglesia á los catecúmenos y á los penitentes, cubriase el altar con el mantel, y el Obispo y los Sacerdotes, colocados alrededor, se lavaban las manos, y los fieles se daban el ósculo de paz en Oriente y en la Galia, lo que en Italia y en África se hacia ántes de la Comunion. Los asistentes presentaban las oblaciones; se ponía ante el Obispo el pan y el cáliz; se rogaba por él, por el clero, por las personas reinantes, por la paz, por los vivos y los muertos; y se hacia conmemoracion de los mártires y de los bienhechores de la Iglesia. Despues del Prefacio se consagraba la Hostia con las palabras Sacramentales, y seguian la accion de gracias y las invocaciones. Partida la Hostia, se rezaba la oracion dominical, y despues el Obispo bendecia al pueblo. Alzábase el velo que cubria los Santos Miste-

rios, comulgaba el Obispo y despues el Diácono distribuía la Eucaristía, mientras el Obispo decia: *Este es el Cuerpo del Señor*. Dábanse gracias á Dios y el Obispo saludaba al pueblo, diciendo: *La paz sea con vosotros*; y el pueblo respondia: *Y con tu Espíritu*. Y mientras duraba el incruento Sacrificio, dos Diáconos, en los extremos del altar, ahuyentaban con abanicos de plumas los insectos, para que no molestaran ó pudieran caer dentro del Cáliz, costumbre que aún se observa en la Misa Papal.



CAPÍTULO IV.

EXCELENCIA DEL SACRIFICIO DE LA MISA.

MUY conveniente es, ántes de continuar la historia del Sacrificio Eucarístico, hablar algo de su valor y excelencia.

¡Ah! ¡Quién tuviera querúbrica inteligencia, para concebir dignas ideas sobre este punto! ¡Quién poseyera, despues, el sublime decir de un Isaías cuyos purificados lábios, al contacto de encendidas brasas, tan bien supieron expresarse, para de algun modo consignar por escrito lo conce-

bido! ¡Quién pudiera sondear las profundidades de tan alto y escondido misterio!

Pero diremos lo que podamos; aventuraremos algunas expresiones; y, ya que no dibujar claramente, al ménos sombrearemos el magnífico lienzo de la Misa.

Habia en la Antigua Ley varios sacrificios; latréuticos, con los que se reconocia el supremo dominio del Señor sobre todas las criaturas; eucarísticos, para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos; propiciatorios, para aplacar á un Padre justamente irritado, pidiéndole perdon por las ofensas cometidas; y, por último, impetratorios, para alcanzar por ellos algun favor á nuestros deudos, ó á nosotros mismos.

Pues bien, todos estos fines se reunen en el Santo Sacrificio de la Misa. Como latréutico, se da en él supremo honor al Altísimo Señor Dios de los Ejércitos y en orden á él tambien se da el correspondiente

á María Santísima, los Angeles y los Santos; como eucarístico, se rinden tributos de gracias al Omnipotente y benéfico Criador de cielos y tierra por los inmensos bienes que á manos llenas ha derramado, derrama y derramará sin cesar sobre sus criaturas en toda la extension del orbe; como propiciatorio, aplaca la justa cólera del Supremo Juez, que á no ver sobre los altares la augusta víctima de su Unigénito, ya habria destruido otra vez el mundo, á causa de los muchos y enormes crímenes que continuamente se están cometiendo; y como impetratorio, es medio eficacísimo para alcanzar toda clase de favores de alma y cuerpo, para propios y extraños, en lo presente y para el porvenir, á los que vivimos en este mundo y áun á los que moran en el otro.

Cual de inmenso depósito de límpidas aguas arrancan abundantes canales, que por conductos subterráneos derivan el líquido

elemento á graciosa fuente, de donde unos caños lo lanzan perpendicularmente hasta la altura del manantial, otros lo esparcen á derecha é izquierda y todos van á depositarlo en la tierra que lo absorbe, para de mil maneras y por caprichosas combinaciones trasmitirlo en aéreos vapores al punto de partida, del mismo modo la inmensa misericordia de un Dios clemente ha ideado un Sacrificio, en el que no sólo los méritos todos de su Hijo, sino que hasta su mismo Cuerpo, se ofrece, y esta ofrenda le agrada sobremanera y es la única que puede satisfacerle y además sirve de riquísimo acueducto de gracias para los fieles, y las que no se aprovechan quedan en el tesoro de la Iglesia, del que salen, en formas mil, para la salud espiritual de los fieles, ó tambien se aplican por la benignidad de Dios á quien y como le place.

¿Pues qué? ¿No es divino este Sacrificio

en su principio, toda vez que sólo un Dios Omnipotente puede dar á las palabras de la Consagracion la virtud de convertir el pan en el cuerpo de Jesucristo y el vino en su sangre, quedando, no obstante, los accidentes de olor, color y sabor del pan y del vino, ya para que los fieles ejerciten la fe, creyendo en un Dios invisible mediante un signo sensible, ya tambien para no causar horror á ojos carnales, si en la forma de niño tuvieran que comer la carne y beber la sangre? ¿No es tambien divino en su medio, puesto que es un Dios, el Señor de cuanto tiene ser, el Autor de cielos y tierra, el Rey de Reyes, Aquel á quien adoran los Angeles y ante cuya Presencia tiembla el orbe, Él que fulgura en el relámpago y asusta con el horrisono trueno y obra con el terrible rayo, cuyo Poder indican las ruidosas cataratas como el plácido correr de pequeño riachuelo, la brisa suave y bienhechora

como el furibundo destructor vendabal, la encendida abertura de humeante montaña como el ameno verde de florida pradera, el rugir espantoso del leon y el balar tristemente melancólico de tímido corderillo, la noche serena y el dia nebuloso, el cielo tachonado de rutilantes estrellas y la tierra cuajada de abundantes y doradas mieses, Él mismo que hizo brillar al sol para el mundo físico y de quien brota la luz revelada para el mundo moral, la Víctima que se pone presente en el altar sagrado místicamente inmolada con el cuchillo de la palabra sacerdotal? ¿No es, por último, divino en su fin, porque se ofrece al Eterno Padre, á Dios que es el único á quien pueden dirigirse y que merece víctimas de precio infinito, viniendo á ser el centro de todas las ceremonias de la Iglesia, el blanco de todos los suspiros de las almas verdaderamente fieles, el objeto de todas

las esperanzas, así como el Sacrificio de la Cruz era y fué el foco luminoso que desde la cúspide del Calvario irradiaba los dos hemisferios del antiguo y nuevo Testamento?

Hubo un día terrible, angustioso, de indecible penar: sobre un áspero madero incrustado en viva y agrietada peña acababa de espirar inocente Víctima: agitábase la tierra sacudida con violentas conmociones: enlutábanse los cielos palideciendo el majestuoso luminar del día: rasgábase tupido velo en el profanado Santuario: y reía el malvado entre el sollozante gemido del fiel y el tímido dolor de affigidísima Madre y queridos discípulos; mientras tanto, Sangre purísima corria abundante y regaba maldicienda tierra, á la vez que exhalaba gratisimo olor de suavidad, cuyas emanaciones, subiendo hasta el Empíreo, embriagaban de amor al Dios de las alturas.

Era el Sacrificio sangriento del Gólgota, necesario para la satisfaccion exigida por un Dios ofendido al hombre culpable. Y ¿no es el mismo el de la Misa? El mismo, como dice el Concilio de Trento, con sólo la diferencia en la manera de ofrecerse. Allí se ofreció con efusion de sangre, aquí sin ella; allí fué el mismo Jesucristo el que se inmoló por sí mismo, aquí es por ministerio del Sacerdote; allí... pero esto mismo ¿no parece exceder en ventajas al cruento Sacrificio de la Cruz?

¿Cuántas veces se ofreció en la Cruz? Una sola vez. Pues en la Misa se inmola todos los dias y se renueva en todas las horas y minutos del dia en toda la redondez de la tierra, pudiendo decirse que no hay momento, ni instante, en que no se presente á los ojos de Dios la Víctima Augusta de propiciacion. ¿En qué lugares se ofreció el de la Cruz? En Jerusalem sólo. Pues el

de la Misa se inmola en todos los puntos del orbe católico, sea esta la cumbre de nevado risco, ó el rincon mas escondido de profundo valle; en la débil barquilla, como en el fortificado y seguro recinto de un palacio; á la sombra de frondosa alameda y bajo mística techumbre; en continente, en isla, en desierto, en poblado, en todas partes. ¿Cuánto duró el Sacrificio de la Cruz? Sólo tres horas. ¿Y el de la Misa? Continúa hace diez y nueve siglos, sin que ni la aparicion y desaparicion de los Imperios, ni esos repentinos cataclismos que hunden las Dinastías y cambian las instituciones, ni las enemistades humanas que han hecho arder varias veces el orbe, nada, nada haya sido bastante á detener el benéfico curso de ese torrente de bondadosa misericordia, torrente que seguirá bullendo y haciendo bien hasta la consumacion de los tiempos, en esa misteriosa nave de Pedro, que avan-

za majestuosa por entre las oleadas de la malicia y de la impiedad. ¿Cómo se verificó aquel en la Cruz? Ya lo hemos visto. Por el contrario, ¿cómo se inmola en la Misa?

Entra, alma mía, entra en una vetusta y suntuosa Basílica, y contempla con atención lo que allí pasa.

Inmensa multitud yace postrada sobre el lustroso pavimento; arde refulgente lámpara suspendida de altísima bóveda; vidrieras de gótico ornamento transmiten por sus pintados cristales otra luz dulcemente melancólica; las arqueadas columnas proyectan diversidad de sombras por entre los respetuosos grupos; espesas nubecillas formadas por el humo de los ondulantes incensarios vagan al azar por todo el recinto, esparciendo purísimo aroma; suena vibrante la pequeña campanilla ligeramente agitada por infantil mano... Es que la majestad de todo un Dios baja entre sus hijos los

mortales. Y el órgano despide, modulados por diestro músico, suavísimos ecos, y brota copioso llanto de humedecidos ojos, y se hacen votos mil por ardientes corazones, y se elevan sentidas plegarias de todos los ángulos, y tiernos niños entonan sagrados cánticos, haciendo con su inocente acento más dulces, más insinuantes, más encantadoras las ceremonias de la Iglesia, y en invisible relacion, la tierra armoniza con el cielo, y el hombre pensador y reflexivo se cree, sin casi imaginarlo, trasportado á otro mundo, á otra esfera, á otra region, do querúbicos espíritus con cítaras de oro, repiten alborzados las alabanzas de un Dios tres veces Santo.

¡Qué belleza! ¡qué hermosura! Si esto es en lo exterior, ¿qué será en lo interior? Si tal es la corteza, ¿qué será la médula? ¿No dice muy alto al corazon cristiano la ligera descripcion de lo que acompaña al Sacrificio

Católico, que este es lo mas excelente de esa Religion Divina?

¿Será preciso, despues de esto, reunir los elogios que en todos los siglos le han tributado los Santos Padres y Escritores piadosos? ¿Habria necesidad de añadir los vivísimos afectos con que los Contemplativos, que ya gozan de la bienaventuranza, han manifestado su amoroso respeto y su firme creencia con respecto á este tremendo y divino Sacrificio? ¿Tendríamos que referir las disposiciones sapientísimas de los Pastores de la Iglesia, que basadas en la conviccion de lo que es este Sacrificio, tienen en todos tiempos á conciliarle el respeto y veneracion de los fieles, y á preparar á éstos para que participasen de él lo más dignamente posible?

No, basta lo dicho, concluyendo el presente capítulo con las palabras de un sábio y religioso escritor de la Edad media, de

esa edad tan censurada, y que sin embargo arroja sobre lo pasado y lo futuro abundantes y luminosos rayos, sin los que apenas podríamos dar un paso por los tenebrosos senderos de la enmarañada historia.

«Cuando se celebra, dice, el Santo Sacrificio de la Misa, se tributa alabanza y gloria á la Beatísima Trinidad, los Angélicos Espíritus reciben suma alegría y placer, obtienen el anhelado perdon los desgraciados pecadores, los justos consiguen auxilios y gracias eficaces, sienten las afligidas ánimas refrigerante alivio en su penosísima cárcel, espárcese por la Iglesia universal el rocío de espiritual beneficio y el alma del celebrante encuentra saludable remedio.»

¡Qué expresiones tan propias para ver lo que hace el Santo Sacrificio de la Misa! Pero describamos por menor sus bienes aduciendo casos prácticos.

CAPÍTULO V.

SUCESOS PRODIGIOSOS.

NO ES nuestro ánimo describir las celestiales visiones con que un Dios amoroso se ha dignado recrear á sus favorecidos durante celebraban, ó asistian al Santo Sacrificio de la Misa, presentándoseles, bien en forma de gracioso y tierno Niño, bien en alguno de los sangrientos pasos del *Via-Crucis*; ya rodeada la Sagrada Forma de clarísimos resplandores, ya destilando fresca preciosísima sangre; unas veces hablándoles al

alma con dulcísimas sentencias, otras deshaciéndose en su paladar cual suavísimo maná y riquísima miel; y no pocas dejándoles ver armoniosos coros de ángeles y haciéndoles percibir gratísima melodía.

Tampoco podemos referir todos los milagros de omnipotencia y sabiduría amorosas, que se han verificado y verificarán por medio del Santo Sacrificio de la Misa en la sucesion de los siglos y en mil pueblos diferentes de razas diversas y variados climas, porque esto, sobre hacernos difusos en demasía, nos apartaria del principal objeto, que es desmenuzar y poner como á la vista todas las bellezas que se encierran en las cosas necesarias para esta obra de las obras de un Dios elemente y pio.

Escogeremos, por lo tanto, alguno que otro de los mas señalados, y los reseñaremos á grandes rasgos para alentar á nuestros lectores.

1.º Nada tan terrible en sus efectos como la calumnia. La mancha con que ennegrece el honor más limpio no se lava tan facilmente, y queda despues del arrepentimiento y pasa más allá de la sepulcral losa. Quizá se pudiera volver á su receptáculo el agua derramada casual, ó intencionalmente; la fama, empero, y buena opinion, arrebatada con un falso testimonio, rara vez se recobra, y si se recobra, no del todo, y si del todo, es á costa de mucho tiempo, cuando no interviene un especial milagro como el que vamos á referir en primer lugar para prueba de la utilidad del Santo Sacrificio de la Misa.

Vivia en Portugal y vivia vida santa la célebre Reina Isabel, sobrina de la otra no ménos santa y Reina de Hungría. Virtuosa era en extremo, buena y dulce con su esposo D. Dionisio, clemente con sus súbditos, amante de la Religion, modesta y sen-

cilla en su trato, y sobre todo muy caritativa, muy limosnera, muy amiga de socorrer á los pobres y enfermos. Hasta tal punto llegaba su compasion, y tal era el fuego de caridad que abrasaba su generoso corazon, que tenia ordenado no se despidiese ninguno de los infelices que reclamaban su auxilio sin la correspondiente limosna.

Como no la fuera permitido, atendida su clase, el dar estas limosnas por su mano, y muchas de ellas exigiesen una prudente reserva, esa reserva que pone la mano en la llaga sin exasperar al paciente y cura la herida sin ensancharla, tenia precision de servirse en dicha distribucion de un paje de toda su confianza, hombre piadoso, callado, obediente y de buenas costumbres. Veia el infernal enemigo con sumo disgusto el bien que hacia la santa Princesa, y atizando con satánica astucia los celos y envidioso despecho de otro paje del Rey

D. Dionisio, le indujo á forjar una calumniosa acusacion que perdiese á su rival y á él le elevase. Llegase, pues, al Rey con hipócrita faz, y le hace entender, que no era virtud lo que en la distribucion de las limosnas brillaba, porque, bajo aquella falaz apariencia, se ocultaba loca y torpe aficion del criado á la Señora, y de ésta al criado, faltando así uno y otro á los mas sagrados deberes.

Aunque disoluto el Rey y rodeado de voluptuosos cortesanos que le lanzaban á criminales empresas, no creyó del todo al envidioso paje; pero surge en su alma punzante duda, avivala la desconfianza que su mismo estado le hacia concebir de su casta Esposa, comunícale fuerza el combustible de mil tristes y encontrados pensamientos, y para salir de aquel estado de tortura y padecimiento, adopta la peor resolucion, que fué la de deshacerse sigilosamente del calumniado camarero.

Monta á caballo, sale á dar un paseo, ve ardiendo unos hornos de cal, llama á los hombres que los cuidaban, y les dice: «Mañana enviaré un criado á preguntar si habeis hecho lo que os tengo ordenado; pues bien, en cuanto abra la boca, no le dejéis continuar, arrebatadle luego y echadle al fuego hasta que se consuma; así conviene á mi Real Servicio.» Váse el Monarca, pasa aquella fatal noche, y apenas entrado el dia, parte el infeliz paje con la sentencia de muerte. Y camina alegrementé, chispean las ennegrecidas bocas que le han de servir de sepultura, ora tranquila la Reina en su cámara ignorante de lo que sucede, lucha agitada violentamente el alma de su precipitado Esposo, salta de regocijo el infame acusador, y el averno se dispone á celebrar con horrible y estrepitosa carcajada la más vergonzosa de las victorias.

Pero no: vela el Cielo por la inocencia, el viento trasmite entre sus auras el dulce sonido de una campanilla, y el que iba á una muerte cierta, se pára y escucha: «Es el momento de la elevacion de la Sagrada Hostia, se dice á sí mismo, se está celebrando el Santo Sacrificio de la Misa, no debo pasar sin entrar, voy á oirla.» Y asiste á la parte que faltaba, y sale otra Misa y la oye tambien, y empiezan otra y se queda asimismo. Y el tiempo trascurre veloz, sucédense rapidísimamente unos á otros los imperceptibles segundos, suena en el reloj de la eternidad la hora de la Divina Venganza, los papeles se cambian, el culpable es castigado, y la inocencia sale triunfante é ilesa.

El Rey deseaba saber si habia muerto el paje acusado, sale de su Real Cámara, acierta á ver al acusador, y le envia á preguntar al fatal horno si habian cumplido

sus órdenes. ¡Justicia Divina! Parte embriagado con el triunfo suspirado el vil instrumento de Satán, y mientras el otro adoraba reverente al Dios humanado por nuestro amor que bajaba á los altares para nuestro consuelo, él, acusador insolente, él, viperina lengua, él, semillero de discordias, apenas abre la boca, es arrojado en las voraces llamas que le convierten en informes cenizas. Llega despues su víctima, pregunta si han ejecutado el mandato de su Señor, le responden que sí, y se vuelve á dar la contestacion al anheloso Monarca.

No es posible describir la admiracion de éste, al ver volver sano y bueno al que creia encendida brasa, ó informe conjunto de cenicienta masa. Entre colérico y aturdido, no sabiendo si dar crédito á sus ojos, creyendo se le habia desobedecido, le interroga sobre su cometido, y le manda le diga dónde y cómo se ha detenido tanto. Con

sencillez y serena calma refiere el paje, que yendo á cumplir su mision, pasó junto á una Iglesia, oyó tocar á alzar y entró á oír aquella Misa, que despues de ésta salieron dos, una en pos de otra, y que se quedó á ellas tambien, porque estando su padre para morir, le habia dejado por benedicion, que toda Misa que viere empezar la oyere hasta el fin, y que esta habia sido la causa de su tardanza. Rásganse entónces con esta inesperada respuesta los tenebrosos velos que envolvian el claro entendimiento del Rey, cual las espesas neblinas que levantan las sucias exhalaciones de pantanosas lagunas se deshacen á los penetrantes rayos del astro del dia, que aparece majestuoso por el arrebolado horizonte, conoce la inocente virtud de su calumniada Esposa y del aludido paje, ve claramente la malignidad del chismoso acusador que recibiera entre las ardientes oleadas de

la sustancia calcárea su merecido castigo, y lanzando de sí el venenoso aguijon de los celos, concibe hácia su Santa Esposa amoroso respeto y justa consideracion.

¿Quién no ve en este asombroso hecho, que traen las crónicas de San Francisco, la virtud del Santo Sacrificio de la Misa, para librar á los desgraciados que yacen oprimidos bajo el peso de infamante delacion? Pues no lo es ménos para evitar esos desastrados accidentes que sepultan en un momento á los descuidados pecadores en las terribilísimas cárceles del infierno.

Sí, esas muertes repentinas, esos puñales alevosos asestados al pecho de infeliz víctima, esas chispas eléctricas desprendidas de inflamadas nubes, esas espantosas inundaciones de torrentes desbordados por inopinadas lluvias, esas horrendas simas abiertas de improviso ante los piés de extraviado viajero, esos choques violentísi-

mos de naves que surcan los agitados mares, ó trenes que vuelan silbando por los temblorosos rails, esos lances mil veces repetidos, siempre temidos y que no se precaven bastante, todo eso, sí, puede desaparecer y desaparece ante la virtud del Sacrificio de la Misa.

2.º Era día de Fiesta, día en que las almas piadosas oran y frecuentan el Templo, mientras que los mundanos sólo piensan en divertirse, girando sin cesar en un círculo de placeres. Dos gallardos mancebos salían de una ciudad á holgarse con el estrepitoso ejercicio de la caza, que por los peligros que lleva consigo suele á veces convertirse en llanto y lágrimas. El primero de ellos habia cumplido ántes con el precepto de oír Misa, poniendo siquiera este acto necesario para no pecar mortalmente; el otro no lo habia hecho, prefiriendo el regalo del lecho á la pequeña inco-

modidad de estar media hora en la Iglesia.

Caminaban gozosos, llenas sus juveniles cabezas de bullidoras ideas sobre el alegre rato que iban á tener y creyendo ver palpitantes á sus piés, heridas por mortífero golpe, las tímidas liebres, cuando hé aquí, que empieza á turbarse el aire, á revolverse el tiempo, á cubrirse el cielo, á desencadenarse horrible tempestad. Agrúpanse imponentes masas de cenicientas nubes, á éstas suceden otras, chocan entre sí, despiden centelleantes chispas, retumba horroroso el trueno, surcan rápidos la atmósfera deslumbrantes relámpagos, y entre revueltos remolinos que hacen girar las nubes con increíble celeridad empiezan á desgajarse torrentes de agua. No obstante tan terrible aparato, capaz de amedrentar al más osado, siguen su ruta nuestros temerarios mancebos, arrostrando impávidos la cólera celestial.

¡Ah! ¡Desgraciados! ¡más les valiera no haber salido, ó ya que estaban en el camino, haberse vuelto! Porque entre el fragor de los truenos y el ruido que producía el viento agitando las nubes de acá para allá, se oyeron voces aterradoras que decían distintamente: «*Dále, hiérele.*» Detiéndense un momento, dudan si continuar, se resuelven á hacerlo, avanzan, y..... Al encuentro de dos nubes electrizadas parte furibundo el encendido rayo y, dirigido por invisible mano, hiere, carboniza, deshace al infeliz jóven que aquel día no había oído la Santa Misa.

¿Qué hará su compañero con tan severa lección? ¿Retrocederá? Eso aconseja la prudencia. ¿Continuará? A ello le incita la proximidad del lugar adonde iban á cazar. Si se vuelve, estará quizás seguro; pero no se distrae y pierde el tiempo empleado. Si sigue, puede cesar el huracán, reaparecer

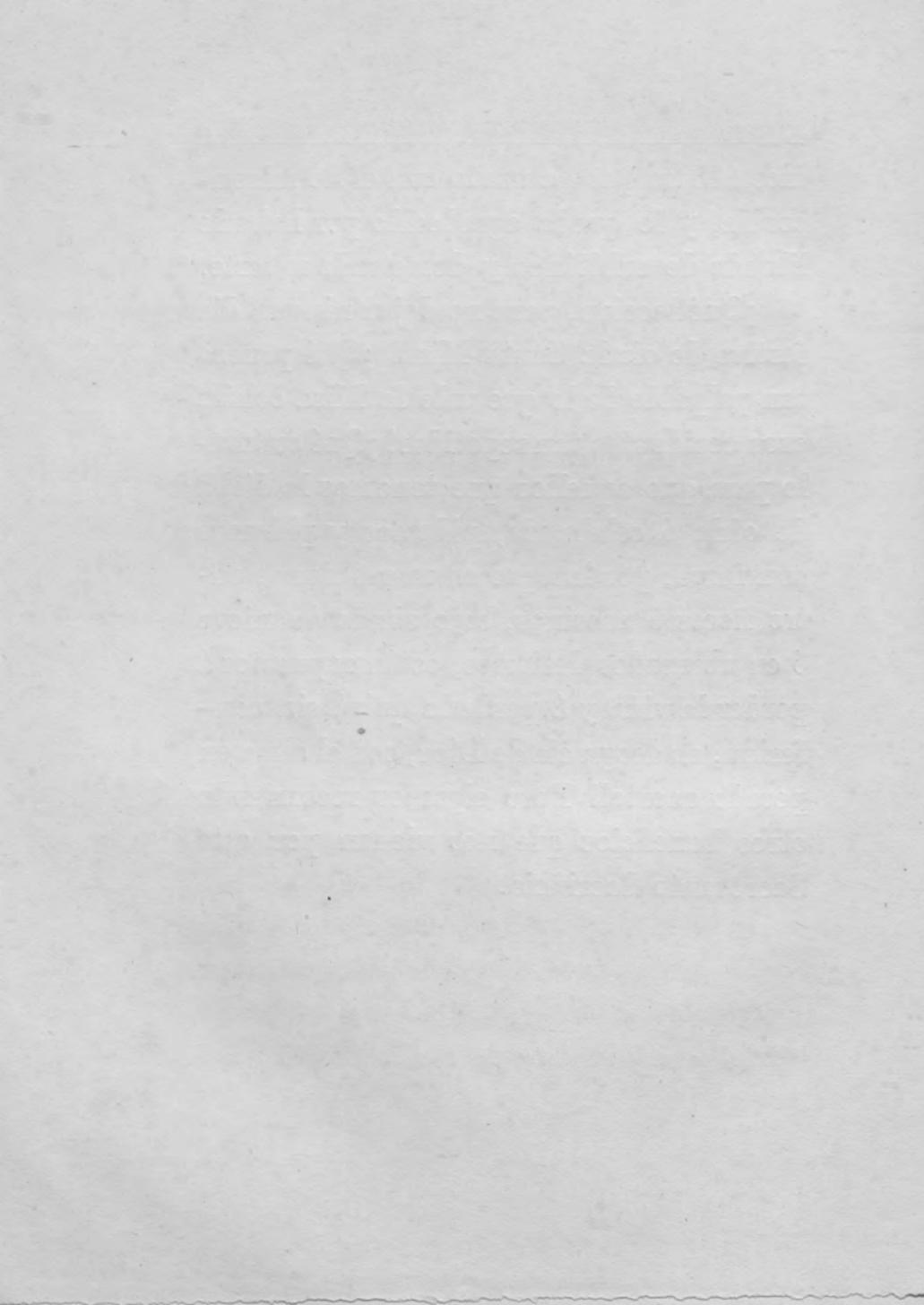
la calma y satisfacer su pasion. Pero, ¿y el cadáver de su compañero? Mas ¿será posible que él tambien sea víctima? ¿No quedará contento el Cielo con aquella? Y espantado por una parte, aguijoneado por otra, casi fuera de juicio, sin apenas darse cuenta de lo que hace, se determina á proseguir.

Poco habia andado y sus vacilantes pasos indicaban la disposicion de su alma; seguia el tumultuoso ruido del vendabal; suenan otra vez las voces, oye claramente: «*Hiérele, hiérele tambien á ese.*» Y tiembla de piés á cabeza, y se acongoja, y se turba, y se cree perdido, cuando percibe otra voz salvadora que dice: «A ese no, á ese no, porque ha oido el *Verbum caro factum est*, no puedo, no puedo.» Entónces respira con libertad, cesan los violentos latidos de su corazon, se reanima, recuerda la Misa que ha oido aquella mañana, ben-

dice á Dios que ha usado con él de misericordia, y le queda agradecido por haberle librado de subitánea y desastrada muerte.

¡Qué leccion, para no dejar ningun dia festivo de oír la Santa Misa! ¡Qué prueba tan palpable de lo que vale la Misa contra esos accidentes tan repetidos! ¡Qué estímulo para que aquellos que tenemos la dicha de oirla ó celebrarla, pidamos y pidamos con fervor por los que en mar ó tierra, entre fieras ó asesinos, bajo simas de nieve ó en abrasados desiertos, están expuestos á perder la vida y á perderla quizá sin confesion, en desgracia de Dios, con el alma en pecado mortal! Pero sigamos recorriendo otros beneficios que nos vienen por este Sacrosanto Sacrificio.





CAPÍTULO VI.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.

MISAS DE SAN GREGORIO.

3.º

RRISTÍSIMA por demás es la situación del pobre cautivo. Lejos de su patria, donde se deslizaron rápidos y felices los días placenteros de su juventud, privado del consuelo de padres, esposa, hijos, deudos y amigos, que harían más dulce su acerbo penar, respirando un aire infecto cuya corrupción producen húmedos y sucios vapores, yace aherrojado en lóbrega mazmorra y torturado por la incertidumbre de su término. Ni las

lágrimas humedecen sus débiles ojos, porque se han secado de tanto llorar, ni sus labios forman voz alguna, porque el corazón afligido los ha condenado á continuo silencio, ni suspiros surgen del oprimido pecho, pareciendo participar el alma de la fría dureza de las piedras que rodean la prision. Y perpétua noche, lenta agonía, dolorosos recuerdos son los que alimentan y sostienen y agitan al infeliz que ha perdido la libertad.

¡Cuán dignos de compasion son tan desgraciados séres! ¿Quién no querría romper sus pesadas cadenas y devolverles don tan precioso? ¡Ah! esto es obra del Cielo, esto pertenece al Señor que nos ha criado libres, esto lo ha hecho Dios, y lo ha hecho conmovido su paternal y clementísimo corazón por el Augusto Sacrificio del Altar.

Cuando ménos lo pensaba, en uno de esos momentos aciagos de la vida que el

Señor permite para prueba del justo y castigo del pecador, cierto hombre casado que quizá sirviendo á la pátria, ó bien ocupado en laboriosas faenas, ó tal vez surcando los embravecidos mares en mercantes embarcaciones, cumplia con sus respectivos deberes, se vió acometido por feroces é implacables enemigos, que le despojaron, maltrataron y atado se lo llevaron cautivo á lejanas y desconocidas tierras.

Pasaron los dias, trascurrieron los meses, se sucedieron unos á otros los años; ninguna noticia, ningun recado, ninguna nueva llegó á oídos de su desconsolada esposa, que ya le creyó muerto, y como á tal le lloraba. Hacia aún más; acogiéndose al regazo de nuestra Sacrosanta Religion, en la que hay bálsamo para todas las penas y lenitivo á todos los dolores, procuraba que todas las semanas se dijese Misas y se aplicasen los méritos del incruento Sacri-

ficio por el ánimo del compañero de su vida, á quien suponía difunto. Y se mezclaban en la llaga amorosísima del Costado de Jesús con armoniosa union los votos de la mujer con los padecimientos del marido, produciendo en ambos corazones saludables efectos.

Ella cobraba valor para sobrellevar su prematura viudez, él se sentia aliviado del peso de sus férreos grillos; la primera procuraba desatar el alma de las prisiones de fuego, el segundo veia su cuerpo aligerado de enorme peso, pudiendo mover libremente los entumecidos piés y las encallecidas manos; la una suspiraba por el cielo donde esperaba reunirse con aquel á quien habia jurado fidelidad al pié de los altares, el otro ansiaba esto en la tierra, no dudando un punto que el Señor que le favorecia con momentáneos favores, le haria este singular de volver á ver á su esposa.

Y le recibió en efecto. Dios quiso, al cabo de no mucho tiempo, que se abriesen las puertas de su penoso cautiverio, que cesase su penar, que respirase el aire purísimo de la campiña, que atravesase valles y montañas, rios y praderas, pueblos y ciudades, y que volviese á ver su amada patria. Cuáles fueran los trasportes de alegría de este venturoso hombre, al pisar el suelo regado con las lágrimas de la infancia primero y con el ardiente sudor del abrasado rostro despues, lo comprenderá sólo aquella persona que se haya visto precisada á comer el pan del destierro de grado ó por fuerza. Prescindamos, pues, de esto, y digamos que entre las mútuas revelaciones que se hicieron los afortunados consortes, una era la maravilla de que, ciertos dias, á ciertas horas y por breve tiempo, el cautivo se quedaba sin cadenas, grillos, ni lazos, enteramente libre, pasado lo cual, se le vol-

vian á poner invisiblemente y sin saber de qué modo.

Refiere entónces la buena mujer su piadosa determinacion, aunque equivocada en cuanto al fin, de mandar celebrar la Misa en todas las semanas durante algunos dias; echan la cuenta y hallan con sorpresa agradable, que los momentos que duraba el saludable Sacrificio eran los en que el dolorido cautivo se hallaba libre de sus prisiones.

¿Nos extrañará, en vista de esto, que siglos despues nuestro buen Dios, á cuyo piísimo trono de compasiva clemencia llegaran validísimos, recomendados por la bellísima Señora que llevara en su seno purísimo cautivo al Criador nueve meses, los clamorosos y sentidos ecos de millares de infelices cristianos sepultados vivos en las mazmorras africanas, se valiera del momento de la Misa, para iniciar, inspirar y llevar á cabo la humanitaria empresa de la

redencion de cautivos? ¿No se explica bien ahora la celeste aparicion que, al elevar la Sagrada Hostia, vieran el Santo Juan de Mata y el Gran Inocencio III, de un graciosísimo Angel con manto blanco, cruz azul y roja en el pecho, las manos sujetas con gruesas cadenas y puestas sobre dos cautivos genuflexos á derecha é izquierda, indicando lo grato que seria al Altísimo establecer una Orden que se consagrara á mitigar la infeliz suerte de aquellos miserables? ¿No es altamente consolador ver en la Santa Misa esa virtud de conceder la libertad á los que la han perdido, y que en ella y de ella arranca, cual manantial abundantísimo que se convierte en arroyo y despues en caudaloso rio que todo lo fertiliza, esa ínclita y admirable Orden que, subdividiéndose en varias ramas, tantos servicios ha prestado á la Iglesia, enjugando ardientes lágrimas, devolviendo padres á

hijos, esposos á esposas, ciudadanos á la patria y almas á Dios?

Pero ya que hablamos de las almas, pasemos á decir los efectos que produce este Santo Sacrificio en los que gimen en las cárceles del Purgatorio, cuyo cautiverio es más triste, más penoso, más terrible que el que se padezca en todos los calabozos y prisiones de este mundo, por téticas que sean, probando á la vez con el hecho milagroso que vamos á referir esa comunicacion gratisima que media entre la Iglesia Purgante, Militante y Triunfante.

4.º Era en el tiempo de San Gregorio, de aquel religioso y Santo Pontífice designado para la Tiara por brillantes y célicas lucecillas, mientras horrorosa peste diez-maba los habitantes de la gran Roma, arrebatándolos á la vida cual tiernas espigas que caen al seguro golpe de hábil y diestro segador. Aún no habia ascendido al elevado

Sólio, que está sobre todos los Tronos de la tierra y á cuya voz, eco infalible del Divino Espíritu, cesan las disputas humanas y se descubre majestuosa la verdad, y vivia en tranquilo Monasterio por él edificado, á sus espensas sostenido y con su consumada virtud y prudencia piadosamente dirigido. La caridad cristiana, esa virtud sublime que, cual fluido vivificante recorre dulcemente los miembros de la Iglesia Católica, reinaba en aquella mansion de paz y de sosiego, de trabajo y de oracion, de penitencia y de soledad, uniendo los monges con su Abad, á éste con aquellos y á unos con los otros, haciendo inauditos prodigios y llegando su accion saludable hasta más allá del sepulcro.

Un dia la muerte se cierce sobre la celda del monge Justo, agita su cruel guadaña y corta el hilo de su existencia. San Gregorio, cual padre amantísimo, affigido

sí, pero cuidadoso en extremo de la salud eterna de aquel hijo á quien lloraban, llama á otro monge, de nombre Copioso, y le encarga que empiece sin demora á celebrar Misas por el finado, con la órden expresa de que no pase dia que no se ofrezca por él la Hostia saludable. Cumple el súbdito diligente el precepto de su amado superior, sube todos los dias la oblacion santa, cual suavísimo olor, al trono del Altísimo, abréviase el padecer del alma angustiada entre las llamas del Purgatorio y al fin se presenta Justo, radiante de gloria y felicidad, al fiel Copioso, y le dice que en aquel momento ha quedado libre del voraz incendio y sube al Cielo á descansar eternamente.

Cuentan los hermanos alborozados los dias trascurridos, y hallan ser aquel el trigésimo desde que Copioso empezó á celebrar las Misas por Justo. San Gregorio,

no hay duda, tan bueno, tan amigo de Dios, tan poderoso para conseguir mercedes, alcanzó del Señor la gracia especial de que las treinta Misas, celebradas sin interrupcion por un difunto, tengan virtud particular para librar las almas del Purgatorio, obteniendo á la vez del Soberano Pontífice entónces reinante indulgencia plenaria para dicho número de Misas, indulgencia que despues él confirmaria en la plenitud de su potestad Pontificia.

Hé aquí el origen de las treinta Misas llamadas de San Gregorio, Misas que empezaron á ser tenidas en gran veneracion por los fieles, y cuya celebracion se suele procurar con diligencia y no se suele casi nunca omitir, habiendo atravesado esta religiosa práctica el inseguro piélago de la sucesion de los tiempos y llegado hasta nuestros dias sin menoscabo, ni disminucion.

No es precisamente el número de treinta

el que goza de dicha virtud, pues esto seria supersticioso; sí, la gracia obtenida de Dios por el Santo y la Indulgencia Plenaria por su Antecesor y por Él aplicada del abundantísimo tesoro de la Iglesia Católica.

Deben decirse todos los dias sin intermision, á no ser que ocurran los dias de Jueves, Viernes y Sábado Santos, y aplicarse por el difunto, pues de otra manera sólo valdrian como treinta Misas sencillas, careciendo de la gracia é indulgencia especiales.

No es necesario que se celebren de *Requiem*, aunque, si ocurriesen dias permitidos, seria muy conveniente, y basta que se digan conforme al oficio del dia corriente.

Pueden decirse en distintos altares y aún en diversos Templos y por más de un Sacerdote, si éste, por ejemplo, tuviere cura de almas y se viera obligado á aplicar *pro populo* los dias festivos, ó fuere Prebendado

en Catedral, ó Colegiata, y se hallare precisado á celebrar *pro benefactoribus*, pues, aunque San Gregorio se lo encargó á Copioso, pero no le dijo expresamente que habian de ser por él solo.

Suele darse más limosna por estas Misas que por las comunes, no porque valga más la Misa, sino por la sujecion á tener que decirlas seguidas y no poder aceptar otras, ó tener que buscar quien las diga, lo cual es precio estimable, como dicen los Teólogos, como trabajo estrínseco al Sacrificio.

¡Ay! ¡Cuántas pobrecitas almas estarian ahora alabando á Dios y pidiendo por sus bienhechores, si sus parientes, deudos y favorecidos hubiesen procurado proporcionarles este alivio tan eficaz y remedio tan poderoso!

Pero dejemos ya esta materia y sigamos hablando de la utilidad de la Misa para otra clase de bienes.

CAPÍTULO VII.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.

BIENES DE FORTUNA.

5.º

OMO la avaricia sea abrasador fuego que consume las entrañas del infeliz que la paga tributo, no podemos ménos de señalarla utilísimo remedio en la purísima fuente del Costado de Jesús, de donde mana todos los dias preciosísimo raudal de sangre divina, que apaga los ardores del incendio, así como tambien inflama en santos trasportes los frios y helados corazones.

Clama el avariento, y lo repite de mil

maneras, que el tiempo empleado en oír la Santa Misa es tiempo perdido, que se podría emplear aquella hora en cálculos y ventas, en negocios y en transacciones, en trabajos y operaciones, con las que no ya arroyuelos, sino ríos de oro irían á sus siempre hambrientas arcas. Y lo veremos trasnochar y exponerse al intenso frío de glacial atmósfera, y permanecerá horas y más horas en húmedos é infectos almaces, y servirá de vil juguete á caprichosos compradores, y se devanará los sesos en cuentas que se enredan más y más y que secan el jugo vital lentamente, y hasta se privará del alimento necesario, esclavizado su corazón por el despreciable metal, mientras que para asistir al Santo Sacrificio no tendrá rato libre, ni se tomará molestia alguna.

¡Desgraciados! Abandonan, como los prevaricadores Israelitas, la corriente de

aguas vivas y cristalinas , cavándose pozos y cisternas cenagosas que no pueden contener el líquido y necesario elemento para los usos de la vida. Se retiran del venero fecundísimo de bienestar y felicidad y se entretienen en desmenuzar los negruzcos guijarros de donde sólo polvo y arena pueden obtener. Vuelven los ojos al Dios del dinero y de la codicia, tributándole tan idolátrico culto como los antiguos romanos á Júpiter y Mercurio, dejando solo , abandonado, olvidado al verdadero Señor de cielos y tierra, á Jesús, nuestro Salvador y Redentor , nuestro Criador y Conservador.

Para que se vea la sinrazon de su villana conducta, para deshacer sus especiosas objecciones que nada tienen de sólido, para animar á los piadosos á seguir en la religiosa costumbre de oír Misa, para atraer á los tibios que viven en lánguida y punible indiferencia, para conmovier aún á los

mismos espíritus metalizados con el contacto de las codiciadas monedas, creemos muy oportuno referir un caso, que nos prueba evidentemente que el oír Misa todos los días, lejos de perjudicar, favorece, y en vez de ser dique que contenga las aguas de la abundancia, es, por el contrario, amplio y seguro canal que las conduce á nuestra casa y familia.

Vecinos vivían en un pueblo dos artistas, de igual profesión, pero de diferentes inclinaciones y de muy diversas costumbres.

Religioso el uno, indiferente el otro; aquel oraba, éste casi no se acordaba que era cristiano; el primero asistía con frecuencia al Santo Templo, el segundo ni aún los días de fiesta, cuya santidad profanaba con trabajos innecesarios.

Ambos eran buenos obreros, ámbos estaban casados, sólo que el de puros senti-

mientos religiosos tenia cuatro hijos, mientras que el otro carecia de ellos; ámbos trabajaban incesantemente, ámbos procuraban contentar en lo posible á sus parroquianos.

Natural parecia que siendo iguales los dias de labor, los mismos los brazos empleados en el trabajo, idénticos, al parecer, los medios, fueran tambien iguales las ganancias, uno mismo el resultado y la prosperidad poco ménos; y si alguna diferencia hubiera, debia ser por parte de aquel que, avaro de las horas, empleaba hasta las de la oracion, hasta las de los dias festivos, y por otra parte, tenia ménos bocas que consumieran, ménos gastos á que atender, ménos respiraderos de su sudor.

Sin embargo, ¡cosa rara! Los negocios del primero iban bien, los del segundo mal; aquel navegaba viento en popa en el mar de la abundancia, éste se anegaba en

el abismo de laceriosa necesidad; el uno, despues de alimentar y vestir esposa é hijos, guardaba é iba formando un pequeño capital; el otro, macilento y andrajoso, sin más atencion que su mujer, se veia tan pobre que no podia ser más.

Contemplando su triste estado, comparándolo con el de su vecino, creyendo que habria una causa secreta, mina segura de riqueza y de bienandanza, y deseando dar con el anhelado filon, se va en busca de su feliz compañero, le halla, le detiene, y se entabla entre ellos el siguiente animado diálogo.

—Buenos dias, mi buen amigo.

—Buenos os los dé Dios, paisano.

—Veo que os va bien.

—Así lo quiere el Señor.

—Pero, ¿cómo es eso? Nuestro arte es igual. Trabajo, yo empleo más horas que tú. Cargas, tienes tú más que yo. Resulta—

do, tú andas desahogado, yo escaso: ¿cómo, pues, te las arreglas?

—Sencilísimo es mi secreto; ¿quieres saberle?

—Sí, á fe mia. No es cosa de despreciarse un secreto de tanta utilidad.

—¿Convendrás en hacer lo que yo te diga?

—Con el alma y la vida.

—Pues ven mañana, al amanecer, á este mismo sitio.

—Seré puntual.

—Así lo espero.

—Hasta mañana.

—Id con Dios.

Aquella noche no pudo el buen obrero conciliar el sueño, tan necesario para el trabajo. Su acalorada imaginacion le hacia discurrir por espacios imaginarios, presentando á sus deslumbrados ojos inmensas riquezas que le iban á llenar de alegre fe-

licidad. Ya eran salas de brillantes topacios y verdes esmeraldas, formando variados juegos de mil flores, ramos y graciosas cenefas; ya profundas arcas de relucientes monedas, cual si acabaran de salir del conmovido cilíndrico conducto; ya, en fin, depósitos atestados de granos dorados, de blanquísima harina, de fardos de riquísima tela. Y se creía feliz, y parecíale nadar en la abundancia, y sonreíale un delicioso porvenir y le embriagaba el metálico aliento de tanto y tan estimado don... cuando hé aquí que el crepúsculo matutino empieza á penetrar en su reducida vivienda, advirtiéndole que alboreaba ya y que era hora de levantarse.

Vístese apresuradamente, sale entusiasmado con las febricitantes imaginaciones de su dorado delirio, espera oír, palpitante su corazón, el anhelado secreto, y se encuentra con que su amigo, fiel á la cita,

despues de saludarle, le conduce á la Iglesia tranquilamente, le obliga á presenciar la Misa, que se celebró de allí á poco, le encarga luego que se vaya á trabajar, como él, y se despide, diciéndole: «Hasta mañana, á la misma hora; cuidado, no faltes en el mismo punto.»

Triste, muy triste, se fué á trabajar el pobre artista, no habiendo oido de boca de su vecino el suspirado secreto; pero se consoló muy luego con la esperanza de que al dia siguiente lo sabria, pues tal vez su amigo le queria probar y hacer que con la dilacion de la noticia apreciara más la revelacion.

Vuelve, pues, al dia siguiente al consabido lugar en la hora prefijada. Se repite lo mismo que en el anterior, la Iglesia, la Misa, el trabajo, sin más explicaciones, ni por una ni por otra parte. Espera aún otro dia el desorientado operario, y como suce-

diese lo propio, entre amostazado y confuso, dice á su camarada:

—Vecino, ¿te burlas de mí?

—No, en verdad.

—Pues yo creo que sí.

—¿Por qué, hombre?

—¿No me habias prometido revelar un secreto?

—Cierto.

—Pues veo que no lo cumples. Ya há tres dias que vengo; únicamente me llevas á Misa, á la cual, si quisiera, podia ir solo, sin necesitarte á tí. Despues me envias á trabajar, y nada me dices de cómo te arreglas para ganar lo que ganas.

—¿Recuerdas haber oido alguna vez aquella sentencia del Evangelio: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura»?

—Tengo una ligera idea de ella.

—Pues eso es lo que yo hago. Comienzo

todos los días por ofrecer á Dios las obras, asisto á la celebracion del Santo Sacrificio, donde Jesucristo se pone presente para nuestro bien; los Domingos le recibo en mi pobre pecho; lo demás lo hace Dios.

—¡Ah! Ya comprendo, querido amigo. Imitaré tu cristiana conducta. Seré piadoso. Iré á Misa. El Señor me bendecirá y me colmará de alegría.

Despídense cordialmente, siguen obrando como debian, y la situacion precaria del segundo cambia como por encanto.

¡Qué extraño es esto! ¿No es el que puebla de peces el agitado mar, de aves el temible y á la vez deseado aire, de fieras los espesos bosques, El mismo que se oculta amoroso bajo las especies sacramentales? ¿No es El mismo el que reúne de mil vaporcillos, exhalados por valles pantanosos, las densas nubes, resolviéndolas despues en bramadores borbollones de agua, ó

en menudos copos de blanca nieve, que fertilizan los campos y nutren los manantiales, arroyos y caudalosos rios? ¿No es tambien el mismo Señor el que hace brillar al potente astro del dia, cuyos rayos, abriéndose paso por las apiñadas capas, las recogen en anchas fajas, en menudos pliegues, ó las esparcen cual imperceptibles puntos, llevando á la tierra la fecundidad y la vida? ¿No es Él el que detiene las destructoras tempestades, las temidas inundaciones, los repentinos terremotos, las volcánicas erupciones, las devastadoras langostas y otros mil funestos contratiempos? ¿No manda tambien á las enfermedades, á la muerte, á los corazones, á la voluntad misma de los hombres? Pues si pudiéramos nuestra voluntad en la suya mientras se dice la Santa Misa, ¿no debíamos esperar que Él pusiera la suya en la nuestra y todo nos sucediera como deseamos?

Bien comprende esto la Iglesia Católica, cuando para todo acto de trascendencia tiene designada la Misa, como la oración más propia para alcanzar gracia y acierto.

Se va á celebrar un Consejo de guerra; tembloroso el reo, espera en tétrico calabozo la sentencia; reúnen valerosos capitanes para fallar la causa; trátase de la vida de un hombre que aún puede ser útil á la sociedad; el yerro seria de suma trascendencia y de irreparables consecuencias; necesitan los jueces el auxilio de lo alto, las luces del Espíritu Santo, ¿cómo se obtendrán éstas? Pues por medio del Santo Sacrificio de la Misa, que se dice ántes de empezar á deliberar.

Va á darse una gran batalla; aprestados los ejércitos, sólo desean el momento de venir á las manos; piafan impacientes los caballos, moviendo orgullosos su baya cabeza; humean las mechas de los artilleros,

de las que brotarán horroroso incendio y mortíferos plomos; discurren solícitos los ayudantes de órdenes, trasmitiendo las del General; pronto quizá volarán en astillas las armas, los muertos cubrirán la tierra y clamorosos ayes de los heridos desgarrarán los corazones; la libertad ansiada ó la temible servidumbre, serán el resultado de la accion. En tal apuro, los católicos han solido celebrar ántes la Misa, que la Iglesia designa con el nombre de misa *pro tempore belli*, para que la Hostia pacífica que allí se ofrece, evitara ó atenuara los tristísimos efectos de la asoladora Bellona.

Cuando se ha de proveer de Pastor á la Iglesia afligida con larga viudez, ó nombrar por eleccion algun sujeto que desempeñe importantes cargos, los electores no se lanzan á dar su voto, un voto que puede hacer mucho bien ó mucho mal, un voto del que han de responder ante el Supremo

Juez, un voto, en fin, que ha de darse al más digno y á propósito para el puesto vacante, sin que hayan celebrado ántes la Misa del Espíritu Santo, esa Misa tan adecuada para que la luz divina venga á las inteligencias y la gracia á los corazones, desterrando de éstos las pasiones y de aquellas las nieblas de la preocupacion.

Y ántes de exponerse los peregrinos á los peligros de azarosa navegacion; y al inaugurarse escolar curso, donde jóvenes atolondrados pueden perder tiempo é intereses; y cuando las sombras de la muerte cercan al dolorido anciano en el lecho que sostiene sus ateridos miembros; y para que cesen las cismáticas discordias que torturan el corazon maternal de la Iglesia angustiada, y... pero, ¿hay mal, peligro, negocio para él que no tenga eficacia la Misa?

¿No es bálsamo consolador que cicatriza todas nuestras llagas? ¿No es rosa be-

llísima que encanta con sus colores y embriaga con su aromática fragancia? ¿No es dulcísima navecilla que en alas de la meditación nos conduce hácia el cielo? ¿No es arca preciosísima do se guardan riquísimas perlas y margaritas que un día han de adornar la inestimable corona con que aparecerá orlada nuestra sien? ¿No es mística nubecilla que nos oculta bajo símbolos sensibles al sol de Gracia y de Justicia, á nuestro Padre, nuestro Rey, nuestro Esposo, nuestro Médico, nuestro Amigo, nuestro Dios, nuestro Criador y Redentor?

Mas dejemos esta materia y pasemos á hablar de las cosas necesarias para este Santo Sacrificio.



CAPITULO VIII.

MINISTRO OFERENTE.

 O HAY duda alguna, es de todo punto verdadero, lo ha dicho el Santo Concilio de Trento, que el primario y principal oferente, en el augusto Sacrificio de nuestros Altares, es Jesucristo: *Una eademque est hostia, idem que nunc offerens sacerdotum ministerio qui seipsum tunc in cruce obtulit.* Hostia y Sacerdote, Pontífice y Víctima, Sacrificado y Sacrificador, lo que en el madero de la cruz hizo por sí mismo, ahora lo verifica sobre

el Altar por medio de aquellos á quienes dijera en el Cenáculo, cuando su amante corazón instituyó el adorable Sacrificio: «Haced esto en memoria mia.»

Grande es la autoridad del Monarca, á quien millares de súbditos obedecen en la extensa zona de florecientes y ricos Estados: brillante la aureola que rodea las personas de esclarecidos y virtuosos varones, cuyos portentos arrebatan los corazones de los sencillos y piadosos: célebre la fama justamente adquirida de los renombrados sábios encanecidos en el estudio y en la contemplacion de la verdad; pero ni el Soberano, ni el Taumaturgo, ni el Filósofo, á no haber recibido el Sacramento del Orden, pueden lo que puede un Sacerdote rectamente ordenado, por necio, pecador, indigno que sea, á saber, el consagrar el cuerpo y sangre de Jesús, el hacer bajar á sus manos al Redentor, el

sostener al que á todos sostiene, el mandar al que á todos y en todo el universo domina, pues esto sólo se adquiere mediante la facultad recibida con la imposición de manos del legítimo Prelado, que la recibió á su vez del suyo y éste de otro y el primero de los Apóstoles y éstos del mismo Jesucristo.

El Sacerdote católico, sí, es el ministro secundario de este inapreciable Sacrificio. Ese sér misterioso, que media entre el Juez ofendido y el vil ofensor, para obtener graciosa y benéfica reconciliación; esa criatura, que participa de la angélica por su pasmoso poder y atribuciones extraordinarias, á la vez que de la humana por sus miserias, fragilidades y pasiones; ese caritativo personaje, que habitando modesta vivienda, sabe llevar al ignorante niño la luz preciosa de la ciencia cristiana, á la desolada viuda, que yace acurrucada en

mísero albergue, el óbolo del generoso magnate, y al moribundo agonizante en penoso lecho el consuelo y la alegría de cambiar un breve padecer por un eterno gozar; ese resorte eficacísimo de la gran máquina social, á cuyo vigoroso impulso giran en sus respectivos círculos, sin choque ni contradicción, ántes bien con perfecto y armonioso engrane, las piezas todas que la componen, desde la que ostenta magnífica pedrería hasta la que se halla cubierta de oscuro polvo; ese héroe impávido, que arrostrará el furioso empuje de mortífero plomo, por absolver al valiente militar que espira abrasado de ardiente sed en los campos de batalla, que trepará las nevadas cumbres de los Alpes, expuesto al sutilísimo y helado aire que allí sopla, por extraer de profunda y horrorosa sima al aterido viajero cuyos párpados cubria el velo de insensible muerte, que se sepultará

vivo en los antros subterráneos de codiciadas minas, donde millares de operarios trabajan sin ver la luz del sol, para auxiliar al infeliz que cae exánime bajo la acción destructora de mefíticos y homicidas miasmas, que, en horrible naufragio, próximo á deshacerse el vapor al choque de encontradas olas, sabrá ceder la lancha salvadora á todos sus conviajeros, quedándose sobre cubierta á bendecirles, entre el crugir de las tablas que se desunen, los aterradores bramidos del alborotado mar, el espantoso ruido de los truenos y los ayes de los infelices que zozobran, á riesgo de encontrar segura muerte por salvar las vidas de todos, que se multiplicará, durante asoladora peste, discurriendo de acá para allá y haciendo á la vez de criado y enfermero, de médico y confesor, de mozo de cordel, de sepulturero y de todo cuanto hay que ser en semejantes casos, así como por el contrario se

achicará y huirá en los momentos del placer, dejando que saboreen su envenenada copa los que no saben que despues de dulcísimas gotas vienen amarguísimas heces y áun ésto con tristísima pena; ese Ministro sagrado de un Dios amantísimo, que á través de los siglos viene cumpliendo su civilizadora mision, sin tregua ni descanso, lo mismo en tiempo de abundancia que de escasez, entre gentes que aplauden como entre las que martirizan, por helados mares y desiertos sin vida, atravesando la tierra con el bordon de peregrino y suspirando siempre por el tranquilo vivir del cielo; ese representante augusto, revestido de altísima dignidad, para quien están abiertos los suntuosos palacios y las elegantes moradas, y el bufete del hombre de Estado, y el taller del artista, y el tugurio del mendigo, y la choza del pastor, y cuya sotana no es rechazada ni por los harapos del pordiosero, ni

por las galas del aristócrata, ni aún por el marcial traje de adusto soldado; ese..... Lo repito, el Sacerdote católico, que es ese hombre, que es más que hombre en esta funcion, que absorbe al hombre por su carácter sacerdotal, es el Ministro que hace, que ejecuta, que celebra el Sacrificio por virtud y con el poder que le ha dado Jesucristo.

Tan sublime mision, tan excelso poder, tan digno oficio, obligan al Sacerdote á prepararse lo mejor que pueda, pues si bien es verdad que la Misa dicha por un mal Sacerdote, siempre es Misa, y su valor para aquel á quien se aplica es de precio infinito, sin que la suciedad del canal obste en nada á la eficacia del purísimo manantial de los méritos de Jesucristo que por él se transmiten, con todo más aceptacion tendrán á los ojos de Dios las oraciones, las súplicas y la ofrenda de un alma virtuosa,

pura, santa, en la que la mirada perspicacísima del Sábio por esencia no encuentre mancha notable que le desagrade.

Por tanto, no ya sólo el ayuno natural, sábiamente ordenado por la Iglesia solícita por la mayor reverencia de tan sublime misterio, para que nada entre en el pecho del Celebrante, que tiene que consumir en complemento del Sacrificio, ántes que su Divina Majestad tome posesion de aquella mansion do se digna humilde y benigno descender: no ya precisamente la limpieza y decencia exterior, limpieza y decencia que se procura con esmero para cualquiera persona notable de la tierra, á cuyos ojos nadie quisiera aparecer sucio y manchado; sino, lo que es más principal, lo que es más indispensable, lo que es requisito necesario para la licitud, á saber, la pureza interior del alma, la exencion del pecado mortal, la inocencia que pedia San Agustin, la prepa-

racion que hacia exclamar al Crisóstomo, «que las manos que tocan y reparten el cuerpo del Señor debian ser más puras que los refulgentes rayos del sol, así como la boca que se hinche de amoroso fuego y la lengua que se tiñe con la dulce, no ménos que tremenda, sangre del Redentor deben ser limpidísimas,» esa prueba, en fin, que exige el Apóstol y despues el Santo Concilio Tridentino, para que no se coman y beban los Sacerdotes su propio juicio y se expongan á los tremendos castigos de los curiosos Betsamitas, de los sacrílegos Nadab y Abiú y del temerario Oza.

Angeles en la santidad, sí, debieran ser los Sacerdotes que todos los dias están convidados á la mesa del gran Rey, pues si este Señor trató con tanto rigor al que se presentó en la sala del festin de boda sin la vestidura nupcial, ¿qué no hará, sino ahora, algun dia, quizá no lejano, con los

que se mezclan, afeados con la mancha de la culpa, entre purísimos y bienaventurados Espíritus, que deslumbran por su belleza, encienden con sus amorosos trasportes, encantan con su humilde y respetuosa actitud y extasian y arroban por sus armoniosos conciertos? ¡Ah! Si nos fuera concedido el que se descorriera el preciosísimo é invisible velo, que nos oculta la excelsa comitiva que acompaña y hace la guardia de honor, bajando y subiendo con ligerísimos vuelos del Cielo al Altar y del Altar al Cielo, á su Rey y Señor, ¡qué espectáculo tan bellissimo se ofrecería á nuestros ojos! ¿Y si pudiéramos oír sus dulcísimos mote-tes? ¿Y si llegáramos á comprender su amor....? Pero acordémonos que estamos en la tierra, y sigamos describiendo al oferente del Sacrificio.

No ha querido, no, la Iglesia Católica que el Sacerdote se arriesgue á celebrar tan

tremendos misterios con hábito vulgar que le confundiera con los demás fieles. Pues qué, ¿no vemos á los Ministros de la Antigua Ley lucir trajes de finísimo lino resplandecientes de oro y piedras preciosas en el acto de ofrecer Sacrificios por el Pueblo? ¿No hallamos que los sacerdotes de Isis, de Diana, de Teutates y de otros falsos Dioses vestian en el ejercicio de su ministerio largas y hermosas túnicas de anchas y ricas mangas ceñidas con cordones de seda, que contrastaban admirablemente con la fiereza de su rostro y el sanguinario cuchillo que blandian sus homicidas manos? ¿No sabemos tambien, y quizá lo hayamos visto muchas veces, que los Reyes, Magistrados y Militares usan en los actos públicos y solemnes vestidos más preciosos, de otra forma y color, brillantes y raros, que les dan majestuoso aire y les rodean de augusto prestigio? Y ¿no lo haria ésto la

Esposa de Jesucristo, asistida por el Espíritu Santo y tan interesada en conciliar veneración y respeto al Sacrificio de nuestros Altares? Sí, lo hizo, y desde tradición Apostólica señaló vestiduras especiales para celebrar la Santa Misa, vestiduras que llenas de místicas significaciones, tanto alegóricas como morales, y bendecidas por los Obispos, elevan las almas de los asistentes de lo que se ve á lo que no se ve, de la tierra al cielo, del hombre á Dios.

El amito, esa primer vestidura para el Sacrificio, ese paño de lino blanco que, ora sencillo, ora elegantemente bordado, ya con estrechas y ordinarias cintas, ya con anchas gasas de seda de varios colores, se pone primero sobre la cabeza del Sacerdote y luego baja al cuello, esa especie de casco de salud, como le llama el Apóstol, ¿no significa aquel velo con que insultantes mi-

nistros cubrieron el rostro divino de Jesús para mofarse de su persona sacratísima? ¿no simboliza á la vez la pureza enteramente celeste de santos pensamientos que deben ocupar al Sacerdote mientras celebra la Misa? ¿no quiere decir la mortificacion en la lengua, para que por el cuello que cubre salgan formadas, puras y dignas las palabras de la Consagracion?

El alba, llamada así por su color, vestidura larga talar, que envuelve por completo al Sacerdote, cuyas orlas suelen ser calados y primorosos encajes, ¿no indica aquella túnica blanca que el orgulloso Herodes mandó poner por desprecio á nuestro Redentor, calificando con este acto de insipiente locura la Divina Sabiduría? ¿no recomienda á los Sacerdotes la inocencia y santidad del celestial Maestro, á quien San Juan Crisóstomo llama: «La gran túnica de los Sacerdotes»? ¿no pide, por fin, la

perseverancia en el bien obrar, en fuerza de su longitud, exigiendo del Ministro que toda su vida sea un tejido de buenas acciones, que concluya el último eslabon con la entrada en la bienaventuranza?

Y el cingulo, tan célebre entre los romanos, insignia distintiva del militar, faja utilísima con que sujetaban amplias y engorrosas vestiduras, cordon blanco que pone ahora el celebrante sobre los riñones, para atar el alba y despues con las extremidades enlazar las de la estola, ¿qué dice al alma reflexiva? ¡Ah! Pone á su vista aquellas crueles ataduras que hicieron brotar gotas de sangre preciosa de las muñecas del pacientísimo Isaac, cuando turba infame y soez le prendiera en el Huerto: la recuerda tambien los espinosos ramales que desgarraron las purísimas carnes del Salvador, y abriendo amoratadas heridas, cicatrizaron las que sucios y feos pecados

habian hecho en almas ingratas: á la vez, por fin, es indicio de la angélica castidad que el Sacerdote debe llevar al Altar, y nos dice patentemente, que somos viajeros en este valle de lágrimas y que ceñidos los lomos y con el báculo de la fe, debemos atravesar estas tristes sendas, sin pararnos más que lo preciso y con el pensamiento y la intencion siempre hácia el Cielo.

Y el manípulo, llamado así por llevarse en la mano, ó cerca de ella, del que habla un Salmo, cuando dice que: «*Euntes ibant et flebant, mittentes semina sua; venientes autem venient cum exultatione manipulos suos portantes,*» vestidura que ántes era un pañuelo puesto sobre el brazo izquierdo del Preste ó Diácono para enjugar sus ardientes y devotas lágrimas, y que ahora se ha trasformado en ornamento sagrado, el manípulo que sólo se usa en la Misa y

no fuera de ella, porque la Misa es propiamente el misterio de amor y de misericordia que arrebatada y enternece los corazones de los fieles, ¿qué es lo que significa? No sólo también las ataduras del Señor, sino el penitente dolor que debe concebir el Ministro á la vista de un Dios humillado y sacrificado por el hombre, las amorosas lágrimas de piadosa gratitud que deben verter sus humedecidos ojos por tanta bondad, y el incesante afán con que debe procurar el hacer buenas obras, para que en el día supremo se presente lleno de alegría, ostentando riquísimo manojó que le abra las puertas de la eternidad dichosa.

Y la estola, esa preciosa vestidura que, llamada orario, pendia de los hombros de los elegantes romanos sobre riquísimas túnicas de seda y púrpura, y que al presente llevan los Obispos y Presbíteros en señal de honor y preeminencia sobre los fieles,

cuyas asambleas tienen derecho á presidir, ¿qué revela? Si atendemos á su mística significacion, vemos en ella la pesadísima cruz que llevara el Divino Cordero por las calles de la ciudad deicida, para hacer levísimas nuestras respectivas cruces; pero si nos fijamos en su sentido moral, hallamos designada la humilde obediencia á la ley santa del Señor, virtud general, amiga de todas las virtudes, que con todas se une y á todas abraza, así como la estola se coloca con las manos sobre el cuello, descende por todo el cuerpo y se recoge con el cíngulo á los costados.

Pero sobre todo la casulla, último ornamento para la Misa, prenda usada antiguamente por los legos, que á manera de monacal vestidura les envolvía todo el cuerpo, brazos y hasta las manos; la casulla, en otro tiempo de extremada longitud y cuyas extremidades en forma de ángulos tenían

que levantar el Diácono y el Subdiácono al acto de la elevacion, cuya ceremonia se practica aún con las que se usan ahora; la casulla, llamada tambien planeta, porque solia girar alrededor del cuerpo, y en las que suelen emplearse todos los recursos del arte, bordando graciosos ramos, expresivas figuras, alegóricas imágenes entre argentadas ó amarillas fajas de oro; la casulla, volvemos á decir, es la que más símbolos contiene. Ya recuerda la purpúrea túnica que locos é inhumanos soldados colocaron sobre las sangrientas espaldas de nuestro Redentor, probando á la faz del mundo, en cuyas partes todas se dice la Misa, que aquella majestad y soberanía, que entónces le atribuian por burla, es ahora una realidad, realidad que, bien á su pesar, confesarán un dia confundidos y avergonzados; ya es emblema de la túnica inconsútil que tejieron las puras manos de la Vírgen Madre y

que luego sortearan los soldados al enclavar al Hijo en la cruz, túnica que al mismo tiempo nos demuestra en la casulla esa unidad y universalidad de la doctrina católica, siempre la misma, pero adaptándose á todos los climas y á las razas todas; ya significa la caridad, la más perfecta de las virtudes, vestidura nupcial indispensable para celebrar las bodas del gran Rey, si no quiere el Ministro ser lanzado á las tinieblas exteriores; ya, por último, nos da una idea de la majestuosa gloria del Eterno Padre, del Gran Sacerdote Jesucristo y del inflamado Espíritu que rodea al Sacerdote y le envuelve, cual los radiosos resplandores de una atmósfera iluminada por luciente astro al admirado viajero que atraviesa delicioso paisaje.

Y si habláramos de los colores de estas vestiduras, blanco en señal de alegría, de triunfo, de inocencia, de gloria; rojo, in-

dicio de sangre, de fuego, de amor, de martirio; morado, simbolizando lágrimas, suspiros, dolor, penitencia; verde, que indica deseos, ánsias, esperanza; y negro, emblema del luto, de la desolacion, de la muerte, del sepulcro. Y si dijéramos que el primero es el color propio de Jesús Niño, de Jesús Glorioso, de Jesús Sacramentado, de María Santísima, de los Santos y Santas que no han derramado su sangre por su Dios; que el segundo corresponde á los misterios de Pasion, á los dias de Pentecostés, á las Misas de Espíritu Santo, á las de Mártires y á todas aquellas en que se venera algun instrumento de los que tuvieron contacto con Jesús paciente; que el tercero es para Dominicas y férias de Adviento, Cuaresma, las tres anteriores y las vigiliass que se celebran con ayuno, mortificacion y penitentes gemidos; que el cuarto se reserva para los Domingos que median

entre Epifanía y Septuagésima, Pentecostés y Adviento, siempre que no ocurra en ellos fiesta especial; y que el último es el destinado para el Viernes Santo, Misas de *requiem*, entierros y siempre que se han de celebrar exequias por los difuntos. Y si nos detuviéramos á tratar del color azulado que, para honrar el especialísimo privilegio de la Purísima é Inmaculada Concepcion de María, han permitido los Romanos Pontífices, y que nos está indicando el límpido y cristalino firmamento, sobre el que brilla, radiante de gloria y majestad, entre coros de ángeles mil, la que por su humildad fué digna de ser Madre del Excelso. Y si quisiéramos describir el anheloso afan con que almas devotas se han ocupado, en todo tiempo, en confeccionar las ropas y vestiduras que habian de usarse en el Santo Sacrificio, empleando para ello su caudal, su ingénio, sus ojos, su vida, el

tiempo que vuela, esto que se va, para reinar eternamente con Aquel por cuya gloria trabajaban... Mas bueno será que toquemos algo de este punto en el siguiente capítulo.



CAPÍTULO IX.

LA OBLACION.

TAMBIEN los fieles son, en cierto sentido lato é impropio, oferentes del Sacrificio, ya porque se unen con interior y afectuoso sentimiento al Sacerdote que celebra los Santos Misterios, rogando y elevando á Dios su corazon juntamente con él, ya tambien porque el Preste, como Ministro público, obra en nombre de la Iglesia y ofrece la saludable Hostia por sí y por todos, ya, en fin, porque los fieles concurren y contribuyen al

Sacrificio con limosnas, dones, oblaciones, esto es, proporcionando lo que ha de servir de materia necesaria.

Nuestro Divino Redentor, al instituir el amoroso misterio de que hablamos, entre las diversas cosas que pudo escoger su Omnipotencia, se dignó designar muy sabiamente el pan y vino usuales, como materia que, mediante sus palabras pronunciadas por el Sacerdote, se habia de convertir en su Cuerpo y Sangre santísimos. ¿No iba á ser este Divino Misterio el que uniera las almas todas con su amantísimo Redentor en union tan íntima, cual se verifica entre dos gotas de cera líquidas á la accion de suave y lento fuego? Pues, ¿qué cosa más propia para materia preexistente, que el pan de trigo, compuesto de muchos granos molidos bajo una piedra, amasados por una misma mano y cocidos á un comun fuego? ¿Qué otra más significativa que el

vino de vid, resultado de las doradas uvas que se exprimieron en comun vaso y allí fermentaron y formaron sabrosísimo licor? ¿Podria, por ventura, idearse otra cosa que expresara mejor la reunion de las criaturas en este centro de amor, donde se encuentran, se nutren, se estrechan y se confunden, por decirlo así? Además, siendo este sacrificio la sustitucion y abolicion de los sangrientos sacrificios de los animales, ofreciéndose de un polo á otro de la tierra, sin que apenas haya lugar do no se inmole la Hostia Sacrosanta, habiendo de servir de alimento y bebida á las almas cristianas, ¿qué más á propósito que el pan y el vino, que se encuentran con facilidad en todo el orbe, que por la blancura del primero y el rubicundo color del segundo indican bellamente la carne y sangre de Jesús, comida á la que están acostumbrados los fieles y á cuya vista ni horror, ni repugnancia sien-

ten, sino ántes bien natural impulso y atraccion? Pues esa es lo que el Salvador determinó y lo que en todo tiempo han procurado y procuran los fieles á los Sacerdotes, Ministros del Altísimo.

Bellísimo y sorprendente espectáculo ofrecian los primitivos cristianos, llevando á porfía en preciosos canastillos y bien cincelados vasos riquísimos panes y purísimo vino, por entre las ordenadas filas de una multitud devota y recogida, que sólo ansiaba el momento de imitarlos, ó bien sentia el no poder corresponder como sus hermanos. Radiosas luces, despidiendo mil rayos en torno suyo, reflejaban en las brillantes patenas y anchos á la vez que profundos cálices el rostro venerable del Pontífice que lo recibia, los graciosos y simpáticos de los celosos Diáconos que separaban lo necesario de lo superfluo y los alegres y vivos de las personas de todas

clases que lo presentaban, formando en su conjunto una grátisima claridad que engrandecía la escena y hacia gustar, al ver la espontaneidad de los unos, la gratitud de los otros, el fervor de todos, anticipadas las delicias del Paraíso. Cual inmenso Océano, prestando aguas abundantes, las vuelve á recibir en caudalosos rios, formados de plácida fuentecilla, de manso arroyuelo, de impetuoso torrente, de finísima lluvia, de violenta tromba, de helado granizo, del mismo modo los dones, que á manos llenas derrama el Criador por sus criaturas, otra vez los recoge en la generosa oblacion que le hacian y áun hacen del sustancioso pan, del vino generoso, del aromático incienso, de la blanca y delicada cera, de la dulcísima miel, del pingüe aceite, de la indispensable sal y de otros mil objetos que con distintos usos se emplean en obsequio del Rey de Reyes. No es más

que sombra de lo que fué en otro tiempo el ofertorio que en ciertos actos se conserva hoy dia, y, sin embargo, es tan patético, tan tierno, tan sentimental, que el alma reflexiva no puede ménos de trasladarse á los Templos antiguos, sean las Basílicas Constantinianas, sean las góticas Catedrales, sean las amplísimas Iglesias corintias, y creerse en aquellas épocas felicísimas de ejemplar caridad, de fraternal union, de amor sin igual. Ese Venerable Pontífice, que bajo cúpula atrevida de espaciosa capilla, en sitial guarnecido de purpúreo damasco, luciendo blanquísima mitra de raso de seda y sosteniendo sus trémulas manos plateado cayado, asistido y honrado por ancianos Sacerdotes, recibe el ósculo devoto del Capitular que arrastra morada falda, del modesto Beneficiado de ropa negra, del Cantor que viste sencilla sobrepelliz de rizada manga, del magnate

de lujoso frac y guante blanco, del airoso militar cuyo brillante uniforme deslumbra por sus reflejos, del rico propietario de lustrosa levita, del honrado menestral cubierto con gruesa capa de color de pasa, mientras que depositan en bandeja de plata, con acompasado son, las simbólicas monedas grabadas con las insignias del Titular que se venera en el Templo, y el órgano ejecuta escogidas piezas y el pueblo pide y el incienso vaga por las bóvedas y las oraciones suben al Cielo y estáticos contemplan los alados espíritus y Dios oye y bendice, ¿no es escena digna de la cristiana contemplacion?

Pero aún más que esto, es digno de considerarse el exquisito esmero con que preparaban esta misma materia, que tan generosamente ofrecian. Como tenian puesto su corazon en este Sacrificio á que asistian con fervorosa puntualidad, que vene-

raban con profundo respeto, que nombraban con el expresivo epíteto de los *terribles Misterios*, no paraban, no sosegaban, no descansaban hasta que veían convenientemente dispuesto lo que había de servir tan de cerca al Señor. Cada cual hacía lo que podía, y sin encargárselo á otro, á pesar del rango, de la clase, de las ocupaciones, contra toda prevención y obstáculo, por sí mismo y con toda su alma trabajaba y confeccionaba el pan y el vino que habían de consagrarse.

Y eran días de prueba; la cuchilla pagana segaba inocentes cabezas, como el vendabal débiles espigas; refugiábanse azorados los perseguidos cristianos á las escondidas criptas y subterráneas capillas; corrían furibundos desalmados sayones en busca de nuevas víctimas que inmolar al furor de Satanás, y mientras tanto tranquila noble matrona, en rica estancia, ser-

vida de dóciles esclavas, pasaba largas noches, moliendo el trigo, amasando el pan, haciendo las Hostias y preparando la oblacion, que á otro dia se iba á convertir en el cuerpo de Jesús para bien de la dichosa cristiana y áun de su ignorante esposo y áun del gentil Emperador que ordenaba la persecucion.

Seguros vivian en abrasadas regiones penitentes monjes, ocupados en llorar los extravíos de relajada sociedad; sus horas se deslizaban dulces y tranquilas entre el armonioso cántico de los Salmos, el silencioso trabajo de manos y los mútuos oficios de las más heróicas virtudes; no llegaba, no, allí el ruidoso empuge de las corrompidas olas de un mundo falaz; semejaban bellos oasis cubiertos de lozana vegetacion en medio de áridos desiertos de movedizas y sofocantes arenas; pues tambien en aquellos recintos de la piedad se cuidaba con

escrupuloso esmero de confeccionar el pan para la Eucaristía, y los hermanos empleados en tan honrosa comision no manchaban su lengua con inútiles palabras, sino que se entretenian en repetir los oráculos de la Santa Escritura, estableciendo así misteriosa comunicacion con los antiguos Patriarcas, con los Apóstoles, con los Ángeles, con Dios.

¿Qué extraño es esto? ¿No vemos á las Reinas, un dia cubiertas de costosísimos trajes y orladas sus augustas sienes con la refulgente diadema, despues de haber trocado la mundanal pompa y el esplendoroso trono por el silencio del claustro y vida de mortificacion, pasar solícitas alegres y placereros ratos, entre hermanas carísimas á quienes unian vínculos religiosos, dando circulares formas á la blanda y cándida masa de purísima harina, que, despues, erugiendo delgadas astillas á impulsos de

clara llama, se convertian en hermosos panecillos, y esto no sólo para su monasterio, si que tambien para otros inmediatos? Y los valerosos Príncipes, de corazon verdaderamente cristiano, de alma magnánima, de bondadosos sentimientos, intrépidos en la lucha, prudentes en el consejo, amantes de sus pueblos, ¿no sabian, tambien, en momentos de descanso, sembrar el trigo y exprimir el vino con las mismas delicadas manos que empuñaban cortante espada al frente de sus aguerridos ejércitos, que manejaban dócil pluma en su despacho, que alargaban bienhechora limosna en las calles, que herian el pecho compungido en la Iglesia y que se alzaban puras en la oracion á su Dios y Señor? Las mismas madres de familia, esas hacendosas señoras que aumentaban prodigiosamente la doméstica sustancia, industriosas abejas ocupadas en hacer la felicidad de su esposo é hijos, sin

faltar á los deberes sociales, ni dar ocasion de enojosa crítica á sus vecinas, ¿no hallaban tiempo para ocuparse algun rato en esta labor tan pura, tan casta, tan deliciosa, de la que tanta gloria y dicha y bendicion habia de venirles, toda vez que las Hostias que producía su nocturno trabajo, formaban luego el encanto de los Ángeles y eran objeto de entusiasta adoracion por parte de los hombres, así como terrorífico para los infernales compañeros del orgulloso Luzbel?

Avanzan los siglos; mil y mil edificios se han levantado para salvar la sociedad que se ahogaba entre el humo de las incendiadas ciudades y la sangre de sus degollados habitantes; llénanse sus reducidas celdillas de venturosos mortales que escapan de muerte segura corporal y de incierta eterna; con rebuscados restos, por entre cenizas calientes y empolvados montones de infor-

mes escombros, se va reconstruyendo el científico palacio de la vacilante civilización..... ¿no había también de atenderse, y en primer lugar, á lo que forma el corazón del Catolicismo, á la Santísima Hostia, que seguramente impedía con su presencia la destrucción total de un mundo viejo y gastado que chocaba con otro nuevo y vigoroso, pero bárbaro, pagano, ignorante, sensual? ¿No había de cuidarse con amoroso desvelo de la preparación indispensable para el ansiado Sacrificio? ¿No habían de trabajarse las Hostias con religioso empeño y con atención especial? Sí; y en prueba de ello veremos hermanos devotos, cubiertos de tosco sayal, atizar el fuego y templar los grabados hierros, que, candentes ya, pasaban á las blancas y limpias manos del Sacristan, revestido de la correspondiente alba, quien las hacía con el mayor cuidado, cantando todos dulcísimos

himnos, cuyo melodioso eco, traspasando las paredes de la estancia adornadas de blancos lienzos, iba á mezclarse y confundirse con el sonoro murmullo de próximo arroyuelo y el melancólico cántico de solitario pajarillo y el apenas perceptible ruido de las copas de los árboles que se balanceaban á impulsos de ligera brisa. Y cuando no de esta manera, hallaremos que ya en los ángulos de las Sacristías, ya en casas particulares, ahora solos, ahora acompañados, fueran ricos, estuvieran en la miseria, generalmente siempre se procuraba que el mejor trigo y el mejor vino fueran para el Sacrificio y que las cajas destinadas á guardar las Hostias, así como los vasos en que habia de estar el vino, brillaran por su valor, adorno, limpieza, capacidad, hermosura y belleza.

Verdad es, que, ahora, á la abundantísima y espontánea oblacion antigua ha su-

cedido la actual limosna, que se entrega al Sacerdote á quien se pide la celebracion de la Misa. Verdad es, que, lo mismo los dones en especie de aquellos tiempos que el dinero de estos, no son, ni pueden ser precio de la Misa, porque la sangre de Jesucristo, que por ella se nos aplica, es inapreciable, y ni el cielo todo ni la tierra toda con los tesoros que encierran son bastantes á pagar una sola gota de esa purísima Sangre. Verdad es, que aquí no hay tráfico, ni mercancía, sino sólo un obsequio filial que los Cristianos hacen al Sacerdote que sirve al Altar y del Altar ha de vivir, pues digno es de merced todo operario que trabaja.

Todo esto es verdad; pero es no ménos cierto que desaparecieron aquellos dias felicísimos, en que corazones generosos se privaban aún de lo necesario, porque nada faltase al esplendor del culto católico. No

no nos parecemos á los que nos han precedido en aquel anhelante afan con que llevaban á la Iglesia los frutos de la tierra, de los que un Dios liberal y clemente habia colmado sus huertos y sus heredades. Ahora todo se concluye, la ropa envejece con el uso, la luz deja de despedir grata claridad por falta de combustible, cercénanse las velas de los altares áun para el acto del incruento Sacrificio, la celebracion de éste disminuye por momentos, se caen y cierran los Templos del Señor y sus Ministros.....

¡Ah! ¡Qué bien harian las personas, que deben á una sábia Providencia cuantiosos bienes, qué bien harian, repetimos, cada cual en su círculo, procurando economizar ratos perdidos y utilizar hasta las hilachas de riquísimos vestidos, en proveer á las Parroquias pobres de ornamentos sagrados y á sus exhaustas fábricas de la indispen-

sable cera y no ménos necesario pan y vino!
¡Qué bien harían los Rectores de las mismas en vigilar sin tregua, ni descanso, porque los respectivos dependientes cuidaran de los objetos dichos, evitando las humedades, los dobleces innecesarios, la dilapidacion de los pequeños rapazuelos que no conocen, ni penetran lo que es el Sacrificio!
¡Qué bien haríamos todos, cada uno por nuestra parte, en cooperar á la decencia, majestad, brillo y vida de tan incomparable acto!

¿Para quién nos afanamos? Para nuestro Dios. ¿Quién gana en este lance? El hombre. Si, pues, Salomon, en la Ley Antigua, ley de sombras, de terror, de promesas, fabrica un Templo suntuosísimo, donde el oro, plata, piedras preciosas, sedas, marfil, incienso y víctimas se prodigan con profusion, ¿por qué nosotros no hemos de hacer un esfuerzo, en estos tiem-

pos de gracia, de misericordia, de amor, para preparar digna estancia y materia digna al Dios de las alturas, que se humilla hasta á descender realmente en la Santa Misa?



CAPÍTULO X.

LO QUE QUEDA DESPUES DEL SACRIFICIO,
Ó SEA EL SACRAMENTO.



OMO de árboles frondosos procede delicado y sabroso fruto, que no sólo agrada á la vista y recrea el olfato y entretiene el gusto, si que tambien se guarda para presentarlo en suntuosas y regaladas mesas y para que nos sirva de fresco y sustancioso alimento, del mismo modo, realizado el Sacrosanto Sacrificio, nos queda el Santísimo Sacramento, ese fruto riquísimo, ese nectar deliciosísimo, ese exquisito bálsamo, ese preciosísimo

tesoro, que la Iglesia, bondadosa Madre, conserva y reserva para subvenir solícita y cariñosa á las múltiples necesidades espirituales de sus dolientes hijos.

La sagrada Eucaristía no sólo tiene razon de Sacrificio, es además Sacramento. Como Sacrificio está instituido para probar y reconocer el supremo dominio de Dios sobre todas las criaturas, pues que en honor suyo se inmola la Hostia de propiciacion; como Sacramento está destinado á sustentar las almas fieles uniéndose á ellas por una comida real y verdadera, segun aquello de que «Mi carne es comida y mi sangre es bebida.» Como Sacrificio es un acto transeunte, cual fué el sangriento del Calvario y lo es el brote de los frutos en el árbol, pues consiste en la oblacion, consagracion y suncion, que son sus partes integrantes; como Sacramento permanece despues de la Misa y persevera en lo que las

especies de pan y vino, bajo las que se oculta, no se corrompan. Como Sacrificio exige el trabajo del Sacerdote que prepara, ofrece, consagra y consume el pan eucarístico; como Sacramento sólo pide el Ministro de distribucion para recibirle, y prescindir de él para adorarle, venerarle y dirigirle nuestros ruegos y peticiones.

¡Ah! El Sacrificio de la Misa es la accion más sublime y augusta que se practica en la Iglesia católica, y el Sacramento es la joya de más valor, es la más rica alhaja, es lo más grande, lo más divino, lo más celestial que la misma Iglesia posee en sus inagotables tesoros.

El Sacramento del Altar era el objeto más querido de los primitivos cristianos, pues hallaban en él consuelo, proteccion, alimento y dulcísimas delicias. Tenia el animoso mártir que presentarse ante el fiero tirano, para de allí marchar al anfitea-

tro, donde ardiente hoguera calcinaba sus palpitantes carnes, ó sañudas garras de rugiente leon las dividian en sangrientos girones; pues ántes desdoblaba cuidadosa y reverentemente bordada lista de fina seda, y abriendo pequeña y olorosa cajita, sacaba el consagrado panecito, que lleno de amor y de confianza tomaba con sus propias manos, por no permitir otra cosa la cruda persecucion que sufrían. Luchaba el solitario anacoreta en hórrida espesura con importunas tentaciones; próximo á ceder á las reiteradas instancias que envidioso enemigo le hacia de lanzarse á los tumultuosos placeres de un mundo engañoso, no veía medio humano de reanimar su fervor, por vivir léjos de celoso y caritativo Director; ni la oracion asídua, ni la sagrada lectura, ni la más austera penitencia eran bastantes á contener aquel fuego infernal que abrasaba su corazon; en aquel supremo

conflicto acudía al amoroso Jesús, y exponiéndole sobre saliente piedrecita de su reducida celdilla, sin más ruido que el causado por el ligero pajarillo que revoloteaba de rama en rama, ó el choque de las hojas al ser sacudidas por el viento, ó el pausado gotear de rústica fuentecilla, iluminada la escena por la ténue claridad del grato crepúsculo y con la invisible asistencia de absortos espíritus, le suplicaba ardientemente ó le recibía devotamente, viendo disipada con tan potente influjo la violenta tempestad contra su pobre alma suscitada. Emprendía intrépido confesor arriesgado viaje, surcaba encrespados mares la débil barquilla, azotaba sus descubiertos costados impetuoso huracan, desuníanse sus delgadas tablas, entreveíase un horroroso abismo; entónces se clamaba al Santísimo Sacramento, religiosamente custodiado, y el viento cesaba, la mar serenaba, resistían

las flexibles tablas, caminaba veloz la embarcacion y se llegaba felizmente á puerto de salvacion.

El Santísimo Sacramento servia tambien de signo de caritativa union en aquellos tiempos borrascosos y terribles. A pié con el bordon del peregrino y atravesando espinosas sendas, caballeros en briosos corceles cuyas ligeras pisadas apenas señalaban la férrea planta en las magníficas vías romanas, por los desiertos sobre altos y sufridos dromedarios que hallaban amarga raíz entré abrasadas arenas, por los mares espumosos en las pesadas triremes de simbólicos emblemas, de mil modos y maneras corrian los Diáconos de una á otra ciudad, de esta á aquella provincia, hasta de reino á reino, llevando á los Obispos la sagrada Eucaristía en señal de católica union y concordia. Y cuando turbulentas herejías affligian el corazon de los buenos, y el error

en venenosa copa llevaba la muerte á las almas incautas, y la ciencia y el poder y dignidad, poniéndose de parte de los revoltosos, aumentaban la escision, la condenatoria sentencia, firmada con la sangre de Jesús que se tomara de cincelado cáliz, helaba de espanto los corazones y probaba á la faz del mundo que habian roto la comunion y que no eran dignos, mientras no abjurasen, de recibir aquel Sacramento de paz y de amor. Por el contrario, permaneciendo fieles, los impedidos en sus casas, ó en las tenebrosas cárceles, los plebanos ocupados en faenas agrícolas, los militares que vivian en retirados campamentos y los enfermos que yacían en triste lecho próximos á sucumbir, todos, todos tenian la dicha de participar de la Hostia Divina llevada pública, ó sigilosamente, segun el caso, por el correspondiente Ministro.

Los enfermos..... ¡Ah! La Sagrada

Eucaristía ha sido , siempre que ha podido llevarseles, su mayor alegría, su mejor amigo, su dichoso Viático. Cuando todo desaparece en torno del mísero mortal; cuando se disipan las más halagüeñas esperanzas, semejando fluctuantes columnas de humo enrarecidas por ligero vientecillo; cuando huyen los amigos y parientes ante el espectro de la muerte que avanza impo- nente y aterrador; cuando el ánimo decae en fuerza del rudo embate de violenta enfermedad que consume y aniquila al pa- ciente; cuando hasta el corazon parece abandonar al corazon y el alma lucha por salir de la cárcel del cuerpo; cuando se presenta horrorosa la vista de una eternidad, quizá de tormentos, por las culpas cometidas, ¡qué grato no debe ser al cristiano recibir la visita amorosa de un Dios Clemente, que, llevado por compasivo Sacerdote, por entre heladas sendas de blanquísima nieve, ó es-

carpados riscos de resbaladiza roca, bien bajo frondosa alameda de altos sauces, bien al raso sufriendo impasible el violento soplo de recio vendabal, ora acompañado de devotos cofrades con antorchas encendidas, ora sólo precedido del práctico sacristan que lleva el antiguo é indispensable farol, entra, lo mismo en el lujoso palacio que en la desmantelada buhardilla, en el gabinete alfombrado del rico comerciante como en la desnuda alcoba del pobre menestral, en la choza del pastor y en la cueva del mendigo, y va á la cárcel y sale al despoblado y sube al cerro y baja á la mina subterránea y entra en el hospital y no rehuye el buque, ni el carruaje, ni áun el sucio muladar, para consolar al moribundo y prepararle al último viaje y darle alientos contra todos los enemigos, siendo el único que no le deja, el único que no le abandona, el único que le prueba verdadera amis-

tad, pues sella su muerte preciosa y le despide como Redentor ántes de encontrarle como Juez! ¡Dichosa, dichosa mil veces, la persona que logra hospedar por vez postrera al mejor Huesped del mundo, al que paga sobreabundantemente la posada, dando por tierra cielo, por escoria oro puro, por tiempo falaz alegre eternidad!

¿Y qué diremos de la Sagrada Comunión, usada con frecuencia fuera de la Misa, acto interesante en el que grave Ministro, ostentando sobre negra vestidurizado roquete y bordada estola, hace girar sobre sus pequeños goznes la dorada portezuela, y descorriendo lujosa cortina, saca de plateada copa el cuerpo del Señor, levantándole en alto y colocándole sobre la limpia y purpurina lengua del alma enamorada, que genuflexa y entre coros de invisibles ángeles se une con su Dios en casto

desposorio? ¿Y qué de esas comuniones generales, cuyo patético espectáculo subyugaba el alma incrédula del cínico Voltaire, en las que ante un Altar radiante de oro, do reverberan centenares de lucientes cirios, se distribuye el Pan de los Ángeles á graciosos grupos de alegres niños, que con blancas vestiduras y hermosas guirnaldas de frescas flores se llegan á recibirle, entretenidos por los dulcísimos acordes del melodioso órgano, alentados por la majestuosa y paternal voz de celoso Párroco y admirados por sus amantes padres, cuyos ojos humedecen furtivas lágrimas? ¿Y qué de las visitas hechas en todo tiempo á ese Dios bondadoso, escondido unas veces en la simbólica paloma que pende de gruesa cadena sobre el altar, guardado otras en la preciosa torrecilla de caprichosa figura y de inestimable trabajo en sus multiplicados adornos, dentro las más del ordinario vaso

de plata y oro llamado Copon y que está colocado en arqueada celdita y expuesto no pocas á la pública veneracion en riquísima Custodia de radioso círculo y recubierta de topacios y esmeraldas?

Cuando arde la guerra y amenaza inundar de sangre comarcas enteras, reduciendo populosas ciudades á incultos páramos; si la peste agita la feroz guadaña y siembra de cadáveres calles y plazas, llevando el luto y desolacion á las afligidas familias; en las violentas conmociones que rios candentes de materias inflamadas causan con su precipitado correr á regiones dilatadas; al triste anuncio de espantosa hambre, ocasionada de larga sequía, ó de repentinos turbiones que todo lo arrasan; por cualquiera calamidad de esas que pesan fuertemente sobre el corazon humano, se ha solido recurrir por los Prelados, amantes del bien de sus ovejas, á la exposicion del Santísimo

Sacramento, y á su presencia soberana se retira la silbadora tempestad, viene el apetecido rocío, sosiégase la tierra, se apaga el ardiente volcan, desaparece la contagiosa enfermedad, cesa la guerra, brilla la paz y renace el contento y satisfaccion apetecidos.

¿Qué seria del orbe, saturada su atmósfera de injuriosas blasfemias y soeces palabras, manchada su superficie de infames crímenes y de repugnantes acciones, lleno todo él de escándalo é iniquidad, qué seria, repetimos, de él y de nosotros, si nuestro buen Jesús abandonara los Templos y Capillas, los Tabernáculos y Sagrarios, donde está Sacramentado, y nos dejara á merced de nuestras propias fuerzas y entre tantos peligros? Pero no, no se retira de nosotros, ántes bien se multiplica y subsiste, á pesar de la ingratitud y de las profanaciones y la frialdad é indiferencia, para bien de sus

devotos y fieles hijos, aún más, llega un día en que sale á limpiar y purificar sus aldeas y ciudades y á derramar bendiciones mil por las campiñas y los desiertos.

Contemplemos un pueblecito en el día del Señor, ¡qué espectáculo más bello nos ofrece la procesion con el Santísimo Sacramento! Por rústicas callejuelas alfombradas de blancas telas y de olorosas florecillas, flotantes al viento las sencillas colchas de algodón de variados dibujos, mientras vibran sonoras sus metálicas lenguas las pesadas campanas volteadas por juguetones rapazuelos, se ven desfilar en ordenado conjunto los robustos aldeanos de rostro tostado y aire marcial, venerables ancianos de cabello encanecido y vacilante paso, devotas matronas sosteniendo su pequeño cirio y guiando alegres niños, observándose en el centro de aquella religiosa comitiva al vetusto sacristan, bajo preciosa manga, en

la que brilla la Cruz Parroquial, y escoltado por vivaces monacillos, cuyos rápidos movimientos hacen oscilar las velas de sus ciriales regando de urentes gotas de cera el tránsito, y más allá, en último término, al respetable Párroco, que sostiene en sus trémulas manos, cubiertas con rico velo de seda, la refulgente Custodia, do descansa como en misericordioso trono el Dios de amor, y cuya brillante irradiacion apaga en parte la cenicienta nube de aromático incienso que produce la continua ondulacion de movible navecilla ó turíbulo.

Si esto no nos agrada, surquemos veloces las azuladas ondas de un mar inmenso, y asistamos en espíritu á la tiernísima ceremonia que en los primeros tiempos de la civilizadora mision de aquellas regiones nos presenta el indicado dia.

Los sitios que recorre la procesion del Señor son arqueadas calles de frondosos



árboles, entrecortadas por graciosas plazoletas de finísimo cesped; sobre las ramas, derechas unas, ligeramente encorvadas otras y llenas todas de verdes pimpollos, revolotean infinidad de pajarillos, sutilmente sujetos por imperceptibles hilitos y que con armonioso gorjeo saludan al Rey de la fiesta; en los claros de las múltiples calles véanse grandes vasos de límpido cristal, en cuyo fondo, lleno de clarísima agua, bullen y juguetean pintados y nadadores pececillos, cual si quisieran romper las débiles paredes de su estrecha prision y lanzarse en busca de sus amados rios y arroyos; de trecho en trecho hay caprichosas cestillas que contienen las doradas espigas, los racimos de amarillos dátiles, el grueso fruto del alto cocotero, la sabrosa caña del azúcar codiciado y cuanto una pródiga naturaleza puede ofrecer de más rico y sustancioso, para presentarlo en señal de agra-

decimiento al Dador de todo bien; á lo léjos se percibe el ruido que forma el salto del torrente que salva la espesura, el lastimero chirrido de ave escondida en la maleza y el feroz rugido del fiero leon y de la temible pantera, cuidadosamente sujetos con fortísimas cadenas para que prestaran su homenaje sin interrumpir la fiesta; los rayos potentes de un sol de fuego se templean por la espesa copa de fértiles árboles y la suave brisa que húmedas praderas hacen llegar hasta el sitio de la escena; y por él pasan y vuelven á pasar los neófitos fervorosos con sus raros trajes, dirigidos y presididos por los amables misioneros, que entonan dulcísimos himnos y esparcen flores hácia el Señor y alegran aquellas florestas y las purifican del idolátrico culto y las sujetan á su Criador y prueban al mundo entero la Divinidad de ese Dios, que así avasalla los humanos corazones y

por ellos triunfa y reina en toda la naturaleza.

¡Qué dicha hubiera sido la nuestra haber podido asistir á una de aquellas procesiones tan devotas, tan puras, tan inocentes, tan profundas y tan poéticas al mismo tiempo! Pero volvamos á nuestras ciudades y describamos, siquiera rápidamente, lo que en ellas sucede en tan alegre y célebre día.

Se esparce por las calles, que ha de recorrer triunfalmente nuestro buen Dios, finísima arena; tráense de los vecinos montecillos y de los amenos jardines el oloroso tomillo y purpúreo cantueso, para tapizar las Iglesias y aún la misma vía marcada con la blanca arena; adórnanse ventanas y balcones con lujosas colgaduras de seda en que brillan franjas doradas y de color azulado: se extiende la guarnicion militar por la carrera, presentando de sitio en sitio arrogantes mancebos de toda gala é inmóviles cual

estátuas de mármol; y de los Templos y de las casas particulares van acudiendo á la Basílica el Clero parroquial, las Comunidades, las Congregaciones y cuantos el deber y la piedad llaman á tan imponente acto.

Llega la hora, y lucida vanguardia de armados ginetes despeja el paso con majestuosa actitud; vienen despues los bordados estandartes y ondeantes banderas, cuyas largas borlas agitan con viveza rubicundos niños vestidos de ángeles; siguen, entre dos filas de devotos congregantes con cirios encendidos, las riquísimas cruces parroquiales, sobre las que refleja sus rayos un sol naciente, esparciendo purísima claridad por todo el contorno; véense luego graves y respetuosos, ya los hijos del claustro, ya los alegres seminaristas, ya los ancianos sacerdotes, ya, en fin, los Prelados de la Iglesia, los altos dignatarios, los poderosos del siglo que, de grado ó por fuerza, humillan

sus altivas cervices ante el Dios tres veces santo; aparece, por fin, sobre preciosísimo trono en forma de gracioso tabernáculo, que llevan robustos Eclesiásticos, ó bien sostiene dorado carro de lento movimiento é imperceptible sonido, el Santísimo Sacramento, incluido en resplandeciente Custodia y derramando, cual sol cubierto de transparente nube, luminosos destellos de fe, de bondad y de gracia.

Y los sonoros ecos de las cien campanas que voltean en las torres llenan de alegría los corazones; el onduloso estampido del cañon, reproduciéndose en los inmediatos valles y collados, concurre, con su tremenda voz, á la fiesta; entónanse pausadamente los bellísimos himnos del oficio del Santísimo Sacramento, compuestos por el angélico Maestro; y cuando cesan los cantores, suelen llenar el áura, saturada de mil odoríferas emanaciones, los me-

lodiosos ecos de bien ejecutada pieza; grupos de candorosos niños vestidos de blanco, tomando las deshojadas rosas, las lanzan con sus manecitas hácia el triunfal carruaje, esmaltando con dibujos inimitables sus gradas y plataforma; los Clérigos, cubiertos de preciosa dalmática, balancean el plateado incensario y forman columnas mil de humo gratísimo, que envuelven por un momento el Tabernáculo, para luego desvanecerse y hacer que aparezca más radiante y esplendoroso; la madre tierna enseña la Hostia sagrada á su pequeñuelo, que extasiado extiende sus manecitas en suplicante ademán, mientras que el decrepito anciano, apenas visto su Dios, murmura patética plegaria y, no pudiendo otra cosa, inclina su débil cuerpo en señal de respeto y adoracion; todo, todo contribuye á que la festividad se celebre con más pompa y solemnidad, manifestando al espíritu pen-

sador, que hay un Dios que reprime al fuerte y sostiene al miserable, que humilla lo excelso y eleva lo abatido, y que sirve de lazo de union entre las clases todas, así como entre el cielo y la tierra.

¡Qué árbol tan precioso el que da un fruto tan divino del amor de Jesús Sacramentado!



CAPÍTULO XI.

BONDAD DE JESÚS, SU PODER, SU JUSTICIA,
MANIFESTADAS POR EL SACRAMENTO
DE AMOR.

SI NO temiéramos hacernos difusos, referiríamos con el mayor gusto las maravillas obradas en todo tiempo por la potencia del adorable Jesús, Dios escondido bajo los sacramentales velos; pero nos contentaremos con tres más memorables, que pertenecen á los primeros Siglos, á la nebulosa época de la Edad Media y al principio de la Edad Novísima, y en las que se ve claramente lo que vale una Hostia consagrada.

Era el siglo V de la Iglesia; pasa la escena en la gran Bizancio, en aquella émula de Roma, célebre por su comercio, por sus monumentos, por sus controversias, por sus vicisitudes; ocupa el imperial trono el sábio Justiniano, más jurisconsulto que guerrero, y cuya pluma produjera el tan leído y renombrado Código legislativo; son los principales actores dos esposos judíos y un niño de corta edad.

Habia ido el pequenuelo á la escuela, donde, junto con las letras, aprendia insensiblemente los rudimentos de la doctrina cristiana. Cierta dia, por la mañana, se abrió la puerta del aula, y apareció un Diácono que estaba al servicio del magnífico y bellissimo templo de Santa Sofía, la mayor y más rica Basílica de Constantinopla. Requerido por el Preceptor sobre el motivo que le llevaba, respondió, que le enviaba el Prelado á buscar algunos niños que estu-

viesen en ayunas, para darles los fragmentos ó reliquias de los panes consagrados, pues en la Iglesia Griega, que celebra con pan fermentado, se seguia esta disciplina. Designó el buen Maestro los que le parecieron más á propósito por su candor y sencillez, y entre ellos se fué tambien el hijo del judío, que no sabia adonde iba, pero que comulgó con los otros y como los otros.

Lo largo de la ceremonia hizo que el niño fuera más tarde de lo acostumbrado á su casa. El padre, que lo habia notado, le pregunta la causa de su tardanza y que le diga dónde y por qué se ha entretenido tanto. Contesta el niño con sencilla claridad, que ha ido á la Iglesia de los cristianos y que allí ha comido del otro pan que daban á los demás muchachos. Arde el padre en subitánea ira, vapores mil suben del corazon al cerebro, túrbase su inteligencia,

toma á su inocente hijo y le arroja en el horno encendido para disolver la materia vítreá que sostenia su oficio, cerrando detrás de sí la única puerta de aquel hervidero de fuego.

Nada sabia la infeliz madre, echa de ménos al hijo de sus entrañas, espera un poco, creyendo que vendria, y sale al fin á buscarle por toda la ciudad. Desolada, cual otra esposa de los Cantares, recorre las calles y plazas, entra en los Templos, registra los mercados, va á las escuelas, examina las barcas, inquiere, pregunta, detiene á los transeuntes, se queja á los guardas, no perdona medio, ni diligencia. Todo en vano, han sido inútiles sus pesquisas, no ha respondido á los suspiros amorosos de su corazon el conocido acento de su querido hijo. Vuélvese triste y afligida á su casa, y allí exhala su alma apenada dolorosos ayes y sentidas expresiones, mientras corren de

sus llorosos ojos arroyos de ardientes lágrimas.

Tres dias han pasado, dias de angustia y sufrimiento sin igual. Medio loca, ha recorrido toda la casa, gritando y golpeándose sin piedad. Cansada ya y rendida, se detiene junto á la puerta del horno y pronuncia repetidas veces el nombre del niño. ¡Cuál seria su sorpresa cuando éste, conociendo su voz, la responde desde dentro donde estaba! Rompe la puerta, penetra en aquella morada de llamas, mira con viva ansiedad, ¡oh prodigio!, ve á su hijo en medio del fuego, tranquilo, gozoso, sano y sin lesion alguna. Sale, le abraza contra su pecho, rocía su infantil rostro con lágrimas de júbilo, le contempla una y otra vez, y al cabo le pregunta cómo habia sido preservado del devorador elemento.

Satisface el candoroso niño la natural curiosidad de su amante madre. Cuéntala

que una hermosísima Señora con manto de brillante grana habia venido en el momento y derramando abundante y fresquísima agua, habia apagado las olas de aquel mar de fuego. Añade que esta operacion se repitiera varias veces y que además la misma Señora le habia proporcionado nutritivo alimento. No dudan madre é hijo que es la Vírgen María, madre de los cristianos, y la bendicen y la entregan sus devotos corazones.

Tan ruidoso suceso no queda oculto. Corre su noticia de boca en boca y llega hasta el trono del piadoso Emperador. Llama éste á los tres, oye de boca de la mujer el prodigio obrado en favor de su hijo y convida á todos á ser cristianos. Resístese el desventurado del padre y recibe el condigno castigo de su cruel parricidio, muriendo en su obstinada ceguedad. Acceden el niño y la madre, y bautizados con

júbilo de los cristianos, son incorporados al gremio de la Iglesia, donde viven amando y venerando á Dios y á su Purísima Madre.

¡Cómo preservó el buen Jesús al tierno angelito, que le habia hospedado Sacramentado en su inocente pecho, de una muerte horrorosa y segura! ¡Cómo repitió con él lo que siglos ántes obrara Dios clemente con los tres mancebos arrojados de órden del impío Nabuco en el ardoroso horno de Babilonia! ¡Cómo se excedió, por decirlo así, para prueba de la eficacia del Santísimo Sacramento, enviando nada ménos que á su Madre á refrigerar con fresco rocío la inflamada atmósfera del vidrio ardiente! ¡Oh! ¡Cuán bondadoso es nuestro Salvador!

Ligeros, cual ténues vaporcillos impelidos de impetuoso huracan, han pasado los años en ese círculo siempre temible del inseguro tiempo.

Nos hallamos en el último tercio del siglo XIII. Es la época de la Edad Media, caliginosa, sí, pero que sirve de esplendente foco de luz clarísima para la posteridad. Una lucha terrible, cruel, sangrienta, se sostiene entre el imperio y el sacerdocio, entre Alemania y Roma, entre el poder secular y el eclesiástico.

La cuestión de las investiduras, esa intrusión del brazo laico en la elección de los Ministros Eclesiásticos, lo ha turbado todo, produciendo males sin cuento. Los Pontífices, encargados de pacificar los pueblos, representantes de la clemencia y de la mansedumbre, vicarios de un Dios que muere en la Cruz bendiciendo á sus enemigos, se ven precisados á defenderse con las armas, á levantar ejércitos, á repeler la fuerza con la fuerza, á ver, contra los sentimientos amorosos de un corazón paternal, la efusión de sangre querida. Y los

Reyes, poco escrupulosos, avaros en demasía, llenos de ambicion, instigados por Luzbel, cuando otra cosa no pueden, echan mano de los medios más inícuos y reprobados, asalariando tropas impías, libertinas, crueles y apenas disciplinadas.

Entre las varias peripecias de aquella encarnizada lucha, en que se tomaban ciudades que se volvian á dejar luego llenas de luto y ruinas, cual quedan de cieno las verdes y pintorescas riberas de apacible rio en dias de repentina inundacion, merece referirse, por lo que hace á nuestro intento, la ocurrida en la pátria y cuna del Seráfico Francisco, del Padre de esa ínclita y provechosa Órden que tantos Santos ha dado á la Iglesia y hombres célebres al Orbe, en la renombrada y monumental Asís.

Un dia, cuando los ciudadanos todos se entregan tranquilos á sus cuotidianas

tareas, llega la noticia de que los feroces sarracenos, á sueldo del incrédulo é ingrato Federico, se disponen á sitiaria. Y el rumor toma consistencia y acrece y se convierte en espantosa realidad, y mientras los de dentro cierran las puertas, ocupan sus respectivos puestos y se aprestan á una heroica defensa, una nube de polvo, ocultando los rayos del sol, descubre las avanzadas enemigas que se ensanchan por grados y circunvalan el recinto. Suena el clarín de ataque, vuelan disparadas al aire por flexible arco mortíferas saetas, caen de una y otra parte los valientes soldados, gemebundos suspiros se elevan hasta el Trono del Altísimo por los desgraciados moribundos cristianos, el cerco se estrecha, las escalas se apoyan en las ennegrecidas paredes de antiguos torreones y de vetustos edificios, la media luna aparece por entre las almenas, refulgente brilla el afilado al-

fanje musulman y... pero no, no está decretada en los consejos del Eterno la perdicion de una ciudad santificada con la oracion y penitencia.

Clara, la ilustre Virgen de Asís, la heroína de la mortificacion, la fundadora de cien conventos, la solícita madre de hijas cariñosas y obedientes, la Taumaturga de su siglo, el asombro del orbe, Clara, repito, se halla en su Monasterio rodeada de afligidas vírgenes, que, cual tiernas palomitas, se han acogido bajo el poderoso manto de tan esclarecida Santa para no ser presa de insolentes y desalmados asesinos. Enferma yace de cuerpo; pero conserva un alma vigorosa: teme, no por sí misma, sino por aquellas inocentes esposas del Cordero: distráela un momento de su celestial contemplacion el tumultuoso ruido y choque de las armas; pero sin que pierda por eso su calma habitual: ora, y ora con fervor,

arrancando su piadosa actitud del corazón de las turbadas religiosas fervorosos gemidos y sentidos ruegos: súbita inspiración cruza su mente, pide con instancia el Cordon se guarda con esmero el Santísimo Sacramento, y se hace llevar á la portería del Convento.

Postrada allí ante el Dios de amor, cuya Majestad oculta se refleja para las almas creyentes por entre la cándida blancura de la Hostia Sacrosanta y el lustroso brillo del apreciado marfil y la preciosa cinceladura de la codiciada plata, le ruega con instancias amorosas, que semejando flechas encendidas hieren dulcemente el corazón compasivo de Jesús, que no entregue almas tan queridas, que rociara un día su preciosísima Sangre y que enlazara otro castísimo desposorio con tan adorable dueño, almas que en él creen y le confiesan, á enemigos desapiadados y de empedernido co-

razón. ¡Raro prodigio! Habla Jesús de dentro de aquel pequeño Sagrario, traspasa su voz los nacarados y plateados muros de su prision, y mientras suena dulcísima en los puros oídos de sus candidas esposas, cayendo en su angustiado corazón gratísima lluvia de consoladora esperanza, es retumbante trueno de colérica ira para los osados sarracenos, trueno que les turba, les aterra, los detiene, los desordena, los derriba y los pone en vergonzosa fuga. Cual resbalaron espumosas las bermejas olas de los cristalinos montes, que formaran sobre los incautos egipcios al contacto de la vara de Moisés las aguas del Mar Rojo, y las pesadas moles de fortísimos muros en la mística Jericó desunidas cayeron desmoronándose súbitamente al penetrante sonido de las sacerdotales trompetas, y aguerridos campeones en confuso desorden huyeron despavoridos y acuchillándose mutuamente

por el ingenioso ardid y agudo grito del astuto á la par que sencillo Gedeon, del mismo modo se desprendieron las mahométicas huestes de los sagrados paredones donde estaban encaramadas, envolviendo en su ruidosa caída á las otras que las seguían y llevando el pánico al resto del ejército, que dejó libres á las buenas religiosas, á los pacíficos habitantes y á los cansados defensores de la valiente Asís.

Sí, se salvó Asís por la intercesion de Clara y por la bondadosa proteccion que nuestro Omnipotente Dios prestara á sus esposas desde el Sacramento que le velaba. ¡Cuánto sirve este hecho para encender las almas en la devocion hácia Jesús Sacramentado! Pero veamos aún otro suceso, si cabe, más prodigioso por las circunstancias que en él concurren.

Próxima estaba á su fin la dominacion

agarena en la católica España. Más de seis siglos de titánica lucha habian ido conduciendo las huestes cristianas desde las cordilleras del Pirene y del Auseva hasta dar vista á las fértiles vegas de la rica Andalucía, donde debiera verificarse la última escena de aquella gloriosa epopeya. Las ciudades, una en pos de otra, se fueron emancipando de la feroz Media Luna, para volver al suave y dulcísimo yugo de la Cruz.

No obstante la superioridad de las armas católicas, como consecuencia de una larga dominacion, quedaban en las libertadas poblaciones restos de moriscos y judíos, que daban no poco que entender á las Autoridades eclesiástica y civil. El odio de raza se mantenía latente bajo el manto de forzada sumision, y la mano que servía á los señores y caballeros, agitaba sordamente el homicida puñal ó mezclaba traidora el activo veneno en la más usual co-

mida. Al público solían pasar por honrados vecinos, y quizá, quizá, por fieles fervorosos; pero en el secreto de nocturnas asambleas se entregaban á sangrientas y sarcásticas supersticiones é irreligiosidades.

Segovia, la célebre Segovia, la religiosa y monumental Segovia, fué testigo de un acto de barbarie por parte de los judíos, si bien visiblemente reprobado por el Cielo y dignamente castigado por la humana Justicia. Empeño tenaz y obstinado ha tenido y tiene la raza judía en ahogar la Cristiana Religion; pero cuanto más se arma y conjura y se agita contra ella, tanto más bellos resplandores esparce y más fuerte y vigorosa queda, pasada la lucha. Muerte inhumana é infame causara un dia al Nazareno; pero de su lapídeo sepulcro salió la vida victoriosa y triunfante. Así, pues, cuantas veces ha repetido sus furibundos golpes sobre la Iglesia por Él establecida,

ésta ha quedado y aparecido más hermosa y llena de vitalidad.

Apurado se hallaba el desgraciado Sacristan de San Fagun en la indicada ciudad; debía gruesas cantidades á duros y ávidos acreedores; perseguido se veía constantemente por sus activas y continuadas pesquisas; triste y sombrío porvenir le esperaba, vislumbrando no lejana áspera prision, penoso destierro, segura miseria.

Su corta asignacion no era bastante á sacarle de tan afflictivo estado; parientes ricos no tenia, ó si los tenia, no contaba con su generosidad; á trabajar no se determinaba, porque ni sabia dónde, ni era fácil, ni queria.

En tan crítica situacion se dirige á un médico judío, célebre prestamista, y le pide lo que cree ser bastante á solventar sus deudas. No rehusa el avaro Israelita darle lo que desea; pero exige en cambio,

no interés, no esclavitud, no servicios, no rezos, no gratitud, sino una joya de más valor. Una Hostia consagrada, el Sacramento del Altar, el Copon con nuestro Divino Redentor, es lo que reclama el aleve y despótico D. Mair del pobre é infortunado dependiente de San Fagun.

¿Qué hará éste infeliz? ¿Rechazará esta horrible proposicion? ¿Y la cárcel y el lento penar y la infamia del suplicio y la agonía de una muerte miserable? ¿Aceptará? ¿Y el cruel remordimiento y la inevitable excomunion y el morir separado de la Iglesia y la sentencia del Supremo Juez y el eterno suplicio? ¿Qué hará? ¿Desperdiciará la propicia ocasion? Pero y el vender cual otro Judas á Jesús por viles monedas, ¿no es un odioso crimen?

Más ¡oh insaciable avaricia! ¡A qué no conduces á los que te pagan tributo! ¡Oh punible debilidad, que huye de la sombra

de los trabajos y trueca el breve gozar por sempiterno penar! ¡Oh tibia fe, que no titubea en profanar las cosas más santas por conseguir mezquino interés.

Vencido de éste el criminal Sacristan, entrega á su Dios en manos de su mayor enemigo. Alborozado el Médico reúne los de su nacion, y con grande algazara quieren repetir en su Sinagoga lo que en el Gólgota hicieran siglos ántes los que ébrios de loca osadía pedían para sí y sus descendientes la sangre de un Dios hombre. Ya chispea el voraz fuego reduciendo á pavesas leños enormes, ya hierve, en el fondo de negra caldera, el agua del célebre acueducto, ya se retrata en aquellos abigarrados semblantes la más estúpida alegría, ya parece que el averno se apresta á una ruidosa victoria, ya.....

Mas, ¿qué sucede? Alba, más que la nieve, se eleva la Hostia Santísima des-

prendida de aquellos nuevos sayones; retumba horrísono estridente terremoto que hace oscilar las llamaradas de la hoguera, derramándose ardorosas mil gotas de agua; anchurosas grietas se ven en las gruesas paredes, cual si desunirse quisieran para no presenciar el nuevo crimen; espanto mortal se apodera de los incrédulos Israelitas que creen llegado su último momento y temen por su vida; los ángeles entonan cánticos dulcísimos en torno del Cordero, mientras que rugientes se abisman en las oscurísimas profundidades del infierno los secuaces de Luzbel.

Confundidos, no convencidos, avergonzados, no enmendados, temerosos, no agradecidos, toman la Hostia Santa en limpio y finísimo paño de blanco lino y la llevan al convento de Santo Domingo. Allí llaman al Padre Prior, le enteran del caso, le exigen secreto y hacen entrega de nuestro ado-

rable Sacramento, que en triunfo, acompañado de todos los Religiosos, recreado con armoniosos himnos, es llevado en procesion y administrado en Viático á un jóven Novicio gravemente enfermo. Muerto éste santamente al tercer dia, mientras gozoso pide por sus hermanos ante el trono del Altísimo, el Superior delibera con los más antiguos sobre la mayor ó menor obligacion de guardar silencio, ó dar parte del hecho.

A callar obliga la promesa del secreto, hablar manda la causa de la Religion. Si nada dice, envalentonados, repetirán el ataque de cualquier otro modo; empero si lo revela, se seguirán las prisiones, los tormentos y acaso la muerte. El desagaviar á Jesús Sacramentado impele á romper el silencio, la caridad, por otra parte, detiene las palabras.

Por fin, deciden manifestarlo al Prelado

y el resultado prueba el acierto de dicha resolución. Horrorosos crímenes, traiciones, envenenamientos aparecen en la confesion de los culpables. Y estos expian su delito, su casa es consagrada en obsequio del Señor, y el esplendoroso culto que se le tributa anualmente resarce en lo posible la horrible injuria inferida por el Judaismo.

¡Qué bien vendria aquí la descripcion de la celebérrima fiesta llamada de la Catorcena! ¡Qué asunto más propio al objeto de que vamos hablando el referir el entusiasmo amoroso con que las catorce Parroquias de Segovia procuran festejar á Jesús Sacramentado! ¡Qué ocupacion más grata para un corazon católico el poner á la vista las radiosas iluminaciones, las solemnes Misas y reservas, las concurridas procesiones, las deliciosas músicas, la sincera alegría, el júbilo expresivo de los Segovianos en semejantes dias! ¡Y las dádivas y los presentes

y los sacrificios y las mejoras y..... pero dejemos esto, que patentemente prueba la existencia del Salvador en el Santísimo Sacramento, y pasemos á decir algo de lo que resta hablar sobre el Santo Sacrificio de la Misa.



CAPÍTULO XII.

PRECEPTO DE OIR MISA.

UANDO los fieles asistian diariamente al Santo Sacrificio de la Misa, sin temor á la tenebrosa oscuridad de fria y lluviosa noche, á pesar de la penosa y larga jornada por entre caminos erizados de espinosos juncos, ó ásperas pedrezuelas, y no obstante la prolongada duracion del oficio divino á que se añadia frecuentemente la pastoral explicacion del Evangelio, no era ciertamente necesario precepto que los obligara bajo

pena de pecado mortal y en dias determinados.

Resfriándose, empero, la piedad, luego que con la paz dada á la Iglesia surgió la perezosa indolencia y con las barbáricas incursiones se tomó aficion desmedida al ruido de las armas y á la clamorosa ocupacion de la caza, se hizo preciso recordar á los cristianos la costumbre apostólica de acudir á la Misa, especialmente en los dias señalados, fijando, sobre todo, la obligacion en los Domingos y dias festivos.

Muy bueno seria que para cumplir este precepto Eclesiástico, dado para mejor guardar el Divino de santificar las fiestas, acudiéramos cada cual á aquella Iglesia en cuya fuente bautismal recibimos el sacramento de la regeneracion, que vió y presenció nuestra primera patética y fervorosa Comunión, donde infinidad de veces, golpeándonos el pecho profundamente dolori-

dos, se ha verificado la necesaria reconciliación para poder salvarnos, ante cuya faz, por decirlo así, se han estrechado los vínculos más sagrados, que es nuestra Iglesia, que es el centro de la familia cristiana, que es el sitio destinado para los grandes actos de la vida, para adorar á Dios, para solazarnos y alegrarnos en nuestras penas y aún para abreviar nuestro padecer en el Purgatorio, después de bendecir y guardar en depósito nuestros restos; pero ésto no está mandado, ésto no es obligación, como lo dice terminantemente el sábio Pontífice Benedicto XIV, pues la Iglesia, siempre prudente, no quiere imponer á los fieles más yugo que el que puedan llevar y en esta materia se contenta con invitar, con exhortar, con aconsejar, empero, sin mandarlo, ni ordenarlo, ni recurrir á las amenazas para su ejecución.

Tampoco estaria demás que los feligre-

ses asistieran á la Misa Mayor ó conventual. ¿No es ésta la llamada propiamente Misa del Pueblo? ¿No es la que celebra el Pastor por sus amadas ovejas? ¿No es la que estrecha los lazos de amor y caridad que debe haber entre éstas y aquel? ¿No descienden por ella como por rico canal abundantes gracias é infinitos méritos para todos los feligreses? ¿No se explica en ella y se desmenuza, cual sustancioso alimento, el pan de la Divina Palabra? ¿No se indican durante la misma las fiestas y ayunos que hay que guardar en la semana, las preciosas indulgencias que se pueden ganar, las pastorales y circulares de solícitos y amantes Prelados para su cumplimiento y las necesidades de míseras personas vivas y difuntas para pedir á Dios por ellas? ¡Ah! El más sano consejo que se puede dar á la cristiana familia, es que todos los que pudieran no dejaran de oír la Misa Parro-

quial. Sin embargo, y téngase bien presente, si no se hace, no se peca; si se oye otra, se cumple; y el que, en cualquier Iglesia, asista á cualquier Misa, en conciencia ha llenado el precepto, que sólo manda oír Misa.

Ahora que la Misa debe oírse entera, es decir, desde el Evangelio inclusive, sin salir como no sea en caso de necesidad, y esto por breves momentos, y no durante la Consagración, que es el acto más solemne de ella. Ha de haber presencia física, ó cuasi física, viendo al Sacerdote, ó unido á los oyentes que le ven, y rigiéndose por sus señales en las diferentes partes de la Misa, aunque sea desde la calle, por estar atestada de gentes la Iglesia, ó tener que guardar mercancías de valor. Y la postura será todo lo humilde que pueda ser, atendida la cualidad de la complexion de las personas, genuflexos especialmente al alzar ambas especies y al recibir la sacerdotal bendición,

en pié á la lectura del Santo Evangelio, como dispuestos á propagarlo y defenderlo.

No convienen, no, á la Majestad del Rey que baja de los Cielos á nuestros Altares, ni á la gravedad de los Misterios que se celebran, ni á la edificacion de los numerosos asistentes, esas indecorosas posiciones con que algunos más parece que duermen y descansan que oyen Misa, ni tampoco esos trajes lujosísimos y escandalosos que sirven de incentivo de envidia, de objeto de distraccion y de lazo de perdicion, ni mucho ménos esas confabulaciones con que casquivanos pedantuelos entretienen el rato, cual si fuera en un teatro ó salon de tertulia.

La Misa, ese Santo Sacrificio que las almas justas han mirado siempre con tanto respeto, al que asisten cubiertos los rostros con sus brillantes alas los querúbicos espíritus y que forma la más grata alegría de

la Santísima Trinidad, cuya majestuosa sombra envuelve el Altar do reposa amoroso el Unigénito del Padre, la Misa, repetimos, debe oirse del mejor modo posible, no haciendo cosa incompatible con ella y manifestando por la compostura y ademan exterior la reverencia y atenta contemplacion de un alma reconocida y humillada.

Convenimos con todos los autores místicos que no es preciso tener intencion de cumplir con el precepto de oir Misa, para que este mandamiento de la Iglesia se guarde por los fieles. Basta, pues, que se asista devotamente al Sacrosanto Sacrificio, y el que por agradecimiento á un Santo á quien venera, ó por conseguir del Señor alguna gracia espiritual ó temporal, ó para procurar el alivio de las almas del Purgatorio, ó por cualquier otro motivo oyere Misa, aunque ignorare, ó no recordar, ó no pensare que era día festivo, sa-

tisfizo ya al precepto, porque guardó su esencia, que es hacer bien lo que está mandado. Al contrario seria del que fuere á la Iglesia, mientras se celebran los augustos Misterios, por ver cómo se hacen, ó por hallar algun amigo con quien conversar, ó para admirar las preciosidades artísticas del Templo, ó bien para matar el ócio que consume, pues esto no es llevar intencion de oír devotamente la Misa, que es lo que se desea y exige por nuestra Madre la Iglesia.

En cuanto á la atencion sólo diremos que muy bien se puede oír Misa rezando devociones á la Vírgen Santísima y otros Santos, cumpliendo la penitencia impuesta, si ésta fuere oracion y otra cosa no hubiere determinado el Confesor, leyendo salmos y oraciones análogas, ó pensando en alguna verdad eterna y áun siguiendo al Sacerdote en todas las ceremonias, que tan conmovedoras son é instructivas.

Vendrán tentaciones, es verdad; pero con la ayuda de Dios pueden alejarse y ganar en vez de perder. El sueño, esa lán- guida y soporífera enfermedad que apode- rándose del cerebro y del corazon, va poco á poco adormeciendo las vitales facultades, y pesando tenaz sobre los párpados, amortigua la luz de nuestros vigilantes ojos y nos hace inclinar, casi á nuestro pesar, la erecta cerviz, puede rechazarse con algun medio mortificativo, ó bien cambiando de sitio y postura, si esto no nos hiciera ri- dículos, y cuando no, entablando interiores diálogos con nuestro buen Jesús y su pu- rísima Madre, para que esta dulcísima con- versacion nos vaya despabilando y sacando del estado de letárgica postracion. La dis- traccion, esa movilidad de nuestra imagi- nacion, que tan pronto reproduce caseras como extrañas escenas, que pinta con vi- vísimos colores lo mismo lo que agrada que

lo que repugna, que nos pasea instantáneamente por dentro y fuera de la Iglesia y nos lleva á las ciudades y nos hace ver desconocidos países, se remedia sencillamente con no hacer caso, repeliendo ideas fastidiosas cual espantamos pesados insectos en dias de caluroso bochorno, ó bien acogiéndonos al áncora de la meditacion que nos permitirá hacer pié en el continuado flujo y reflujo de tantos y tan variados pensamientos, estando segurísimos de que hemos cumplido, si cuando conocemos estar distraídos, lo sentimos y procuramos recogerlos, aunque luego una y mil veces más se nos vaya la imaginacion á lo que no convenga, con tal que siempre que se advierta se rechace. Y el intenso frio que á veces se siente á causa del húmedo y helado vientecillo que penetra por las mal entornadas puertas ó descuidadas ventanas, y el sofocante calor que el fétido aliento de

mil personas, algunas súcias y harapientas, produce en la pesada atmósfera que respiramos, y el cansancio y tédio que suele tambien surgir en el fondo de nuestras almas, al ver trascurrir rápidos los momentos á la par que se alargan los Misterios, todo esto y cualquier otra pena desaparecerá, ó se mitigará, si levantamos los ojos al expresivo Crucifijo, que preside la ceremonia, y que nos indica con elocuente actitud, que debemos padecer algo por Aquel que por nosotros murió y cuya preciosísima Sangre se nos aplica en tan oportuno y no desperdiable acto Eucarístico.

Con indecible placer seguiria desvaneciendo las mil excusas que se alegan para eximirse de ir á Misa y añadiría que ni los enfermos, ni los convalecientes, ni los que cuidan á los primeros, ni las madres que tienen niños pequeños y no los pueden encomendar á otras personas, ni los encarce-

lados están obligados á oír Misa, si no fuera porque he de pasar á tratar detenidamente de los diferentes modos de estar con devocion en Misa, ideados no más que por fijar la volubilidad de nuestro corazon y hacer sumamente grato un Sacrificio, que ya hemos visto ser tan excelente, tan útil, tan prodigioso y tan Divino, cuya historia arrancando de la misma Creacion, despues de pasear en figura y en realidad majestuosa y victoriosamente el Antiguo y Nuevo Testamento, va á perderse en los insondables senos de la inmensidad de un Dios tres veces Santo.





SEGUNDA PARTE.

MÍSTICA.

MODOS DE OIR MISA.

INTRODUCCION.

RÍELAGO inmenso de amor la Misa, puede el alma engolfarse en sus dulcísimas aguas por medio de santas y piadosas reflexiones.

Jardin bellissimo do se recrea el Divino Dueño, nos es dado aspirar, una por una,

las mil variadas flores que encierra y embriagarnos dulcemente con su purísimo aroma.

Agradable firmamento en que brillan esplendorosos los atributos perfectísimos de un Dios hecho hombre, nuestros ojos pueden contemplar bellezas sin cuento á la suavísima luz de la fe.

¡Cuántas almas, águilas atrevidas, mirando de hito en hito tanta belleza y amor tanto, extasiadas han sentido leve la tierra que pisaban y con raudo vuelo se han internado en las escondidas cavidades de la piedra angular Cristo Jesús! ¡Cuántas otras, ligeras mariposillas, revoloteando de misterio en misterio, de perfeccion en perfeccion, enardecidas cada vez más al ver tan penetrante fuego de heróica caridad, han venido al fin á consumirse en las amorosas llamas del crucificado corazon de nuestro Redentor! ¡Y cuántas, tambien, solita-

rias tortolicas, no encontrando al deseado socio en las verdes riberas de terrenales placeres, han hallado sosiego y descanso en las melífluas dulzuras del riquísimo panal, que celestial abeja labrara cariñosa, y adormecidas con su melancólico arrullo, se han visto trasformar en otras de lo que ántes eran!

Yo convido, y convido con todo mi corazón, á las almas piadosas, que vengan sin demora á gustar de la inefable dulzura que encierra tan grato misterio, á extraer con incansable trabajo los escondidos tesoros de virtudes que nos proporciona tan riquísima mina, á aplicar confiadas los resecos lábios al limpio cauce de Sangre Divina, que, recibéndola abundante del manantial perenne del Calvario, la trasmite y transmitirá de edad en edad hasta [la consumacion de los siglos.

CAPÍTULO PRIMERO.

PRIMER MODO DE OIR MISA. SALMOS DE DAVID.

NO PUEDO dispensarme, no, de iniciar las maneras de oír la Santa Misa con la designación de los Salmos más acomodados á tan augusto Sacrificio.

¿No son los Salmos las más bellas composiciones que de númen poético han surgido? ¿No reflejan en sus preciosos versículos la Divina inspiración de que se sentía poseída el alma vigorosa de su ilustre Autor? ¿No hablan patéticamente y fuertemente al corazón de todo mortal con sus expre-

siones llenas de fuego, con sus ricas imágenes, sus profundas sentencias, sus bien sostenidas alegorías y con todo su inimitable artificio?

Treinta siglos há que se compusieron, y en todo ese tiempo los inflamados acentos de un Profeta Rey, ora compungido de dolor á vista de sus iniquidades, ora reanimado con la esperanza cierta de generosa misericordia, alegre unas veces con la grata perspectiva de la regeneracion social al soplo del Espíritu Consolador, triste otras y afligido por la ingrata correspondencia de corazones endurecidos, cuando en amorosos éxtasis de grata admiración, cuando entre agudísimas espinas de crueles remordimientos, se han dejado sentir vivos y penetrantes, y confiados á las melodiosas cuerdas de su arpa Divina, han hecho llegar hasta nuestros oídos sus sonoras y dulcísimas vibraciones.

Perdido se han otras canciones, por amenas y populares que hayan sido; pero las que esculpiera en blanco papiro la segura mano del Cantor Israelita han sobrevivido á las generaciones y á las épocas todas, recibiendo nueva gracia, por decirlo así, á medida que, deslizándose los siglos, las bellas artes se perfeccionaban y pulian.

Recorramos rápidamente el Orbe entero, oiremos el suavísimo cántico de los Davídicos Salmos en mil templos diversos, sean éstos el asombro de Roma ó Ginebra, de Madrid ó Quebec, de Quito ó de Moscou, de Pekin ó de Botany-bay, pudiendo decirse que las naciones cristianas todas han competido á porfia en aspirar la encantadora poesía de tan sublimes y sagrados himnos.

Pero pasemos á fijar algunos, para que el alma cristiana los rece ó medite, mientras se celebra la Santa Misa, los que po-

nemos parafraseados para mayor abundancia de expresivas ideas y de peregrinas frases.

PRINCIPIO DE LA MISA.

Salmo 50, de penitencia, preparatorio.

1. Tened piedad de mí, Dios mio, según la grandeza de vuestras misericordias.

2. ¿Cuántas muestras habeis dado de ellas con los pecadores en todos tiempos? no sea yo sólo el desdichado; borrad mi maldad, y haced que no quede en mi alma ni rastro de ella.

3. Limpiad más y más, Médico soberano, mis inmundas llagas, haced que desaparezcan enteramente las manchas que en mí han dejado.

4. Confieso, y confieso sin rebozo mi maldad: siento la confusion y vergüenza

de mi alma: se me presenta tal cual es, horrible y abominable.

5. Contra vos sólo pequé, y en vuestra presencia cometí la maldad; perdonádmela, Dios mio, para que seais reconocido fiel en vuestras palabras, y para tapar la boca á los que pretenden acusaros de poco fiel en vuestras promesas.

6. Atended, para moveros á compasión, á que en iniquidad original me engendró mi padre, y á que en pecado fuí concebido de mi madre.

7. Hubo tiempo en que os agradásteis de mi inocencia y en que me revelásteis los arcanos misteriosos de vuestra sabiduría.

8. Para que yo recobre aquel candor que tanto os agradaba, es necesario que me rocieis con el hisopo; hacedlo así, y quedaré más blanco que la misma nieve.

9. Hablad á mi corazon palabras dulces, que le alegren y consuelen; y mis fuer-

zas abatidas volverán á tomar su vigor antiguo.

10. No me mireis ya con rostro ceñudo, ni en mí quede sombra de pecado que mueva vuestra ira.

11. Criad, Dios mio, en mí un corazon limpio de toda inmundicia de maldad, y dadme un nuevo espíritu de sabiduría, de bondad y de rectitud.

12. No me arrojéis severo de vuestra presencia: ni me priveis de las luces é inspiraciones de vuestro Santo Espíritu.

13.- Volvedme aquella alegría interior que ántes formaba todo mi bien: y fortificad mi espíritu, para que no vuelva á vacilar.

14. Yo os prometo que con mis palabras y ejemplo contribuiré cuanto esté de mi parte á la conversion de los pecadores, y á que se vuelvan á vos y os busquen por el camino de la penitencia.

15. Reo soy de muchas muertes injustas que por mi orden se cometieron; mas perdonadme, Dios y Salvador mio, la pena que por eso merezco; y mi lengua se empleará en ensalzar vuestra misericordia de continuo.

16. Para eso, abrireis, Señor, mis labios, y mi boca publicará vuestras alabanzas.

17. Yo sé que no quereis víctimas por mi pecado; si en esto consistiera el expiarle, muchas y muy gruesas os hubiera ya ofrecido.

18. Mas no es esto lo que buskais: un corazon humillado y deshecho de dolor y de pesar por haberos ofendido, desarma vuestra cólera; y éste es el holocausto que más os agrada y que nunca desechais.

19. No os detengan, Señor, mis culpas, para derramar con mano benéfica sobre Sion vuestras mercedes, y que sean edificados los muros de Jerusalem.

20. Si esto así lo haceis, os serán agradables los sacrificios de justicia, las ofrendas y holocaustos que entónces os serán ofrecidos: entónces correrá á porfia todo el pueblo á cargar de solemnes víctimas vuestros altares.

DESDE EL INTROITO HASTA EL EVANGELIO.

Salmos 41, 83 y 84, de deseos amorosos.

XLI.

1. Al modo que el ciervo acosado de la sed desea con ardor las corrientes de las aguas para refrigerarse; así mi alma sólo por vos anhela y suspira, Dios mio.

2. De sólo vos, Dios fuerte y vivo, tiene sed mi alma; ¿cuándo llegará el dia en que pueda ir á saciarla con vuestra presencia?

3. Mi alimento fué llorar noche y dia,

cuando me veia cercado de gente malvada, que insultándome á cada paso, me preguntaba y decia: ¿dónde, dónde está ese tu Dios, en quien tú tanto confias?

4. Pensando en estos insultos é improperios, me consumia de tristeza: mas al fin tenia treguas mi dolor con la firme esperanza de que habia de volver á ver vuestro admirable tabernáculo, la casa en donde te-neis vuestra morada.

5. En donde sólo se oyen voces de alabanza, y de alegría y de festivos coros, que celebran vuestras fiestas.

6. Pues, ¿por qué estás triste, alma mia? ¿Por qué me tienes en esta violenta agitacion?

7. Pon en el Señor firmemente tu esperanza, y vive segura de que volverás á cantar sus alabanzas, y que enjugará tus lágrimas el que es tu Salvador y tu Dios.

8. Vivo turbado, y está sin paz mi co-

razon, por ésto, Dios mio, de vos me acordaré en esta tierra del Jordan, en el menor de los dos montes de Hermon, por donde la ira de Saul me obliga á andar fugitivo.

9. Una calamidad se alcanza á otra para venir sobre mi cabeza, á manera de tempestades é inundaciones espantosas, que son efecto de la voz airada de vuestros truenos.

10. Todas han venido sobre mí y me tienen casi de todo punto sumergido y anegado.

11. Mas con todo eso, yo espero en mi Dios que despues de esta grande oscuridad de calamidades me ha de restituir la luz de mis consuelos; y yo en la noche de tantas aflicciones no dejaré de cantar sus alabanzas y bendecirle por todo.

12. Siempre tendré en mi corazon al que es autor de mi vida; á él encaminaré mi oracion, y le diré: Vos, Dios mio, sois mi refugio y mi defensa.

13. ¿Pues por qué parece que me teneis así olvidado? ¿Por qué permitís á mi enemigo que me persiga y me oprima de tristeza?

14. Cuando me tienen ya debilitado y sin fuerzas, no cesan de insultarme y de perseguirme mis enemigos.

15. Diciéndome á cada paso: ¿Dónde, dónde está ese tu Dios, en quien tú tanto confías? Mas ¿por qué estás triste, alma mia? ¿Qué turbacion es ésta en que me tienes?

16. ¡Ah! no; pon en el Señor toda tu esperanza, y no dudes de que aún volverás á cantar en Sion las alabanzas del que enjugará tus lágrimas, del que es tu Dios y Salvador.

LXXXIII.

1. ¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los ejércitos! el ardiente deseo

que tengo de ver la casa de mi Dios, hace que mi corazón desfallezca.

2. Mi alma y mi cuerpo trasportados de júbilo aspiran solamente á la posesion del Dios vivo.

3. El pajarillo halla un hueco donde guarecerse: la tórtola busca donde fabricar su nido, para poner á cubierto sus pollitos.

4. ¿Yo, Señor de los ejércitos, Rey y Dios mio, me he de ver sin el abrigo y sombra de vuestros altares?

5. ¡Dichosos una y mil veces los que en vuestra Santa Casa se emplean de asiento en tributaros perpétuas alabanzas!

6. ¡Dichosos los que apoyándose solamente en vuestra Divina proteccion y socorro, tienen resuelto en su corazón pasar por el valle de lágrimas, para subir al monte Sion, y adoraros en el lugar que vos allí habeis consagrado!

7. El Señor, que les prescribió esta ley,

les dará también vigor para que vayan en grande multitud, y divididos en varias caravanas, anhelan únicamente por ver en Sion al Dios que no tiene semejante, para recibir de él sus bendiciones.

8. ¡Oh! ¡Y de cuánta dicha me veo yo privado! ¡Cuándo llegará el día en que vea cumplidos mis deseos! Concedédmelo vos, Señor Omnipotente; inclinaos á oír mis humildes ruegos, eterno Dios de Jacob.

9. Volveos á mirar benignamente á aquel á quien vos hicísteis ungir por Rey: no me lo negueis, único escudo y defensa de vuestro pueblo.

10. Más grato me es pasar un día en vuestros tabernáculos, que millares apartado del lugar donde sois adorado.

11. Antes quiero ejercer el empleo más vil en vuestra casa, que vivir honrado en magníficos palacios, rodeado de pecadores.

12. Por cuanto Dios gusta de emplear

su misericordia, y de hacer ver que es fiel en cumplir sus promesas; por eso espero yo que me concederá la gracia que le pido, y la gloria de volverle á ver en su Santo Templo.

13. Porque el Señor no negará su bendición á los que caminan delante de él con inocencia. ¡Oh! ¡Gran Dios de los ejércitos! ¡Dichoso aquel que en sólo vos pone toda su esperanza!

LXXXIV.

1. Señor, vos derramásteis vuestras bendiciones y consuelos sobre vuestra tierra, y rompísteis los lazos de la esclavitud en que gemia el pueblo de Jacob.

2. Perdonásteis las muchas maldades con que os tenia irritado; y con la abundancia de vuestra infinita misericordia cubrísteis todos sus pecados.

3. Hicisteis que se mitigase vuestra cólera, y que se detuviesen todos los efectos rigurosos de vuestra indignacion.

4. Mas para que ésta se aparte de nosotros, es necesario que nosotros primero os busquemos y nos convirtamos á vos: pero, ¿cómo podrá esto ser, si vos mismo, Salvador nuestro, no haceis que nos convirtamos?

5. ¿No llegará ya el tiempo de que os veamos propicio y aplacado con nosotros? ¿ó quereis, por ventura, mostrarnos para siempre un semblante ceñudo, y que vuestro enojo se extienda á todos nuestros descendientes?

6. No será así, Dios misericordioso: ántes bien esperamos que volviendo á mirarnos con piedad, nos dareis una nueva vida, y que vuestro pueblo en vos sólo se regocijará perfectamente.

7. Ea, Señor, hacednos ya sentir los

efectos de vuestra grande misericordia, y enviadnos á nuestro piadosísimo Salvador.

8. Parece que el Señor, mi Dios, quiere hablarme al corazón: hablad, Señor, que vuestro siervo escucha; palabras de paz para vuestro pueblo son las que inspirais en mi alma.

9. A favor de aquellos que con fidelidad os sirvan, y de los que reconociendo sus faltas pasadas vuelvan sobre sí, las detesten y os busquen con verdadero arrepentimiento.

10. Esto es lo que el Señor me inspira; y así cercana veo ya la salud de los que le temen, y toda la gloria del cielo descenderá, sin duda, á morar en nuestra tierra.

11. Se unirán con estrecho lazo la piedad y la verdad, la justicia y la paz se abrazarán en amable compañía.

12. Nacerá de la tierra la verdad, y mi-

rándola desde lo alto del cielo la justicia, descenderá de allí, y fijará su residencia entre los mortales.

13. Porque el Señor hará brillar su infinita misericordia, y nuestra tierra producirá el fruto deseado.

14. Delante de él irá como precursora la justicia; y la que ántes andaba desterrada del mundo, volverá á tomar en él asiento fijo.

DESDE EL EVANGELIO HASTA EL SANCTUS.

Salmos 115, 21, 109, histórico-proféticos.

CXV.

1. En vos sólo, Señor y Dios mio, he puesto siempre toda mi confianza; y esto mismo á voces he confesado, cuando me he visto atribulado y en angustia.

2. Cuando lleno de tristeza me veía obligado á huir; ¿qué socorro, iba diciendo, puedo esperar de los hombres, en los cuales no se halla sino infidelidad y engaño?

3. ¿Mas cómo podré yo corresponder á mi Dios por todas las gracias y bienes que me tiene hechos?

4. Un sacrificio de alabanza le ofreceré é invocaré, sin cesar, su Santo Nombre.

5. Al Templo acudiré, y á vista de todo el pueblo cumpliré los votos que le tengo hechos: para que viendo todos cómo me ha sacado bien de todos los peligros, conozcan cuánto es lo que estima y aprecia la vida de sus siervos.

6. Yo lo soy vuestro, Dios mio, siervo vuestro soy, é hijo de una madre que también fué vuestra sierva.

7. Roto habeis las cadenas que me ceñían: justo es, pues, que yo muestre mi reconocimiento, ofreciéndoos sacrificios de

alabanza, é invocando vuestro Nombre.

8. Al Templo acudiré, y á la entrada de él, en medio de tí, ¡oh Jerusalem!, y á la vista de todo el pueblo cumpliré al Señor los votos que le tengo hechos.

XXI.

1. ¡Dios mio, Dios mio, miradme con piedad! ¿Por qué de este modo me habeis desamparado? Los pecados agenos que yo he cargado sobre mí, me alejan de la salud que podria esperar de vuestra misericordia.

2. Esto no obstante gritaré á vos, Dios mio, y no cesaré de llamaros dia y noche: y aunque no sea este el momento en que debo ser oido, no por eso me será ésto imputado á necesidad ó imprudencia.

3. Morais lleno de majestad en vuestro Santuario, vos que sois la gloria de Israel,

que os ofrece sacrificios perennes de alabanzas.

4. Nuestros padres en vos fundaron toda su esperanza: en vos esperaron, y los sacásteis de sus apuros y trabajos.

5. A vos clamaron, y los pusísteis en salvo: en vos apoyaron su confianza, y no tuvieron por qué avergonzarse.

6. Mas yo, no ya figura de hombre, sino vil y despreciable gusano, he llegado á ser el blanco de las befas y escarnios de todos, y el desecho de los hombres.

7. Todos los que se paraban á mirarme, me llenaron de vituperios, y me insultaron con burlas, meneando sus cabezas.

8. Éste, decían, en el Señor tenia puesta su esperanza; pues que venga ahora á librarle, y sálvelo si es verdad, como él blasona, que tanto le ama.

9. Mas por cuanto vos sois el que de un

modo maravilloso me sacásteis del materno seno, y desde el pecho que mamé me tomásteis por vuestra cuenta, y me enseñásteis á que sólo en vos esperara:

10. Y áun encerrado en aquel vientre virginal, me arrojé todo á vuestro paternal cuidado y providencia, y á vos sólo reconocí por mi Padre y por mi Dios; no me desampareis en este lance.

11. Porque veo ya vecino el terrible momento de mi angustia, y no hay quién, para salvarme, me alargue la mano.

12. Cercado estoy de enemigos, que como indómitos novillos y lozanos toros quieren embestirme.

13. A manera de leones, que bramando se arrojan feroces sobre la presa, tienen ya abierta la boca para echarse furiosos sobre mí y devorarme.

14. Veo correr la sangre de mi cuerpo como si fuera agua que se derrama; y siento

ya descoyuntados todos mis huesos á fuerza de los tormentos.

15. Mi corazon dentro de mí va desmayando; y mis fuerzas, así como la cera se derrite á la proximidad del fuego, enteramente desfallecen.

16. Ha faltado el vigor en todos mis miembros, y como vasijas de tierra se van secando; mi lengua, por la sequedad, está pegada al paladar, y ya me habeis conducido hasta el polvo del sepulcro, en que despues de muerto he de ser enterrado.

17. Porque cercado me veo de una manada de rabiosos perros, de una grande tropa de hombres perversos y llenos de malicia.

18. Con clavos me han traspasado las manos y los piés; y pueden ya contarse todos mis huesos descarnados.

19. En esta triste situacion se ponen á mirarme y crueles me escarnecen; se repar-

ten mis vestiduras, y decide la suerte sobre mi túnica inconsútil.

20. Mas vos, Dios mio, en vista de esto no tardeis en venir á socorrerme: acudid luego á mi defensa.

21. No me dejeis padecer así bajo la espada de vuestra justicia; libradme, destituido de todo favor humano, del poder de perros tan furiosos.

22. Reducido á tal bajeza, sacadme de las fáuces y poder de leones, y de las astas de unicornios tan terribles y feroces.

23. Que yo entónces victorioso de la muerte, iré á anunciar á mis hermanos vuestro Nombre; y en medio de un nuevo pueblo fiel, que se os ha de agregar, cantaré vuestros loores.

24. Vosotros, les diré, los que temeis al Señor y le adorais, cantadle dulces himnos: glorificadle todos los que sois del pueblo de Jacob, y celebrad á una sus grandezas.

25. Respete á su Dios todo el linaje de Israel: pues piadoso inclinó su Majestad, para oír mis ruegos y consolarme, cuando me veía tan abandonado y afligido.

26. Nunca apartó de mí su rostro, y cuando alcé á él mi grito para llamarle, luego, luego oyó mi clamor.

27. Por tanto, Dios mio, en medio de una congregacion de pueblos cantaré vuestras alabanzas; y por medio de mis Ministros ofreceré continuamente un agradable sacrificio á la vista de todos los fieles que os adoran.

28. De mi mesa participarán y se hartarán los humildes y los pobres de espíritu; los cuales buscando á su Dios con sinceridad de corazon, sin cesar le alabarán, y con el alimento que yo les daré vivirán sus almas eternamente.

29. Reconocerán tan grandes maravi-

llas áun los pueblos más remotos de la tierra, y se convertirán al Señor. *

30. Y todas las naciones, sin distincion alguna, dejada la vanidad de sus ídolos, vendrán á postrársele y á adorarle.

31. Porque el Señor es á quien propiamente pertenece el reinar: Él es el que debe tener el imperio de todos los pueblos.

32. A adorarle vendrán, y á participar de esta mesa todos los poderosos y grandes de la tierra; todos los mortales, que han de descender al polvo del sepulcro, le doblarán reverentes la rodilla.

33. Yo pasaré á vivir con mi Padre en el seno de su gloria, y mis fieles hijos quedarán en la tierra, para servirle y honrarle.

34. Será alistada para el Señor, como heredad peculiar suya, la nueva generacion que despues ha de venir, y unos hombres inspirados del cielo instruirán en su

santa ley á un pueblo que ha de nacer, y que en su predestinacion formó para sí el Señor.

CIX.

1. Dios el Padre dijo á su único Hijo, mi Señor, Dios como él, y hecho hombre por amor de nosotros: Asiéntate á mi derecha:

2. Mientras que derribando yo á todos tus enemigos, los pongo á tus piés para que te sirvan de estrado.

3. En vista de esto, desde Sion, ¡oh Salvador mio!, hasta las extremidades de la tierra, se extenderá el cetro debido á vuestro valor. Id, pues, en hora buena, y ejerced vuestro imperio en medio de vuestros enemigos.

4. Vos tomareis posesion de este principado el dia en que en medio de los res-

plandores que rodean á vuestros escogidos se verá brillar vuestro gran poder y majestad. Porque esto es lo que conviene á aquel á quien el Padre Eterno habló de esta manera: Yo, Hijo mio, de toda la eternidad, y ántes de criar la estrella de la mañana, te engendré de mí mismo y de mi propia sustancia.

5. A quien el Señor con decreto y juramento irrevocable; Tú eres, añadió, y tú serás eternamente sacerdote segun el órden de Melquisedec.

6.º El Mesías, mi Señor, á quien habeis jurado todo esto, está verdaderamente sentado á vuestra derecha; y en el dia de su ira, haciendo experimentar sus terribles efectos, derribará el poder y abatirá el orgullo de aquellos Reyes que se opusieron al establecimiento de su imperio.

7. Como Juez soberano de todas las naciones de la tierra, lo llenará todo del es-

trago que hará de sus enemigos, y quebrantará las soberbias cabezas de todos los que no se sometieron á su yugo.

8. Mas ántes de llegar á esta elevacion y á poseer perfectamente la gloria de este imperio, será como embriagado mientras viviere de un torrente de penas, de angustias y de sufrimientos.

DESDE EL SANCTUS Á LA CONSAGRACION.

Salmos 18, 65 y 47, de admiracion.

XVIII

1. Los cielos publican la majestad y sabiduría del Dios que los crió: y el mismo firmamento nos está convidando con su hermosura á que admiremos en él las grandes obras de un poder infinito.

2. La perpétua y siempre igual alter-

nativa de los días y de las noches, que se suceden indefectiblemente los unos á los otros, dan clara noticia de Dios que los gobierna, y de su ciencia.

3. En tanto grado que no hay pueblos por ignorantes, por bárbaros que sean de costumbres ó de lengua, que no entiendan sus claras voces.

4. La constante armonía y movimiento de los cielos admira al mundo entero; no hay nacion, por remota que esté, á quien no publiquen y manifiesten que son obra de un Dios grande y sapientísimo.

5. En los cielos, que Dios extendió como el más espacioso tabernáculo, dió asiento al Sol; el cual parecido á un esposo muy gallardo, que con la más vistosa gala sale por la mañana de su tálamo nupcial,

6. Se descubre en el Oriente; y á semejanza de un robusto é infatigable atleta, con veloces pasos,

7. Hace su carrera desde un cabo hasta el otro del cielo, sin que haya quien no participe de su calor y de su luz.

8. Tal es el Cristo, cuya ley es sin manilla, y que atrae á sí las almas, apartándolas del mal, para que sigan el bien. Es fiel en sus promesas, y da la verdadera sabiduría á los que con sencillez la buscan.

9. Es recta la ley del Señor, y pide un corazón sincero, para comunicarle la perfecta alegría que se halla en el testimonio de una buena conciencia: es la luz, los ojos del alma, que sirven al hombre de guía para que conozca todo lo bueno.

10. Es santa, eterna é invariable, é infunde el temor santo y filial del Señor; es verdadera y justa en sí misma, sin necesitar de apoyo, ni de quien la justifique.

11. Es más amable y apetecible que todos los tesoros juntos y piedras preciosas

de la tierra, y más dulce que la misma miel que se destila de los panales.

12. Por esto vuestro siervo, procurando observarla atentamente, experimenta el grande fruto y dulzura que se encierra en su observancia, por lo que espera una grande recompensa.

13. Mas con todo eso temo haber caído en muchas faltas por ignorancia, porque, ¿quién hay, que conozca perfectamente todas aquellas en que incurre? Por tanto limpiadme, Dios mio, de mis pecados ocultos, y perdonadme todos aquellos á que pueda haber dado ocasion en los otros.

14. Si éstos no llegaren á tener dominio sobre mí, podré decir entónces que mi corazon está puro y libre del mayor de los pecados.

15. Entónces romperé el silencio, para entonar dulces cánticos de alabanzas, que no podrán dejar de seros agradables; y to-

dos mis pensamientos á vos siempre se encaminarán, sin que busquen otro objeto.

16. Sino solamente á vos, Señor mio, que sois mi protector y mi Redentor.

LXV.

1. Vosotros, moradores todos de la tierra, manifestad al Señor vuestro contento con voces de júbilo; celebrad con alegres cánticos su augusto Nombre: y ofrecedle un tributo de perpétuas alabanzas.

2. Decid á Dios: ¡Oh, cómo son terribles y maravillosas las obras de vuestras manos! la grandeza de vuestro poder obligará á vuestros enemigos á que, mal que les pese, reconozcan y confiesen vuestra omnipotencia.

3. Por tanto, adóreos, Señor, toda la tierra: entone suaves himnos y cánticos á la gloria de vuestro Nombre.

4. Venid, oh mortales, á contemplar las obras de Dios, y cuán terribles son sus juicios sobre los hijos de Adan.

5. De aquel gran Dios que en otro tiempo secó el mar, para que le pasasen á pié enjuto nuestros padres; y que repitió despues el mismo prodigio en el paso del Jordán: cuando lleguemos allá, con alegres cánticos ensalzaremos su gran poder.

6. De aquel gran Dios que reina eternamente con un dominio absoluto sobre todo el universo: que vela atentamente sobre todos los pueblos: así que, los que temerariamente osaren resistirle y provocarle, no se llenen de orgullo, creyendo que lo harán impunemente.

7. Bendecid, pues, á nuestro gran Dios todas las naciones: alzad el grito, para que por todas partes resuene el eco de las alabanzas que ofreceis á su grandeza.

8. El que nos salvó de los peligros, y

el que nos sostuvo en medio de nuestras desgracias y de los mayores precipicios.

9. Porque vos, Señor y Dios nuestro, quisísteis ántes hacer prueba de nosotros, y afinarnos como plata al fuego de grandes tribulaciones y trabajos.

10. Nos hicísteis aprisionar con duras cadenas, y sufrir una triste esclavitud, poniéndonos bajo del yugo de unos señores crueles é inexorables.

11. Por fuego y por agua quisísteis que pasásemos: mas apiadado, nos restituísteis despues la libertad, conduciéndonos al lugar del refrigerio, á la amada pátria.

12. Por tanto no nos presentaremos en vuestra casa con las manos vacías: llevaremos hostias y ofrendas escogidas, para cumplir los votos que os tenemos hechos.

13. Porque en medio de nuestros afanes y peligros os invocábamos y decíamos:

Si vos, Dios clemente, nos sacais salvos de todo lo que al presente padecemos,

14. Gruesas víctimas os ofreceremos en vuestro templo: arderá la grosura de los carneros, y en humo oloroso se desvanecerá por el aire: bueyes y machos de cabrío pondremos sobre vuestras aras.

15. Vosotras, almas justas, que temeis al Señor, venid á oirnos cantar las grandes mercedes que de su mano liberal hemos recibido.

16. Aun en medio de nuestra mayor miseria alzábamos el grito al Señor, y empleábamos nuestras lenguas en glorificarle y bendecirle.

17. Si hubiéramos registrado en nuestro corazon el menor apego al pecado, de ningun modo hubiera el Señor escuchado nuestras súplicas.

18. Mas como arrepentidos y contritos

nos volvimos á él, se dignó de oirnos y atender á nuestros humildes ruegos.

19. Bendito sea el Señor, que no desechó nuestras oraciones, sino que benigna y misericordiosamente nos sacó de la miseria en que gemíamos.

XLVII.

1. Grande es el Señor y muy digno de que en todo lugar todos le alaben, pero señaladamente en su santa ciudad y en su santo monte.

2. Toda la tierra vió con júbilo edificarse desde los cimientos la parte de la ciudad, que está en el monte de Sion hácia el mediodía; y asimismo la otra que mira al aquilon: las cuales unidas son la córte de un gran Rey.

3. Sus altos edificios dan á entender que es Dios el que mora en ella, y el que la

tiene á su cuidado cuando fuere combatida.

4. Porque los reyes enemigos de su gloria se coligaron muchas veces, y vinieron de mano armada con intento de abatirla y derribarla.

5. Mas viendo que era Dios el que moraba en ella y el que la defendia, quedaron asombrados y despavoridos, y llenos de espanto huyeron confusos.

6. Se vieron repentinamente asaltados de congojas y dolores, semejantes á los de una mujer vecina al parto: se retiraron, entraron en las naves; y vos, Dios mio, levantando de improviso un viento impetuoso, hicisteis pedazos las naves, y quedaron sumergidos.

7. Ésto es lo que nuestros padres nos han contado y ésto es lo que nosotros mismos hemos visto en esta ciudad del Dios de los ejércitos, en la ciudad de nues-

tro Dios, que él fundó sobre cimientos eternos.

8. Siempre que acudimos á vuestro Santo Templo á implorar vuestro poder contra nuestros enemigos, hemos experimentado los benignos efectos de vuestro favor y misericordia.

9. Por tanto, así como conviene á la majestad y gloria de vuestro Nombre, así él se ha engrandecido hasta los últimos términos de la tierra.

10. No hay obra vuestra en que no resplandezca la justicia. Por tanto alégrese el monte de Sion, y muestren un extraordinario regocijo las hijas de Judá, adorando, Señor, la profundidad de vuestros juicios.

11. Ciudadanos de Sion, rodeadla toda y dadle vuelta: mirad y reconoced la firmeza de sus almenas y de sus torres.

12. Considerad su belleza y seguridad:

contad uno por uno los hermosos edificios que la adornan; para que despues de bien visto y considerado todo, podais decir á vuestros hijos:

13. Que el que la edificó y la tiene á su custodia, es nuestro Dios, el verdadero Dios; el que mora en ella, y morará con nosotros eternamente, y el que será nuestro Pastor y nuestro Rey por todos los siglos de los siglos.

DESDE LA CONSAGRACION HASTA LA COMUNION.

Salmos 95, 112, 145 y 147, de alabanza.

XCV.

1. Oh vosotros todos los habitantes de la tierra: venid, venid á alabar conmigo al Señor: venid á celebrarle con un nuevo cántico.

2. Cantadle alabanzas, bendecid su Nombre: publicad sin cesar todas las maravillas que ha obrado por vuestra salud.

3. Haced conocer su alta gloria á las naciones bárbaras: cantad sus prodigios á los pueblos más remotos.

4. Porque grande es el Señor, y digno de todos los loores: poderoso, fuerte y terrible sobre cuantas deidades se fingen en el mundo.

5. Porque al fin, ¿qué otra cosa son éstas sino vanidad, ídolos, demonios? Mas el Dios á quien nosotros adoramos es el que crió los cielos.

6. La gloria, la hermosura, la majestad, nunca se apartan de su trono: la santidad y magnificencia brillan de continuo en el lugar donde reside.

7. Ved, pues, oh pueblos los más remotos de la tierra, si es justo que vengais

á ofrecer vuestros presentes á este gran Dios: venid, pues, á reconocer y venerar su poder, y á tributar gloria y alabanzas á su augusto Nombre.

8. Preparadle víctimas y entrad en el magnífico átrio de su palacio: postraos en su presencia, y adoradle en su santo tabernáculo.

9. Y decid despues á todos, que él sólo es el que reina; que tiembla de respeto en su presencia toda la tierra.

10. Que él es el que la formó y afirmó sobre cimientos sólidos y estables; él el que con su poder la mantiene, y el que gobernará con un imperio justo á todos los que la pueblan.

11. Que se alegren los cielos: que salte de contento la tierra; que el mar en el concertado movimiento de sus olas, y todo lo que en él se contiene, dé claras muestras de júbilo; que se alegren los cam-

pos y todo cuanto en ellos se encierra.

12. Que los árboles todos de las selvas manifiesten su alborozo á vista del Soberano Señor que viene á fijar su trono sobre la tierra para juzgarla.

13. Trono de equidad y de justicia con que gobernará todos los pueblos, los cuales en todos los tiempos tendrán pruebas constantes de la verdad y fidelidad de sus promesas.

CXII.

1. Alabad, oh jóvenes, al Señor: dad loores á su dulcísimo Nombre.

2. Sea bendito desde este momento mismo, y despues por toda la eternidad, el Santo Nombre del Señor.

3. Desde el lugar en que el Sol comienza á esparcir su luz sobre la tierra, hasta el último punto en que se la esconde,

es digno de loor el Nombre del Señor.

4. Él es el supremo dominador de todas las naciones de la tierra, y la gloria de su Majestad se eleva sobre toda la hermosura de los cielos y de cuanto hay en ellos.

5. ¿Quién como el Señor nuestro Dios? Él es el que tiene su morada en las alturas, y desde allí extiende los ojos de su Providencia á las criaturas más humildes del cielo y de la tierra.

6. Él es el que del polvo eleva al pobre y sacándole del mayor abatimiento,

7. Le coloca y hace que brille entre los príncipes y caudillos de su pueblo.

8. Él es el que enjugando las lágrimas de la esposa estéril, la llena de gozo, haciéndola fecunda madre de una numerosa série de hijos.

CXLV.

1. Alaba, alma mia, á tu Señor: sí, alabar quiero á mi Dios continuamente y cantarle himnos mientras viviere.

2. ¡Qué loco y mentecato será el que fie su salud de un hombre frágil, aunque éste sea un Rey, que á sí mismo no puede valerse ni salvarse!

3. Es al cabo un hombre caduco y miserable. Separada el alma de su cuerpo, volverá su carne á la tierra, de donde salió, y en aquel mismo dia perecerán y se desvanecerán todos sus pensamientos y proyectos.

4. Y así solamente en el Señor hemos de confiar: en el gran Dios de Jacob, que á una sola insinuacion sacó de la nada el cielo, la tierra, el mar y cuanto en éstos se contiene.

5. No puede faltar la verdad de sus promesas: vuelve por los que ve oprimidos injustamente: sustenta y da alimento á los pobres y necesitados.

6. Quita piadoso los lazos y rompe las cadenas á los cautivos: da vista á los ciegos.

7. Alarga la mano para sostener al que va á caer, ó para alzar al que ve caído: es amigo de sus amigos.

8. Se declara protector del extranjero, del huérfano y de la viuda; y es el terror y azote de los impíos.

9. Tal es, ¡oh Sion amada!, el grande Dios á quien adoras, cuyo imperio se verá establecido, y durará por los siglos de los siglos.

CXLVII.

1. Alaba, ¡oh Jerusalem!, al Señor: alaba á tu Dios, ¡oh Sion!

2. Él ha sacado á tus hijos del cautiverio, y reedificado tus muros; ha hecho tus puertas impenetrables á todos los esfuerzos de tus enemigos; Él te ha colmado de toda suerte de bienes, y ha reunido dentro de tí á todos tus hijos, que andaban dispersos por tierras extrañas y remotas.

3. Él ha establecido la paz en todos tus términos, ha dado su bendicion á todos los frutos de la tierra, haciéndola producir con abundancia excelente trigo para tu alimento.

4. Reconoce, pues, ¡oh Jerusalem!, la grande misericordia de tu Dios, y adora su Omnipotencia. Considera cómo despacha sus órdenes soberanas y prontamente son obedecidas por todo el universo.

5. Hace caer la nieve como copos de lana, y con ella cubre la superficie de la tierra, y esparce la escarcha como si fuera ceniza.

6. Envía el granizo á manera de pequeños pedacitos de cristal; y entretanto hace soplar un viento de un rigor y frio insoponible.

7. Mas á una insinuacion suya se muda éste en un momento; y le sucede otro muy templado con que se derrite todo, y se resuelve en aguas, conque se fecunda la tierra.

8. Todo esto es un beneficio general que se extiende á todos los mortales; pero el declarar su voluntad y hacer conocer su ley y mandamientos, lo reservó solamente para los hijos de Jacob y para su pueblo de Israel.

9. Porque solamente á éste, entre todos los de la tierra, es á quien ha revelado sus más ocultos juicios y misterios.

DESDE LA COMUNION HASTA EL ITE MISSA EST.

Salmos 148, 149, 150 y 116, tambien de alabanza.

CXLVIII.

1. Alabad al Señor, Espíritus divinos: alabadle todos sus Ángeles, y bendecidle en lo más alto de los cielos.

2. Glorificadle á una voz todos los ejércitos que componeis su milicia celestial.

3. Bendecid á vuestro Criador, sol, luna y hermosos astros que comunicais vuestra luz al universo.

4. Cielo empíreo, y todas las otras inmensas esferas celestiales; aguas que estais sobre el firmamento, cantad himnos al Nombre augusto del Señor.

5. Con sola una palabra, y á una sola

insinuacion suya, fueron sacadas todas las cosas de la nada.

6. A todas fijó leyes constantes é invariables; y éstas se han conservado y conservarán eternamente.

7. Vosotras tambien, criaturas de la tierra, alabad á vuestro grande Hacedor: bendecidle todos los mónstruos marinos y ballenas que poblais los mares y habitais en sus abismos.

8. Meteoros, granizo, nieve, hielo, vientos que moveis las tempestades; todos estais obedientes á las leyes del Señor: bendecidle y ensalzadle.

9. Montes, collados, árboles frutales y silvestres, cantad alabanzas al Señor.

10. Fieras de los bosques, animales domésticos, serpientes que arrastrais por el suelo, aves que con vuestras alas cortais el aire, entonad un himno festivo á la gloria del Señor.

11. Y vosotros, hijos de los hombres, mostradle vuestro agradecimiento, y concurrid todos á alabarle: reyes, pueblos, grandes y jueces de la tierra:

12. Mancebos, ancianos, doncellas, niños, venid todos á ensalzar su Nombre, porque solo Él es el que por sus maravillosas obras debe ser engrandecido en todo el universo.

13. Ensalzado y glorificado sea en los cielos y en la tierra: ¿y cómo no podrá serlo el que ha elevado á su pueblo á un grado tan alto de poder y de gloria?

14. Justo es, pues, que sea alabado de todos sus Sacerdotes y Ministros, de todos los hijos de Israel, de todo su escogido Pueblo, á quien su grande bondad permite que tanto se le acerque.

CXLIX.

1. Todos con un mismo corazón entonan un nuevo cántico á la gloria del Señor, porque esta perfecta union de sus Santos para bendecirle, forma un concierto que le es muy agradable.

2. Muestre su regocijo Israel, y gocense los moradores de Sion celebrando la grandeza de su Criador, y de aquel Rey que se ha dignado de reconocerlos por su pueblo.

3. Ensalcen su Nombre con armoniosos conciertos de música; y publiquen sus alabanzas al son del pandero y del salterio.

4. El Señor ha mirado favorablemente á su pueblo, y le pondrá en libertad, y le ensalzará, si se hace digno por su humildad y sumision de la salud que le prepara.

5. Colmará de gloria á sus escogidos á

vista de sus mismos enemigos; y tendrán el mayor reposo sin temor de los que ántes los perseguían.

6. Se oirán siempre en su boca las alabanzas de su Dios: con su favor y protección empuñarán cortantes espadas, y destrozarán á sus contrarios.

7. Se vengarán de los pueblos y naciones que les han sido enemigas; y castigarán con el mayor rigor y severidad los agravios que de ellos hubieren recibido.

8. Se harán dueños de la libertad y de la vida de sus principales caudillos, y aún de sus mismos reyes, que pondrán en grillos y en cadenas.

9. Y serán unos ministros y ejecutores del juicio que tiene pronunciado el Señor contra su injusticia é impiedad. Esta es la gloria y el honor que tiene reservado el Señor para su pueblo, si de veras le sirviere y adorare.

CL.

1. Alabad al Señor, que reside en el santuario majestuoso de los Cielos: alabadle y glorificadle sentado sobre el trono de su inaccesible poder y majestad.

2. Alabadle en los efectos de su virtud omnipotente: alabadle por los innumerables testimonios que da continuamente de su infinita grandeza.

3. Alabadle al son de las trompetas: alabadle con el salterio y la cítara.

4. Alabadle con pandero y danza: alabadle con toda suerte de instrumentos músicos.

5. Alabadle con címbalos sonoros: alabadle con címbalos de júbilo: empléese todo viviente en alabar al Señor sin cesar.

CXVI.

1. Alabad al Señor, naciones todas de la tierra; pueblos todos los que poblais el universo, celebrad su gloria y cantad sus alabanzas.

2. Porque lleno de compasion á vista de la grande miseria de los mortales, los ha rescatado de ella, haciendo ver que durará eternamente la fidelidad en cumplir todas sus promesas.

CONCLUSION DE LA MISA.

Concluyamos, pues, este modo con un precioso Salmo, que de la tierra nos conduce al cielo, adonde deben dirigirse todas nuestras aspiraciones y cuya consecucion debe formar nuestro más vivo deseo.

Salmo 23, de aspiracion hácia el cielo.

1. La tierra, y todo lo que en ella se contiene, al Señor pertenece: suya es su redondez, y todos los que la pueblan.

2. Porque Él con solo su querer la sacó de la nada; y alzó su superficie sobre las corrientes de los rios, y sobre las aguas de los mares.

3. A vista de un poder y grandeza tan incomprendible, ¿quién será el que pueda subir al alto lugar donde el Señor mora, ó entrar en su santuario?

4. Solamente el que en sus acciones y deseos es enteramente puro; el que no emplea vanamente su corazon en las perecederas criaturas: el que jura sinceramente, y cumple á su prójimo lo que ha jurado.

5. Este será el que merecerá las bendiciones del Señor, y el que recibirá los

frutos de la misericordia del Dios su Salvador.

6. Tal es el linaje de aquellos que solamente buscan hacer en todo la voluntad del Señor, y procuran servirle con un ardiente deseo de llegar á verle y poseerle.

7. Abrid ya las puertas de vuestra ciudad, ¡oh Príncipes de la celestial Jerusalem!: y vosotras, ¡oh puertas eternas de los cielos!, abrios para que entre el Rey de la Gloria.

8. Si me preguntais, ¿qué Rey de la Gloria es éste que aquí llega tan glorioso? os respondo que es el Señor fuerte y poderoso, que con tanta gloria ha triunfado de todos sus enemigos.

9. Por tanto, abrid, Príncipes las puertas de vuestra ciudad; y vosotras, puertas eternas, abrios para dar entrada al Rey de la Gloria.

10. Y si de nuevo me preguntais, ¿qué

Rey de la Gloria es éste que aquí viene? os vuelvo á repetir, que el Señor de todos los ejércitos, ese mismo es el Rey glorioso que aquí llega.

Y ya que con el inspirado Vate Real hemos pulsado la lira en todos los tonos, convidando á las criaturas del universo á que en unánime concierto entonen las glorias del Señor, muy conveniente será que dejadas las sombras y figuras, los símbolos y profecías, nos ocupemos del figurado y recorramos la brillante historia del Verbo Humanado para bien de los mortales.



CAPÍTULO II.

MODO SEGUNDO DE OIR MISA. VIDA DE JESÚS.

MAGNÍFICO cuadro descorre á nuestra vista la Sagrada Escritura, ampliada por la Tradicion, para que la imaginacion cristiana, sin traspasar los justos límites de la verdad y guiada siempre en las revueltas tenebrosas de oscuro misterio por la antorcha luminosa de una fe viva y ardiente, tenga anchuroso campo donde espaciarse y á su sabor contemplar maravillas mil de sabiduría amorosa.

Muy bien podemos acomodar á las diversas partes de la Misa las épocas diferentes en que puede dividirse la vida de nuestro adorable Salvador, esa vida fecunda en hechos asombrosos, esa vida en que compiten la amable sencillez con la más abstrusa profundidad, esa vida de rasgos sublimes y sorprendentes, esa vida de variadas escenas, gratamente dulces unas y sangrientas otras, esa vida que instruye, que encanta, que extasía, que da vida á nuestra propia vida y entretiene agradablemente un amante corazón.

La vida de Jesús, sí, puede considerarse como privada desde Belén hasta Betania, como pública desde su Bautismo hasta el Huerto de las olivas, dolorosa en las angustiosas estaciones de su amarguísima Pasión y gloriosa en los cuarenta días memorables que incluyen los célebres hechos de la Resurrección y la Ascensión, pudien-

do muy bien meditarse la primera época desde el principio de la Misa hasta el Evangelio; la segunda desde el Sagrado Evangelio hasta el Sanctus; la tercera en todo el Cánon; y la última mientras se leen las oraciones finales.

DESDE EL INTROITO AL EVANGELIO.

¡Almas cristianas! Jesús nace en noche fría, y mientras finísimo vientecillo congela las humedecidas hojas de la flexible yerba de la Betlemítica campiña, sus tierneitos miembros son colocados palpitantes sobre las pobres y abandonadas pajitas de mísero pesebre, medio oculto por resquebrajadas paredes de mezquino portalito. Allí es adorado por la purísima Doncella de Judá, que le diera á luz con más pureza que el solar rayo ilumina el diáfano cristal, por el castísimo Anciano y representante de los

Patriarcas Santos, cuyo respetuoso á la par que dulce semblante recibe dolorosas contracciones en vista de lo que el Niño y la Madre sufren, y por los alados Espíritus, que en graciosos coros forman celestial cadena que une la tierra con el Empíreo. ¿Quién nos impide tomar parte en la comun adoracion, y rendir pleito-homenaje al Recien nacido Rey de Israel? ¿Por qué no pedimos con respetuosa reverencia á los dichosos Esposos àquel bellissimo Infante, y una vez en nuestros brazos le hacemos mil caricias é imprimimos amorosos ósculos en sus rubicundas mejillas? ¿No vemos en su pobre desnudez, en su vagido infantil, en sus ardientes lágrimas, en su resplandeciente mirar, en su humilde abyeccion, algo que nos habla al corazon, que nos conmueve, que nos impele á seguir sus pisadas, despreciando el orgulloso fausto de mundo falaz y la loca alegría de mentidos placeres?

Hubiera podido escoger riquísimo palacio de alfombradas habitaciones y abundante repostería, rodearse de nobles y atentos servidores dispuestos á todo por su comodidad y descansar entre suavísimas telas al dulce arrullo de oscilatoria cuna de nacarado marfil; pero quiso que su primer albergue fuera un ruinoso establo, y su reclinitorio áspera y dura madera, que contenían alguna que otra seca y despreciada paja, y su córte toda la Purísima Virgen y su casto Esposo. ¿Qué alma, en vista de ésto, se engreirá con su nacimiento y condición? ¿Quién envidiará la de los grandes señores de la tierra? ¿Quién no se contentará con la clase en que ha nacido?

Pero sigamos adelante y contemplemos á los vigilantes Pastores, sorprendidos por la dulcísima melodía de angelical milicia, entrar en el portalito, impresas en el rostro, entre rugosas líneas que indican suma

honradez, vivísimas señales del inmenso júbilo que reina en su corazón, y allí depositar generosos los pobres dones del balante corderillo, de la harinosa torta y del sustancioso queso en reconocimiento á su Dios y Señor. Y ¿no murmuran nuestros labios silenciosos un cántico de alabanza en honor del Divino Niño, al verle obsequiado por aquellos rudos aldeanos, de pelíceas vestiduras, corvo cayado y franco continente realzado por la morena tez de su curtido rostro?

Más tarde, de remotísimas tierras, venciendo obstáculos mil, sin miedo ni reparo, guiados por rutilante astro, vienen poderosos Reyes, orlada su sien con la brillante aureola de prudente sabiduría y caballeros sobre sufridos dromedarios, cuyos protuberantes lomos cubren riquísimas gualdrapas de adamascada tela. Postrados en tierra, depuestas las insignias de autoridad, con

humilde adoracion veneran á su Dios en el pequeño niño de Belen, de cuyo luminoso rostro la mística estrella recibiera abundantes resplandores. A las palabras unen las obras, y no sólo besan amorosos sus tiernecitos piés, si que tambien abren sus preciosos cofres, y extrayendo de su fondo inestimables tesoros, le ofrecen el oro purísimo de Ofir, el balsámico incienso de la Arabia y la preservadora y acre mirra de los resinosos bosques de su Pátria. Si, pues, los grandes adoran á Jesús, ¿qué haremos nosotros? ¿Qué nos ha costado ir á la Iglesia? ¿Qué peligros hemos tenido que superar? ¿Qué enemigos nos han salido al paso? ¿No se nos muestra el Niño todos los dias y á todas las horas? Adorarle debemos y darle el oro de nuestro corazon, el incienso de nuestra alma, la mirra de nuestros sentidos. La caridad para con Dios y el prójimo, amando al primero sobre todo y al segundo como

á nosotros mismos; la oracion, elevando nuestras almas á lo eterno y formulando sentidas preces con nuestra lengua; y la mortificacion ó penitencia, sean los dones que de nuestras arcas presentemos al Niño Jesús. Y la limosna para con el desvalido á quien representa el hermoso Niño, la meditacion para con el Eterno Padre á quien se ofrece tiernecito y el ayuno por nuestro bien, puesto que por nosotros y para nosotros viene, hé aquí lo que nos predica el Divino Maestro desde su elocuente cátedra de tosca madera.

A tan patéticas y conmovedoras escenas podríamos añadir la tiernísima de la Circuncision, en la que silencioso José abre con afilado cuchillo de durísima piedra el delicadísimo cutis del vagiente Niño, brotando abundante preciosísima sangre, sangre que aplaca la ira del Padre, sangre que lava las manchas del pecado, sangre

que purifica las almas, sangre, en fin, cuyas humeantes gotas debemos desear caigan en el abierto vaso de nuestros helados corazones; la no menos tierna y amorosa de la imposición del místico nombre de Jesús, de ese dulcísimo Nombre, que los Angeles trajeran del vocabulario del Eterno á los oídos dóciles del obediente José, de ese poderosísimo Nombre, á cuyo sonido se conmueve el cielo y la tierra se alegra y el averno tiembla y el alma siente inexplicable placer, de ese Nombre Divino, que debe abrir nuestros lábios al empezar á hablar y sellarlos al morir y ser la fúnebre inscripción de nuestra sepulcral losa, de ese augusto Nombre, que forma el encanto de los justos que militan, la esperanza de las almas que purgan y el júbilo de los que reinan; de ese Nombre, en una palabra, que indica por sí solo á qué vino el Hijo de Dios al mundo y á qué fin se inmola de

nuevo en la Misa; y la grandemente instructiva de la presentacion al Templo, donde vemos una Vírgen sin mancilla sujetarse á la ceremonia de la Purificacion, sin necesitarlo, para que imitemos su humilde obediencia á las prescripciones religiosas, un purísimo Niño ofrecerse todo sin reserva á su celestial Padre por el género humano, simbolizando en los argentados siclos las rojas llagas por donde habia de venir la salud al mundo y enseñándonos generoso desprendimiento y conformidad completa con la voluntad de Dios, y á dos santos y devotísimos Ancianos recrearse enajenados de gozo con el tierno Jesús, que gustosa les cediera la Santísima Vírgen para su consuelo, animándonos su persuasivo ejemplo á desear vivamente el recibir á nuestro Dios y á estar contentos durante el sacrificio, esperando el suspirado momento despues del cual bien pudiéramos

pedir el descansar en paz; la... pero dejemos estas y otras muchas que debieron ocurrir y digamos algo de la huida á Egipto de la Sacra Familia.

Caminar sin casi medios de transporte por impracticables sendas y apenas abiertas veredas; trepar unas veces asperísimas pendientes, que en sus tortuosas revueltas descubrían profundas cuevas do refugiados podían estar crueles asesinos; atravesar otras interminables y áridos desiertos, cuyas movedizas montañas de menuda arena podía traer facilísimamente el impetuoso huracan, á riesgo de sepultar vivos y convertir en mómias á los incautos viajeros; ir expuestos ya á ser carbonizados por el abrasador simoun que suele reinar en aquellas ardorosas comarcas, ya á morir desgarrados por las afiladas uñas de rugiente leon, ó sanguinario tigre; llegar á inhospitalarias aldeas, en que no encontrarán ni abri-

go, ni proteccion, ni casi alimento; ver en cada siniestra catadura la terrible faz de inhumano sayon y creer en el más ligero ruido, que las verdes hojas formaran al ser azotadas por ténue brisa, el fatídico sonido de las aceleradas pisadas de sagaces perseguidores; todo esto, ¡qué triste y angustioso!, ¡qué penoso!, ¡qué aflictivo no seria para los amantes corazones de María y José, encargados por el Altísimo de la custodia de su Unigénito Hijo! Y ¿no les brindaremos con nuestro pobre y amante corazon, para que les sirva de seguro y grato albergue? ¿No desplegaremos las telas que le cubren, para que el tierno Niño encuentre en ellas preservativo contra el riguroso frio é insufrible calor? ¿No haremos correr abundantes arroyos de lágrimas, que endulcen su penar en medio de tanta ingratitud? ¿No le pediremos tambien por los infelices desterrados que léjos de su

amada pátria, gemirán inconsolables, ansiando el momento de volver á recorrer los sitios do jugaran cuando niños y que mayores regaran con su sudor?

¡Ah! Miremos á María y José solos en tierra extraña afanarse por que su querido Jesús de nada carezca: contemplemos á la Reina de los Angeles lavando en susurrante arroyuelo los pobres pañalitos, que extiende sobre espinosos juncos á los rayos de un sol de fuego, y al descendiente de cien Reyes golpeando con acerada azuela el tosco madero, para formar útil instrumento á los pobres labradores y así ganar el preciso sustento: veamos su pobre vivienda, su parca mesa, su sencillo vestir. ¡Cuántas veces pediria el Niño pan y no tendria la Madre qué darle! ¡Cuántas otras ésta correria amante á ocultarle, creyendo que se le iban á pedir para entregarle al cruel Herodes! ¡Qué privaciones no sufriria la Santa Fa-

milia en su doloroso destierro! ¿Por qué, pues, no hemos de sufrir nosotros cualquier falta en nuestro vestido, en nuestro servicio, en nuestro trato? ¡Ah! Paciencia y resignacion á ejemplo de tanto sufrir y de penar tanto.

Han pasado siete años, la Sacra Familia vuelve á su pátria, muertos sus perseguidores; Nazaret los recibe en su pequeño recinto. Aquí empieza otra série de tiernas y conmovedoras escenas, cuyos dulcísimos episodios pueden dar abundante pábulo á imaginaciones piadosas.

No ya el tomar José al hermoso Niño de los virginales brazos de María, para mecerle con los suyos cansados con el rudo golpear de su trabajo; no ya el sentarse sobre la mullida yerbecilla y entretenerle con el burbujear de placentera corriente, ó con el grato aroma y brillante color de sonrosada y pequeña flor; no ya el infantil jue-

go con el alado pajarillo ó triscante corde-ro, que tan al vivo representan la manse-dumbre del Salvador y el vuelo que habia de tomar su doctrina; sino otros muchos hechos significativos verificados en los vein-te y más años de silenciosa vida en la pobre morada de un artesano, hechos cuya im-portancia y trascendencia sólo los Angeles pueden un tanto penetrar, serán los que nos conmuevan.

Sí, el rubio y gracioso Niño, que al dulce mandato de su amantísima Madre y mediante la cariñosa bendición del Santo Patriarca, va con su cantarillo á la vecina fuente y lleva á casa el agua necesaria á los usos de la vida; los ratos de labor en que, mientras María teje y enlaza con sus purí-simas manos la sutil tela que ha de cubrir la desnudez de un Dios, Jesús ayuda á José á descortezar y desbastar ásperos ma-deros, brotando de sus encendidos rostros

abundantes gotas de precioso sudor, que, cual otras tantas perlas, reciben en brillantes copas de oro finísimo los celestiales Espíritus, para presentarlas al Altísimo; la bendicion y accion de gracias de su frugal mesa, que nos presenta Séres queridos en sublimada contemplacion ántes y despues de tomar el parco alimento, enagenadas sus almas con la más profunda gratitud y arrobados sus corazones con afectos de íntima y amante union Deífica; dulcísimos coloquios de santas y utilísimas materias, saliendo de sus abrasados corazones encendidas saetas de palabras suavísimas, cuyo armónico sonido formaba coro con los melodiosos cánticos de encumbrados Serafines y recreaba tiernamente á la Beatísima Trinidad; caritativos obsequios á los toscos aldeanos con quienes habitaban, los que, sin saber el misterio que encerraba aquella rústica casa, no podian ménos de estar

gratamente admirados, al ver la afabilidad y amable trato y generoso porte de los que creían iguales á ellos; los imprescindibles viajes al Templo Santo en las épocas designadas, viajes sin fausto, sin queja, sin ofender á nadie, resaltando su juiciosa modestia aún en los más apurados lances, pero sobre todo cuando se hallaban en el lugar de la oracion ante el Sacerdote; todo esto y mucho más, de que pudiera hablar, ¿no inspira en los hijos de familia ideas de obediencia?, en los padres de religiosa piedad para con su Criador?, en los jornaleros y matronas amor al trabajo?, en las personas de mundo el deber de consagrar algun rato á Dios?, en los conciudadanos caridad?, en todos sumision á las prescripciones de la Iglesia, á la que estamos sujetos por el Bautismo?

¡Ah! ¡Qué cátedra más elocuente, por lo silenciosa, es la casa de Nazaret, esa casa

teatro de maravillas mil, esa casa santificada por la habitacion del Verbo, esa casa custodiada por los Angeles, esa casa traída á nuestras playas, esa casa, en fin, en que debemos entrar con piadosa fe, para allí contemplar á María y José, que se miran en Jesús, cual los querubines del Arca Santa en la lámina del propiciatorio, realizando su bella hermosura los purísimos resplandores que de aquel comun centro reciben. No, no debiéramos salir de aquel recinto sagrado, saturado de humildad y abyeccion y que abrillanta la presencia de la Divinidad; pero fuerza nos es pasar á la vida pública del Salvador y extender nuestra consideracion por los maravillosos hechos de su predicacion continúa y de su reparadora mision.

DESDE EL EVANGELIO HASTA EL SANCTUS.

Cuando llegó el tiempo definido por el Padre, dejó Jesús el humilde y místico retiro de Nazaret y empezó á recorrer las ciudades y las aldeas, los pueblos y los caminos, hasta los desiertos, los montes y los mares, para derramar por doquiera clarísimos rayos de benéfica doctrina y abundantísimos raudales de inestimable misericordia.

Contemplémosle acá bendiciendo con majestuosa sencillez la tierna infancia, y constituyámonos entre aquellos niños de graciosa sonrisa y rubia cabellera, para que, mediante la inocencia candorosa de humildes corazones, seamos acreedores á las gracias que el contacto de una mano Divina hiciera destilar sobre aquellas almas de infantiles criaturas; veámosle allá ro-

deado de innumerables turbas, no sólo ávidas de doctrina santa, si que tambien anhelantes por encontrar remedio á sus enfermedades, y con vivísimos deseos de obtener la salud de las almas y la de los cuerpos, si conviniere, lleguémonos á tocar la orla de su manto ó pongámonos á su vista, para que un acto de su Omnipotente Voluntad nos sane y nos remedie. Ya con Zaqueo subamos al árbol de la contemplacion, y extasiados al ver tan peregrina hermosura demandando albergue despues del trabajo de todo un dia, ofrezcámosle generosos la mansion de nuestra pobre alma adornada con el más sincero arrepentimiento y abrazada de la más viva caridad, porque así merezcamos oir que hemos sido salvos; ya en union de la célebre familia de Betania, dulce lugar de descanso donde todo un Dios encuentra amistosa hospitalidad, cumplamos fielmente el oficio de María oyendo

absortos las suavísimas reflexiones que de los purpúreos lábios del Verbo humanado destila la caridad de su amante corazón, y el de Marta proponiendo servirle en la persona de los pobres y de las viudas y de sus Ministros, solícitos porque nada falte á tan buen Huésped y á sus pobrecitos, tanto más cuanto que acaso, despues de la vida corporal y espiritual, le deberemos la resurreccion por el Sacramento de la Penitencia, más milagrosa que la de Lázaro, muerto de cuatro días. Ahora postrémonos á sus Divinos piés, cual la penitente Magdalena, y torturado nuestro criminal corazón por acerbo dolor, hagamos correr por nuestros ojos, un día livianos, arroyos de ardientes lágrimas, derramemos abundante el balsámico olor de santos propósitos de todas las virtudes, imprimamos en ellos ósculos amorosos que indiquen la union de las voluntades, y con nuestros bienes, con

nuestros dones, con nuestras ofertas, con las telas mismas de nuestro corazón enjuéguelos, no cesando hasta que resuene poderoso en el fondo de nuestra acongojada alma el «Perdonados te sean tus pecados, porque has amado mucho;» ahora entablemos instructivos diálogos, como la Samaritana junto al pozo de Sicar, pidiendo que nos ilumine, nos enseñe, nos dirija y nos haga gustar las inefables delicias de la verdad, aplicando luego los reseco labios al purísimo y perenne manantial de aguas vivificadoras que brotan de su pecho.

¡Ah! Qué lecciones tan provechosas nos da nuestro Salvador ya con su palabra, ya con su ejemplo! Ve ligeros pajarillos revoloteando de rama en rama, y nos enseña á confiar en la Divina Providencia, que si á ellos provee de pintada pluma y necesario alimento, mucho mejor lo hará con nosotros que tenemos alma racional; se halla

entre tímidas ovejuelas, y se compara al buen pastor que procura la unidad en su redil, el aumento de su rebaño, el que ninguna se pierda, avivando con esto nuestra esperanza del perdón, si por desgracia hemos delinquido. Los árboles cargados de frutos así como las higueras infructuosas le suministran fundamento para decirnos que no debemos contentarnos con hojas que lleva el viento y que la buena vida se conoce por las obras, como el árbol por los frutos; las domésticas y sencillas costumbres le dan ocasión á excitar la vigilancia de sus oyentes, para que no les suceda como á las vírgenes nécias, que se quedaron fuera de la sala del festín, por no tener preparadas las místicas lámparas. Si le rodean orgullosos fariseos, deprime su soberbia comparándolos á los sepulcros blanqueados al exterior y llenos de asquerosa podredumbre por dentro; si le escuchan dóciles gen-

tes, las habla de la vida bienaventurada, que será patrimonio de los pobres de espíritu, de los mansos y de los que padezcan. Cuando habla de la paciencia, dice que suframos las injurias con resignacion; cuando de la caridad que oremos por los que nos aborrecen; cuando de la limosna, que la hagamos secretamente; cuando de la oracion, nos dicta esa fórmula clara y sencilla, sublime, divina del Padre Nuestro; y lleno de gracia y de verdad, camina por montes y valles, por arenosos desiertos y apacibles lagos, atrayéndose los corazones con su dulce autoridad.

¿Y sus virtudes? Van delante de sus palabras, pues ántes hizo que enseñó. La amistad sorprende sus lágrimas ante la tumba abierta de Lázaro, á quien amaba; la compasion extiende su potente brazo para absolver á la mujer adúltera, despues de aterrar á sus acusadores; la obediencia á

las leyes le induce á pagar el tributo por sí y San Pedro, diciendo en otro lugar que si á Dios se debe lo que es de Dios, al César se ha de dar lo que es del César; el amor pátrio conmueve las fibras de su corazón hasta el punto de sentir amargamente los males que iban á caer sobre la ciudad decidida y desear haberla recogido como la gallina á sus polluelos, si hubiera querido; la piedad le vé en el Templo con una modestia ejemplarísima, ó le arma de vibrante látigo para lanzar de allí á los profanadores del Santuario; la constancia le sostiene entre las ardorosas arenas de largos caminos y en las pesadas importunaciones de turbas entusiastas; la humildad le hace huir los honores que le van á dar los que le aclaman enternecidos gran Profeta, y le conduce á escondidas montañas donde ora al Eterno Padre por la salud de todos; la fortaleza se muestra en su vigorosa predica-

cion contra implacables enemigos; la bondadosa condescendencia le lleva á los con-
vites de los pecadores y le hace niño con
los niños, sencillo con los rudos Apóstoles
y pobre con los pobres enfermos; la mise-
ricordia... ¡ah! toda su vida la pasó hacien-
do bien, y sus mismos milagros, esos hechos
asombrosos que deben avivar nuestra fe, so-
bre todo ántes de empezar la parte más
esencial de la Misa, esos hechos que han
convertido al mundo idólatra de una reli-
gion sensual á la católica que predica la
abstinencia, esos hechos que sólo una críti-
ca maligna y ciega puede negar, los mila-
gros, repetimos, son más milagros de bon-
dad y de amor que de poder y justicia, son
pruebas patentes de lo que es el corazon
del Redentor para con los hombres.

¡Qué alma, al verle sosegar las entu-
mecidas olas del lago de Genesaret, devol-
viendo la calma á las risueñas ondas que

ponen en comunicacion la pintoresca Decápolis, no siente el vivísimo deseo de pedir por los miserables que en revueltos mares y léjos de su amada pátria se hallan en inminente peligro de ser sepultados en horroroso abismo! Y al presenciar la prodigiosa multiplicacion de aquellos panecillos que obsequiosos Apóstoles reparten admirados á las sencillas turbas diseminadas en pequeños grupos por el musgo y el heno, ¿no nos lanzaremos á confiar en tan paternal bondad, rogando á la vez por los famélicos pobres que en oscura cueva y desabrigada buhardilla yacen aquejados de hambre devoradora, sin tener con qué acallar los penetrantes gritos de inquietos rapazuelos que demandan un pedazo de pan? Y cuando le contemplamos devolviendo á tristes y abatidas pupilas los codiciados fulgores de gratísima luz en varios de los evangélicos ciegos, ¿no le exponremos la

deplorable ceguedad en que viven muchas almas, sentadas unas en las tinieblas y sombras de la muerte y fluctuando otras entre los melancólicos resplandores de enturbiaada lucecilla, para que las ilumine, y el penosísimo estado de quienes ciegos de cuerpo necesitan del apoyo del prójimo para todo y no pueden entrar á formar parte de la comun alegría, para que les alivie? Y en las mil y mil curaciones de toda clase de enfermos, áun de los más envejecidos, áun de los más difíciles, además de presentarle nuestras potencias y sentidos llagados, ¿no le manifestaremos el angustioso penar de mísero doliente que se revuelca aquejado de agudísimos dolores sobre el endurecido lecho, viéndose próximo á sucumbir víctima de violentísima tentacion de desaliento y desconfianza? Y ante los muertos que dejan sus fúnebres vestiduras y sombrías mansiones á la potente

voz del que da vida á los vivos, ¿no se alentaré nuestro espíritu á pronunciar ferviente oracion en pro de aquellos á quienes asquerosa lepra de mortal pecado tiene convertidos en ambulantes cadáveres, añadiendo el anheloso afan de no pertenecer al número de estos desgraciados? Y al observar que su vista perspicacísima penetra las más escondidas intenciones y generoso las descubre para rectificarlas, todo bondad para con el hombre, proponiendo contenernos en atencion á la presencia soberana de nuestro Dios en todas partes, ¿seremos tan poco amantes de la gloria del Señor y de nuestro bien que no pidamos detenga su brazo omnipotente al desgraciado que se siente resbalar por la pendiente del mal, disminuyéndose así el número de pecados en el orbe? Y en vista de tantos milagros y de prodigios tantos como nos refieren los Evangelistas y la autoridad infalible de la

Iglesia declara, milagros que tienden á nuestra perfeccion y utilidad, ¿no habrá un acto de alabanza á nuestro buen Dios y de súplica por su Iglesia Santa, en especial por aquellos de sus miembros que más trabajan por propagarla y á quienes no detienen ni helados mares, ni ardorosos climas, ni dilatados desiertos, ni otros innumerables peligros?

¡Ah! Sí; nuestra imaginacion puede muy bien subir á la montaña y bajar á la llanura, atravesar los mares y los caminos, entrar en los templos y en las piscinas, permanecer en la campiña y estar en modesta habitacion, que no le faltarán al corazon afectos amorosos, encendido con la vivísima luz que de los actos del Redentor se desprende. Y si por medio se atraviesa la fatídica sombra de astuto fariseo; si éste, á fuer de ingrata sierpe, se enrosca taimado para inocular venenoso ódio; si la

cábala é intrigante malicia consigue soliviantar los ánimos y conmover las masas; si, al fin, Dios permite que el Justo sea oprimido y caiga en manos de sus enemigos, nuevas y dolorosas escenas servirán de incentivo á nuestra devocion y de utilísima materia para meditar atentamente. Prosigamos, sí, prosigamos, que empieze con el Cónon la vía dolorosa.

DESDE EL SANCTUS HASTA LA COMUNION.

Un Dios-Hombre que despues de haber dado en el misterioso Cenáculo ejemplos vivísimos de ardiente caridad y humildad profundísima, ora en solitario huertecillo entre el suave susurrar de tímido arroyuelo que se desliza por mullido lecho, y el ligero movimiento de las flexibles hojas que en las copas de espeso bosquecillo produce la reparadora brisa de la noche, y ora con

indecible pena, humedecidos su rostro purísimo y cuerpo todo por sanguíneo sudor, que la congojosa turbacion en que se encuentra hace salir de sus hinchadas venas, mientras encarnizados enemigos maquinan silenciosos su ruina y amantes discípulos se rinden á pertinaz soñolencia y descuidados israelitas yacen en punible y perezosa indolencia: un Dios-Hombre que, mediante ósculo traidor, convertida esta muestra de amor en pérfida señal, es entregado á furiosa soldadesca é inhumanos sazones, quienes ya sujetan sus finísimas muñecas con retorcidos cordeles haciendo cavidades profundas y enrojeciéndose con sangre amantísima, ya lanzan inmundas salivas afeando horriblemente la hermosa Faz, que extasiados contemplan los Ángeles y cuyos resplandores eclipsan la clara luz solar, ya golpean atrevidos aquella Santísima Persona que á nadie hiciera

mal alguno y toda su vida la pasara haciendo bien, ya, en fin, arrastran entre algazara inaudita y por el punzante espino, la pedregosa senda, el turbulento riachuelo, al Salvador de Israel, al que pocos dias antes entrara triunfante y victoreado en la voluble Jerusalem: un Dios-Hombre que golpeado, rendido, lleno de lodo é inmundicia, es sucesivamente presentado al viejo Anás, cuya rugosa frente anima unos momentos insensata alegría, al orgulloso Caifás, donde mano aleve y atrevida imprime en el amoroso carrillo inmunda señal, al tímido Pilatos, que titubea necio entre el contentar á enloquecido y vertiginoso populacho y pagar justo tributo á la inocencia perseguida, y al voluptuoso Herodes, entre cuya adulatora corte no quiere brillar la Divina Sabiduría, recibiendo en cambio el criminal ultraje de la blanca vestidura, emblema de la necesidad, saliendo de aque-

llos tribunales de iniquidad la más injusta sentencia que jamás han oído los siglos: un Dios-Hombre, que, sonrosado su rostro por la vergonzosa confusión de aflictiva desnudez, siente llagadas sus espaldas por furibundos golpes, que las aceradas puntas ó nudosos ramales y durísimas varas daban sin interrupción, abriendo gruesos canaliculos que se cruzaban y obstruían y volvían á abrirse, manifestando en sangrientos caracteres lo que nosotros debíamos y lo mucho que nos amaba, cuando tan desfigurado quiso quedar que casi tenía aspecto de hombre, y dejándole tan falto de fuerzas, que desatados los cordeles que le amarraban á la fría columna, cayera sin sentido en el rubicundo lago á sus piés formado de sangre preciosa: un Dios-Hombre cuyas sienes taladraron punzantes espinas de marino junco orlando su purísima frente sanguinolenta faja, cuyos hombros cubriera

andrajosa vestidura de vieja púrpura, cuyas manos sostuvieran débil y hueca caña que algun día había de romper los cetros todos de la tierra, y ánte cuya presencia ejecutaron sarcásticas burlas infames verdugos: un Dios-Hombre á quien frenético pueblo rechazara rugiente, extraviada su primitiva admiración por insidiosas acusaciones, y en rabioso acceso pospusiera á Barrabás, sedicioso ladrón y asesino, pidiendo sobre su frente y la de sus hijos el funesto estigma de inocente sangre con que aparece manchado siglos há: un Dios-Hombre que camina al suplicio agobiado bajo el peso de enorme cruz, sin que todo el tránsito le ofrezca objeto de alivio y sí sólo de penoso desconsuelo, pues al caer, le golpean, y si le suministran auxilio, es para que llegue vivo al lugar del tormento; al ver á su madre le retiran sañudos y frios, y ni áun le permiten el socorro compasivo

de llorosas Matronas, cuya vista sólo causa inexplicable dolor en el Divino Corazon: un Dios-Hombre que despojado de sus vestiduras entre las que salen pedazos de carne desprendida, enclavados sus piés y manos á fuerza de penetrantes golpes que rompen cútis, venas y arteriosas ramificaciones, y sacudido violentamente al encajar la base del madero en rajada abertura, es elevado entre la tierra que le rechaza y el cielo que no parece recibirle, para con su acerbo padecer dar salud al orbe entero; todas estas escenas, ¡qué propias para excitar vivos sentimientos de dolor, de paciencia, de amor, de compasion y de admirable estupor!

Pero, ¿y qué dice en la cruz? ¿Qué habla durante su larga agonía? ¿Qué sentencias profieren aquellos lábios amoratados, de donde salian algun tiempo palabras más dulces que la miel y más suaves que el balsámico unguento de la fértil Jericó?

Habla Jesús y dice á su Eterno Padre que «perdone á los que le crucifican, porque no saben lo que se hacen,» brotando de aquesta expresion un rio caudaloso de heróica caridad, que hará en posteriores siglos servir las mismas víctimas á sus feroces verdugos en horrorosa peste, próxima á segar con terrible guadaña ambas cabezas, y presentará al corrompido mundo que predica venganza bajo un falso pundonor, el conmovedor espectáculo de ilustre Matrona sosteniendo amorosa en la bautismal pila al inocente niño del asesino de su esposo, ó bien ocultando solícita en su propia mansion al furibundo sicario que dejara sin vida al fruto de sus entrañas.

Habla Jesús, y ofrece al buen Dimas, arrepentido en sus últimos momentos, un lugar en delicioso Paraíso, rehabilitando esta promesa á los ojos del cristiano al miserable criminal, que de hoy más se verá

servido con esmero en tétrica cárcel y acompañado hasta el patíbulo por celoso ministro, interpuesto allí entre la justicia divina y la humana y consiguiendo con su dulcísima frase abrir endurecidos pechos á la vivificadora esperanza, á la vez que salpican su encendido rostro las sangrientas gotas que el fatal instrumento del suplicio arranca de la espaciosa frente ó delgada garganta del miserable y abundantes lágrimas surcan las pálidas mejillas de espectadores mil aterrados por la severidad de tan elocuente leccion.

Habla Jesús, y mutuamente recomienda la Virgen al amado Discípulo y éste á la Señora, datando de aquí esa adopcion que de nosotros hizo María, ese cariño maternal que nos tiene la Santísima Virgen, ese cuidadoso desvelo con que mira por nuestro bien, esa incesante proteccion que se extiende á todos los peligros de alma y cuerpo,

así como empieza también ese culto especialísimo con que la honran sus Hijos, culto que se revela en las suntuosas Basílicas en honor suyo erigidas, en las bellísimas Imágenes que pálidamente la reflejan, en las asociaciones que la hacen la corte, en las obras que publican sus merecidos elogios, en los cánticos armoniosos que el aura trasmite, uniéndolos con los angélicos conciertos, y en esa confianza filial por la que el tiernecito niño, que sonríe gracioso en alabastrina cuna, y el atolondrado joven, que gira en vertiginoso círculo de falaces placeres, y el hombre varonil, cuyo vigoroso corazón agitan familiares cuidados, y el decrepito anciano, que agoniza lentamente en doloroso lecho, todos, todos se reaniman al verla y la creen su refugio, consuelo y bienhechora.

Habla Jesús, y dice que tiene sed, sed de padecer por la gloria de su Padre

celestial, sed de sufrir por la salvacion del género humano, sed de la libertad de las almas sujetas al ominoso yugo del pecado, sed de extender el conocimiento de Dios por todo el orbe, sed cuyo abrasador estímulo se comunica al pecho de su Esposa la Iglesia, y hace que ésta, en todo tiempo y de mil maneras, envíe sus misioneros á los impenetrables escondrijos de intrincadas selvas como á las desnudas cumbres de altísimas montañas, á los populosos centros de comerciales metrópolis lo mismo que á las abandonadas chozas de salvajes crueles, á los helados témpanos de las regiones polares y á las ardientes arenas de la zona tórrida, á las profundas cavidades de codiciadas minas, y á las lóbregas mazmorras de fanáticos musulmanes, y al medio de aguerridas masas, y á las islas infestadas de animales venenosos, y á todas partes, en busca siempre de un

niño á quien bautizar, de un enfermo á quien consolar, de un ignorante á quien instruir, de un pecador á quien animar, de un alma, en fin, á quien salvar.

Habla Jesús, y exclama, que su Padre le ha desamparado, indicando con esta amorosísima queja su intenso penar y derramando célico aliento en el corazón de todos los afligidos, sea que interior dolencia les punce vivísimamente las gangrenadas entrañas, ó quirúrgica operacion saje sin piedad palpitante pedazo de fresca carne, ó cáustica medicina llame con violencia sobre el delgado cútis los alterados humores, ó prolongado insomnio convierta en espinoso lecho la blanda y delicada pluma, ó aterradora perspectiva de próximo fin deje entrever el insondable abismo de temida eternidad; pues si un Dios-Hombre padece sin alivio alguno siendo la misma inocencia, ¿qué extraño padezca el hombre

culpable, quien por otra parte siempre suele tener caritativo confesor, ilustrado médico, cariñoso sirviente, amigo querido y suave almohada donde reclinar la dolorida cabeza?

Habla Jesús, y dice que todo se ha consumado, á saber, deseos de los Patriarcas, símbolos antiguos, proféticos vaticinios, anuncios mesiánicos, reflejándose la Divinidad del que padece en la exactitud con que llena todos los claros del cuadro sagrado, sin que falte un ápice, así como su purísima luz irradia en el nuevo orden de cosas, dando vida á una nueva sociedad donde entrarán las naciones todas, señalando seguro camino que recorrer para llegar al deseado término y presentando acabado modelo á que atenerse las almas amantes de su bien, especialmente en ese amor que abraza con entrañable afecto al pobre y al rico, al sábio y al nécio, al débil y al fuer-

te, al propio y al extraño, pues esa extendida cruz de donde sale el penetrante *Consummatum est*, léjos de ser línea divisoria, es punto de union entre la vieja y nueva sociedad y entre los pueblos todos de la tierra.

Habla Jesús, y con validísimo acento encomienda al Eterno Padre su purísimo espíritu, sujetándose voluntariamente á sufrir la sentencia que sobre el hombre criminal pesaba y enseñando con su patente ejemplo á que terminemos nuestra vida con entera resignacion y conformidad á la Divina Voluntad, como han hecho los Santos, cuya última jaculatoria, despues de una carrera llena de asombrosos méritos, los unos en la direccion de vastas diócesis, los otros en la constante predicacion, estos enseñando, aquellos sirviendo en los hospitales, quiénes erigiendo casas de oracion, quiénes haciendo penitencia, á veces hor-

rorosamente martirizados, á veces victoreados por entusiastas turbas, frecuentemente rodeados de amantes compañeros, era la tierna y dulcísima expresion de «En tus manos, Señor, encomiendo mi alma,» mediante cuya entrega tomaban celestiales Espíritus la dichosa alma del paciente, mientras cristianos servidores cuidaban de dar al cuerpo religiosa sepultura.

Esto habló Jesús, pudiendo sobre ello meditabundo espíritu descansar cuanto le plazca, y despues... ¡ah! despues... murió.

Murió, y el sol ocultó su resplandeciente corona de lumínicos rayos enlutando el azulado horizonte, y la tierra retembló, agitadas sus entrañas por violenta sacudida, y el simbólico velo del Santuario quedó rasgado con estrepitoso ruido, y se hendieron durísimos peñascos dejando ver sinuosidades profundas en su corazon de granito, y los sepulcros devolvieron vivos

sus cadáveres depositados en estrecha habitación, y los vivos se pararon medio muertos ante tan general sentimiento, y el filósofo que discurría tranquilo y el curioso que asistía impávido y el tímido fiel que lloraba sobrecogido de espanto y el encubierto discípulo y el tosco militar y muchos herían sus pechos y confesaban que la víctima espirante era el Hijo de Dios. ¡Cuánto puede reflexionar aquí un alma cristiana, situándose en espíritu al pié del Calvario!

Pero finalizó la sangrienta escena; hombres piadosos arriman escalas á la cruz, desclavan con sumo cuidado al Salvador, embalsámanle con olorosas esencias, y envuelto en finísimo lienzo le llevan al sepulcro en peña viva cavado y por generoso corazón ofrecido. No ha habido, ni habrá funeral más religioso, devoto y patético. Al pié de la cruz comienza y en el vecino

huerto termina; pálidos rayos anuncian la caída de la tarde y dejan entrever el nocturno crepúsculo; alguna que otra avecilla pasa aleteando y con lastimero chirrido parece mezclar su dolor con el de la ilustre comitiva; conducen el cuerpo de Jesús nobles senadores y ricos propietarios; acompañanle con lacrimosa faz y silenciosa pena las caritativas mujeres y el amado discípulo; preside el duelo una Madre amantísima, que vive muerta de angustiosa aflicción; y velado el rostro por transparentes alas, asisten invisibles los Espíritus celestes. Y se abre la caverna y se le cubre el rostro con místico sudario y se cierra la abertura con pesada losa y sella la judáica perfidia la entrada y rodea el lugar asalarriada guardia y vándose las personas queridas dejando á la fuerza tan grato lugar y..... Mas, ¿quién no ofrece en estos momentos, en que quizá está comulgando el Sacerdote,

su mismo corazón para que sirva de sepulcro al Dios vivo? ¿Quién no lo presenta adornado con la pureza que sirva de atmósfera y la fe de base y la esperanza de cubierta y la caridad de laterales muros y la constancia de inquebrantable sello? ¿Quién no llama á los Santos y Ángeles y á la misma Madre de Dios, para que velen cual vigilantes centinelas en torno de nuestro corazón, impidiendo que enemiga tentación venga á distraernos? ¡Ah! Sí; nuestro pecho, nuestra alma, nuestro ser, todo sea mansión donde habite Jesús y reine y domine por completo.

DESDE LA COMUNION HASTA EL FIN.

Ya toca el Sacrificio á su fin, ya ha desaparecido de nuestra vista la Hostia Sacrosanta, ya no rojea en brillante vaso de oro preciosa Sangre, ya se ha purificado los

dedos el Sacrificador Sacerdotal, ya no quedan sino pocos momentos de la Misa; contemplemos, pues, rápidamente los sucesos de la vida gloriosa de nuestro Jesús.

Oigamos á media noche súbito terremoto; los guardias despavoridos huyen; Angélico brazo remueve la piedra del monumento; sale triunfal y esplendoroso el Salvador del mundo; la fe se robustece; la Iglesia se alegra; el infierno ruge; el hombre se salva. Entremos despues en el célebre Cenáculo donde ora sumergida de dolor una Vírgen pura; veamos cómo se ilumina la estancia; dulcísima armonía recrea los oídos; véñse entrar alegres ilustres personajes; se presenta Jesús lleno de bondadoso amor filial y saluda afectuosísimamente á su Madre, desterrando con suavísimas frases las sombrías nubes de la pena que la aquejaba. Recorramos luego los diferentes lugares santificados con las cari-

ñosas apariciones de Jesús: ya son las atrevidas y diligentes Marías que tienen la inefable dicha de reconocer á su Maestro, besando amorosas sus sacratísimos piés; ya los hospitalarios discípulos de Emmaus, cuyo corazon recalentado en el camino con el abrasador incendio que producian las dulces palabras del desconocido viajero, reconoce tambien al Redentor en la significativa accion del partir el pan en la frugal mesa á que le convidan: aquí le ven los Apóstoles que trabajaran en su profesion con paciente esperanza, mereciendo obtener del Omnipotente milagrosa abundantísima pesca; allá le oyen saludar amante los Discípulos congregados en la mansion de retiro y soledad, derramándose, cual bálsamo vivificante, por sus tímidos corazones aquella paz que el Salvador les da, paz verdadera, paz dulce, paz subsistente, paz completa: unas veces es Pedro que, mediante triple

pregunta, que le humilla y le aterra y le abrasa, de si ama á su Maestro, recibe el importantísimo encargo de apacentar el rebaño cristiano, quedando definitivamente constituido Cabeza de la Iglesia y Pastor de ovejas y pastores; otras es el incrédulo Tomás, que es invitado á tocar aquel costado abierto, aquellas manos traspasadas, aquellos piés agujereados, aquella carne Divina y cuya confesion, desvanecidas las telas de sus ojos, afirma en gran manera nuestra creencia, suministrándonos convincente prueba de la resurreccion del Señor: y los judíos que rugen y los soldados que mienten y los gentiles que se admiran y los fieles que cobran esfuerzo y todo, todo nos puede alegremente ocupar, moviéndonos á velar, á meditar, á trabajar, á buscar á Jesús, á darle nuestro amor.

Nada reflexionemos sobre las saludables instrucciones que el Salvador diera á

sus Discípulos en estas paternales entrevistas, ni sobre los misterios que amante les revelara, ni sobre los Sacramentos generosamente instituidos, ni sobre la consolidación dada á la prodigiosa obra de la Iglesia por Él establecida; pasemos, sí, á meditar breves momentos el misterio de su Ascension.

Sobre elevado montecillo de verdes olivos adornado, mientras suave aura reparadora agita dulcemente las flexibles hojas, á lo lejos burbujea plácido arroyuelo, alegres trinan, balanceándose en delgadas ramas, pintados pajarillos, y odorosas yerbas recrean el olfato con gratisimas emanaciones, bajo brillante azulada cubierta próxima á abrir sus resplandecientes puertas, el Dios-Hombre mostrando refulgentes y rubicundas cicatrices, bendice, cual amoroso Padre á los Apóstoles y Discípulos presentes, impresa en sus rostros la señal de visible do-

lor y amargura, y se despide de ellos con afecto tiernísimo endulzado con segura promesa.

Les bendice, y, cual sube impelida por ligera brisa levísima pluma, se eleva sobre los aires, y asciende entre coros de serviciales Espíritus, y se eleva viéndole todos, y hiende la atmósfera, cual águila de raudo vuelo, y los rayos de su gloria se disminuyen y se eclipsan y se ocultan por espesa faja de cenicientos vapores y desaparece de la tierra y.....

Siguen mirando los estupefactos Apóstoles al Cielo que les roba su Tesoro; desprendidos de la tierra querrian seguirle, cuando hé aquí que se entreabre la masa de interpuestas nubes, y graciosos los alados mensajeros se paran ante ellos, y les dicen que vuelvan á Jerusalem, que dejen de mirar por donde ha subido Jesús y que trabajen mientras vuelve á venir.

Copiosa materia de útiles pensamientos. Esas bendiciones de Jesús, que ahora recibimos por el Pontífice, los Obispos, los Sacerdotes y nuestros Padres; ese Cielo de que toma posesion el Salvador y á que nos convida si le somos fieles, Cielo tan poco meditado y casi nunca deseado; esa órden de volver á nuestros quehaceres, para que sepamos combinar la vida activa y contemplativa, de modo que no sea todo Iglesia, ni todo trabajo; esa montaña retirada donde Dios asciende, poblada de árboles fructíferos, santificada con grandes misterios; todo esto, ¿no es verdad que podria servir de pasto á nuestra hambrienta alma y alentarla á la vida espiritual?

Mas concluyamos lo que nos resta. El Cenáculo reúne á los tristes Discípulos; el retiro de diez dias los purifica más y más; la lectura de la ley los enciende; la oracion les da fuerzas y entretiene; la caridad estre-

cha sus lazos y lanza abrasadoras saetas al corazón de su Jesús; el momento llega, y el Espíritu Santo desciende sobre ellos.

Precédele simbólico terremoto; le anuncia vehemente y huracanado viento; indícanle vibrantes lenguas de fuego; acompáñale dulcísima mocion; síguenle maravillosos efectos. Hombres rudos que hablan profunda y elegantemente; corazones tímidos dispuestos á arrostrar la muerte; almas que desprecian lo terreno y suspiran por lo eterno; varones celosos que predicán sin miedo; mártires que padecen con alegría; gentiles que se convierten á millares; Iglesia que se propaga; ¡cuánto prodigio! ¡cuánta maravilla!

¡Ah! Traigamos á la memoria que Elíseo resucitó el niño de la Sunamitis, poniendo sus ojos con los del difunto, la boca con la boca, las manos con las manos y el cuerpo con el cuerpo, y á esta manera, para

que nuestras almas salgan de la tibieza en que están, vayamos rasgo por rasgo, trazo por trazo, hecho por hecho, meditando, durante la Misa, toda la vida de Jesús, aplicándonos lo que nos convenga, modelando la nuestra por la suya, y proponiendo padecer pues que padece, orar porque ora, trabajar porque trabaja, hacer bien ya que lo hace, y procurar salvarnos toda vez que á este fin se dirigen todas sus obras.



CAPÍTULO III.

TERCER MODO DE OIR MISA. MISA PARAFRASEADA.



Como el Santo Sacrificio de la Misa sea rica y abundantísima mina que contiene inapreciables tesoros de gracias espirituales, nada más útil y benéfico que ir extrayéndolas con la plateada piqueta de la cristiana consideracion.

Invoquemos, ante todo, al Espíritu Divino, que iluminara un dia é inflamara en santo amor al Colegio Apostólico, reunido en el Cenáculo, para que, mediante

su asistencia poderosa, vayamos saboreando el jugoso alimento que un Dios pródigo prepara á las hambrientas almas en esta mesa, y discurriendo por las diversas partes del augusto Sacrificio, veamos lo que bajo su variada corteza de místicos ritos se oculta.

PREPARACION.

¡Señor!, yo, pobre y miserable pecador, gusanillo vil de la maldecida tierra, ceniciento polvo que el menor viento disipa é ingrato siervo que mil veces os he desobedecido, yo, me atrevo á presenciar el más Augusto de los Misterios, el más Santo de los Sacrificios, el tremendo acto en que se inmola una Carne purísima y se derrama preciosa Sangre, Carne y Sangre que son alimento consolador de las almas, riquísimo precio de seguro rescate, saludable vida

para ulcerados corazones y cierta muerte de viciosos hábitos y de envejecidos males, y esto no porque lo haya merecido, no porque me sea debido, no porque haya cooperado, sino más bien por un efecto de vuestra bondadosa misericordia, por un exceso de vuestra amorosa gracia, por un rasgo de inaudita clemencia.

¡Ah! Ya que vos os dignais admitirme, permitidme que os le ofrezca para honra y gloria vuestra, Dios y Señor mio, que sois mi única esperanza, mi tesoro y medicina, mi amor y bienaventuranza, mi bien sobre todo bien. Tambien le ofrezco para honra y gloria de toda esa hermosísima Córte que rodea luminosa vuestro excelso Trono y forma purísima vuestra inmortal corona, y á los cuales desearia procurar suavísimo grado de celestial gloria é inefable dulzura. Y al tener presente este superior fin y motivo, no me olvido de mí mismo, ni de los

que conmigo padecen en este mísero valle de afflictivas penas.

Así es que deseo, y lo deseo vivamente, que sirva para mi utilidad y provecho, para mi prosperidad espiritual y corporal, para que sea virtuoso en la vida, y sellada ésta con preciosa muerte, sea un dia feliz en la suspirada pátria. Y esto que para mí deseo, lo deseo tambien para todos los fieles cristianos, especialmente para los que se han encomendado á mis oraciones, más especialmente para los que ruegan por mí y han sido mis generosos bienhechores, y especialísimamente para los que tengo obligacion de justicia, porque todos sean salvos de mal de alma y de cuerpo, y cumpliendo vuestros preceptos, hagan en todo y por todo vuestra santísima voluntad. Y entre estos últimos ofrezco sobre todo la Misa, que voy á oir, por vuestra Iglesia Santa, esa Esposa inmaculada del Divino Cordero, esa

obra maestra de vuestro poder y bondad, esa blanquísima paloma, toda dulzura, sin mezcla de amarga hiel, para que nunca sea confundida y siempre triunfe y convertidos paganos, herejes é impíos, se forme un solo redil que, bajo la paternal direccion del Romano Pontífice, siga impávido la senda trazada por el Pastor Cristo y algun dia guste delicioso los eternos pastos.

Bien sé, Señor, que mis afectos son tibios, que mi corazon está resfriado por helada indiferencia, que mi oferta es muy defectuosa é incapaz de satisfaceros; pero suplan los vacíos profundos de mi languidez y apocamiento los fervorosos votos de mil y mil justos, que encendidos en amor vuestro, se estarán deshaciendo de agradecimiento y de abnegacion heróica al pié de los Altares Santos; súplalos las amorosas aspiraciones de los abrasados Serafines, cuyo hálito purísimo no empaña en lo más

mínimo el Ara Sacrosanta, ántes bien la da esplendente brillo y clarísimo reflejo; súplanlos los suspiros ardientes del amantísimo corazón de María, que embellece con acendradas virtudes y preciosísimos méritos el trono de su unigénito Hijo; súplanlos, en fin, las graciosas misericordias de la Beatísima Trinidad, de donde toda perfección procede y á la que toda gloria se debe.

Una sola cosa os pido, Señor, que la asistencia á este Santo Sacrificio no me sea ocasión de mayor condenación, sino manantial fecundo de méritos que me causen paz al presente y aumenten la corona en el porvenir. Así sea.

Hecho este patético ofrecimiento de la Misa, que como general no impide que cada uno la ofrezca por su padre, ó madre, ó persona particular, pues aquel es sin perjuicio de éste, pasaremos á exponer lo que va significándose en las distintas partes de la Misa.

PRINCIPIO DE LA MISA.

Se empieza en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, porque es la obra de las obras, la obra más santa, la obra digna de mayor premio, ó castigo, y así necesitamos ponernos bajo la poderosa proteccion de la Santísima Trinidad, que nos defienda de los vigorosos ataques de implacables enemigos, siempre ávidos de nuestra perdicion, pero especialmente en este acto en que esperan sufrir vergonzosa derrota y confusion infame.

Decimos la antífona, *Introibo ad altare Dei*, antífona que repetimos tres veces, para llamar nuestra atencion hácia el lugar en que se celebra el Santo Sacrificio, no el antiguo Tabernáculo, lugar de sombras y figuras, sino el Altar del Dios vivo, donde debe el alma presentarse con profunda re-

verencia y devoto recogimiento, puesto que allí bajará el mismo Señor que en cielos y tierra no cabe y que de la nada nos formara y con un solo dedo de su Omnipotencia sostiene y hace girar sobre sus ejes la suspendida máquina de globos inmensos.

El Salmo, que recitan alternando Sacerdote y ministro, es un vivísimo diálogo, en que el alma expresa sentimientos de pavorosa angustia, reanimada al momento con la idea de la fortaleza del Señor, con el cual nada hay que temer; despues supplica un clarísimo rayo de luz que la conduzca sin tropiezo al monte santo donde espera entonar dulcísimos cánticos á su amado; luego, vuelta á caer en la tristeza y desaliento, conturbada y afligida, se oye recrear con la firme confianza que la vista de su Salvador produce, vista que alegra el rostro y tranquiliza el corazon; concluyendo, al fin, con esa tierna y significativa

alabanza que confiesa la Trinidad de personas en unidad de esencia y que uniéndose al Santo, Santo, Santo del Eden, será la voz inmortal de la triunfante Sion en los siglos de los siglos.

A ésto sigue la humilde confesion, en que el alma se humilla y anonada, porque Dios no desprecia el contrito corazon y descende al espíritu que se aflige en su presencia, esa confesion que hace el cristiano ante Dios Padre, Criador, Redentor, Juez y Premio, ante María Santísima, cuyo Hijo crucificamos alevosos con enormes culpas, ante San Miguel, encargado de pesar en justísima balanza nuestras pobres almas, ante el Bautista, de inocente y mortificada vida, ante San Pedro y San Pablo, á quienes amoroso Jesús diera las llaves celestes, ante los Santos todos, que tan poco imitamos, y ante nuestros hermanos, á quienes hemos servido de ocasion y de

escándalo, esa confesion por la que nos declaramos reos de pensamientos, de palabras y obras, hechas, no al acaso, no ignorantes, sino á sabiendas y á pesar de agudísimos remordimientos, y temblorosos y confusos pedimos por la Medianera entre Dios y el hombre y por los Ángeles y Santos todos el anhelado perdon, la tranquila calma, esa confesion, en una palabra, que es coronada por la deprecacion Sacerdotal, mediante la que se mezcla generoso el arrepentimiento de la tierra con la clemencia del Cielo.

Confiados en el perdon demandado, empieza otro vivísimo diálogo, en que se dice al Señor que vuelva su compasivo rostro hácia nosotros, como lo hizo con el perjuro Apóstol, brotando de aquella mirada abundantes rios de amarguísimas lágrimas que borraron la ofensa cometida, pues así se alegrará en Él nuestro corazon y con nosotros todo su pueblo, se le pide de nuevo

su misericordia para ver al Salvador y tener la dicha de recibirle fervientes en bien dispuesto tabernáculo, se desean sus celestiales auxilios para que nuestras acciones sean fructuosas y, mediante el cariñoso saludo que el sencillo y riquísimo Booz diera á sus segadores en la Antigua Ley y en la Misa repite el Ministro á los fieles con la significativa señal de abrir y cerrar las manos, cual si quisiera estrecharlos, Padre amantísimo, en su amoroso seno, subimos con el Sacerdote al Altar, le besamos con tierno afecto, nos unimos con Cristo, representado en el ara, y alentados con la intercesion de los Santos, cuyas reliquias se veneran allí, nos parece oír de dulcísimos labios el afectuoso convite que al incrédulo Discípulo dijera bondadoso el Salvador: «Acércate, entra tus dedos en la llaga del costado, toca mis manos y mis piés, y no quieras ser incrédulo, sino fiel.»

INTROITO, KIRIES, GLORIA Y COLECTAS.

Ya hemos llegado al Introito; ya estamos dentro del misterioso conjunto que termina en la tremenda acción; ya se dicen los preciosos versículos que del Davidico Salterio la piadosa Esposa del Cordero acomodara á cada Festividad; ya expresamos los anhelosos suspiros de los antiguos Patriarcas que vivieron y murieron con la esperanza gratisima en el Mesías; ya indicamos la entrada de Jesús en este mundo, esa entrada que conmueve los cielos y la tierra; ya nos disponemos á venerarle y ofrecerle nuestros homenajes y respetos.

Pero, ¿cómo hacer ésto, sin pedir ántes su auxilio y bendición? ¿Cómo, sin reclamar de nuevo su infinita misericordia? ¿Cómo, sin humillarnos á vista de nuestra

indignidad? Hé aquí por qué, cual los leprosos del Evangelio, ó cual el desgraciado ciego de Jericó, de lo íntimo de nuestra alma, convencidos de nuestra miseria, fluctuando en agitado mar de congojosas tribulaciones, pronunciamos el *Kirie eleison*, es decir, Señor, tened piedad de nosotros, cuyas voces vibrando al aire nueve armónicos sonidos, reforzados con las Angélicas melodías cuyos coros conmueven, á la vez que dan gloria á la Beatísima Trinidad, pues van dirigidas tres veces al Padre, tres al Hijo y tres al Divino Espíritu, nos consiguen el perdón para tres clases de desgracias, la de ignorancia, la de pena y la de culpa, y limpiándonos de las manchas que en el alma suelen dejar las malas palabras, los súcios pensamientos y las acciones perversas, nos preparan al cántico del himno siguiente: *Gloria in excelsis Deo*.

Gloria á Dios en las alturas, exclaman

los Ángeles en las cercanías de Belen; Gloria á Dios en las alturas, repiten alborozados los pastores vigilantes; Gloria á Dios en las alturas, reproduce la Iglesia en la sucesion de los siglos. Y, entre suspiros mil y célicos acentos y vaporosas nubes de aromático humo, se le tributa la debida gloria á Dios, autor de todo bien; á los Ángeles tambien se les tributa, por haber anunciado la buena Nueva; y se desea la paz en la tierra á los hombres de piadoso corazón, de ánimo recto, de buena voluntad. Se alaba, bendice y glorifica al Omnipotenté; se le dan gracias por su gran gloria, por la que todo ha sido hecho; se le une en la alabanza á Jesús, cordero de Dios que quita los pecados del mundo; y se le pide que borre los nuestros, que borre los de nuestros desgraciados hermanos, que lave y purifique, en particular, á los que han de morir luego. La razon de ésto es, porque

Él es sólo el Santo, y, como tal, debe ser venerado de todos, Él es sólo el Señor, á quien todos debemos servir, Él es sólo el Altísimo, en cuya presencia todo el mundo debe prosternarse, Él es el que reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Si patético es el Gloria, no lo son ménos las Oraciones, ó Colectas. Cual Moisés en otro tiempo levantara las manos sobre visible montecillo, para que el pueblo venciera en la terrible lucha con el atrevido Amalecita, así el Sacerdote abre sus manos junto al misal, y extendidas, recita esas oraciones vehementes, con las que, recogidos los votos de los fieles y en nombre de la Iglesia, pide, y pide por Jesucristo cuanto podemos apetecer, seguros de conseguirlo si nos conviene, pues nos dirigimos á Aquél que dijo: «Cuanto pidiéreis al Padre en mi Nombre,

estad seguros que se os dará, » debiendo por tanto unirnos á Él y elevar nuestras almas puras á nuestro buen Dios, cual si fuéramos un solo espíritu y un solo corazón.

EPÍSTOLA, EVANGELIO, CREDO.

La Epístola puede considerarse como una amantísima carta que el Omnipotente nos lee, ántes de verificarse el tremendo Sacrificio. Unas veces usa el sublime lenguaje del elocuente Isaías, otras el vehemente é inflamado del melancólico Jeremías; ahora son las profundas máximas y concisos proverbios del Rey Sábio, ahora el sencillo y patético del célebre Legislador; y tambien se nos ofrecen los elevadísimos conceptos del Apóstol de las gentes, ó las caritativas expresiones del amado Discípulo. Con afectuosa veneracion debemos recibir tan salu-

dables documentos, y despues de dar cordialísimas gracias á tan buen Dios, entonemos, lleno de júbilo nuestro corazon, el místico *Alleluja*, uniendo nuestras voces á las de los Bienaventurados que lo cantan en el Cielo.

No se pasa, no, de la Epístola al Evangelio, sin que profundamente humillados con el inclinado Sacerdote, pidamos al Ángel, que asiste ante el trono del Altísimo, purifique nuestros lábios é inflame nuestros corazones con encendida brasa, cual en otro tiempo hiciera con el Profeta Isaías ántes de ir á anunciar las verdades divinas á un pueblo duro é infiel, porque, ¿quiénes somos nosotros, gusanos miserables, para entender los evangélicos misterios, si Dios no abre nuestros oidos é ilumina nuestra inteligencia?

Pero Dios es la luz y á sus clarísimos rayos podemos percibir las bellezas de su

Evangelio. Ya nos hemos signado en la frente que le concibe; ya nos hemos signado en la boca que le confiesa; ya nos hemos signado en el pecho que le pone por obra; ya nos hemos fortificado contra la vergüenza que le hace traicion, contra el silencio que le suele ocultar y contra la hipocresía que le tuerce. Y los hechos más asombrosos y las más bellas narraciones y las sencillas parábolas y los profundos discursos y la vida de Jesús toda pasa sucesivamente á nuestra vista, viendo ya la vileza de un traidor, ya el ardoroso afecto de un gñtil; aquí las aclamaciones de entusiasmada turba, allí los rugidos de extraviado populacho; ora el pobre que pide, ora el rico que convida; bien la tristeza del que sufre, bien la sonrisa del que se alegra; unas veces la misericordia del que perdona, otras la ingratitud del que ofende; y siempre, siempre, el amor de un Dios que vino

al mundo por redimir al hombre. Ha concluido, hemos estado de pié, como dispuestos á propagarle, y depositado un ósculo amoroso en prueba de reverencia y sumision, oimos recitar el Credo.

Éste es el símbolo de nuestra fe; éste es aquella fórmula que los Apóstoles compusieron, ántes de dividirse el mundo que iban á evangelizar; éste es aquel cuerpo de doctrina invulnerable á los ataques de encarnizados enemigos; éste es aquella célebre profesion que une á los fieles todos á través de los siglos y á pesar de la diversidad de climas; éste es el conjunto de verdades que mártires invictos sellaron con sangre generosa, que ilustres confesores han expuesto en voluminosas obras, que ha formado las delicias de penitentes anacoretas y que entretiene dulcemente á los sencillos parvulitos; éste es aquella composicion, cuyos armoniosos ecos esparcidos

por anchurosas bóvedas de suntuosa Basílica, han estrechado los lazos fraternales de divididos fieles; éste es el precioso depósito que no han anegado las borrascosas olas de sangrientas revoluciones, ni desmoronado la destructora piqueta del devorador tiempo, ni alterado la diversa índole de creyentes mil.

Creer con el alma y confesar con la boca, recibir con el corazón y practicar con la obra, meditar con la inteligencia y revelar con la palabra, es lo que debemos hacer con esta inimitable oración y exposición. Y al pronunciar el nombre de Jesús, llenémonos de vivísima alegría, y al llegar al *Incarnatus est*, humillémonos con profunda reverencia, y al oír el *Simul adoratur*, unámonos con las criaturas todas que se postran ante el Divino Espíritu, y al terminar con el *Vitam venturi sæculi*, levantemos los ojos al cielo y ansiemos vivamente el vernos

reunidos en aquella inefable mansion de deliciosos goces.

OFERTORIO, LAVATORIO, PREFACIO Y SANCTUS.

Ya nos encontramos más cerca de la esencia del acto solemne á que asistimos; ya concluyó la Misa llamada de los catecúmenos, ó sea la parte del Sacrificio que éstos oían con los penitentes; ya nos hemos quedado solos los fieles dignos de presenciar la inmolation del Cordero; ya estamos en el *Sancta Sanctorum*; ya comienza el Sacerdote á remitir la voz y á entablar íntima y secreta comunicacion con Dios; ya se va á verificar la oblacion de la materia necesaria.

Con la blanquísima Hostia que sostiene la brillante patena, llenos del fervoroso espíritu de los antiguos Israelitas y primitivos Cristianos, ofrezcamos nuestro cora-

zon y el de las personas de nuestro cariño ú obligacion, para que unidos en amorosa llama de caridad con nuestro Dios, podamos decir con verdad, verificada que sea la prodigiosa transustanciacion: «No vivimos nosotros, vive, sí, Jesús en nosotros,» con ánimo decidido de no obrar de allí en adelante sino obras de Cristo, cual rama ingeritada en vigoroso tronco produce frutos admirables que participan de la comun sávia.

Al hacerse la mezcla del agua con el vino, trasladémonos en espíritu al Cenáculo, donde la majestuosa figura del Salvador practica ante los admirados Discípulos la simbólica ceremonia, ó vayamos al tembloroso Gólgota, cuya áspera superficie es regada por sangre y agua que brotan ardorosos del abierto corazon de la espirante Víctima, ó bien recorramos los siglos todos, cuyos variados momentos presencian estu-
pefactos la mística union de pueblos mil,

pues todo esto se representa en la indicada mezcla, y contemplemos además la union del alma y del cuerpo que la mano del Omnipotente efectúa en el hombre, la hipostática más admirable que el Verbo realizara con la humana naturaleza para reparar al género humano y la beatífica que se desea en el Cielo mediante la que la comunión obra en la tierra con la Divinidad, excitando siempre más y más el deseo de sumergirnos en el abismo de los méritos de Cristo y salir de allí purificados, cual los Santos que lavaron sus vestiduras en la sangre purísima del Cordero.

En esto brilla ya el cáliz en las sacerdotales manos; en su fondo chispea el líquido que se ha de convertir en Sangre Divina; elévase su cincelada copa hasta el rostro del Celebrante; sus ojos están fijos en el Redentor pendiente de áspero madero; su corazón palpita de alegre confian-

za; sus labios murmuran significativa oración; sus manos forman simbólica cruz sobre el corporal; la sangre toda de nuestras venas, los suspiros de nuestra alma, los votos de los que se nos han encomendado suban también con esta oblación en olor de suavidad, que de lo alto descenderá virtud Omnipotente, que no consume el sacrificio, sino que lo transforme en gratísima oblación á la Beatífica Trinidad y haga que sirva luego para la salud de los que lo ofrecen y de todo el mundo.

Mas, ¿quiénes somos nosotros, viles mortales, para merecer el honor de presentar estos dones á Dios? Humillémonos al momento, y convencidos de nuestra indignidad, supliquemos con los mancebos del babilónico horno, que se digne aceptarlos, y que enviando su Espíritu Divino, tenga á bien derramar sobre la preparada oblación abundancia de bendiciones.

Síguese la locion de las manos al lado de la Epístola, porque la reverencia á la Cruz no permite hacerlo en el medio. Recordemos aquí que en la Antigua Ley los Sacerdotes se purificaban en el bronceado baño antes de entrar en el Tabernáculo, que los Judíos en general no se sentaban á la mesa sin lavarse ántes las manos, y que es muy comun, entre gente de finura, el limpiar las manos cuando se ha de asistir á un acto de alta sociedad, ¿qué más propio que el Sacerdote católico, al acercarse más y más á la consagracion, lave sus manos de lo que la oblacion haya podido ensuciarlas, y los fieles con él y él con los fieles y todos, en una palabra, procuremos limpiar nuestras almas de las más pequeñas imperfecciones, tanto más cuanto que en la noche de la cena se dijo á los Apóstoles, y en ellos á nosotros, que además de estar lavados, necesitamos limpiar los piés, es decir,

purgar el alma de ese polvillo de las culpas veniales que se pega de ordinario? Unámonos, sí, con el Celebrante y con él meditemos ese precioso salmo, en el que se dice á Dios, que hemos amado y amamos la hermosura de su Casa y Templo, del lugar donde reside su gloria, pidiéndole á la vez que nos libre de los impíos y de los sanguinarios, cuyos dones hemos despreciado, para vivir en la inocencia y para servir al Señor en el seno de su Santa Iglesia.

Vuelve á ofrecerse todo á la Santísima Trinidad, y alentado el Sacerdote con la reparadora memoria de santísimos misterios y con la poderosa intercesion de María Santísima y los más célebres Santos, convida á los asistentes á pedir con él, mediante el patético y conmovedor *Orate Fratres*. Es más fácil consigan su objeto las oraciones de muchos que la de uno solo, porque los encendidos suspiros de muchas almas ha-

cen casi dulce violencia al amoroso corazón del Señor. Unamos, pues, nuestras fervorosas oraciones á las del Sacerdote y fieles que nos acompañan, rodeemos al Señor con nuestras vivísimas peticiones, no le dejemos hasta haber obtenido audiencia favorable.

Si, empero, la debilidad, la distracción, el tédio, quizás, nos hacen estar remisos, la sonora voz del Sacerdote, que dice el *Sursum corda* del Prefacio, levantará nuestros corazones hácia el Cielo, y rasgado éste, aparecerán entre luminosos resplandores los angélicos coros, entonando dulcísimos himnos en honor de la Santísima Trinidad, que en brillante trono corona la celestial Corte. Aunque indignos, pidamos formar parte en la felicísima concurrencia, y haciendo nuestras toscas lenguas débil coro á tan grata melodía, pronuncemos alborozados el Santo, Santo, Santo, etc., ese cántico sentimental y misterioso que ala-

dos Serafines de abrasado rostro entonan cabe la silla majestuosa del Anciano de dias; ese cántico patético y sublime que enagenado pueblo en victoriosa ovacion dirigiera al humilde y mansísimo Redentor que cabalgaba en pausado jumentillo; ese cántico, en fin, lleno de profundas verdades y de elocuentes expresiones, que alegre la Iglesia esparcida por todo el orbe repite en sus augustos Templos con sin igual armonía, que aumentan prodigiosamente el suavísimo sonido de dulcísimo órgano, la vagarosa aura que oscila entre las atrevidas bóvedas y los valientes acentos de robustos y diestros cantores.

CÁNON, CONSAGRACION, PATER NOSTER.

Admitidos ya entre ciudadanos de bienaventurada patria, sin volver los ojos á la mortal tierra que en alas del espíritu de-

járamos, mientras el Sacerdote va leyendo el célebre Cánon, que nada contiene que no excite vivamente la piedad y donde las omnipotentes palabras del Salvador se hallan como engastadas entre apostólicas tradiciones y sentencias de Soberanos Pontífices, acerquémonos con humilde confianza al trono de Dios, dirijámonos al Eterno Padre y supliquémosle que se digne recibir y bendecir aquellos dones, que, recibidos de sus manos, le presenta el Celebrante, aquellos presentes que le hacemos de lo mismo que nos ha dado y el Sacrificio que le ofrecemos todos por nuestros pecados.

La suma bondad de Dios, que se va á inmolar por nosotros, nos invita dulcemente á recogerlos y en los *Mementos de vivos* ir encomendando las necesidades porque debemos rogar. ¿Tenemos obligacion ó devocion de oír Misa por alguna persona? Pues sea ella la primera que recuerde nues-

tra afectuosa memoria. ¿No estamos nosotros necesitados de auxilios espirituales y corporales? Nada más propio que nos pongamos ante el rico dadivoso como indigentes pordioseros. ¿Somos católicos? Pidamos por el Romano Pontífice, Cardenales, Obispos y Sacerdotes, para que Dios les ilumine y llene de santo celo y su Esposa prospere, triunfe y contribuya al bien de la humanidad. ¿Somos ciudadanos? Encomendemos á nuestro Monarca, sus Ministros, Justicias y Autoridades, para que nos defiendan, gobiernen con acierto y procuren la paz tan benéfica y tan apetecida. Y los bienhechores, deudos, parientes, amigos y conocidos, ¿no han de tener tambien un lugar en esta oblacion de gracia y misericordia? ¡Ah! sí, para que desciendan sobre ellos las bendiciones del Cielo, como sobre los agostados campos el nocturno y bienhechor rocío. ¡Qué digo!, áun los pa-

ganos, herejes, judíos y cismáticos, para que se conviertan y vengan al seno cariñoso de amante Madre; áun los pecadores desgraciados, para que dejen los caminos de la iniquidad y vuelvan á entrar en los senderos de la piedad; áun nuestros mismos enemigos por quienes orar nos mandara el Redentor y verter quiere Sangre preciosa; todos, todos deben entrar á la parte de este Sacrificio.

Para ello nos ponemos en comunicacion misteriosa con los Bienaventurados que desean se inmole la Víctima santa: para ello extiende las manos el Sacrificador sobre la oblata, cual en otro tiempo el Sacerdote Aarónico sobre la cabeza del limpio becerrillo; para ello dice al Señor, que aplacado reciba la ofrenda, que llene nuestros dias de gozosa paz, que nos libre de la eterna condenacion y que nos cuente entre la preciosa grey de los escogidos; para

ello insiste en que bendiga la ofrenda y la acepte y la ratifique, de suerte que sea digna de Aquel á quien se ofrece; para ello...

Pero hénos ya en la principalísima accion de la Misa; ya no habla el Sacerdote, es Cristo el que habla y obra: váse á poner presente la Augusta Víctima; el cielo contempla extasiado; la tierra espera confiada; el infierno tiembla de espanto: ya se ha tomado el pan en las manos; ya se han elevado los ojos al Crucifijo; ya se ha dado la solemne bendicion; ya se han dicho las célebres palabras: *Este es mi cuerpo.*

Y realmente el mismo cuerpo de Jesús está bajo las sacramentales especies: vélanle los accidentes de pan, olor, color y sabor; pero Él se halla allí presente: el que niño llorara en Belen y hombre recorriera amantísimo los pueblos y ciudades y cual criminal muriera en sangriento holocausto,

ahora yace oculto bajo místicos símbolos de purísima blancura.

¿Por qué, pues, no adorarle con la enamorada Esposa de los cantares, diciéndole: «Encontrado hé á aquél á quien desea mi alma, asíle, y no le soltaré hasta haberle hecho entrar en la casa de mi madre?» ¿Por qué no venerarle con sentimientos de afectuosísimo amor, pidiéndolos prestados á la hermosísima doncella de Judá, la Virgen María, que apenas le diera á luz en pobre portalito, postrada ante tan rico tesoro, ofreciera rendida purísimo y amante corazón? ¿Por qué, pues, no decir con la penitente Magdalena?: «¡Oh Divino Maestro mio!» ó con el incrédulo y atónito Tomás, vivamente iluminado de clarísimo rayo de fe: «Dios mio y Señor mio» ó bien con el atemorizado y ferviente Pedro, en quien triple confesion de amor borrara las funestas huellas de aleve negacion: «Señor, vos

sabeis cuánto os amo?» ¿Por qué no reproducir los amorosos excesos de justos contemplativos, y en dulces coloquios expresar á nuestro buen Dios los afectos de nuestra alma?

Y cuando del mismo modo, consagrado el vino, se pone presente la sangre de un Dios clemente, hecha señal por la vibrante campanilla, ¿qué más propio que aplicar los lábios al dulcísimo manantial que brota de la Cruz con no menor ánsia que los debilitados Hebreos arimaban sus resecos lábios al torrente de agua cristalina que saltaba de durísima roca al vigoroso contacto de la virtuosa vara de Moisés? Qué cosa más útil que sumergir nuestro corazón en esa benéfica piscina de salud, para que de allí salga limpio y sano, cual salieran de la Probática los macilentos enfermos que entraran allí, después de movidas las aguas por celestial Ministro? Qué cosa más oportuna

tuna que pedir la aplicacion de la derramada Sangre para todas las criaturas racionales que de ella necesitan?

¡Ah! Sin detenernos á considerar la multitud de Ángeles que en graciosos coros y con simétrica armonía rodean invisibles la Hostia santa, la Hostia pura, la Hostia sin mancha, el Pan sacrosanto de vida eterna y el Cáliz de perpétua salvacion, como dice la Iglesia en el Cónon; sin recordar la benevolencia con que en otro tiempo aceptara el Señor las simbólicas ofrendas del agradecido Abel, del creyente Abrahan y del misterioso Melquisedec, benevolencia que es prenda segura del amor con que ahora recibe una oblacion mucho más santa y más digna; sin pararnos mucho en la tierna oracion con que le pedimos que sea llevada al trono del Altísimo por manos de obsequiosos Espíritus la presente oblacion, á fin de que todos los

que de ella participamos seamos llenos de bendicion celestial y de gracia divina; prescindiendo de todo ésto, pasemos á hacer los *Mementos* de los difuntos.

Contemplemos á Jesús Crucificado. De sus cinco abiertas llagas manan arroyos de Sangre preciosa. Patentes están á las afligidas almas las rojas cavidades, ofreciendo seguro refugio.

Introduzcamos, pues, prévia humilde peticion del competente permiso, en la llaga del costado aquella persona, ó personas, ya difuntas, por quienes deseamos aplicar la Misa en particular. Despues pongamos en la de la mano derecha las ánimas de nuestros padres, hermanos y parientes, interesando lo más vivamente posible la clemencia del bondadoso Señor á quien veneramos. Luego en la de la mano izquierda hagamos entrar las de aquellos que pertenecieron al mismo gre-

mio, asociacion, instituto ó ciudad, y con quienes nos unieron lazos de fraterna y social caridad. Seguidamente reciba la del pié derecho las de los amigos, bienhechores, conocidos, encomendados y aquellos con quienes tuvimos alguna relacion, mucho más si les fuimos ocasion de escándalo ó de peligro, para que Dios las abrevie el penar que quizá las hemos causado. Y, por fin, en la del pié izquierdo coloquemos, sin reparo y con ardiente caridad, las más affligidas, las más necesitadas, las más olvidadas, y sobre todo las más queridas del Señor, para que vayan pronto á verle y gozarle eternamente.

¡Qué grato le es á Dios este ejercicio!

¡Qué provechoso puede ser este corto rato!

¡Qué momentos más útiles y preciosos!

Lo que hemos pedido para las almas que padecen, lo deseamos al momento para nosotros pobres pecadores, cuando llegue

nuestro día, y lo deseamos y suplicamos, no por nuestros méritos que son de ningún valer, sino por la gracia del Señor que cria los dones que le ofrecemos, que los convierte, mucho más milagroso, en su Cuerpo y en su Sangre, y que nos los da amoroso en comida y en bebida, pues si no obráramos en Jesús, por Jesús y con Jesús, nada conseguiríamos.

Penetrados de esta verdad, excitados suavemente por el precioso preámbulo del Padre nuestro, mientras el Sacerdote recita esta sublimísima oracion, esta oracion divina, esta oracion breve y sencilla, esta oracion patética, vayamos nosotros desmenuzando sus peticiones, diciendo á nuestro celestial Padre con humildad y confianza:

Señor, que os adore y venero la tierra toda, mediante la conversion de los que viven en el error: Señor, que reineis en nues-

tros corazones por vuestra gracia santísima, para luego descansar en el Empíreo: Señor, que hagamos todos en este valle de lágrimas vuestra divina voluntad, cual lo hacen los bienaventurados en el Cielo, vi- viendo santamente resignados á vuestras disposiciones: Señor, que nos concedais to- dos los dias el preciso sustento del cuerpo, sin que nos falte el del alma y mucho mé- nos el sobresustancial de vuestro Cuerpo y Sangre: Señor, que se nos perdonen nues- tros pecados, mediante el generoso perdon que concedemos á nuestros enemigos: Se- ñor, que no nos haga caer en la tentacion, con que vivamente nos solicita, nuestro co- mun enemigo, sino que salgamos triunfan- tes y victoriosos: Señor, que nos veamos libres de la muerte eterna, que es el verda- dero mal, y de esos casos desastrados que á ella conducen.

El pueblo ha contestado á la última

peticion: *Mas libranos de mal.* Y el Sacerdote vuelve á repetir fervoroso y confiado: «Que el Señor nos libre de todos los males.» Y pueblo y Sacerdote, y Ministro y fieles, todos deseamos ser libres de los males pasados, que son los pecados cometidos, vivos mientras no se perdonan, de los males presentes, que son imperfecciones, tentaciones y culpas actuales, funestas para nuestra pobre alma, y de los males futuros, esto es, de las penas temporales terribles siempre, de las eternas terribilísimas, en especial la privacion de la vista de Dios, y esto lo pedimos por los méritos é intercesion de Jesús y de sus Santos, muy dignos de ser escuchados y atendidos por el Eterno Padre, que á vista de Sangre preciosa depone su justa ira.

AGNUS DEL, COMUNION, ÚLTIMAS ORACIONES.

¡Cuán significativo es el rito de partir la sagrada Hostia y mezclar una pequeña partícula en el cáliz! ¿No vemos en esta union del cuerpo y sangre del Redentor un símbolo expreso de la gloriosa resurreccion en que su alma santísima se unió al cuerpo resplandeciente para nunca más morir? No encontramos figurada tambien en ella la unidad del Sacramento que resulta de la consagracion de dos especies distintas? ¿No se nos revela el fruto de la paz ántes deseada al Pueblo, que es unir al hombre con Dios, á los hombres entre sí y en el mismo hombre la parte inferior con la superior? Sí, y por eso debemos suplicar ardentemente, que el Señor nos conceda esa envidiable paz que sobrepuja las delicias todas de la tierra y que convierte

este valle de miserias en apetecible Eden.

En esto oímos que el Sacerdote, cual otro Bautista en el desierto y riberas del Jordan, dice: «*Agnus Dei*, Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,» y responde, compungido y lleno de confianza, con los ciegos del Evangelio: «*Miserere nobis*, tened piedad de nosotros.» Digámoslo con él una, dos y tres veces, procurando excitar en nuestros corazones los sentimientos que incluyen las siguientes oraciones, sentimientos á propósito para preparar las almas al Eucarístico Convite que se va á realizar de allí á un instante.

¿No es de temer que los graves pecados de la vida pasada, por los que quizá no se ha hecho la debida penitencia, y los muchos pecados veniales presentes, de los que ni aun el justo suele verse libre, impidan de algun modo el fruto del Sacramento y Sacrificio? Pues por esta razon se le pide

al Señor que no mire á nuestros deméritos, sino á la fé de su Iglesia Santa, de esa Esposa Inmaculada, que siempre le es grata y cuyos miembros se desea una aquí el vínculo de fraterna caridad y allá el gozo de eterna y felicísima gloria.

Mas ¿quién puede vivificar los muertos por el pecado, sino aquel que hizo los vivos, Jesucristo, Hijo del Padre, encarnado en el seno purísimo de casta Doncella y nacido para nuestro bien? A Él, pues, acudimos para que nos purifique y nos dé vida de gracia y nos una con él y por él con el Padre celestial.

¿Seremos, empero, dignos de esta honra? ¿Y quién digno, sino sólo Dios? Nada le remordia al Apóstol y sin embargo se humilla como culpable, ¿qué haremos nosotros? Á muchos la comunión ha sido venenoso manjar que ha causado cierta muerte eterna, ¿no temeremos igual suerte? No

permitais, no, digamos al Señor, que la comunión que vamos á hacer nos sirva de reato de condenación, sino de prenda de salud eterna. No somos dignos, no, confesemos con el Centurion, de tan grande honor; pero vos sois misericordioso, Señor, y una sola palabra vuestra sanará y dispondrá nuestra alma. ¿De dónde, de dónde á mí, polvo y ceniza, que venga á hospedarse un Dios en mi pecho?

Cariñoso abrazo diera María á Isabel en montuosa mansion; purísimos ósculos estampaba en los desnudos piés del Salvador la penitente Magdalena; reverente contacto era el de la mano trémula del incrédulo Tomás introducida en el costado de Jesús; la union, empero, que se está verificando entre el alma del Sacerdote y el Cuerpo de Jesús, al sumir la Sagrada Hostia, es más admirable.

Y cual las dulces aguas de encontrados

rios se juntan y mezclan formando una corriente, y cual ingertada rama en vigoroso tronco participa de sus jugos y forma un todo agradable, y cual gotas dos de blanca cera se funden y confunden á la penetrante accion de ardiente llama, del mismo modo el hombre y Dios, Cristo y el Sacerdote, la criatura y el Criador se unen y estrechan y comunican cual comunicarse pueden. ¡Qué momento más sublime! Baten las palmas de júbilo inmenso los celestes Espíritus, rugen de ira confundidos los secuaces de Luzbel, aliéntanse los mortales con santa y consoladora esperanza y descansan dulcemente tranquilas en la Divina Misericordia las affigidas almas.

Abramos nuestro pecho á tan buen Huésped; con el Sacerdote comulguemos fervorosamente; pidamos por los mil infelices que reclaman auxilio en el orbe todo; demos rendidos cordialísimas gracias por

tan insigne beneficio; ofrezcamos en cambio cuanto tenemos; elevemos nuestras almas á pensamientos del cielo; recorramos atentos las oraciones que restan; y cuando oigamos que se invoca á la Santísima Trinidad, dispongámonos á recibir la sacerdotal bendicion.

BENDICION, EVANGELIO DE SAN JUAN, CONCLUSION.

El Dios que derrama torrentes de luz y de vida en el universo: el Dios que hermosea las pintorescas campiñas con aromáticas yerbas y graciosas florecillas: el Dios que puebla la agitada atmósfera de alados habitantes, cuyos sonoros gorjeos alegran dulcemente las almas: el Dios que hinchara de bullidores pececillos las insondables profundidades de los procelosos mares: el Dios que envia nocturno rocío en noches de ardoroso estío y oportuna lluvia en las

risueñas primaveras: el Dios que provee de alimento á los séres más distintos, sin faltarles en lo más necesario: el Dios que distribuye sus gracias en los corazones de sus hijos, siendo autor de la armonía moral como lo fuera de la física: el Dios que bendijera plenamente al obediente Abrahan y al valeroso Jacob y á su pueblo por los Profetas, ese mismo es el que nos va á bendecir por su Ministro.

Profundamente humillados recibamos dicha bendicion con el vivo deseo de que sea completa para nosotros y para nuestros parientes y para nuestros amigos y para los fieles todos; bendicion para el alma y bendicion para el cuerpo; bendicion para los bienes y bendicion para los negocios; bendicion de presente, bendicion de futuro; bendicion para el tiempo, bendicion para la eternidad. Y enriquecidos con ella, pasemos á contemplar el último Evangelio, ese

Evangelio que ha sido fuerte martillo donde se han pulverizado las heréticas cabezas de Ebionitas y Fantasiastas, ese Evangelio cuyo principio llevarán colgado de noble pecho los Cristianos que aborrecían la impía secta de Arrio, ese Evangelio, en fin, que el Águila de los Doctores hubiera querido ver grabado con áureos caracteres en las paredes.

En él, ora se entra en el cielo con ráudo vuelo descubriendo profundos secretos de la Divina Eternidad y Omnipotente Persona del Verbo, ora se rastrea la mísera tierra hallando en pobre portal y retirada vivienda al mismo Verbo humanado; ya se ve la creación de todas las cosas, ya la vitalidad de las mismas; ya la irradiación de la luz inaccesible, ya la ingratitud de los que cerraron los ojos á tan benéfica claridad; ya su propagación por los enviados del Mesías, ya, en una palabra, la alegría y dicha de

los mortales entre quienes viviera el Unigénito del Padre y entre quienes vive aún Sacramentado.

Breves son sus palabras; pero profundas las sentencias: córto el intervalo invertido en su lectura; pero lleno de misterios. Si nuestro corazón participara de la pureza y caridad del vírgen corazón de Juan, de aquel corazón que palpité un día junto al de Jesús y que sintiera en otro el contacto de ardiente sangre, de seguro que gustaría de saborear una doctrina, que manando de divina fuente y trasmitida por purísimo conducto, se nos comunica graciosamente todos los días.

Más hé aquí que el Sacerdote ha concluido: ya dobla con cuidadoso esmero el corporal; ya toma en sus manos el sagrado Cáliz, recogido el velo en su parte anterior; ya se retira á la Sacristía rezando devoto el tierno *Benedicite*; ya le sigue el niño

con las velas apagadas y las vacías vinajeras; ya empieza á desfilarse el concurso; ya es hora de retirarnos á nuestros quehaceres, ¿lo haremos sin dar brevemente las debidas gracias?

ORACION EN ACCION DE GRACIAS.

¡Oh Dios de bondad y misericordia! Vivamente reconocido al insigne favor que me habeis dispensado en dejarme asistir á vuestro Santo Sacrificio, no puedo ménos de daros las más sinceras y cordiales gracias, pidiéndoos perdon por las muchas faltas cometidas durante el tiempo en que he permanecido á vuestro lado. ¡Ah! ¡Cuántos otros habrian sido más fervorosos! ¡Cuántos otros habrian estado más atentos! ¡Cuántos otros hubieran sacado más fruto! Suplid, Señor, lo que á mi tibieza, negligencia y disipacion ha faltado;

llenad, llenad esos vacíos que en tan buena obra ha dejado mi pobre y débil alma: sed clemente y generoso con éste gusanillo vilísimo que no sabe sino arrastrarse por el lodo de inútiles pensamientos. Que el Sacrificio á que he estado presente ocupe mi corazón, purifique mi alma, eleve mi espíritu, dé vigor á mi cuerpo, dirija mis pasos y me fortifique para el porvenir. Su dulcísimo recuerdo permanezca todo el día vivo en mi memoria, y, unido con el del siguiente, formen gratisima cadena, que en el momento de llegar á la playa de la muerte, me traslade para siempre á la deliciosa mansion de la gloria. Así sea.



CAPÍTULO IV.

CUARTO MODO DE OIR MISA. VIDA DE MARÍA SANTÍSIMA.

AUNQUE habláramos algo de la Virgen cuando describimos la vida de Jesús, su Divino Hijo, sin embargo convendrá desarrollar en este modo de oír Misa el brillantísimo panorama de su purísima historia, para sacar de ella utilísimas reflexiones.

María es la simpática figura que hace sonreír al tiernecito niño sostenido en brazos de amante madre, ó cariñosa nodriza: María es el génio tutelar que retrae de ex-

traviados senderos al atolondrado joven-
cillo lleno de ilusiones encantadoras y
alhagüeñas esperanzas: María es sombra
bienhechora bajo la que se cobija confiado
el hombre vigoroso, cuya sangre enardece
el congojoso cuidado de mil negocios inte-
resantes: María es el báculo que sostiene
los vacilantes pasos del encorvado anciano,
anheloso por su bendicion maternal para
dejar tranquilo una vida de peligro y se-
duccion.

Á Ella saludan por Reina y Señora los
nueve coros Angélicos, eclipsado su bri-
llante resplandor por la majestuosa gloria
que circunda su elevado trono: á Ella vene-
ran rendidos los Patriarcas, benditos del
Señor como abuelos del Mesías, los Profe-
tas, encargados de intimar los Divinos jui-
cios á pueblo rebelde y duro, los Apóstoles,
cooperadores de Jesús en la obra de repara-
cion, los Mártires, que derraman su gene-

rosa sangre por consolidarla, los Confesores, que la propagan en cien dulcísimos arroyos de sana doctrina, y las Vírgenes, que la practican heróicas: en ella confían los fieles que luchan fervientes, las afligidas almas que padecen amantes y los pecadores mismos cuyo corazon agita cruel remordimiento.

Entre Dios, justamente irritado por enormes pecados, y el hombre criminal que los comete, se halla, candorosa más que la nieve, brillante cual estrella matinal, agraciada como purpúrea rosa de grátísimo olor, esa tierna Mediadora, esa dulce Madre, esa incomparable Doncella, que siendo el mejor modelo de las de su sexo, abre un corazon compasivo á las miserias humanas, y sirve de potente refugio al mísero hijo de Adan, sobre cuya débil cabeza oscila suspenso de Omnipotente mano tremendo y merecido castigo.

Contemplemos , pues , su preciosa vida acomodada como la de Jesús á las diversas partes de la Misa , y veremos latir más de una vez nuestros pobres corazones de consoladora esperanza, de justa gratitud , de vivo deseo de imitarla, de admiracion sorprendente y de humilde reverencia.

DESDE EL INTROITO HASTA EL EVANGELIO.

No nos fijemos en su Inmaculada Concepcion , cuando , á la manera que graciosa nube coagulada de opacos vapores entre los brillantes rayos del sol sale toda luminosa y clarísima, así esta bellissima Criatura formada de la comun masa por la misma mano del Omnipotente, que la destinaba para Tabernáculo suyo, resultara toda pura, hermosa y sin mancha alguna que pudiera sonrojar á su Hacedor, misterio gratisimo que á la Señora circunda de aureola esplen-

dorosa y á nosotros llena de alegre esperanza.

No nos paremos á considerar su perfeccion y hermosura, pues á un alma adornada de todas las virtudes uniera su Autor un gentil y gallardo cuerpo, que un dia hizo caer enagenado de gozosa veneracion al areopagita Dionisio, y que tal armonía presentara durante toda su vida que no sin razon pudiera compararse á dulcísima lira pulsada por Divina mano, cuyos melodiosos sonidos se correspondieran mutuamente y en nada discordaran.

Nada digamos tampoco del felicísimo momento en que, cual maravillosa brota perenne fuentequilla entre espinosos juncos y puntiagudos guijarros para refrescar con purísima corriente los resecos lábios de fatigado caminante, del mismo modo aparece en medio de corrompida sociedad la incomparable María, rozagante y bella para

hacer correr por el conducto de su amantísimo corazón, henchido siempre del inagotable manantial de las Divinas bondades, torrentes mil de espirituales y temporales beneficios.

Prescindamos, sí, de estos misteriosos acontecimientos que llenan el alma de indecible alegría, á la vez que la animan á esperar todo de un Dios tan generoso que nos diera tan buena y cariñosa Madre, y pasemos á considerar su oculta y silenciosa mansion en el Gerosolimitano Templo donde tan admirables virtudes practicara, y en la que tan patentes ejemplos pueden contemplar toda clase de personas, en especial aquellas que se ven obligadas á vivir bajo obediencia.

Llega un dia en que los santos esposos Joaquin y Ana tienen que desprenderse del objeto de sus delicias. Hay un voto de solemne consagracion á Dios por parte de

aquellos venturosos padres y es preciso cumplirle, aunque les cueste muchísimo. Tres años tenia solamente la graciosa Niña; pero la plenitud de la sabiduría que poseyera desde su Concepcion hizo anticipar el cumplimiento de la promesa.

Contemplemos cómo salen de la pequeña Nazaret en direccion á Jerusalem los ancianos consortes. Ya uno, ya otro, conducen amantes en sus brazos el dulce tesoro de su corazon, acompañados de sus deudos y parientes y escoltados por numerosas legiones de Ángeles que van al servicio de su Reina y Señora. En lo alto de las gradas del Templo espera gravemente majestuoso el Santo Sacerdote Zacarías, cuyas venas llenara sangre real cual la que corria por las de su hermosísima Prima. Luce ésta rico y azulado vestido que recoge en graciosos pliegues blanco ceñidor de fina y lustrosa seda; brilla en su infantil rostro la más

pura y sincera alegría, correspondiendo á los amorosos latidos de virginal corazón; y realza su hermosura la exterior solemnísimá pompa, que numeroso concurso de las más principales personas, guiadas allí por Divina inspiracion, presta á la augusta ceremonia. Ya está al pié de las gradas; ya la dejan sus Padres en tierra; ya se vuelve á ellos cariñosa; ya les pide humilde su bendicion; ya recibe sus ardientes besos; ya se desprende ligera, cual gacela del desierto, de sus manos; ya sube serena y con gallarda gentileza los quince peldaños de la grada; ya es recibida por el Ministro del Señor; ya se entrega á su Dios; ya consuma el sacrificio; ya se termina la ceremonia; y entre las aclamaciones de la devota muchedumbre y los melodiosos conciertos de los Espíritus celestiales y las lágrimas de sus Progenitores y los augustos plácemes de la Beatísima Trinidad se queda en el

Tabernáculo la Niña María, siendo conducida á las habitaciones destinadas á las de su clase que allí se educaban. ¡Qué ejemplo más insinuante para que las jóvenes á quienes el Señor llama á su Santuario imiten animosas la pronta generosidad de María! ¡Qué ejemplo tambien para que aquellas que están destinadas á permanecer en el mundo sepan hacer de su corazon un Templo donde more Jesús y ellas hallen seguro asilo contra las locas vanidades del mundo! ¡Qué estímulo para que aquellos padres cuyos hijos llama Dios á sí se desprendan generosos de ellos y los consagren rendidos ante sus altares! ¡Qué modelo para que en el caso contrario los eduquen cristianamente, despegando su tierno corazon de lo que es humo y vanidad y aficionándolos al amor Divino, única cosa sólida y duradera! ¡Qué norma más segura!.... pero observemos las santas ocupaciones de la purísima

Niña durante su mansion en el Templo.

Entremos, sí, en ese lugar santo, en ese lugar de oracion, en ese Zorobabélico edificio, radiante de oro por las planchas que Herodes mandara poner, y veamos lo que hace la Doncella pudorosa de Nazaret, rosa purpurina trasplantada en ameno jardin para ser las delicias del Excelso y recibir de Él copiosísimas benéficas influencias.

Es la media noche; riela la pálida luna en las cristalinas aguas de misterioso baño; arde despidiendo suavísima claridad el dorado candelabro en sagrado recinto; vaga aún por interior atmósfera balsámica nubecilla de oloroso incienso; duermen tranquilos los Sacerdotes encargados del cuidado del Templo; y mientras tanto María ora al pié del Santuario, y ora con fervor, y su alma, más pura que los brillantísimos rostros de áureos Querubes cuyas alas cubren tersa y finísima lámina del mismo metal,

se exhala en ardientes votos al Altísimo por la felicidad de su Pueblo y porque acelere amoroso la venida del Mesías.

Viene el día; ya el astro luminoso lanza potentes dardos de fuego; gorjean alborozadas las avecillas en las frondosas copas de altos y gruesos árboles; despiden las flores gratísimas emanaciones que recrean con su aroma el más fino olfato; véñese por doquiera personas mil ocupadas en sus respectivas faenas; María asiste con sus compañeras á la labor, y seguras sus delicadísimas manos entretejen en el toscó cañamazo delgados hilos de seda y oro, formando preciosísimas figuras que despues han de brillar en las túnicas sacerdotales, ó bien une sus dulces acentos á las melodiosas notas que de músicos instrumentos hacen salir los inteligentes Levitas á la vez que entonan cadenciosos los inimitables Salmos del Real Profeta.

Llega el momento de retirarse á su celda: ya lee las Santas Escrituras penetrando su espíritu, ilustrado con sobrenatural luz, los profundos sentidos en ella incluidos y sacando de tan riquísima mina inestimables tesoros de afectuosas reflexiones; ya contempla extasiada las Divinas perfecciones, y anonadada ante el Sér Supremo le adora rendida y le entrega del todo y sin reserva su purísimo corazón: ahora entabla con serviciales Espíritus dulcísimos coloquios, que, sin dejar la mísera tierra, la hacen gustar anticipado cielo; ahora continúa y termina obediente las extraordinarias tareas que sus maestras juzgan conveniente señalarla.

Si trabaja, habla con Dios; si descansa, Dios es su entretenimiento favorito; cuando vela, ora; si duerme, no suspende su oración; sola está con su amante Dueño, en público tampoco le abandona. Siempre

humilde, siempre modesta, siempre amable, siempre caritativa, semeja la rosada aurora que aparece en los bordes de anubarrado horizonte y que agrandándose poco á poco, deja ver primero, y despues nos trae la suspirada luz del dia. Nada decimos de su comida, porque ésta era más bien para no morir que para alargar la vida, comida que Ángel solícito traia reverente todos los dias ántes de ponerse el sol.

¿Quién, al ver á María en el Templo, no procura despertar de ociosa indolencia y combinando prudente la oracion con el trabajo, dar al alma lo que importa al alma y al cuerpo lo que conviene al cuerpo? ¿Quién no propone llenar sus respectivos deberes, siendo respetuoso con sus superiores, compasivo é indulgente con sus inferiores, cariñoso con sus iguales y caritativo con todos? ¿Quién no trabajará por conservar en su corazon la pureza, esa flor

virginal que embellece al alma, así como la modestia, ese hermoso carmin que colorea la frente sede de la inteligencia? ¿Quién no pedirá confiado las gracias necesarias para ser perfecto y el remedio de tantas necesidades como en el orbe se padecen, tanto más cuanto que ahora tenemos de poderosa intermediaria á la castísima Señora cuya vida meditamos?

DESDE EL EVANGELIO HASTA EL SANCTUS.

Así se deslizaban tranquilos los días y los años en tan dulce reposo, cuando hé aquí que el Señor se digna llevarse á sus siervos Joaquin y Ana, saliendo afligida su cariñosa Hija á cerrarles los ojos, y acompañando á la última morada sus mortales restos, pagarles agradecida el tributo de amor filial. No está reñida, no, la religion con las demás virtudes sociales y domésti-

cas que debemos llenar cuando y como convenga, así como tampoco se excluyen el natural sentimiento por dolorosa pérdida con la completa resignacion á la Voluntad Divina, universal reguladora de todo lo que sucede en el mundo.

Segura María de la predestinacion de sus Padres, vió mitigarse su pena natural, volviendo al Templo á continuar su santa vida. Quince años habia cumplido, cuatro llevaba huérfana, sus gracias habian aumentado, su estado habia de fijarse. Los Sacerdotes, sus tutores, quieren desposarla; Ella está resuelta á permanecer libre, porque ha prometido ser vírgen. Las leyes pátrias, las costumbres hebreas, la esperanza del Mesías, todo decide á sus protectores á desposarla. María confía en Dios, recibe su inspiracion, se resigna y accede á tomar Esposo. Se convocan los varones de la tribu de Judá, lánzase la voluble suerte

entre mil nombres, la mano del Omnipotente la fija, y sale elegido el glorioso José, este justo varon destinado á custodio de valiosas y singulares prendas.

¡Jamás ha visto la tierra, ni protegido el cielo, union más digna de ser ensalzada que la de María y José! En la populosa Jerusalem, presentes los Sacerdotes, cumplidas las ceremonias prescritas, rodeados de parientes y amigos, dánse la mútua palabra de fidelidad el Anciano venerable y la graciosa Doncella. Y vánse á Nazaret, ratificado han su voto de castidad, vida viven de Ángeles entre hombres, son modelo de amantes esposos, de honrados vecinos, de fieles israelitas. María, ya esposa, apénas conversa con los hombres, sale poco de casa, llena perfectamente sus deberes domésticos, sin que por eso falte en nada ni á la urbanidad, ni á la educacion, ni á la caridad. Su grave á la par que dulce conti-

nente á todos inspira respeto y veneracion, edificando con sola su presencia más que si hablara.

Tan digna conducta debe ser espejo en que se miren todas las personas que han de tomar estado, orando fervorosas, aconsejándose humildes y sufriendo resignadas las penas inherentes al que hayan elegido. Tambien debemos llevar vida pura y santa, siendo nuestras obras, no tenebrosa noche donde tropiece nuestro vecino, sino gratísima luz á cuyos resplandores camine seguro por la senda que conduce á la bienaventuranza. Sobre todo debemos amar á María y pedirla que de la abundancia que el Omnipotente derrama en su tierno corazon, haga descender al nuestro siquiera una gota que nos abrase y encienda y nos ponga en estado de comunicarlo á los demás.

Humillábase cada dia más y más en la presencia del Señor la purísima Virgen, y

Dios que haciendo deslizar su gracia de las áridas rocas del soberbio corazón, la deposita abundante en el profundo valle de los humildes, se dignó acercarse á Ella y tomar en Ella carne humana y hacerla su Tabernáculo, su Casa, su Madre.

Extasiada un día en ferviente oración, se ve súbitamente envuelta en clarísimo resplandor, que convirtiera la modesta habitación de sencilla vivienda en estancia celestial. De entre la luminosa nube se destaca gallarda la figura de un gracioso Mancebo, que la saluda llena de gracia y objeto de las complacencias del Altísimo. Túrbase la pudorosa Doncella al oír este elogio, porque creyéndose, en su sentir, la última de las criaturas, no acierta á componer ésto con una expresión que la eleva sobre todas ellas, y mientras nuestras pobres almas se desconciertan con las injurias, la suya, grande siempre, se agita por las ala-

banzas. Calma el Ángel aquella ansiedad con el anuncio de su Maternidad Divina, descorriendo á sus ojos el resplandeciente cuadro de los futuros destinos de un Hijo que ha de reinar eternamente. María, sin deslumbrarse, oponiendo una fe tranquila á misteriosas frases, hace resaltar más la humildad que la hermosea con la explicacion que, inteligente y razonable, desea su tierno corazon. Gustoso accede el Mensajero del Eterno y da la deseada explicacion más prodigiosa, si cabe, que el mismo prodigio. Ya no pide más la Señora, ya no desea más, pronuncia la ansiada expresion, suelta el *Fiat*, da su consentimiento. Y de esa mágica palabra brota la vida para el mundo agonizante, y de ese sublime *Fiat* sale un nuevo y admirable órden de cosas, y de ese anhelado consentimiento resulta la exaltacion del hombre y la humillacion del Ángel rebelde. El orbe entero puede

batir palmas de entusiasta gozo, porque yacía cautivo y va á obtener la libertad, porque estaba en tinieblas y le viene luz clarísima, porque el infierno se cierra y se abre el plácido Cielo.

¡Con qué sentimientos de humildad no debemos adorar tan profundo Misterio! Mas ¿dó va María tan ligera, saliendo de su habitual placidez? ¿Qué objeto hace dejar á la Señora su amado retiro y querida Nazaret? ¿Por qué cambia las montuosas colinas de la Galilea por las no ménos quebradas de la célebre Hebron? Observémosla y lo veremos.

Graciosa sube por tortuoso sendero que hermocean verdes viñedos y espesos olivares. Ni la detiene el pequeño arroyuelo, que serpeando por entre menuda yerba, se despeña por enriscado lecho; ni el tierno balido del triscante corderillo, que busca vacilante á la oveja que le diera á luz, la

llama tampoco la atención; ni el afectuoso saludo de rústicos pastorcillos, ocupados en descortezar varillas de juncos, hace que acorte su acelerado paso. Sin cansancio en el cuerpo, con vivísimo deseo en el alma, acompañada de su anciano Esposo y llevando en su seno al Dios que todo el mundo debe luego adorar, entra la Virgen en casa de su Prima, atraviesa el pequeño jardincito que sirve de vestíbulo, y acercándose á la puerta interior...

¡Ah! Son dos mujeres que se abrazan: ambas llevan en su vientre fruto de bendición; es la una Anciana venerable, es la otra hermosísima Doncella; aquella, avanzada en edad, representa la Ley Vieja, ésta, jóven, Madre sin dejar de ser Virgen, simboliza la Ley de Gracia; júntanse las Madres; saltan los Hijos; hablan las lenguas; alégranse los Ángeles; gana el orbe entero.

Isabel se humilla y ensalza á María; María, á su vez, se humilla y ensalza á Dios. «No soy digna de que venga á mí la Madre de mi Dios,» exclama Aquella. «Porque Dios ha visto mi humildad, contesta Ésta, me dirán bienaventurada todas las generaciones.» Sin complacencia en tan grandes dones, con afectuoso lenguaje, oráculos vivos del Espíritu Santo, hablan de sus operaciones para gloria del Señor y enseñanza de la humanidad.

¿Por qué, pues, no sacar de aquí sentimientos de agradecida admiracion y pronunciar enagenados con María: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se ha alegrado en Dios su Salvador?» ¿Por qué no contemplar que así como Jesús, desde María y por María, obró en la tierna alma del Bautista santificándola, del mismo modo ahora, por mediacion de la Señora, comunica á las almas que se le acercan espiri-

tuales y abundantes gracias? ¿Por qué no proponer para nuestras visitas sociales el hacerlas con espíritu de caridad, de prudencia, de modestia, de humildad y de obediencia á las inspiraciones Divinas, desterrando esos fines mundanos de orgullosa curiosidad, de refinado sensualismo, de sórdida avaricia y de necio pasatiempo?

Y ya que de comunicaciones hemos hablado, han pasado los años; el Niño oculto en maternal seno es ya hombre; su Madre ha perdido al Esposo que la sirviera de fidelísimo custodio; se hallan entre parientes obsequiosos; celebrábanse alegres desposorios; rodéanles amantes Discípulos y curiosos convidados.

En medio de la fiesta ha faltado el vino: este incidente amenaza turbar la comun alegría; próximo está á retratarse el disgusto en el rostro de aquella gente sencilla; María, mujer, madre, enterada de lo que

pasa en el hogar doméstico, de piadosas entrañas, que ha venido para ser mediadora entre Dios y el hombre, María lo advierte, se acerca á Jesús y le dice: «No tienen vino.»

¡Brevisima, pero sublime oracion! Ella revela las íntimas relaciones que median entre el Omnipotente y su Madre. «No tienen vino,» expresion llena de viva fe, de prudente modestia, de amorosa autoridad, que equivale á decir: «Aquí hay una necesidad apremiante, Hijo mio; vuestra solícita Providencia no la dejará, no, sin remedio. Aquí ha dejado de ser una criatura, de que el hombre usa para su regalo y sustento; Vos sois el Criador y podeis crearla de nuevo. Aquí la negra noche de la melancólica tristeza va á extender su espeso manto sobre corazones en que brilla y reina la más pura alegría; Vos que formais el contento de los Espiritus Celestia-

les, disipareis esa nube con un rayo de clemente misericordia. No tienen vino. Me habeis constituido Divinidad de la desgraciada humanidad; hé aquí que ha llegado el momento de llenar mi mision.»

Verdad que Jesús la responde, al parecer, ágricamente; pero ésto es para probar al mundo que su operacion Divina era para toda la humanidad. Verdad que aparenta no acceder; pero es para hacer ver su admirable fe, pues resistió valerosa á la más ruda prueba que imaginarse puede, atendida la dignidad y condicion de la Señora. Verdad que la respuesta de palabra es contraria al sentido de la peticion; pero es porque va á responder un hecho clarísimo.

La Virgen entiende á su Hijo, llama á los sirvientes, les dice que hagan lo que les mande Jesús, y el milagro se consuma.

El agua cristalina que refleja los asombrados rostros de los criados, se convierte

en chispeante rojo licor; de gusto insípido nace gratisimo sabor; el incoloro elemento toma rubicunda forma; su debilidad pasa á ser fortaleza. Y lo prueba el Maestresala, y lo prueban los Esposos, y lo prueban los Convidados y todos reconocen el prodigio.

¿No vemos aquí, en el órden de la glorificacion de Jesús, empezar á manifestarse su poder en pró del género humano á la voz suplicante de María? Y ¿quién no se animará á pedir gracias y favores para el alma y el cuerpo, para sí y para otros, para el presente y el futuro? Queremos fe? queremos salud? queremos gracia? queremos gloria? Pues por María, por su culto, por su intercesion, por su imitacion lo obtendremos. Y ahora pasemos á considerar sus Dolores, que incluyen abundante instruccion tambien.

DESDE EL SANCTUS HASTA LA COMUNION.

Aunque parezca anacronismo despues de lo anteriormente escrito, y á riesgo de repetir algo de lo que indicamos en la vida del Salvador, no podemos ménos de dar algunas pinceladas sobre el motivo de los primeros dolores que atormentaron el alma pura, candorosa é inocente de María Santísima.

Desde el momento en que el anciano Simeon predijera en el Templo que Jesús habia de servir de ruina á los unos, de vida á los otros y de signo de contradiccion, para que se revelaran los pensamientos de muchos, aguda espada martirizó incesantemente el amante corazon de la Virgen Madre que veia en su gracioso Niño futura víctima del furor Satánico, y al'estampar cariñosos ósculos en su sonriente faz, sen-

tia angustiada las soeces injurias y terribles golpes que habian de afear la hermosura del Cielo.

Y absorbió apenada la copa de amargo dolor en la huida á Egipto, ya porque era un esclavo del demonio el que desterraba al Señor de todo lo criado, ya porque el pedregoso camino del tránsito, tan prolongado, causaba vivísima impresion á una Doncella delicada, ya porque tuvieron que habitar pobrísimo tugurio entre idólatras vecinos, ya por ser continuos los sustos, temiendo á cada paso por la vida del Niño, ya, en fin, por la falta de recursos, áun los más necesarios.

Y continuó la angustia, haciéndose más vivo el padecer, en la pérdida del precioso Niño, cuando las tenebrosas ideas de una ausencia impensada no eran disipadas por las luces de infantiles gracias, y á un dia se sucedia otro, y á éste el siguiente, y las

estrellas de María y José, eclipsado el Sol, amenazaban sumirse en la más completa oscuridad.

Y no se remitió durante la vida pública del Salvador, quien aparentemente prescindía de su Madre, prefiriendo aquellos que oían su palabra y la guardaban, y diciendo ser su Madre y hermanos los que hacen la voluntad de su Padre celestial, para indicar que tratándose de la salvación, no debemos escuchar la voz de la sangre, sino la de Dios.

Todo esto es motivo muy poderoso para que acompañemos á María en su aflicción y procuremos consolarla, mientras oímos el Cánón, con santos y afectuosos pensamientos; pero lo que exige la especial atención de un corazón sensible y dolorido, es lo que sufre la Señora en la Pasión de su Divino Hijo, cuando el Omnipotente retiró el dique que parecía contener el mar

de angustiosa pena y ésta inundó el alma de la tierna Madre con impetuosas y encontradas olas.

Arrastrado sin piedad va el manso Cordeño de Tribunal en Tribunal, creciente siempre el vil é inicuo proceder de fanática turba. Vuelan unos en pos de otros serviciales Discípulos á llevar nuevas del oprimido Hijo á la anhelosa Madre, causándola, bien á su pesar, profundas heridas las alarmantes noticias. Ruge feroz el farisáico odio, y, embriagado con calumniosa atmósfera el ignorante vulgo, pide y vuelve á pedir y arranca de Juez débil y cobarde sentencia tras sentencia hasta la infamante de la cruz.

No ha bastado, no, á la dolorida Madre la cruel flagelacion, que en rubicundos caracteres muestra al hombre pecador lo que le ama un Dios Clemente: no ha sido suficiente tampoco la sangrienta escena de ré-

gia coronacion, penetrando agudísimas punzantes espinas Sacratísimas sienes de las que brotan raudales de ardiente Sangre: no terminara con la sarcástica burla de entera noche y la degradante comparacion con infame asesino al que es pospuesta la misma Inocencia.

Aún padece más María. Ha dejado el Templo á la voz de Juan; apoyada en el amado Discípulo, entra por las tortuosas calles de Jerusalem; llega affigidísima, merced á sanguinolento rastro, á la calle de la Amargura; clamoroso ruido de confusa gritería taladra sus apercibidos órganos de audicion; ven luego sus vagorosos ojos martillos y tenazas, escalas y cuerdas, lanzas y clavos, elocuentes instrumentos de cruel suplicio; hállase despues con vociferante pregonero, desapiadados verdugos, impassibles soldados, hipócritas escribas, tumultuoso pueblo y...

¡Ah! Frente á frente se encuentran Madre é Hijo; sus rostros dulcísimos están contraídos por acerbo penar; apénas conoce María á Jesús. La blonda cabellera apesonada con purpúreos cuajarones de sangre; el bello mirar de amante faz eclipsado por brumosa tela de ardoroso sudor; los graciosos pómulos, ántes de un sonrosado color, ahora ennegrecidos con los golpes de crueles bofetadas; sus entreabiertos lábios, de donde brotaran abundantes palabras de vida, agrietados por ardiente sed; los hombros llagados con el enorme peso de áspero y pesaño madero; el cuerpo encorvado á causa de nuestros pecados que llevara sobre sí para pagar por ellos; inseguro el paso en fuerza de la gran debilidad que tan malos tratamientos produjeran; todo Él desconocido y oscilante, cual añosa encina al empuje de recio vendabal, esto es lo que ve María con maternales ojos. Y lo

ve entre el furioso estruendo de militares aprestos, entre infernal gritería de grosero populacho, entre sordo cuchicheo de ociosos indiferentes, entre sonrisa malvada de astutos é hipócritas envidiosos, cuando la solar luz, debilitándose, estaba próxima á prestar sombría claridad á una atmósfera saturada de blasfemos miasmas, pálido reflejo del siniestro fulgor que esparce la cavernosa profundidad de horrible y tartárea mansion, y todo esto conturbó á la Señora é hizo que su vista divagara, y su cuerpo virginal vaciló, y hubiera el frio pavimento sido su lecho momentáneo, á no estar sostenida por el vírgen Juan, á quien dentro de poco encomienda el Salvador su torturada Madre. Y aún la rechazan los fieros sayones, y retiran violentos al manso Cordero, y se burlan del padecer de María...

¡Almas piadosas! Procuremos un momento de alivio á la atribulada Señora con

un amoroso suspiro de doliente corazón, y detestando sinceros las culpas que causan su dolor, pasemos á contemplarla en la cima del Gólgota.

Ya se ha repuesto del maternal deliquio la dulce paloma de Nazaret: con acelerado paso ha trepado la fatal colina, recorriendo escondida senda: se halla en la eminencia dominando con escrutadora mirada el informe conjunto.

Ve tumultuoso concurso, ora empujándose, cual olas que levanta de plácido lecho furioso huracan, ora avanzando grave y silencioso, semejante á periódica marea. Siente retemblar la montañosa mole que la sustenta bajo el peso de inmensa muchedumbre, que hace hundirse con fuerte presión el un lado del monte, mientras el otro parece levantarse, como si tuviera flexible elasticidad. Descubre al objeto de sus amores tendido en horrible potro, desnudo

y estirado hasta hacer saltar de rasgadas venas purpurinas burbujas de Sangre preciosa. Retumba pavoroso en torturado corazón el acompasado golpeo del duro martillo, así como traspasan crueles el alma dolorida los agudos clavos que unen manos y piés Divinos al tosco madero. Observa temblorosa cual el árbol santo con precioso fruto, que rojea en fuerza de su madurez, es introducido en profunda hendidura, abriéndose extraordinariamente recientes heridas con vivísimo dolor de la paciente Madre.

Todo esto presencia y allí está, cual Débora, junto á misteriosa palma, cual Jacob al pié de luminosa escala por Angélicos escuadrones ocupada, cual Elías en agostado monte por falta de benéfica lluvia; allí está abrazada con la Cruz, salpicado su manto azul de verde esmeralda á causa de las gotas de sangre que derrama

la Víctima; allí está depositando amorosos ósculos en los rasgados piés de su Hijo, ósculos que colorean sus mejillas de rosáceas líneas producidas por el dolor; allí está padeciendo con Jesús, crucificada con Jesús, cooperando con Jesús á la salvacion del género humano, mártir con Jesús y Reina de los mártires, recibiendo inmensa angustia y dándola á su Hijo; allí está... pero, puesto que ya habrá llegado el momento de la elevacion del Cuerpo del Señor, convendrá que recemos la preciosa Secuencia del *Stabat Mater*.

Triste y llorosa la Madre
Al pié de la Cruz estaba,
Donde pendiente se hallaba
El Hijo de su dolor.

Y su corazon ardiente
Contristado y dolorido
Entre el agudo gemido

Dura espada traspasó.

¡Oh, cuánta congoja y pena
Para la Reina escogida
En tanto pesar sumida
Siendo la Madre de Dios!

Melancólica y doliente
Y en confuso desaliento,
Del Hijo excelso el tormento
Conturbada lamentó.

¿Quién será el hombre que pueda
Ver sin llorar tanto duelo,
La Madre del Rey del cielo
En suplicio tan atroz?

¿Quién no tiembla contemplando
Una Madre tan piadosa,
Cerca de la Cruz llorosa,
Y espirando el Redentor?

Mira á Jesús azotado
Y en aquel trance violento
Por los pecados sin cuento
De su infiel generacion.

Y mira á tan dulce Hijo,
Desolado y moribundo,
Espectáculo del mundo
Causa de eterno baldon.

Fuente de amor, Madre mia,
Haced que yo experimente
Ese dolor tan vehemente
Y logre llorar con Vos.

Y que mi pecho se inunde
En fervorosos amores,
Sirviendo con mis dolores
A Cristo mi bienhechor.

Haced que con las sangrientas
Llagas del Crucificado,
Quede igualmente sellado
Mi rebelde corazon.

Partid conmigo las penas
De un Hijo tan eminente,
Que, impecable é inocente,
Sufrir por mí se dignó.

Haced que mientras viviere

Os acompañe en el llanto,
Y con la de Cristo Santo
Se confunda mi afliccion.

Al pié de la Cruz contigo
Quiero vivir, Madre mia,
Y haceros fiel compañía
En tanta desolacion.

Virgen pura sobre todas
Las Vírgenes, tu indulgencia
Me alcance la preeminencia
De llorar junto á tu amor.

Haced que lleve conmigo
De Jesucristo la muerte
Y que comparta la suerte
Y angustias de su Pasion.

Haced que con sus heridas
Me sienta yo vulnerado,
Y que en su Cruz embriagado
Encuentre la salvacion.

Que de tanto amor en premio,
Lleno de fe y de esperanza,

El día de la venganza
Me valga tu mediación.

La Cruz y muerte de Cristo
Me sirva de escudo y guía,
Dándome su valentía
La gracia del Salvador.

Y cuando el cuerpo reciba
La ley mortal que le oprime,
Que mi alma se sublime
Al Dios remunerador.

Dicho ésto, continuemos contemplando á la dolorosísima Señora en su penar.

Cual agraciada azucena de arrogante tallo, verdes hojas, alba corola sembrada de amarillentos pistilos, que germina en florido pensil, y sigue dócil y flexible las solares oscilaciones galanamente abierta cuando aquel vibra sus rayos, medio cerrada cuando los retira entre opacas nubes, marchita luego al extenderse negras tinie-

blas por toda la tierra, del mismo modo María, de pié, junto al árbol de la Cruz dó pendia espirante su Hijo, seguia con anhelante corazon las terribles situaciones del Crucificado, y penaba al par que más padecia, y parecia morir cuando aquel estaba próximo á entregar su espíritu, y hubiera de seguro muerto con su Hijo, si Éste, Sol de Justicia, no hubiera lanzado amoroso rayo, y diciendo: «Mujer hé ahí tu Hijo,» no hubiera hecho abrirse el maternal corazon de María, para que, cual balsámico cáliz, hubiera recogido sanguíneas gotas y servido de depósito á sedientas avecillas en su seno guarecidas.

Era preciso que viviera, era preciso que aún padeciera más, era preciso que continuara el Sacrificio en el Altar materno. María habia dado vivo el rico tesoro que manos alevés profanaran; ahora lo va á recibir muerto de piadosos Israelitas, cual

racimo de oro que atrevidos exploradores han hallado en bendecida vid. No habia otro reclinatorio, no habia otro trono, no habia otro lecho, no habia otro sitio más digno que el regazo de la Virgen, para ser provisionalmente depositado Jesús.

José y Nicodemus lo descenden, María lo recibe; la fe piadosa lo desclava, el amor maternal lo recoge; la Sinagoga lo deja, la Iglesia lo guarda en depósito. Pero ¡cuánto padece María en esta escena! qué cuadro más triste y desgarrador!

Recostada yace al pié de la roca que sustenta la Cruz; á sus lados se hallan Juan y la Magdalena solícitos en consolarla; todo un pueblo bulle en silenciosa retirada hácia sus casas; eclipsado está el sol, y aún se sienten á lo lejos las violentas sacudidas de la agitada tierra.

Mientras los generosos Discípulos preparan el sepulcro que ha de recibir los

restos mortales del Salvador, su amantísima Madre que tiene sobre sus débiles brazos al desfigurado cuerpo de su Hijo, va analizando aquel conjunto, víctima de saña infernal, triste despojo de celeste ira, espejo fiel en que deben mirarse cristianas almas.

Ve su hermosa cabeza taladrada de punzadoras espinas, que son nuestros súcios y orgullosos pensamientos; ve su hombro profundamente llagado, por nuestra impaciente cólera en los trabajos que Dios nos envía; vé sus sacratísimas espaldas surcadas de sangrientas líneas, trazadas por las pasiones á que locos nos hemos mil veces entregado; ve en las abiertas manos las avaras negativas del empedernido corazón del rico; ve en los horadados piés los malos pasos dados en busca de pecaminosos objetos; ve en todo el magullado cuerpo la falta de obediencia á las legítimas Autoridades; y el

pecho levantado, cual inflamado cráter de ígneo volcan, y el costado patente para ostentar caritativo corazon, y los brazos señalados con crueles ligaduras, y todo, todo Él, hablando más claramente que la sangre de Abel, traspasa el affigida alma de la angustiada Señora, y nos dice cuánto debemos detestar el pecado causa motiva de tanto mal.

Mas nada es este dolor para el que recibió cuando la sepulcral losa ocultara el Sagrado Cadáver. Nada digamos de la lucha penosísima sufrida para tener que dejar el Tesoro que guardaba; nada de la silenciosa y dolorida actitud con que siguió los preparativos y acto del embalsamamiento; nada de la marcha fúnebre de tristísimo cortejo del Calvario hasta el Huerto; nada, nada del fuerte latir de amante pecho al ronco sonido de pesada piedra que cierra mística caverna. Esto no era más que arroyada

sobre arroyada que incluían amarguísimas algas de intenso dolor, ¿qué diremos cuando la inundó mar inmenso?

¿Veis la dulce tortolilla que recorre amorosa los sitios donde posara el deseado sócio, y no hallándole, deja escapar de oprimido pecho melancólicos arrullos? Pues de la misma manera María, amante tortolita que ha perdido al Hijo de su corazón, padece y exhala dolientes suspiros, al repasar en su fiel imaginación toda la vida y hechos de Aquél.

A duras penas se retira del fúnebre Monumento: doquiera que mira, halla rastros que recuerdan sangrientas escenas: clama por su Hijo, tesoro preciosísimo de su alma. Y las cumbres del Mória y Sion y los valles que los separan y las suaves pendientes de aquellos y los bosquecillos de éstos y las anchas vías y las estrechas sendas y las concurridas plazas y las de-

siertas callejuelas y los sitios cercanos y las lejanas praderas y todo la responde silenciosamente, pero con indecible expresión: «Tu Hijo ha muerto.» Mira entónces á Juan, y ya no ve aquel pecho Santísimo donde en noche célebre reclinara cansada cabeza el amado Discípulo; se vuelve á Magdalena, y ya no halla al misericordioso Maestro que destilara copiosa gracia de elemente perdon en alma penitente á sus piés postrada; contempla á los demás fieles que siguieron á Jesús, y echa de ménos al que era su Norte y su Guía, su Padre y Pastor, su Mesías y su Dios.

Triste y afligida entra en solitario Cenáculo, oprimiendo su atormentado corazón afflictivos pensamientos. Allí la infancia de su Hijo con sus infantiles juegos, ósculos amorosos, tiernos coloquios y escenas grátisimas, de que no puede gozar; allí la vida pública con sus bellisimos discursos,

sencillas parábolas, prodigiosos hechos y merecidas alabanzas, que non han bastado á impedir trágica muerte; allí dolorosa Passion con acerbísimos golpes, insultantes denuestos, indefinibles angustias y mortales agonías; allí la suma ingratitud, obstinada impiedad, cruel comportamiento de los propios, indiferente conducta de extraños y perversa futura correspondencia; allí todo esto, cual de ustorio espejo caen ardorosos rayos que inflaman las predispuestas materias, viniendo de agitada imaginacion á encendido pecho, le hacia ardér en dolorosas ansias y congojosos afectos. Bien podia la Señora decir mejor que la desolada Jerusalem: «Venid y ved si hay dolor como mi dolor.»

Cual devastada ciudad por feroces enemigos excita en sensibles corazones ayes gemebundos, así María desolada por tanto padecer debe hacer brotar en nuestras aten-

tas almas consoladoras reflexiones. Mitigue nuestra generosa compañía la pena de su triste soledad, y al guardar el sacerdotal pecho purísimo Sacramento, ofrezcamos nuestro pobre corazón para que sirva de sagrario al cuerpo de Jesús. Con eso la Señora hallará dulcísimo consuelo, y alcanzará que el fruto guardado, aunque sólo espiritualmente, nos llene de gracioso sabor, cual deja en profundo vaso gratisimo aroma el potente licor en él depositado algun tiempo.

DESDE LA COMUNION HASTA EL FIN DE LA MISA.

Cual rasga luminoso el astro del día la espesa cubierta que negros vapores forman delante, haciendo aparecer de nuevo el movimiento y la vida en la naturaleza toda, del mismo modo el Salvador que sale triunfante de oscura caverna, disipa con

sus cariñosas apariciones la mortal tristeza que embargara queridos corazones.

María, su amante Madre, fué, sin duda, la primera favorecida con la visita de su victorioso Hijo. Brillante comitiva de Ángeles acompaña á su Dios y Señor; radioso de gloria se presenta Éste á la torturada Madre; entáblase entre ambos dulcísimo y tierno coloquio. Y el sumo gozo de tanta alegría compensa sobreabundantemente la anterior pena, y los patéticos afectos de Séres que se aman entrañablemente sobrepujan á las ofensivas injurias en no lejana Pasion recibidas, y contempla María resplandecientes señales de efectuada Redencion en purísimos costado, piés y manos, y se regocija con su Dueño, y Éste destila en Materno corazon plácido júbilo, viva esperanza, amor santo.

Y no una, sino muchas veces, veria esta Señora á su amado Hijo, olvidando

gozosa los dolores del Calvario á causa de presente y actual felicidad. Y tambien recibiera en solemne momento celestial bendicion, al subir majestuoso de entre sorprendidos Discípulos El que ántes rasgara los cielos para descender clemente á salvar al hombre. Y sobre su sagrada cabeza posara graciosa oscilatoria columna de fuego, que de milagrosa llama habia formado el Divino Espiritu para llenar con sus dones y gracias á la que ántes así saludara celestial Paraninfo.

¿Quién no palpita de gozo, al ver así honrada á su Madre y Protectora? ¿Quién no se alegra en la que es su alegría? ¿Quién no confía seguro en ver un dia á la que hoy brilla esplendorosa con los rayos fulgentísimos de la Divinidad, que la envuelve y la bendice y la llena de sus gracias?

Vive aún María, y vive para la Iglesia que su Hijo estableciera en pro de la mí-

sera humanidad. Vive María, y vive para revelar á fiel Evangelista misteriosos sucesos de la infancia de su Jesús, sólo de ella conocidos y muy oportunos para el bien de los fieles. Vive María, y vive para proteger con su valiosa intercesion los esfuerzos heroicos de Apóstoles valientes que conquistan el mundo con la persuasion de milagrosa palabra. Vive María, y vive para servir de nocturno y bienhechor rocío al místico árbol que plantado en Jerusalem, habia de cobijar las naciones todas.

Centro es de activa operacion la mansion de la Señora, viniendo solícitos Ministros incansables á recibir sacro fuego de aquel abrasado corazon, para encender las almas en amor Divino. Sagrario perpétuo es su purísima alma de un Dios Sacramentado, á quien recibe cuotidianamente y de quien no la separa la corrupcion de las especies milagrosamente suspendida. De-

chado de hermosura era su rostro peregrino que realzaban su aromática virtud y graciosas perfecciones, haciendo que los que la contemplaban se confirmaran, al verla tan bella, en la creencia de la Divinidad de su Hijo, que se habia dignado tomar carne en su amantísimo seno.

Ni los años, ni los accidentes comunes á los demás mortales, ni defecto alguno ajara un punto á Aquella que fuera preservada de original contagio, llegando radiante de salud y de belleza á la edad en que otros son decrepitos ancianos. No obstante veia ya extendida la Religion Santa por toda la tierra; sabia que el dulcísimo nombre de Jesús era reverenciado del uno al otro polo; observaba rendidos al pié de la Cruz el obstinado judaismo y el sensual paganismo; creia no ser ya necesaria su presencia en la tierra; anhelaba el momento de reunirse con su Hijo en el Cielo, y pidió re-

signada esta gracia. Oye el Eterno sus ardientes plegarias, accede benigno á su súplica, y Ángel conocido, agitando dulcemente sus brillantes alas, baja obsequioso á presentarla cimbradora palma, símbolo expresivo de segura victoria.

¡Ah! Sencilla habitacion, radiosa con mil luces que encendidas antorchas despidieran, nos ofrece el gratísimo espectáculo de peregrina Hermosura que yace en modesto lecho, rodeada de amantes Discípulos en torno suyo postrados. Es María que muere á impulsos de amor Divino, cual se apaga clara lucecilla cuando sobreabunda el líquido que la alimenta. Y exhala su alma purísima entre el balsámico aroma de olorosas esencias esparcidas por los ángulos de la habitacion, saludada con melodiosos cánticos por alados Espíritus, mientras surcan ardientes abundantes lágrimas los tristes rostros de huérfanos mortales.

¿Quién pudiera morir así, en fuerza de activa llama de Divino amor? Pero amemos miétras vivimos, y amemos ardentemente, que regularmente cual la vida, así es la muerte.

Veamos luego conducir con religiosa pompa los Sagrados restos á lapídeo Sepulcro, vibrantes al aire armoniosas voces á la par que chispean entre pequeñas columnas de ceniciento humo las agitadas lámparas. Observemos despues cual custodian tan rico tesoro solícitos Centinelas, enagenados de gozo con la dulcísima música que Celestes Cantores ejecutan primorosos y el suave aromático olor que del fondo de la tumba emanara. Contemplemos, al fin, al fatigado Tomás abalanzarse anheloso á ver por última vez la Madre de su Dios, hallando solo blanquísimos lirios en lugar de veneradas Reliquias y el finísimo lienzo sin el Cuerpo que envolviera.

¿Qué indicaba esto? Que amante Hijo del Omnipotente no permitiera que el Cuerpo, donde Él había tomado carne y que fuera su mansion purísima, sirviera de pasto á los gusanos y á la corrupcion. Que resucitó á su Madre, uniendo su bella alma al immaculado cuerpo para nunca más volver á morir, y dando así correspondiente premio á la que tanto por Él padeciera. Que no contento con eso la elevó sostenida en trono de brillantes nubes, que llevaban serviciales Potestades, y haciéndola entrar en el Cielo, dióla posesion del lugar que cabe el mismo Dios la estaba preparado.

Y preguntan los Ángeles que esperaban: «¿Quién es Ésta que sube de espinosa y desierta tierra?» A lo que responden los que la acompañaban: «Es la Madre de nuestro Rey, es nuestra Reina, la bendita entre las mujeres, la amada del Señor, la toda

hermosa, paloma sin hiel, la Santa de los Santos.»

Y «¿quién es Esa, preguntan los hombres que aquí quedan, á quien la Côte Celestial recibe con tanta solemnidad y cuya gloriosa Coronacion celebra con inusitado regocijo?» «Es vuestra Madre, contestan los que ya gozan, es la que templará las iras del Padre Eterno, es la que alcanzará el arrepentimiento del mortal, es la que hará descender de inagotable manantial rios de misericordiosa clemencia, es María.»

¡Ah! ¡Cuán dulce se abre á consoladora esperanza el pecho del cristiano que lucha en azaroso piélago continuamente agitado de furiosos torbellinos! ¡Cómo se reanima nuestro espíritu, abatido en tenaz combate, á la vista de poderosa defensora que al corazon de Madre reúne la voluntad de Reina de los cielos y tierra! ¿Quién no

pide fervoroso su auxilio eficaz, contemplando su graciosa figura radiante de gloriosa majestad junto al supremo sólio de la Beatísima Trinidad?

Pidamos, sí, y pidamos con San Ildefonso, para la conclusion de la Misa, lo que sigue:

ORACION FINAL.

«Con todo nuestro corazon os suplicamos, Madre amantísima, que nos alcanceis de vuestro Divino Hijo el perdon de todos nuestros pecados y en especial de las faltas cometidas en este rato. Ya que hemos estado momentáneamente unidos á Vos en este Sacrificio, haced, Señora, que permanezcamos así toda nuestra vida, sin que jamás pecado mortal nos separe. Y por medio de Vos, puesto que Vuestro corazon ha palpitado junto al de Jesús y la sangre que

circulara por Éste ha sido sangre de Vuestra sangre, conseguidnos que veamos á nuestro Salvador un dia en la mansion celestial, para gozarle por toda una eternidad. No lo dudamos, Señora, de Vuestra bondad, y así os lo agradeceremos con decirs la Salve.»

Se rezará con toda devocion, para despedirnos de María, la *Salve Regina*.



CAPÍTULO V.

QUINTO MODO DE OIR MISA.
COMUNION ESPIRITUAL,
Ó SEA, UNION DE AFECTOS CON JESÚS.

LA UNION con nuestro buen Dios, sea por la conformidad á su Divina Voluntad, como acto obligatorio para salvarnos, sea por la Santa Comunión, medio que tenemos en esta mísera vida, sea, en fin, por la posesión eterna en la gloria, es la suma de la perfección á que puede llegar criatura humana y á la que todos debemos aspirar.

Bueno sería que como en los primeros siglos de la Iglesia hoy se acercaran tam-

bien los piadosos fieles á la sagrada mesa, para recibir amantes en purificado pecho al Dios de amor; pero ya que ésto no sea así por causas que no es de este momento enumerar, al ménos convendria que supliésemos con el deseo vivísimo y eficaz lo que no podemos con la obra, es decir, que hiciéramos la Comunión espiritual todos los dias.

La Comunión espiritual, ó sea, el humilde deseo de recibir á Jesús Sacramentado, uniéndose actualmente á tan misericordioso Señor con purísimo afecto, ha sido, es y será muy del agrado de Dios, como lo prueban las amorosas exhortaciones de sábios y ascéticos Autores, las autorizadas palabras del célebre y sacrosanto Concilio Tridentino, los patentes milagros obrados á favor de los devotos que la han usado y el insinuante ejemplo de mil y mil almas virtuosas que hallaban sus delicias en esta práctica piadosísima.

No hay hora, sitio, ni número fijo para hacer este acto de virtud suavísimo al corazón tierno de Jesús, pues que lo mismo cuando nos rodean las modestas paredes de conocida mansion, que cuando nos hallamos sobrecogidos por la majestuosa gravedad de suntuosa Basílica; mientras luce clarísimo el sol de mediodía alegrando la naturaleza toda, igualmente que durante el reinado de tenebrosa y amenazadora noche; sea que descansemos tranquilos de ruda tarea, sea que nos ocupe afanoso trabajo del que depende nuestra subsistencia; siempre que queramos, y en toda hora, y no una, sino mil veces, con tal que no nos remuerda la conciencia de pecado mortal, podemos desear unirnos con nuestro amoroso Redentor, seguros de que se agradará de este piadoso movimiento Él, que ningun buen deseo, por insignificante que sea, deja sin correspondiente premio y galardón.

Sin embargo, ¡cuál momento más precioso para esta obra buena tan meritoria que aquel en que el Sacerdote pone presente, en virtud de poderosas palabras, al mismo Dios de cielos y tierra, si bien oculto bajo místicos velos de conocidos accidentes! ¡Qué ocasión más propicia para hacer la Comunión espiritual que aquella en que Dios se manifiesta al alma, mediante variadas y gratisimas ceremonias que anuncian la venida del gran Rey y le sirven luego de amable séquito y obsequiosa como guardia de honor! ¡Qué instante más oportuno para realizar esta utilísima union del espíritu recogido con su Centro de amor que aquel en que se celebra la Santa Misa á la gloria de augusta Trinidad, alegría de Ángeles purísimos y bien de miserables criaturas!

Por eso nos ha parecido conveniente poner como quinto modo de oír Misa el de

hacer con fruto la Comunion espiritual, práctica que podrá servir tambien para cuando queramos recibir sacramentalmente á Jesús, que debe ser lo más frecuentemente que podamos, porque si Elías necesitó de subcinericio pan, indicado por An-gélica revelacion, para caminar por áspero monte, no ménos nosotros tenemos necesidad del Pan de los fuertes, para adquirir la inmortal corona que nunca caerá de las sienes del que la posea una vez.

No se nos oculta que es más propio comulgar espiritualmente cuando el Sacerdote lo hace sacramentalmente; pero séanos permitido fijar el acto de la consagracion, como ántes hemos indicado, para mejor desarrollar lo que debe servir de preparacion y accion de gracias, y ofrecer al piadoso fiel este medio sencillo y muy á propósito para estar con atenta devocion durante el Santo Sacrificio.

DESDE EL PRINCIPIO HASTA LA CONSAGRACION.

Veamos primero quien es el Huesped que deseamos recibir en nuestro corazon.

Es ese Dios inmenso que no cabe en los cielos ni en la tierra: es ese Dios Omnipotente que se pasea sobre movibles grupos de aterradoras nubes, deslumbrando con la vivísima luz de fugaces relámpagos y calcinando masas enormes de duros peñascos con abrasadoras saetas de activo y eléctrico fuego: es ese Dios perfectísimo que ha hermosado las verdes praderas de graciosas y aromáticas florecillas, que ha poblado espesísimos bosques de alegres y juguetones animalillos así como los insondables mares de ágiles nadadores, y que ha esparcido por doquiera preciosos y nutritivos granos que se reproducen sin cesar para alimento del hombre: es ese Dios suma-

mente pródigo que hace salir el sol, para que sus clarísimos rayos, penetrando el ténue y azulado velo atmosférico, formen el día, y envia de noche á la luna, cuya plateada claridad disipa en parte las horribas tinieblas que envuelven el globo terráqueo: es ese Dios sapientísimo que todo lo gobierna con peso y medida, sin el cual nada subsistiria y á cuya penetrante mirada no se ocultan ni aún los más recónditos pensamientos: es ese Dios de tremenda Majestad ante cuya presencia tiemblan los Ángeles y los mismos Querubes encogen las transparentes alas y ocultan reverentes entre ellas encendido rostro.

¿Y este Dios es el que deseamos se una con nuestra pobre y vilísima alma?

Aún más: El Dios con quien queremos unirnos es el mismo que de felicísimo Cielo bajó á la mísera tierra por nuestro bien; es el mismo que tomó carne humana

en purísimo seno y vivió dentro de oscura mansion nueve meses ántes de salir á luz; es el mismo que peregrinó treinta y tres años sufriendo increíbles penas, anonadado en humilde pobreza, para venir á espirar en infamante madero; es el mismo que deramó á manos llenas raudales copiosos de inmensa bondad, encontrando en su medicinal virtud vista el ciego, salud el enfermo, vida el muerto y perdon generoso el desgraciado pecador; es el mismo que subiera al Cielo, sostenido por aéreo trono para tomar posesion del reino con sangre preciosa obtenido, no sin haber ántes dejado á su Esposa la Iglesia para que con corazon de madre procurara la eterna salud de sus hijos; es el mismo que vela incansable por ligera navecilla que surca espumosas olas en medio de fragorosas tempestades, dando á su experto piloto acierto en el dirigirla y firmeza en el gobernarla; es...

Es nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Redentor del mundo, nuestro Pastor y Padre, nuestro amante Dueño. Avivemos la fé en su Divina presencia, y esta virtuosa consideracion disolverá activa el hielo de frios corazones y nos dispondrá á más afectuosas reflexiones.

Porque á la verdad, al ver la infinita distancia que separa la criatura del Criador, ¿quién no se humillará, abismándose en su nada, en la presencia de Jesús Sacramentado?

Si Mifiboset, aquel descendiente del reprobado Saul, aquel hijo desgraciado del fidelísimo Jonatás, aquel vástago de sangre Real, convidado á la mesa del victorioso David, del Rey elegido por el Señor, del privilegiado hijo de Isaí, se reputa indigno de tanto honor, se excusa humilde y no teme compararse á un vilísimo animal que hiede despues de muerto, ¿qué no deberá

pensar y sentir y decir el hombre convidado, no á la mesa de otro hombre, sino á la mesa del mismo Dios?

¿No deberá unas veces imitar al Publicano del Evangelio, y genuflexo, allá en oscuro ángulo, sin levantar los ojos de la tierra que holla, exclamar compungido: «Señor, tened misericordia de mí, que soy gran pecador?» ¿No deberá otras, cual reconocido Hijo Pródigo que vuelve á la casa paterna despues de malgastado en lujuriosas orgías su amplísimo patrimonio, decir, postrado á los piés de Jesús, humedecidos los ojos en ardientes lágrimas y atravesado el corazon de acerbo dolor: «Padre mio, he pecado contra el Cielo y contra tí, no soy digno de ser llamado hijo vuestro; pero al menos admitidme en el número de vuestros esclavos?» ¿No será bueno tambien que siga el insinuante ejemplo del famoso Centurion, de aquel gentil de acendrada fe,

de aquel militar pundonoroso, de aquel hombre caritativo, de aquel noble que se conoce bien á sí mismo, y con él diga, profundamente convencido de su miseria: «Señor, no soy digno de que entreis en mi pobre morada, más decid una sola palabra y mi alma será sana?»

Ya, ya decia el Real Profeta en aquella Ley de terrorífico aparato y de umbrosas figuras, que el hombre es nada para que Dios se acuerde de él y le visite y le engrandezca tanto. Ya, ya repetia la bienaventurada Isabel, gozosa con la venida de su Santísima Prima y alegre al sentir los saltos del Bautista, que no era digna de que viniera á ella la Madre de su Dios. Ya, ya exclamaba el gran Jerónimo, el penitente Betlemita, el infatigable traductor de la Biblia, el hombre de místico fuego; «que se maravillaba muchísimo de ver que un Dios bajaba á un pobre pe-

gador, con quien no sólo queria comer, sino que tambien le mandaba que le comiera á Él.»

Así, pues, nosotros debemos ejercitarnos en este acto de humilde conocimiento, ántes de formar el afecto de union con un Dios tan excelso y tan soberano.

Y pues nada tenemos para adornar nuestro pobre corazon, pidamos prestado. Pidamos, sí, ardientemente á las cristalinas aguas su diáfana claridad y grata frescura, á las bellísimas rosas y azucenas su gracioso colorido y embalsamador aroma, á las telas más preciosas sus variados dibujos y sencillo ornato, á los umbríos bosques su benéfica sombra y abundantes frutos, á los brillantes topacios y esmeraldas su verdoso brillo é inestimable valor y á los rutilantes astros y brilladoras estrellas su fulgurante luz: pidamos á los Santos más célebres sus heróicas virtudes, aquella

humildad profundísima que los hacía creerse reos del infierno, aquella caridad ardentísima que los impelia á sacrificarse por Dios y por el prójimo, aquella purísima castidad que los convertia en olorosos jazmines dignos de germinar en el Cielo, aquella invencible paciencia con que sufrían inalterables los veleidosos cambios de voluble fortuna, aquella vivísima fé á cuya brillante antorcha caminaban seguros por asperísimos senderos, aquella esperanza firmísima en ver premiados un día sus laboriosos esfuerzos con inmortal corona y aquella conformidad absoluta con que querían lo que Dios ordenaba y rechazaban valientes lo que no le agradaba: pidamos, sobre todo, á los Angélicos coros sus aquilatadas perfecciones, á la Reina de cielos y tierra su amor tiernísimo y su pureza virginal, al mismo Jesucristo su riquísima bondad é inagotable misericordia.

Nadie mejor que este poderoso Señor conoce lo que nos hace falta; nadie mejor que Él puede ponerlo; nadie mejor que su sapientísimo corazón sabe hacerlo. Digámosle, pues, que adorne la mansión de nuestro corazón, que le pule, como inteligente lapidario abrillanta finísima perla, que le prepare, cual aquella ciudad santa, que viera el amado Discípulo, refulgente de oro y pedrería y dispuesta como esposa agraciada para cumplido esposo. Y que esto lo haga por medio de aquella Señora que fué hallada digna de ser el primer Tabernáculo del Eterno Verbo, quien la enriqueciera sobreabundantemente con su estancia en tan inmaculado seno.

Abrasada nuestra alma con tan patéticas ideas, traducido este amor al encendido rostro, hechos conductos de calmantes lágrimas nuestros entreabiertos ojos, languideciendo nuestro afectado corazón cual

lámpara próxima á extinguirse, formemos el acto indispensable de vivo deseo que es el más inmediato á la espiritual Comunion de que nos ocupamos.

A ello nos induce el que David dijera, que Dios llenará de hartura gratisima al alma que tiene verdadera hambre, y María Santísima repitiera en celeberrimo cántico, que el Señor ha calmado con abundancia de bienes el aguijoneante estímulo de los que padecian hambre, y el sutilísimo Agustino concluyera con su penetrante inteligencia, que así como el manjar corporal parece que aprovecha más cuando se tiene hambre, del mismo modo este Pan celestial exige, requiere y presupone para su mejor efecto el hambre interna, espiritual, amorosa del hombre que va á recibirle.

A ello nos induce el ver que Santa Catalina de Sena, cuando queria unirse con Dios, ardia en tan vivos deseos, que la

secaban, pareciendo no vivir sino de la vida de su amante Jesús; que la Seráfica Doctora Teresa de Jesús no hubiera hecho caso de aterradoras tempestades y vibradores rayos á trueque de conseguir el llegarse al Santo Sacramento de la Comunion; que la célebre Magdalena de Pazzis, ingeniosa cual abeja voladora, niña de corta edad, se unia á su piadosa madre cuando ésta comulgaba, para por su medio realizar con el que un dia habia de ser su castísimo esposo mística union y anticipado espiritual himeneo.

A ello nos induce, al fin, el infinito amor que nos muestra Jesús, pues que más que los pastores á sus ovejas, más que los maestros á sus discípulos, más que las madres á sus propios hijos, nos regala y sustenta y recrea con su propio Cuerpo y Sangre, siendo para nosotros, de mil cosas privados, medicina y consuelo, y

abundancia y nobleza, perdon y premio.

¿Quién con lo dicho no se apresta á la suspirada union? ¿Qué es lo que falta? ¿Á qué esperamos?

MOMENTO SOLEMNE DE LA CONSAGRACION.

Llegado que hayamos al acto más esencial de la Santa Misa, cual es aquel en que se pone presente nuestro dulcísimo Redentor, bien que velado bajo místicos y significativos accidentes, practiquemos, devotos y recogidos, la espiritual Comunión, deseando vivamente unirnos á nuestro Dios y figurándonos que se realiza en verdad esta incomparable union.

Para mejor ayudarnos en obra tan útil y meritoria, valgámonos de alguna de las siguientes consideraciones, ó mejor dicho, ideales representaciones.

Es una noche memorable; en aderezado

Cenáculo celebra ritual Pascua amoroso Maestro con serviciales Discípulos; ya han consumido el cordero legal con amarguísimas lechugas de tristes presentimientos; háse instituido tambien augusto Sacramento que resulta de simbólico é incruento Sacrificio; caritativo el Pastor está repartiendo su propio Cuerpo y Sangre á carísimas ovejuelas: vayamos, pues, con la imaginacion á tan santo lugar, y figurémonos que, despues de haber posado nuestro Divino Dueño en los penitentes labios de Pedro y en los amantes de Juan y en los reverentes de los demás Apóstoles, viene á los nuestros y se nos da generoso y clemente para nuestro alimento y santificacion. ¡Ah! ¿Por qué no saborear despacio el suavísimo maná que en nuestra boca destila el Rey de cielos y tierra?

Ha pasado esta escena de amor; disperso acá y acullá está el pequeño rebaño;

yace entre rabiosos lobos mansísimo el Divino Cordero; extiéndenle en áspero madero; clavan crueles sus piés y manos delicadísimos; levantan en alto altar y víctima; quieren fijarla en abierta hendidura, y..... Sea nuestro corazon base solidísima que sostenga el sangriento madero, recogiendo en sus profundas cavidades, hechas por la piqueta de la humildad, las purpúreas y ardientes gotas que de sacratísimas llagas van cayendo, á la vez que sus finísimas telas empapadas en balsámico llanto cubren pudorosas el desnudo y afeado cuerpo de nuestro Señor. ¿Qué alma no querrá lavarse solícita en tan abundante y saludable manantial como forma al pié de la Cruz la sangre de un Dios hombre?

Sigue aún el doloroso espectáculo; apurado há el Averno su venenosa hiel; ha muerto el Redentor; la tierra está retumbando; no luce el sol como ántes; abiertas

se ven durísimas rocas; váse disolviendo indiferente é impío concurso; aleve y cruel un soldado traspasa con fiero golpe pecho amoroso; de tierno corazón brota raudal de sangre..... Como anheloso niño aplica infantiles labios al materno pecho, ó ciervo sediento se arroja á las cristalinas corrientes de las aguas, del mismo modo acerquemos nuestra boca á la rubicunda llaga y absorbamos con reverencia tan precioso néctar, para así participar de todo lo que con ella nos ganó el Redentor.

Y puesto que es justo ser agradecidos, empleemos el tiempo que resta de tan Santo Sacrificio en corresponder del mejor modo posible á tanta fineza.

DESDE LA CONSAGRACION HASTA EL FIN DE LA MISA.

Si la Esposa de los Cantares, habiendo encontrado al que amaba su alma, dice, que

le tendrá asido y que no le soltará, ¿será razon que nosotros dejemos marchar al que se ha dignado venir á nuestro corazon, sin que ántes nos aprovechemos, cuanto nos sea dable, de su Divina presencia?

Momento es este preciosísimo; momento de gracia y bendiciones; momento de salud y misericordia; no se nos pase en valde; no le desperdiciemos; no perdamos tan oportuna ocasion de segura y copiosa ganancia.

Comencemos, pues, por alabar á nuestro buen Dios. Pobre es nuestra lengua, débil nuestra voz, desaliñado y frio nuestro decir; pero unámonos á los voladores pajarillos que recrean la floresta con armoniosos trinos, ó bien á los susurrantes arroyuelos que deslizándose por mullido lecho, concilian el refrigerante sueño al rendido viajero que descansa en sus riberas; formemos coro con las melodiosas

notas que de bien pulsados instrumentos hacen salir inteligentes músicos, y con las cadenciosas undulaciones de infantiles voces, que, graciosamente repercutidas por altísimas bóvedas, hacen llegar á nuestros oídos deliciosa sinfonía; entremos en la celestial Jerusalem, y convidemos á los Santos y Santas que allí reinan con el Cordero, y á los Ángeles y Arcángeles que constituyen su bellísima corona, y enagenados repetamos con ellos sus cánticos dulcísimos, sus abrasados afectos de amor, sus purísimas alabanzas. Suplan todos lo que á nosotros falta, y vueltos de esta rapidísima excursion en nosotros mismos, digamos con David: «Alma mia, bendice al Señor, y todo cuanto hay dentro de mí, glorifique su Santo Nombre,» ó con el angélico Tomás de Aquino repetamos extasiados el célebre himno que resuena gratisimo en nuestras Iglesias todos los dias, y es como sigue:

1.º

Canta, lengua, las grandezas
Del Sacramento inefable,
Dí cómo el Rey de las gentes,
Fruto de un noble linaje,
Entregó en precio del mundo
Su Cuerpo y preciosa Sangre.

2.º

Éste que el Padre nos dió,
Y nació de Vírgen Madre,
Despues que estuvo en el mundo,
Y su ley por él esparce,
Concluyó su mortal vida
Con un órden admirable.

3.º

Éste en la última cena
Cenó con sus familiares
Guardando en todo la ley
De los manjares legales;
Se dió en comida á los doce
Por sus manos liberales.

4.º

Convirtió con su palabra
El pan en su propia Carne
Y despues convirtió luego
El vino en la propia Sangre;
Si ésto no alcanza el sentido,
Basta que la fe lo alcance.

5.º

Postrados, pues, veneremos
Un Sacramento tan grande,
Sigamos los nuevos ritos
Y los antiguos se acaben:
Supla la fe, pues no bastan
Los sentidos corporales.

6.º

Al Padre Eterno y su Hijo
Toda criatura alabe,
Le dé virtud, salud, honra,
Bendiciones á millares;
Y al que de los dos procede
Déense alabanzas iguales.

Pero sobre todo insistamos en pedir gracias. Ya está con nosotros el Omnipotente; de Él procede la vida y la salud; á Él obedece todo lo criado; Él nos anima á pedir, ofreciéndonos el dar; cual Rey clemente, brilla majestuoso en el trono de nuestro corazon, dispuesto á colmarnos de dones.

Con las cariñosas hermanas de Lázaro digamos á tan buen Amigo: «Señor, esta pobre alma mia, que Vos amais tiernamente, languidece de grave enfermedad; sanadla Vos, que bien podeis.» Ó con los miserables ciegos de Jericó, que sólo oian el ruido de las gentes y no podian ver al Mesías, de quien tanto bueno habian oido decir, exclamemos íntimamente convencidos de nuestra necesidad: «Señor, que veamos; Señor, que conozcamos nuestros deberes; Señor, que sepamos agradeceros.» Ó tambien con el célebre paralítico de la Probá-

tica Piscina, tantos años yaciente en tris-tísimo estado, expongamos nuestra miserable situacion con sentidas pero resignadas quejas: «Señor, no tengo hombre; no tengo quien me valga; se han retirado de mí los que podian socorrerme, favorecedme Vos.»

Y ésto que pedimos para nosotros, pidámoslo para aquellas personas que se han encomendado á nuestras oraciones; y no titubeemos de reclamar su liberalidad para la vida, la salud, honra y bienes de fortuna, con la siempre necesaria y cristiana condicion de si nos conviene para la eternidad; y luchen nuestras fervorosas oraciones con la Divina Misericordia, como en otro tiempo el peregrino Jacob con el aparecido Ángel, hasta tanto que consigamos copiosa bendicion; y derramemos nuestra alma en presencia del Señor con tan intenso amor, que merezcamos oir de boca del Divino y

amante Dueño: «Hoy se ha concedido salud á esta casa;» ó, «Vete en paz, tu fe te ha hecho salvo;» ó, «En verdad os digo, no he hallado tanta fe en Israel.»

¡Ah! Si al pié de fresco y burbujeante manantial nos encontráramos en medio del ardoroso estío, ¿no aplicaríamos nuestros resecos lábios al cristalino depósito para que se calmara nuestra sed? Y si riquísimo filon de codiciado metal hubiéramos hallado al hacer penosa excavacion, ¿nos retiraríamos sin haber procurado tomar lo necesario para desahogo de nuestra posicion? Y si enfriados por el soplo helado de fino vientecillo, viéramos encendido chispeante fuego, ¿no nos acercáramos á refocilarnos y conseguir la perdida flexibilidad de nuestros ateridos miembros?

¿Por qué, pues, no procurar estos y otros efectos espirituales y áun temporales de la bondad del Señor, á quien creemos

presente en nuestro corazón? No sólo nosotros, nuestras queridas familias, los desgraciados viajeros á quienes noche oscurísima sorprende en enmarañado bosque, los navegantes que fluctúan entre furiosos torbellinos de revueltas olas, los heridos que agonizan abandonados entre ásperas malezas, los pobres á quienes vergonzosa miseria tiene relegados en inhabitable buhardilla y cuyos paternales corazones atraviesa de dolor el suspirante quejido de famélicos parvulillos, las inocentes víctimas de taimados asesinos próximas á caer exánimes bajo mortífero plomo ó aleve puñal, los afligidos enfermos que yacen torturados en dolorido lecho sin gozar de un momento de reposo, los ignorantes que giran perdidos en sofocantes círculos de erróneas ideas y deletéreos sistemas, expuestos á despertar en tormentosa eternidad, y el negociante que trafica y la madre que vela por hijo

queridísimo y el gobernante que dirige extensos reinos y el sacerdote que trabaja y el literato que escribe, todos, todos tienen, mejor dicho, deben tener parte en nuestra ferviente plegaria en tan crítico momento. ¿Por qué no extender nuestra caridad á la Iglesia toda, y á nuestra Pátria y al mundo entero, para que todo participe y todos participemos de los mágicos efectos de esa inmensa caridad, que se contiene en patente corazon y por ancha y profunda herida en abundantes torrentes se nos comunica?

Pero no hemos de contenernos en este solo acto. Celebrado hemos con el amoroso Jesús un magnífico, liberal y suntuoso convite. Ha tenido la suma bondad de admitirnos á espléndida y abundante mesa. Nos ha regalado con el delicioso gusto de su Carne preciosa y Sangre purísima. El maná que caía del Cielo sobre árido desierto, ha recreado nuestro paladar; la suavísima

miel que industriosas abejas fabricaban entre escondidas breñas, se ha desleído en nuestra hambrienta boca; el sustancioso pan que se cogía en las fértiles llanuras de la Palestina, se ha hecho nuestro alimento. Aunque sólo en espíritu, hemos participado del místico Cordero; ha venido á nuestro pecho el Divino Huésped; recibido hemos á nuestro buen Dios.

Ahora bien; amor, ¿no se paga con amor? ¿No se dice en el libro de los cantares: «Mi amado para mí y yo para Él?» ¿No deben ser recíprocos los obsequios entre personas que se aprecian? ¿No se lee en el Apocalipsis: «Entraré á mi Dios, cenaré con Él y Él conmigo?» Puesto que Dios nos da á cenar celestiales dones, ¿no le hemos de ofrecer fervorosos afectos? ¿Habremos de ser encogidos con un Señor tan misericordioso? ¿No nos ha entregado amante su propio corazón? ¿No oímos que

nos dice tambien : « Hijo mio , dame , dame tu corazon ? »

¡ Ah ! Sí , mi Dios , este corazon os entrego con el firme propósito de que no ame mas que á Vos ; mis potencias os entrego para que las purifiqueis , de manera que la memoria sólo se acuerde de vuestros beneficios , y el entendimiento sólo piense en vuestras perfecciones , y la voluntad esté siempre atenta á cumplir la vuestra ; mi cuerpo y sus sentidos os entrego , deseando que la mortificacion y penitencia los haga una hostia viva , santa y agradable á vuestros Divinos ojos ; mis bienes y cuanto poseo os doy y entrego , para que usando bien de ellos me sirvan de preciosísimas perlas , que , entretegidas en finísimo cordon de puro amor vuestro y hermoseadas con purpurnas rosas de virtudes , formen la corona de mi dichosa eternidad .

No he de ser ménos , no , que los Israe-

litas, que á la voz de Moisés ofrecieron gustosos valiosos zarcillos y ricos vestidos para la construccion del simbólico Tabernáculo: no hemos de ser ménos, no, que la prudente Abigail, que, al acercarse David, salió á presentarle gruesos corderos, recientes panecillos, dulces pasas y suficiente alimento para escuálido ejército: no hemos de ser ménos, no, que los cariñosos hermanos y caritativos publicanos, que franqueaban al Salvador y sus Discípulos abundante mesa y abastecida mansion: no hemos de ser ménos, no, que los primitivos Cristianos, que no sólo su hacienda y riquezas, si que tambien posicion, libertad y vida, entregaban á Jesús, porque reinara y triunfara y extendiera por doquier su imperio.

Como ellos seamos generosos; ofrezcamos cuanto tenemos; demos cuanto poseemos; entreguemos lo que más querido nos

es. Y si los corazones todos que palpitan en este lacrimoso valle fueran nuestros, con gusto se los debíamos presentar al Señor que nos da el suyo con infinita generosidad. Cuanto amor podamos formar y cuanto amor arde en las criaturas que viven, debe ser para tan buen Dios, para tan amante Dueño. No salgamos, no, de la Sagrada Misa, sin haber ántes protestado de nuestro sincero amor, sin haber ántes resuelto servir á Dios con pureza de intencion y solícita exactitud, sin haber propuesto luchar valientes con los enemigos todos de nuestra salvacion.

Si del encendido brasero sale convertido en candente áscua de oro el negruzco hierro, ¿por qué no han de salir nuestras túbias almas llenas de valeroso ánimo despues de su union con el Omnipotente? Si la aromática flor impregna de balsámica fragancia el cincelado vaso que la sirviera

de continente, ¿cómo no ha de sentirse llena de precioso aroma de virtudes el alma á quien Dios se ha dignado unir estrechamente? Si la presencia de mística arca en casa del dichoso Obededon hiciera descender sobre toda la familia venturosas bendiciones, ¿qué no hará la estancia amorosa del arca viva, del mismo Dios, en nuestros corazones?

¡Ah! ¡Quién tuviera la dicha de imitar á San Estanislao de Koska en sus comuniones espirituales, y merecer, como él, la singularísima gracia de que los mismos Espíritus Angélicos nos comulgaran con el mismo sacratísimo Cuerpo de nuestro Redentor! ¡Quién pudiera conseguir, entre amorosos trasportes de vivas ansias, que nos cogiera la muerte como á la beata Imelda Lambertini despues de haber hecho una fervorosa comunión espiritual, terminada por la milagrosa union con la Hostia

Santa! ¡Quién tuviera la feliz gracia de que purísimos Querubines suplieran, como con el Santo Raimundo de Peñafort sucediera, la falta de Ministro Sacerdotal, y nos dieran á gustar anticipada gloria en prodigioso Viático!

Pero concluyamos pidiendo ese favor al Divino Corazon de Jesús, por medio de los castísimos de María y José.

ORACION FINAL.

¡Castísimos Esposos! Aunque indigno y vilísimo pecador, me atrevo á suplicaros que ofrezcais al dulcísimo Corazon de Jesús esta Comunión Espiritual que acabo de hacer. Y por ese Cuerpo Santísimo y Sangre Purísima que en la Cruz fueron inmolados por mi amor, os pido me alcanceis de ese amante Corazon, que fué Sacrificador y Víctima á la vez, el que se una á

mi pobre corazon por su gracia Divina y haciéndome latir y desfallecer de amor, me trasforme en otro hombre nuevo y recto, segun Dios quiere. ¡Oh purísimos María y José!, no desecheis mi súplica, ántes bien acogedla benignamente y haced que las almas todas se abrasen en los mismos deseos, para que cada respiracion de nuestra vida, cada latido de nuestro corazon, cada movimiento de nuestra existencia, sean otros tantos actos de adoracion, alabanza y gratitud á la bondad infinita de Dios; de respeto, sumision y obediencia ciega á su Divina Voluntad; y de adhesion, reverencia y amor hácia los que tuvieron la dicha en la tierra de ser Tabernáculo y Custodio de tan amantísimo Corazon. Que nuestro nombre, suavísimos María y José, sea inscrito en el libro de la vida, y unidos á Vos cantemos eternamente las alabanzas del Cordero Celestial. Amen.



CAPÍTULO VI.

SEXTO MODO DE OIR MISA. LAS ALMAS DEL PURGATORIO.



RATÍSIMO es el dogma de la Comunión de los Santos, mediante el que las oraciones de los unos aprovechan á los otros miembros vivos, cual la benéfica sávia de robusto tronco circula por entre las diversas ramas, dando á todas vida y alegre verdor.

Triple es el estado de la Iglesia Católica, de esta Esposa carísima á Jesús, á saber, el de los que triunfan seguros en serena y tranquila mansion, el de los que

peligramos aún en azaroso piélago de revueltas ondas y fieros torbellinos, y el de los que purgan intensamente sus defectos en sulfuroso lago de candentes llamas.

Y muy comun es, ó debe ser, el mútuo obsequio de alabanzas é intercesion, de sufragios y de agradecimiento, de suspiros y de bendiciones, sin que cese nuestra fraternal solicitud hasta el momento felicísimo de reunirnos todos en aquel Paraíso de inefables delicias, de dulces consuelos, de bienestar eterno y sumamente dichoso.

La voz amorosa del Sábio Eclesiástico, que nos convida á procurar el bien de los justos mediante el estímulo poderoso de una merecida retribucion; la paternal exhortacion de nuestro dulcísimo Redentor, que nos enseña el modo de adquirir amigos, que un dia tremendo nos reciban en los Eternos Tabernáculos, valiéndonos de la limosna y remision á favor de los pobres

deudores; la suavísima frase del devoto y melífluo Bernardo, que no contento con levantar valerosa cruzada para rescatar el Sepulcro del Señor, excita también los cristianos corazones á sacar del affictivo Purgatorio almas infelices, por medio de gemidos, de suspiros, de oraciones, del Sacrificio especialmente; todo ésto y mucho más un sentimiento interno de caritativa compasion hácia aquellos pacientes Jobs, es lo que nos mueve á exponer como sexto modo de oír la Santa Misa la meditacion sobre las benditas almas del Purgatorio.

¡Quiera el Cielo que nuestras breves reflexiones, enardecidas con misterioso rayo de gracia Divina, prendan en corazones sensibles el fuego de generosa caridad y los dispongan á socorrer queridísimos hermanos!

PRINCIPIO DE LA MISA.

Nada más propio que recitar contritos y devotos el expresivo y bellissimo Salmo *De profundis*.

Salmo 129.

1.º A Vos, Dios mio, dirigí mis clamores desde lo más íntimo y secreto de mi corazon, y desde el abismo de males en que gemia: socorredme, os dije, y tened piedad de un miserable.

2.º Mis lamentos y suspiros muevan vuestra piedad, para que no desecheis mi humilde ruego.

3.º Si examinais al rigor de vuestra ley el número sin número y la malicia de mis culpas, ¿quién, Señor, podrá comparecer ni subsistir en vuestra presencia?

4.º Mas Vos sois un Dios misericordioso; y la promesa que teneis hecha de que perdonareis al que arrepentido se volviere á Vos, me hace esperar lleno de confianza que me mirareis con piedad.

5.º Vuestra palabra sola es la que me alienta, y ésta es en la que reposa mi alma, y de la que espero su remedio.

6.º Y por eso no ha de haber un solo momento, en que Israel no reconozca que vive pendiente de sola la bondad y misericordia inagotable de su Dios.

7.º Por cuanto Él es su Redentor; y el que con mano generosa y liberal salva á los hombres.

8.º Y por tanto rescatará prontamente á Israel de todas las maldades que fueron causa de las calamidades y miserias que padece.

Al considerar que estos clamores angustiosos surgen de aquel lugar tormentoso, nuestras almas se sienten mucho mejor preparadas en su favor, y continuarán con más fruto el pensamiento de ayudar á infelices encarcelados.

DESDE EL INTROITO HASTA EL OFERTORIO.

En todo tiempo se ha creído en el padecer de los que murieron sin estar enteramente limpios.

Prescindamos, en buen hora, de los vestigios que se encuentran en las Teogonías Griega y Romana, Persa y Árabe, India y Oceánica, cual débiles lucecillas que arrojan pálido y siniestro resplandor por entre las espesas nubes de absurdos delirios, pero que nos demuestran las creencias en un lugar de purificación lo mismo del afeminado heleno que del fiero

romano, que del fogoso musulman, que del voluptuoso americano, que del salvaje isleño.

No consideremos la clarísima razon de que la Justicia Divina, cual la humana, tiene cárceles para que se paguen las penas corporales en que conmuta á veces la de muerte; así Ella destinó un lugar, en el cual las almas á quienes se perdonó por la absolucion la pena de eterna condenacion, y en las que un Ojo escrutador, ese Ojo invisible de accion profunda, ese Ojo penetrante que áun en los puros Espíritus Angélicos descubriera imperfecciones, halla faltas veniales ó deudas que solventar por mortales pecados, sean refinadas y purificadas hasta el punto de no ofrecer á la Infinita Pureza cosa que le desagrade y que impida entrar en aquella mansion de santidad y belleza celestiales.

Tampoco nos detengamos en los paten-

tes lugares del Antiguo Testamento, que nos indican la fe viva del Pueblo Israelítico en el Purgatorio, como serian el que dice, que no neguemos á los muertos nuestros obsequios, el que añade, que la limosna y el ayuno libran de la muerte y hacen encontrar misericordia, y el que refiere los solemnísimos y piadosos funerales que el cariñoso José, virey del Egipto entónces, hizo á su amado Padre Jacob, testimonios todos que son otros tantos gritos de aquel Pueblo escogido á favor de la existencia del lugar de purificacion para las almas de los que fallecieron en el Señor.

Lo que sí meditaremos con atencion y ampliaremos, cual se merece, es el pasaje del capítulo 12, del libro 2.º de los Macabeos, por contenerse en él una prueba ineluctable, de irresistible autoridad, de gran peso en pro de lo que tratamos.

Habiase dado una gran batalla; enemi-

gos mil mordian el polvo de la tierra; cansados volvian á las anchurosas vainas las brilladoras espadas los soldados Israelitas; discurria aún su valeroso General por el campamento, medio velada su arrogante figura por las cenicientas nubes que el choque rudo de fieros guerreros levantara; hora era ya de retirarse á descansar y reparar las rendidas fuerzas para otra quizás no lejana ocasion.

Sin embargo, no puede ser ésto así; hay que cumplir un sagrado deber; los heridos tambien necesitan auxilio; á los muertos no se los dejará sin conveniente sepultura; los dispersos han de recogerse; puede haber enemigos rezagados; tiene que terminarse la accion con estas disposiciones ordinarias; un entendido Jefe, que además sea padre de sus soldados, nunca falta á ellas.

Pero, ¿qué es lo que hace el animoso

Judas ante un grupo de Hebreos muertos en buena lid? ¿Por qué los contempla sumamente condolido? ¿Por qué los registra con cuidado? ¿Cómo es que su corazón valiente palpita agitado y lleno de turbación? ¿Qué indica esa furtiva lágrima que se desliza de sus contraídas pupilas? ¿Cuál es la causa de las órdenes que comunica y de las palabras que dice? ¿Por qué se revela la ansiedad y angustia en todo el ejército? ¿Será, quizá, porque aquellos infelices eran de los más esforzados campeones? ¿Tal vez porque hayan sucumbido víctimas de alguna insidiosa emboscada? ¿Acaso su muerte.....

¡Ah! es que han tenido la debilidad de guardar alguna riqueza de lo consagrado á los ídolos entre sus militares trajes. Hé aquí lo que ha motivado su castigo, porque á un Dios justiciero no se le desobedece en vano. Hé aquí lo que arranca

torrentes de dolorosas lágrimas de los ojos de afligidos hermanos. Hé aquí lo que causa la congojosa pena de amante Jefe y religioso Caudillo. Pero han muerto peleando por el Señor; han muerto defendiendo sacrosantas tradiciones; han muerto por la salvacion de la Pátria; y se cree piadosamente que se han arrepentido ántes de espirar y concluyeron en gracia. Mas les falta que purgar la temporal pena debida por su delito; no están todavía en el Cielo; se hallan padeciendo; necesitan socorros; deben hacérseles sufragios.

Judas así lo concibe; Judas así lo siente; Judas así lo cree; Judas así lo demuestra. Organiza una colecta; reúnen uno sobre otro catitativos óbolos; fórmanse respetables sumas. Las manda al Templo; encarga Sacrificios; inmólanse expiatorias víctimas. Y entre el gratisimo aroma de balsámicas esencias y las graciosas nubes de

vaporoso incienso, suben las preces Sacerdotales y los suspiros de valientes soldados. Conmuévase el Padre de las misericordias; se dá por satisfecha su Justicia; derrama refrigerante rocío en ardoroso lago; y almas benditas suben gozosas á contemplar, sin fin, hermosísima Faz.

Si no hubiera Purgatorio, si las almas no pudieran ser libertadas de sus penas, si nuestros sufragios no les fueran útiles, ¿hubiera Judas obrado como obró? ¿Hubiera reunido tanto dinero? ¿Hubiera mandado sacrificar por ellos? ¿Hubiera así engañado á todo un Pueblo?

Se han concluido las sombras; han cesado los símbolos; el Cristo ha puesto fin á las figuras y profecías.

Junto á un fúnebre monumento se halla numerosa multitud; Majestuosa Figura aparece á la puerta de cavernosa mansion; dos llorosas Matronas se destacan á la

derecha de este Personaje; más allá véñese sencillos y toscos rostros de pobres pescadores; no falta algun que otro hipócrita semblante de envidioso escriba y astuto fariseo; todos contemplan á uno que yacía en tierra completamente fajado y envuelto en un sudario: parece que se mueve, pero no puede andar; vivo está, mas no se puede valer; late su corazon, mas tiene sujetos piés y manos: súbito óyese superior mandato de que le quiten opresoras ligaduras; cúmplase la órden y el resucitado anda y habla y váse á casa.

¿No vemos, aquí, en Lázaro resucitado, la imágen del cristiano muerto en gracia? ¿No hallamos en Lázaro fajado y ligado el símbolo del alma que yace en inflamadas llamas? ¿No encontramos retratados en los que á Lázaro desatan, los piadosos fieles que hacen sufragios? ¿No tenemos en Lázaro libre del todo una expresiva

figura del alma que vuela alegre al Empíreo, abiertas las puertas de penosa cárcel? ¿No confirma ésto el Salvador, cuando dice en otra ocasion, que hay pecados que se pueden perdonar en el futuro siglo?

Bien vendria aquí describir la práctica piadosa y constante de la Iglesia sobre este punto. ¡Cuánto se podria decir de la veneracion á los sepulcros, de las gráficas inscripciones de las tumbas, de las Misas celebradas por los difuntos, de las oraciones bellísimas compuestas á favor de éstos, de las disposiciones Conciliares, de las novenas, homilias, fúnebres funciones!... Pero condensemos la doctrina de la Iglesia en el *Dies iræ* que rezaremos con atencion.

SECUENCIA. DIES IRAE.

1. ¡Oh dia de cólera y de venganza, que debe de reducir á cenizas todo el Uni-

verso, segun los oráculos de David y Sibílicas predicciones.

2. ¡Cuál será el terror de los hombres, cuando aparezca el Soberano Juez para examinar todas sus acciones segun el rigor de su Justicia!

3. Haciendo oir el horrísono vibrar de la trompeta sobre los sepulcros, reunirá á todos los muertos ante el Tribunal del Señor.

4. Toda la naturaleza, la muerte misma, se llenarán de asombro y terror, cuando resuciten los hombres para responder ante este terrible Juez.

5. Se abrirá el libro en que está escrito cuanto debe servir de materia á este juicio formidable.

6. Y sentado que sea el Juez sobre su trono, se verá al descubierto todo lo que estaba oculto, y ningun delito quedará impune.

7. ¿Qué diré yo entónces miserable? ¿Á quién suplicaré que interceda por mí con el Juez ante quien los Justos no se atreven á comparecer sino temblando?

8. ¡Oh Rey, cuya majestad nos será entónces tan terrible! Dios que salvais á todos vuestros elegidos por una misericordia totalmente gratuita, salvadme por esta misma bondad infinita que aún puedo implorar.

9. Acordaos, ¡oh piadosísimo Jesús!, de que por mí habeis descendido del Cielo á la tierra: no me perdais en aquel terrible dia.

10. Os habeis querido cansar buscándome; habeis sufrido muerte de cruz por rescatarme; no permitais que yo pierda el fruto de vuestros trabajos.

11. ¡Oh justo Juez! que castigareis los crímenes con una inflexible justicia, concededme el perdon de mis faltas ántes del dia de vuestro riguroso juicio.

12. Conozco que soy culpable, y mis pecados me hacen llorar y cubren de confusión; perdonad, Dios mio, á este criminal que implora vuestra misericordia.

13. Vos que perdonásteis á María la pecadora todas sus faltas, y oísteis las súplicas de un Ladron, Vos quereis que espere tambien en vuestra bondad.

14. Sé que mis súplicas son indignas de ser oidas; pero sólo me apoyo en vuestra clemencia, y á ella pido el no ser condenado al fuego eterno.

15. Separadme de los precitos que estarán á vuestra izquierda y colocadme á la derecha con vuestros escogidos.

16. Separadme de aquellos malditos que arrojareis de vuestra presencia y condenareis á los tormentos más horrorosos; llamadme hácia Vos con los benditos de vuestro Padre.

17. Me prosterno ante vuestra Majestad

con un corazón traspasado con el dolor de sus culpas: yo os recomiendo mi muerte y lo que debe seguirla para siempre.

18. ¡Oh día terrible, en el cual el hombre culpable saldrá del polvo del sepulcro, para ser juzgado por Aquel á quien ofendió!

19. Perdonad, ¡oh Dios de misericordia!, y conceded, ¡oh Jesús lleno de bondad!, el reposo eterno de aquellos por quienes os pedimos. Así sea.

Dicha esta hermosísima *Secuencia* y rezado un Padre Nuestro, puesto que suponemos haber llegado ya al ofertorio de la materia que se ha de convertir en purísima Hostia de saludable propiciación, empecemos á meditar sobre la angustiosa situación de aquellas infelices y afligidas almas.

DESDE EL OFERTORIO HASTA LA CONSAGRACION.

Contemplemos cómo en profundísimo lago de encendidas llamas yacen doloridas criaturas, envueltas por doquiera de abrasador fuego, cual lo está de marinas aguas la ligera y esponjosa espuma. Si el dicho elemento es tan voraz en la tierra, que reduce á pavesas vastísimos bosques, calcina penetrante durísimos peñascos, abate potente elevadísimas torres y disuelve activo compactos metales, ¿qué no será en aquella cárcel del Purgatorio, donde le aviva y atumenta, no el soplo amoroso de Divina Misericordia, sí el vehemente huracan de terrible Justicia? Allí, por virtud omnipotente, se ha reunido, para purificar las almas, cuanto de tormentoso y doliente, cuanto de amargo y penoso, cuanto de punzador y de penetrante puede oirse,

decirse, y áun pensarse. Y el estridente sonar de férreos vehículos, y el espantoso silbo de ferocísimos mónstruos, y el violento crugir de retemblantes montañas, y el deslumbrante fulgurar de rápidos relámpagos, y el tenebroso caos de oscurísima tempestad, todo, todo cuanto de espantoso conmueve á veces á la naturaleza, se hallará en aquel lugar de tormentos. Tambien padecerán la devoradora sed que agujijonea el insaciable apetito de ardoroso enfermo, el agudísimo dolor que produce en momentos dados la cancerosa llaga que corroe entrañas apestadas, el insoportable insomnio que grava delirante cabeza convirtiendo la suave almohada en espinoso cabezal, la angustiosa agitacion de amorosa madre que ve morir al hijo de su corazon, y la tristísima pena de ingrato abandono en solitaria mansion. Y el hedor de podridos cadáveres, el tumor venenoso de serpentinias morde-

duras, la terrorífica actitud de sangrientas fieras, la asquerosa vista de inmundos reptiles, el punzador contacto de espinosas ramas, el fiero herir de afiladas saetas y cortantes hachas y mucho más que la refinada crueldad de fanáticos Emperadores pudo inventar contra resignados Cristianos, todo será experimentado por el paciente en purgatorio Lago, pues cual alambique químico extrae de flores mil esencias de prodigiosa actividad, así la ira del Señor, que quiere refinar como probadísimo oro á sus escogidos, exprimirá en aquel fuego cuanto de padecer hubo, hay y habrá.

Nada extraño que salgan de allí clamorosos ayes, nada extraño que demanden caritativo auxilio, nada extraño que griten angustiadas: «Compadeceos de nosotras, compadeceos de nosotras, al ménos vosotros que sois nuestros amigos y nuestros hermanos.»

Sí, y éste es nuevo motivo de meditacion, esas almas que sobrenadan en abrazador estanque, son las de nuestros abuelos y progenitores, las de nuestros parientes y conciudadanos, las de nuestros compañeros y conocidos, las de nuestros maestros y bienhechores.

La vida de que gozamos y que nos permite disfrutar de las maravillas de la creacion, se lo debemos á ellas; la ciencia que nos alumbra y, desvanecidas las sombras de la mentira, alimenta nuestro espíritu de gratas verdades, de ellas lo hemos recibido; la distinguida posicion en que nos hallamos y el fastuoso aparato que ennoblece nuestro nombre, ellas nos lo trasmisieron; las abrigadas mansiones que nos libran de los frios, las finísimas sedas que componen nuestros trajes, las codiciadas riquezas que encierran nuestras arcas, de ellas nos han venido; la comodidad, el re-

galo, la educacion, la suerte, lo que tenemos, lo que somos, en especial el Bautismo que nos hace aptos para la gloria, todo, todo lo tenemos por su cuidado, por sus desvelos y por su afan. Y quizá purgan por las faltas cometidas por nuestro bien: tal vez las leves mentiras para enriquecernos, acaso la negligencia en corregirnos, pueda ser que el demasiado amor en complacer-nos, quién sabe si el temor de perdernos, será lo que las ha llevado á aquel lugar de padecimientos.

¿Las olvidaremos ingratos? ¿Nos haremos sordos á sus penetrantes súplicas? ¿Permitiremos indolentes tan acerbísimo penar en séres queridos?

Si no nos mueve la consideracion de los estrechísimos vínculos que á ellas nos unen, muévanos al ménos la otra no ménos piadosa de lo que son dichas almas para con Dios.

Son criaturas suyas; brilla en ellas bellísima la imagen de Santa é Individua Trinidad; están rescatadas con sangre preciosísima de inmaculado Cordero; se hallan en el número de queridísimas hijas y amadas esposas del Señor. Ellas lo saben; ellas lo conocen; ellas tienen de Dios idea más luminosa y clara que en esta vida; ellas desean gozarle; ellas le aman entrañablemente; ellas se lanzan hácia el Sumo Bien con más fuerza que descende desgajado de altísima montaña enorme peñasco; ellas están penetradas de que el Infierno mismo se volvería deliciosísimo Eden, si cayera solamente una pequeña gota del inmenso océano de delicias que junto al Señor se disfrutan. No pueden, no, por sí mismas abreviar tan triste cautiverio; desean, cual viajero herido entre místicas ciudades, que venga un caritativo Samaritano á curar abiertas y dolorosas llagas;

piden, como el Paralítico de la Piscina, un piadoso corazón que las acerque al agua saludable; claman con los ciegos del Evangelio que tengan piedad de ellos: «*Misere-mini mei, misere-mini mei*, compadeceos de mí, compadeceos de mí.»

¡Ah! ¿Qué entrañas no se conmueven á tan tristes alaridos? ¿Quién no querrá aliviar seres tan nobles? ¿Quién no se apresurará á procurarles tanta dicha?

Reflexionemos brevemente sobre el cambio que se opera mediante fervientes sufragios, sobre todo al bajar nuestro Dios al Altar mediante las palabras de la Consagración.

MOMENTO SOLEMNE DE LA CONSAGRACION.

Lagunas de abrasador fuego se truecan súbitamente en praderas esmaltadas de bellas flores; á los gritos de angustia suceden

cánticos de júbilo; los lazos de penosa esclavitud son reemplazados por brillantes diademas de Régia Majestad; en vez de torturantes penas habrá encantadoras delicias. Triunfarán revestidas de fulgentísimo oro; resplandecerán coronadas de clarísimos rayos; lucirán, orladas de gratos laureles, esplendorosos mantos; agitarán dulcemente misteriosas y verdes palmas, indicio de segura victoria. Verán á Dios cara á cara; su espíritu quedará saciado en aquella inmensidad de luz y de verdad; su corazon se abrasará en aquel volcan de amor que de inagotable centro surge suavísimo; todas sus potencias y sentidos nadarán en mar infinito de delicias é inefables gustos; y esto será siempre, sin fin, sin mudanza, sin alteracion, sin turbacion, quieta, pacífica, indefinidamente por toda la eternidad.

Sí, de amante Corazon brota perenne fuente de purísima sangre; una Madre pia-

dosísima deja solícita resplandeciente Trono recamado de perlas y piedras preciosas; aplicase por nacaradas manos cincelada copa de finísimo oro á la patente y rubicunda llaga; pasa despues de llena á las de serviciales Espíritus, quienes hienden el espacio y columpiándose en caprichosos grupos de ligeras nubecillas, bajan rapidísimos al tétrico receptáculo; destílanse allí, sobre dichosa alma, riquísimas gotas del precioso licor; y al momento, apagado devorante fuego, sube enagenada de gozo, y sostenida sobre las alas de los Angélicos emisarios, llega ante augusto Trono, saluda agradecida á tierna Señora, hace profunda reverencia á Trinidad Augusta, y se queda, por fin, á ocupar un puesto entre ciudadanos contentísimos que celebran alborozados la entrada triunfal de aquel nuevo y victorioso cortesano.

Cuando el alma contempla de asiento el papel importante que desempeña María

en el alivio de las almas del Purgatorio, ¡de qué alegre esperanza se siente poseido el cristiano corazón y qué deseos tan vivos experimenta de invocar la poderosa intercesión de la Señora para aquellas víctimas de la Justicia Divina! Avivemos, sobre todo, nuestras oraciones en este crítico momento en que asistimos á la Consagración de las especies, pues Dios está presente y nos convida á pedir. No desperdiciemos, no, tan bella ocasión, y continuemos luego á enfervorizarnos más y más con otras piadosas consideraciones de los beneficios que nos pueden venir por hacer bien y procurar el alivio de las Ánimas Benditas.

DESDE LA CONSAGRACION HASTA LA COMUNION.

Se lee en el sagrado Evangelio: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia;» así, pues,

nosotros, si oráremos por las almas benditas, veremos afluir sobre nuestras cabezas toda suerte de beneficios.

Aún allá desde el Purgatorio, dicen algunos Santos, que nos pueden valer las almas benditas, y Santa Catalina de Bolo-
nia á ellas se encomendaba y por su me-
diacion obtenia los favores que deseaba;
¿qué será cuando hayan salido de aquellas
penas y estén gozando de Dios, tranquilas
junto á la fuente de todo bien?

El casto José, despues que de oscurísima
cárcel fué trasladado á elevadísimo sólio y
en su mano viera las riendas del Gobierno,
fué la Providencia salvadora para sus Her-
manos, bien que ingratos en su mayor par-
te, para un Padre amadísimo y para el na-
ciente pueblo Israelítico; del mismo modo
las almas agradecidas al inmenso favor que
han recibido, cuando han trocado el tortu-
rante vestido de activo fuego por refrige-

rante aureola de gloria, se constituyen en calurosos abogados de aquellos que las libraron de triste penar.

Lo que hacemos por los vivos, podemos perderlo, como sumergidas en insondable abismo se pierden las mercancías que confiamos á ligero barquichuelo; pero lo que hagamos por los difuntos del Purgatorio, será tan estable como los censales sobre tierras y otras fincas, que siempre permanecen y van dando el correspondiente fruto.

Nos acometerá, en buen hora, el tempestuoso embate de penas, trabajos, adversidades y persecuciones, que azotando furiosas á nuestra débil alma, la impelerán con fuerza hácia los escollos de la desesperacion; pero las almas rescatadas con nuestros sufragios se presentarán al Poderoso Señor, y alcanzarán superior mandato que haga cesar la tormenta y devuelva la calma.

Tibios en demasía nos sentiremos destituidos de hermosas virtudes, expuestos además á helarnos en el golfo de glacial indiferencia; pero ellas recabarán de amante Corazon centellas de fuego que nos abracen en viva caridad.

Quizá en crítico trance las ilusiones de los sentidos agonizantes nos turbarán y molestas tentaciones de sutil y astuto enemigo nos amedrentarán; pero las mismas almas nos conseguirán clarísimo rayo de luz Divina para despreciar lo terreno, así como la union sacramental con Jesús para luchar varonilmente y vencedores triunfar en la eternidad.

Jamás, jamás se cansarán de pedir por nosotros, y si á tal extremo llegare, suponiendo por un momento lo que ni sucede, ni sucederá, estamos seguros que tampoco perderemos el haberlas socorrido, pues Dios, y esta consideracion debe avivar

nuestra devocion, queda comprometido á pagar, y su paga es y será la de un Dios.

¿Qué no haria un Rey potentísimo con el valiente caballero que á costa de sudores mil y trabajos heróicos le trajera sano y salvo un queridísimo Hijo, despues de haberle sacado de oscurísima prision y fétida mazmorra donde padeciera increíbles martirios? Pues las almas son hijas de Dios, de grande pena se las libra, y gran gloria se las procura con nuestras pobres oraciones y cristianas obras.

¿Á qué no queda obligado amante Esposo que sabe haber sido libertada una Esposa idolatrada de triste y penosísima situacion? Pues las almas son Esposas de Dios, por Él criadas, con su sangre preciosísima rescatadas, de sus gracias adornadas y destinadas para ser su corona en el Empíreo.

¿Cómo no pagará abundantísimamente la más mínima cosa hecha por séres queridos, cual son las almas detenidas en riguroso lugar de expiacion, Él, que ha dicho que nos será hecho como hagamos con nuestros prójimos, que ni un vaso de agua quedará sin recompensa, y que el ciento por uno espera al que se desprendiera de lo terreno á favor del necesitado?

¿Qué fué lo que recibió el valiente Maccabeo por la generosidad usada con los soldados muertos en rudo combate contra pátrios enemigos? Pues una espada, don del Cielo, llevada por almas justas, que ya habian pasado á mejor vida, espada con la que habia de alcanzar, y de hecho alcanzó, gloriosa victoria de aguerridas huestes.

¿Y no podemos esperar nosotros parecidos ó más convenientes dones de un Dios clemente y liberal?

¡Ah! Lo que sembraremos en el Purgatorio, lo recogeremos, si nó en mísera tierra, en codiciado Cielo. Á usura ponemos lo que á las almas damos, y llegará un dia en que se nos retribuirá en crecidos intereses. Nada, nada, ni áun una lágrima, ni áun el más imperceptible suspiro se escapa al ojo avizor de nuestro buen Dios, que premiará todo con eterna é imperecedera recompensa.

El ejemplo bíblico de Tobías nos debe animar á pedir por las Benditas Ánimas, especialmente en el momento de la comunión, que podríamos muy bien hacer sacramental ó espiritualmente por ellas.

Tobías es rico y poderoso en la corte del Rey de Asiria: Tobías hubiera sido feliz concretándose á la vida doméstica: Tobías no necesitaba exponerse por cumplir religiosos preceptos, pues siempre los llenara.

Pero Tobías es piadoso; Tobías es caritativo; Tobías es buen israelita; Tobías ve cautivos infelices compatriotas; Tobías los visita enfermos, les consuela afligidos, los entierra muertos; Tobías sabrá dejar la familia y el reposo y la comida por sus hermanos; Tobías jugará la libertad, la hacienda y la vida por salvarlos; Tobías pondrá lo terreno á lo celestial, lo transitorio á lo eterno, lo perecedero á lo inmortal.

Verdad es que pierde la vista, verdad es que sus bienes son confiscados, verdad es que es perseguido de muerte, verdad es que su Hijo marcha á lejanas tierras en medio de peligros mil, verdad es que su misma Mujer le censura ágríamente, verdad es que queda reducido á la última miseria; pero ésto lo permite el Señor para que más patente sea su Divina intervencion, y para que las generaciones venideras, á la vez que tienen en

Tobías un clarísimo ejemplo de paciencia, hallen en Dios un bondadoso Señor que remunera colmadísimamente.

Bien así como brilla más resplandeciente el luminoso rayo solar despues de pavorosa tempestad, del mismo modo se ve más clara la misericordia del Omnipotente cuando á fuerte prueba se sigue cumplido premio.

El que se ve abandonado de los hombres, merece un Ángel que proteja al Hijo de sus entrañas; la suma pobreza es reemplazada con cuantiosas riquezas, fruto de legítima herencia; mística medicina de amarga hiel devuelve la perdida luz de los ojos; la pena causada por la reprension de su Mujer es mitigada con la venida de Sara y con graciosos Nietos; unos breves ratos de acerbo padecer son seguidos de largos años de envidiable paz; una vida justa y llena de meritorias acciones es coronada

de santa y feliz muerte en brazos de Hijo fiel y amante.

Tobías, sí, ve premiados sus servicios á los cautivos y difuntos con abundancia en esta vida y con gloria eterna en la otra. Y ¿no hará Dios con nosotros, si ayudamos á los que gimen en terrible Purgatorio, lo que con aquel santo y caritativo Varon hiciera? El mismo es que era; lo mismo puede que podia; lo que queria, quiere ahora, ¿qué haremos, pues?

ÚLTIMAS ORACIONES Y CONCLUSION.

No nos retiremos, no, de lugar tan santo, sin proponer hacer cuanto pudiésemos por las almas del Purgatorio.

Ya que hemos visto su penar, ya que hemos meditado la utilidad de los sufragios, conviene que nos resolvamos á socorrerlas eficazmente.

La asistencia al Augusto Sacrificio, y si nos fuere dable, el mandar celebrar Misas, es la primera obra que debemos ofrecer por el alivio de seres tan queridos. La oblacion de Hostia Divina que destila sangre purísima, no puede ménos de obtener misericordiosa gracia del Dios Eterno, que diera su Unigénito por la redencion del género humano. Y si añadiéramos una devota y humilde Comunion, si no sacramental, al ménos de deseo, el bien que haríamos á los infelices cautivos con esta caritativa union á Jesús amoroso, seria incalculable.

El ayuno que mortifica la carne y purifica el espíritu, el ayuno tan recomendado por el patente ejemplo de Moisés, Elías y del mismo Salvador, el ayuno que templara los rigores de severa Justicia para con los Ninivitas y otros pueblos prevaricadores, el ayuno es tambien obra muy meritoria á

los ojos de Dios, y si nuestra debilidad no nos permite ayunar, privémonos de algun manjar, de algun pequeño placer, de un poco de agua, que quizá las gotas de este líquido, cayendo cual refrigerante lluvia sobre el ardiente fuego, calmen bienhechoras las penas de las afligidas almas.

La resignacion en las penas inherentes á esta vida, y que de grado ó por fuerza hemos de llevar, puede ser utilísima á las pacientes almas, sobre todo cuando ese frio que nos punza, y el calor que nos sofoca, y el trabajo que nos rinde, y la afrenta que nos contrista, y la injuria que nos altera, unido á los méritos de Jesús y dolores de María, vienen á servir de paga gratísima á quienes por sí mismas no pueden solventar.

Si poseyéremos bienes de fortuna, no dejemos tampoco de dar limosna al pobre pordiosero que reza devoto por el que le remedia y sus obligaciones, recibiendo de

aquí almas necesitadas en su alivio poderoso sufragio y nosotros provecho muy grande, porque con las limosnas se redimen penas debidas, y se hace propicio el amantísimo corazón de un Dios, que dice quedar hecho con Él lo que se hace por el mendigo.

Mas si fuéremos pobres tambien ó nuestras circunstancias no nos permitieren desprendernos de los precisos bienes, oremos, y oremos con fervor, que la oracion penetra los Cielos, la oracion abre ricos tesoros, la oracion rompe las cadenas, la oracion une con Dios.

¡Ah! Consideremos que San Pedro fué milagrosamente libertado por la fervorosa oracion que la Iglesia toda hacia por él; unámonos nosotros á los que oran, y causando dulce violencia al misericordioso corazón de María, conseguiremos que interceda por los que padecen y que se alivien sus penas.

Concluyamos, pues, con rezar cinco Padre Nuestros á las Llagas del Redentor, ó siete Ave-Marías á las Angustias de su Purísima Madre, ó bien alguna Jaculatoria á los Santos Mártires.



CAPÍTULO VII.

SÉTIMO MODO DE OIR MISA. TODO PARA EL CRISTO.

INTRODUCCION.

YA HEMOS dicho que como los planetas giran en torno del Sol, centro del celeste sistema, del mismo modo los tiempos todos se refieren al augusto sacrificio de la Misa, foco de bendiciones amorosas.

Cristo Jesús fué constituido por el Eterno Padre Cabeza universal de la Iglesia, que como la vid en los sarmientos, así Él

habia de influir la vida de la gracia en todos los hombres.

Ninguno, ántes de su venida, pudo salvarse sin creer en Él; ninguno, despues que ha venido, llegará á conseguir su último fin, sino mediante la fe viva en su Sacratísima Persona.

Convienes, pues, que meditemos en este postrer modo de oír Misa sobre el gran drama del Cristianismo, á saber, el pasado, el presente y el porvenir de la Iglesia, cual hacen desde altísimo monte estudiosos viajeros, extendiendo penetrante su clara vista por la pintoresca declive que dejaron y la no ménos risueña que tienen que recorrer.

DESDE EL INTROITO HASTA EL SANCTUS.

Contemplemos, sí, al justo Noé que sobrenada con las reliquias del género hu-

mano por entre desolador diluvio, viva figura del segundo Noé que habia de librar la sociedad sumergida en el piélago horroso de la culpa: contemplemos al creyente en las Divinas promesas Patriarca Abraham, en cuya descendencia serian benditas las generaciones venideras, como lo son todas las que entran en la Cristiana Congregacion por la fácil y amplísima puerta del Santo Bautismo: contemplemos la obediencia de Isaac, que se deja atar sobre la pira cuyos leños él mismo llevara hasta elevada cumbre, para cumplir el sacrificio ordenado por Dios á su Padre, simbolizando así la mansísima persona de nuestro Redentor, quien, sin abrir la boca, vacilando por desigual pavimento, entre denuestos mil, subirá al Gólgota el áspero madero en que ha de ser enclavado: contemplemos la invicta paciencia del valeroso Jacob, sufriendo rigurosas pruebas en el crudo in-

vierno como en el abrasador estío, para obtener en premio la mano de las hijas de Laban ántes de volver á la pátria de donde saliera, bien así como nuestro Jesús trabajó, y habló, y obró innumerables prodigios, y sudó sangre, y murió, y mostró su corazón por el abierto costado, para dejarnos, ántes de volver al Padre, organizada la Iglesia donde seguramente pudiéramos salvarnos: contemplemos al castísimo José vendido por sus hermanos, preso entre dos ladrones, sacado de la tenebrosa cárcel, elevado al más honorífico puesto del reino, y que perdona generoso las ofensas recibidas y derrama abundancia de gracias por negras ingratitudes, expresivo símbolo de lo que habia de padecer Jesús de parte de los escribas, de cómo habia de morir entre dos malhechores, de cómo habia de resucitar y triunfar, y de cómo habia de conceder gracioso perdon por monstruosa

deslealtad: contemplemos la prudencia y fortaleza del celoso Moisés, que saca de ominosa esclavitud á su pueblo obrando para ello portentos sobre portentos, y despues de formar un completo programa de patriarcal gobierno, para que fuera diestramente dirigida aquella multitud, la conduce por árido desierto á felicísima tierra de promision, animada profecía de aquel Dios-Hombre que libraria al orbe de satánico yugo, y dándole dulcísima ley entre amorosos prodigios, le indicaria el seguro camino para llegar al Cielo.

Y no sólo reflexionemos todo esto, sino que tambien, llenos del espíritu de Moisés, celebremos las Mesiánicas victorias con su hermoso cántico, con ese cántico que entonara con los agradecidos Israelitas á las márgenes del mar Rojo.

CÁNTICO DE MOISÉS.

1. Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido; al caballo y al cabalgador derribó en el mar.

2. Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y para mí ha sido salud: este es mi Dios, y le glorificaré: el Dios de mi padre, y le ensalzaré.

3. El Señor como varon guerrero, Omnipotente su Nombre.

4. Los carros de Faraón y su ejército arrojó al mar: sus príncipes escogidos fueron sumergidos en el mar Bermejo.

5. Los abismos los cubrieron, descendieron al profundo como una piedra.

6. Tu diestra, oh Señor, ha sido engrandecida en fortaleza: tu diestra, oh Señor, hirió al enemigo.

7. Y con la multitud de tu gloria has

derribado á tus adversarios: enviaste tu ira que se los tragó como á una paja.

8. Y con el soplo de tu furor se amontonaron las aguas: paróse la ola corriente: amontonáronse los abismos en medio del mar.

9. Dijo el enemigo: seguiré el alcance, y alcanzaré, repartiré despojos, se hartará mi alma: desenvainaré mi espada, y los matará mi mano.

10. Sopló tu espíritu, y cubriólos la mar: fueron sumergidos como plomo en aguas impetuosas.

11. ¿Quién semejante á tí entre los fuertes, Señor? ¿Quién semejante á tí, magnífico en santidad, terrible y loable, hacedor de maravillas?

12. Extendiste tu mano, y se los tragó la tierra.

13. Con tu misericordia fuiste el caudillo del pueblo que redimiste, y lo lle-

vaste con tu fortaleza á tu santa morada.

14. Subieron los pueblos, y airáronse: dolores ocuparon á los habitantes de Palestina.

15. Entónces fueron conturbados los príncipes de Edóm: temblor se apoderó de los valientes de Moab: quedaron yertos todos los habitantes de Canaán.

16. Caiga de recio sobre ellos miedo y pavor por la grandeza de tu brazo: queden inmóviles como piedra, hasta que pase tu Pueblo, Señor: hasta que pase este tu Pueblo, que poseiste.

17. Los introducirás y los plantarás en el monte de tu heredad, firmísima morada tuya que has labrado, Señor: en tu Santuario, Señor, que afirmaron tus manos.

18. El Señor reinará eternamente y más allá.

19. Porque Faraón entró á caballo en

la mar con sus carros y ginetes: y el Señor revolvió sobre ellos las aguas del mar: mas los hijos de Israel anduvieron por el seco en medio de él.

Ya que hemos visto sombreado al Mesías en los antiguos Patriarcas y con el inspirado Moisés entonado el himno de la victoria que consigue del Averno en los perseguidores Egipcios figurado, bueno será que sigamos contemplando la Historia del Cristo en el desarrollo y acaecimientos del pueblo Israelítico.

Consideremos, sí, su Sacerdocio á quien habia de suceder otro más elevado y cuyo amplísimo poder abriria los Cielos al arrepentido pecador: consideremos los mil Sacrificios cruentos ofrecidos en riquísimo Tabernáculo primero y en más rico Templo despues, entre aromáticas nubes de odoroso incienso, y que debian cesar para dar lugar á esta Oblacion pura, inmaculada

y de infinito precio: consideremos las solemnísimas Fiestas instituidas en memoria de prodigiosos sucesos, fiestas que debian servir de lazo de union á la Judáica gente y que un dia habian de ser eclipsadas por el brillo y esplendor de las Solemnidades católicas: consideremos aquellos Reyes piadosos que copian, estudian y cumplen la ley para bien de sus súbditos, aquellos Jueces religiosos é íntegros que procuran dar á cada uno lo que es suyo, alentado su corazon con la venida esperada del Justo por esencia, aquellos valientes Guerreros que defienden y conservan su nacionalidad á través de desastres y victorias, de cautiverios y de triunfos, y aquel Pueblo especial, compacto, unido, sólo entre todos que cree en el verdadero Dios y espera en su Libertador y guarda y trasmite oráculos preciosos: consideremos aquellos Cánticos sagrados que gracious coros al compas de

dulcísimos instrumentos dirigen al Señor bien en arenoso y abrasado desierto, bien en floreciente campiña; ahora bajo pelíceas tiendas recamadas de jacinto y púrpura, ahora en anchurosas y doradas bóvedas; unas veces en populosa ciudad, otras en amarguísimo destierro.

Y compadeciendo á silenciosos Cantores que, suspendidas las vibrantes liras de movibles sauces, contemplan doloridos el rápido curso de caudaloso rio, imágen bellísima de breve y azarosa vida, penetremos atrevidos en chispeante horno, y con los gallardos Mancebos que pasean por entre voraces llamaradas sin lesion alguna, neutralizada su activa fuerza por refrigerante rocío, digamos fervorosos el celeberrimo cántico, que lleva su nombre.

CANTICO DE LOS TRES NIÑOS DEL HORNO DE BABILONIA.

1. Bendito eres, Señor de nuestros Padres: y digno de loor, y de gloria, y de ser ensalzado por los siglos: y bendito el nombre santo de tu gloria: y digno de loor, y de ser sobremanera ensalzado en todos los siglos.

2. Bendito eres en el templo santo de tu gloria: y sobre todo loor, y sobre toda gloria por los siglos.

3. Bendito eres en el trono de tu reino: y sobre todo loor, y sobre toda gloria por los siglos.

4. Bendito eres, que penetras los abismos, y estás sentado sobre Querubines: y digno de loor y de ser ensalzado por los siglos.

5. Bendito eres en el firmamento del

Cielo: y digno de loor y de gloria por los siglos.

6. Todas las obras del Señor bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

7. Ángeles del Señor, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

8. Cielos, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

9. Todas las aguas, que están sobre los cielos, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

10. Todas las virtudes del Señor, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

11. Sol y luna, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

12. Estrellas del cielo, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

13. Toda lluvia y rocío, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

14. Todos los espíritus de Dios, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

15. Fuego y calor, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

16. Frio y calor, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

17. Rocíos y escarchas, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

18. Hielo y frio, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

19. Heladas y nieves, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

20. Noches y dias, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

21. Luz y tinieblas, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

22. Relámpagos y nubes, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

23. Bendiga la tierra al Señor: lóele y ensálcele por los siglos.

24. Montes y collados, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

25. Todas las plantas que naceis de la tierra, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

26. Fuentes, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

27. Mares y rios, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

28. Ballenas y todos los peces que se mueven en las aguas, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

29. Todas las aves del cielo, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

30. Todas las bestias y ganados, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

31. Hijos de los hombres, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

32. Bendiga Israel al Señor: lóele y ensálcele por los siglos.

33. Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

34. Siervos del Señor, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

35. Espíritus y almas de los justos, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

36. Santos y humildes de corazón, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

37. Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

38. Porque nos sacó del infierno, y nos salvó de la mano de la muerte, y nos libró del medio de la llama ardiendo, y nos sacó del medio del fuego.

39. Glorificad al Señor, porque es bueno: porque su misericordia es para siempre.

40. Todos los religiosos, bendecid al

Señor Dios de los dioses; loadle y glorifícadle, porque por todos los siglos es su misericordia.

Pero sobre todo, puesto que nos acercamos á la parte más santa de la Misa, detengámonos un momento en piadosas reflexiones sobre las Profecías.

Con el sublime y elocuente Isaías observemos esa bellísima Vírgen Madre, que nos trae al deseado Emmanuel para librar-nos de ominosa esclavitud; veamos con el salmista y piadoso David los amargos sufrimientos y dolorosos suspiros que ha de exhalar el Mesías ántes de triunfar de sus enemigos; oigamos á los vehementes Ezequiel y Jeremías declamar contra los vicios de los Israelitas cautivos y de los que moraban en la destruida Jerusalem, á la vez que consuelan al afligido Pueblo con la vuelta y reedificación del Templo; contemplemos la gloria de que ha de inundarse este nuevo

edificio, segun Ageo y Zacarías, cuando el Deseado de las Naciones venga á eclipsar con su presencia el brillo de los dorados techos y plateadas columnas; animemos nuestra fé al ver designados por el sábio é inteligente Daniel los períodos fijos en que ha de verificarse la restauracion espiritual del célebre pueblo Israelítico; llenémonos de esas ideas gratísimas de arrepentimiento y de perdon , de amor y de esperanza , de temor y de alegría , que esparcidas en los otros Profetas, llaman la atencion de las almas reflexivas, y dispongámonos á ver bajar al Justo.

DESDE EL SANCTUS HASTA LA GOMUNION.

Ya se abren las nubes, el rocío no se hará esperar; ya germina la árida tierra, pronto veremos la flor de Jesé; ya el orbe entero se agita, grande acontecimiento se

prepara. Más claros cuanto más próximos, más precisos por aparecer ya la aurora, más luminosos siempre los detalles de la Augusta Persona, es llegado el momento de mirar.

Grandioso cuadro se ha ido trazando por Maestros consumados; ligera gasa le oculta á ojos amantes y ávidos de contemplar lo que desean; vivísimo ya brota benéfico rayo de clara luz para animar el paisaje; un Hombre singular, penitente solitario, celoso predicador, varon santo, último de los Profetas antiguos, más que Profeta, descorre el velo y dice á los atónitos Israelitas.

Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi. «Hé aquí el Cordero de Dios, hé aquí el que quita los pecados del mundo.»

Anonadados en nuestra miseria, pero alentados con el pensamiento de la misericordia de Jesús, postrémonos á sus piés,

y regocijados, pronunciemos con entusiasta devoción el himno que el Santo Zacarías entonara reconocido, al ver las maravillas obradas con su casa y familia y pueblo por el bondadoso Señor de los Ejércitos.

CÁNTICO DE ZACARÍAS.

1. Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido su pueblo.
2. Y nos ha suscitado un poderoso Salvador en la casa de David su siervo.
3. Según lo tenía anunciado por boca de sus Santos Profetas, que han florecido en los siglos pasados.
4. Para librarnos de nuestros enemigos, y de las manos de todos aquellos que nos aborrecen:
5. Ejerciendo su misericordia con nuestros Padres, y teniendo presente su alianza santa.

6. Conforme al juramento con que juró á nuestro Padre Abraham, que nos otorgaría la gracia:

7. De que libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor,

8. Con verdadera santidad y justicia ante su acatamiento, todos los días de nuestra vida.

9. Y tú, ¡oh Niño!, tú serás llamado el Profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor á preparar sus caminos.

10. Enseñando la ciencia de la salvación á su Pueblo, para que obtenga el perdón de sus pecados.

11. Por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que ha hecho que ese Sol naciente haya venido á visitarnos de lo alto del cielo.

12. Para alumbrar á los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte:

para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz. »

Dicho devotamente este hermosísimo cántico que la Iglesia repite todos los días á Laudes, continuemos nuestras piadosas consideraciones.

Como la Iglesia Católica, esa immaculada Esposa que brota con sangre y agua del costado de Jesús, tenga la mision de continuar en la tierra la reparadora obra social á que vino el Redentor, Iglesia que ántes se ve prefigurada en los anteriores cuarenta siglos, convendrá que sigamos meditando sobre su historia, y que unidos á los miembros que militan por la fé viva y á los que purgan por activa caridad y á los que triunfan por firmísima esperanza, entonemos fervientes en unánime coro las glorias del Cordero Divino inmolado sobre los altares para bien y salud del género humano.

Los Apóstoles, repartido entre ellos el

mundo, plantan por doquiera la semilla evangélica, que regada con Sangre Preciosa, arraigada por el furioso vendabal de la sañuda persecucion y afirmada con el prodigioso concurso del Omnipotente, se convierte en árbol frondoso, do se anidan toda clase de personas y á cuya benéfica sombra descansan tranquilos pueblos mil.

Los fieles, aleccionados por tan sabios Maestros y recibiendo abundante el rocío maternal que el corazon de Purísima Virgen les proporcionara, admiran á la Paganá Sociedad por una caridad heroica que los hace desprender de sus bienes á favor del pobre, y que obliga á decir de ellos, que no tenian sino un alma, un sentimiento, un deseo, á saber, el bien de todos en Cristo Jesús.

Los gentiles, preocupados al principio, van deponiendo sus prejuicios, y ante tanta dulzura y heroismo tanto, rinden sus

armas, y convertidos de leones en mansos corderos, pueblan las sombrías catacumbas, edifican en las grandes ciudades, empiezan á habitar los desiertos, llenan las cárceles de generosos confesores, y van ocupando en el Cielo las sillas vacías por la rebelde defeccion de Luzbel y sus secuaces.

Con todos, mientras sale de subterránea mansion triunfante la Esposa del Cordero, digamos regocijados esa preciosa *Secuencia*, que se canta en el día de Resurreccion, compuesta, segun se cree, por San Basilio Magno.

SECUENCIA, VICTIMAE PASCHALI.

1. Al Señor, que es la Víctima de la Páscoa, ofrezcan los cristianos sacrificio de alabanza.
2. El Cordero redimió á las ovejas;

Cristo inocente reconcilió con su Padre los pecadores.

3. La muerte y la vida tuvieron un admirable desafío; el Señor de la vida, después de muerto, reina vivo.

4. Dínos tú, María, ¿qué has visto en el camino? Ví el sepulcro de Jesucristo vivo y la gloria del que ha resucitado.

5. Ví los Ángeles que me lo aseguraron; ví el sudario y las sábanas.

6. Resucitó Cristo, esperanza mía; irá delante de vosotros á Galilea.

7. Sabemos que Cristo resucitó verdaderamente de entre los muertos; Tú, ¡oh Rey triunfante!, ten misericordia de nosotros. Amen. *Alleluja*.

Pues así como Jesús salió victorioso del sepulcro, donde estuvo tres días, así su Esposa después de tres siglos de persecución, trocó regocijada la vestidura morada

del martirio por la blanquísima del placentero triunfo.

Entónces veremos á los Romanos Pontífices desplegar paternal autoridad y servir de lazo de union entre un viejo Imperio que se derrumba y nuevos Reinos que surgen por doquiera: veamos tambien á los Obispos regir la grey encomendada, y unidos á la silla Apostólica realizar aquella parábola de Jesús, de que su Iglesia seria semejante á un redil regido por un Sumo Pastor, donde las ovejas dóciles tendrian sanos pastos y serian libertadas de las fauces de infernal lobo, á no ser que insensatas quisieran por su defeccion romper la túnica inconsútil del Salvador y marchar á formar sociedad con sus encarnizados enemigos; veamos á los Doctores en sencillos discursos, en razonados escritos y en cartas tiernísimas, exponer, desenvolver y transmitir á la posteridad los dogmas gratísimos

del Cristianismo, preludiando los célebres colegios y universidades en que luego habia de darse impulso á las ciencias, y haciendo con sus discusiones que agitado por doquiera el flúido lumínico de los misterios irradiara el orbe envuelto en tinieblas con clarísimos resplandores: veamos á los Monjes y Religiosos poner en práctica los consejos apostólicos, y allí levantar asilos para la desvalida indigencia, aquí fundar hospederías para viajeros extraviados; en unas partes desmontar terrenos incultos haciendo habitables horrorosos valles, en otras proteger las manufacturas y promover utilísimos descubrimientos; ahora surcar los mares para llevar la buena nueva á infelices pueblos sumidos en el error, ahora poblar las grandes ciudades para ofrecer seguro refugio á desoladas almas; y siempre sirviendo de poderoso auxiliar á la Iglesia á la vez que enviaban legiones de Santos

al Cielo: veamos á la sociedad toda impregnándose de la sávia vivificadora del Cristianismo dar frutos de vida eterna, dulcificar sus costumbres feroces, apartarse de supersticiosa idolatría y venerar reverentes la Cruz Santa, ese signo que, objeto de desprecio en otro tiempo, ha venido á brillar sobre las cúpulas grandiosas de suntuosas Basílicas, en las imperiales diademas y régias coronas, en la cumbre de las más elevadas montañas, sobre el pecho de los valientes y al frontis de modestos tugurios.

Llenos, pues, de entusiasmo religioso, á coro con los pausados acordes de nuestras Catedrales, y con toda la efusion de nuestro corazon, recitemos devotos el sublime cántico, que se cree compusieron los célebres Ambrosio y Agustin, tipo aquel bellissimo de la Iglesia que predica, y figura éste muy expresiva del error que se rinde y convierte.

TE DEUM LAUDAMUS.

1. Á tí, ¡oh Dios!, te alabamos: á tí por Señor te confesamos.

2. Á tí por Padre Eterno, toda la tierra te venera,

3. Á tí todos los Ángeles, los Cielos y todas las Potestades,

4. Á tí los Querubines y Serafines cantan sin cesar,

5. Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Ejércitos.

6. Los cielos y la tierra están llenos de la majestad de tu gloria.

7. Á tí el glorioso coro de los Apóstoles,

8. Á tí la venerable multitud de los Profetas,

9. Á tí el generoso ejército de los Mártires te alaba,

10. Á tí la Iglesia Santa confiesa por toda la tierra:

11. Que eres Padre de inmensa majestad:

12. Y que debe ser adorado tu verdadero y único Hijo:

13. Y tambien el Espíritu Santo consolador.

14. Tú, ¡oh Cristo!, eres el Rey de la Gloria.

15. Tú eres el Hijo Eterno del Padre.

16. Tú, para librar al hombre, te hiciste hombre, y te encarnaste en el vientre de una Virgen.

17. Roto el aguijon de la muerte, abriste á los fieles el Reino de los cielos.

18. Tú estás sentado á la diestra de Dios en la gloria del Padre.

19. Creemos que vendrás como Juez.

20. Rogámoste, pues, que socorras á

tus siervos, que con tu Preciosa Sangre redimiste.

21. Haz que en la gloria eterna sean del número de tus Santos.

22. Salva, Señor, á tu pueblo y bendice á tu heredad:

23. Y rígelos y ensálzalos para siempre.

24. Todos los días te bendecimos:

25. Y alabamos tu Nombre en los siglos, y en los siglos de los siglos.

26. Dígnate, Señor, conservarnos en este día sin pecado.

27. Ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad de nosotros.

28. Descienda, Señor, sobre nosotros tu misericordia, según esperamos en tí.

29. En tí, Señor, esperé, no sea yo jamás confundido.

Pero concluyamos esta meditación prosiguiendo á contemplar los trabajos apostólicos de la Iglesia militante.

Esas Milicias sagradas que, la cruz al pecho y la esperanza en el corazón, se lanzan, cual un solo hombre, á conquistar la tierra do se efectuó nuestra Redención, abriendo á la vez amplísimas puertas por donde venga á la Europa bienhechora civilización: esos celosos Misioneros que abandonan patria y comodidades, por sucumbir víctimas de su caridad en horrible desierto, ó impenetrable bosque, ó pronunciado montecillo, sin que mano amiga endulce sus últimos momentos, ni poética pluma escriba sus heroicas hazañas, ni persona cristiana pueda derramar compasivas lágrimas sobre sus inanimados restos: esos piadosos Artistas que para neutralizar el pernicioso influjo de protestante doctrina, se asocian bajo la égida valiosa de algun esclarecido Santo, constituyendo las célebres Hermandades que tan religiosos y sociales beneficios produjeron y cuya fervien-

te fe y caritativa union no sólo elogiaba dignas virtudes de excelso Patrono, si que tambien procurando imitarlas, servia para enjugar lágrimas de infeliz huérfano y desconsolada viuda: esas recientes Peregrinaciones en que entusiastas católicos, surcando veloces en ligero vapor los inseguros mares, ó atravesando pintorescas comarcas en chispeante y voladora máquina, muestran su religiosidad, yendo á postrarse rendidos ante veneranda y milagrosa Imágen, ó bien ante la dulce á la par que grave figura del Romano Pontífice, sucesor de San Pedro y vicario de Jesucristo: esa recíproca Comunion de buenas obras y méritos entre los miembros de místico cuerpo, mediante la cual, á la manera que la sávia absorbida por unas ramas circula á las otras que yacen unidas á comun tronco, del mismo modo lo que estos fieles hacen, para aquellos vale, y lo de los vivos para los di-

funtos en gracia, y lo de todos para gloria de Dios y de sus Santos: todo, todo esto puede servirnos de materia de reflexion, y en union de esa Iglesia prefigurada en la antigua alianza, fundada por Jesucristo, fecundada con la sangre de los Mártires, triunfante de la idolatría, maestra de los bárbaros del Norte, protectora de los oprimidos y desgraciados, favorecedora de los verdaderos adelantos y de la libertad verdadera, siempre en pugna, nunca vencida, perseguida por doquier y siempre vencedora, de hombres compuesta y superior á todas las humanas instituciones, majestuosa Matrona que atraviesa los tiempos sin perder nada de su brillo esencial, en union digo, de esta Sociedad, entonemos alborozados el hermoso cántico que Vírgen pura dirigiera con dulcísima voz y humildísimo corazon al Señor que tantas maravillas habia hecho con ella, cántico que todos los

dias resuena en nuestras Iglesias mezclado con notas melodiosas de músicos instrumentos para confusion del Averno, alegría del Empíreo, esperanza de los mortales y consuelo de los que purgan en lugar de expiacion.

CÁNTICO DEL MAGNIFICAT.

1. Mi alma glorifica al Señor.
2. Y mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios Salvador mio:
3. Porque ha puesto los ojos en su esclava; por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.
4. Porque ha hecho en mí cosas grandes el que es Todopoderoso, y cuyo Nombre es Santo.
5. Y cuya misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que le temen.

6. Hizo alarde del poder de su brazo; deshizo las miras del corazon de los soberbios.

7. Derribó á los poderosos, y ensalzó á los humildes.

8. Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos despidió sin nada.

9. Acogió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

10. Segun la promesa que hizo á nuestros padres, Abrahan y su descendencia por los siglos de los siglos. Amen.

¡Qué exclamacion más propia para este momento, quizás de la Comunion del Sacerdote, que ésta que salió de los labios y corazon purísimos de María!

DESDE LA COMUNION HASTA EL FIN DE LA MISA.

En esta última parte de la Misa penetremos con el corazon lleno de fe la mis-

teriosa bóveda que nos encubre el lugar do reinan felicísimos los Santos que lucharon acá en la tierra, para considerar en lo que gozan lo que nos espera y concurrir con ellos al Sacrificio que á Dios por sus siervos se ofrece cuotidianamente.

No creamos precisamente encontrar allí la amenidad de nuestras selvas, regadas de cristalinos arroyuelos, hermoseadas con mil graciosas florecillas, cuyos abundantes plantíos nos ofrecen benéfica sombra y delicioso fruto, y en las que se anidan innumerables aves y cuadrúpedos para nuestra utilidad y recreo; tampoco espere-mos oír la dulcísima melodía de sonora música, que envía sus vibraciones entre brillantes reflejos de radiosas luces que oscilan en suspendidas arañas y las odoríferas emanaciones de aromáticas esencias desprendidas de ardientes pebeteros; ni aún nos figuremos hallarnos en verde pra-

dera, cuya finísima yerba sean flexibles hilos de plata resplandeciente y sus asientos de oro trasparente recubierto de preciosísimas perlas y la luz que la ilumina sol clarísimo templado por suave gasa de colores mil y el aura gratísima y la compañía amabilísima.

No, porque, como dice San Pablo, ni el oído oyó, ni el ojo vió, ni en el corazón del hombre pudo haber lo que Dios tiene preparado á los que le temen, y todo lo de acá, por bello que sea y hermoso que parezca, es como pintado respecto á lo de allá arriba.

Contemplemos allí un día continuo sin noche tenebrosa; allí hay una primavera perpétua sin estío que abrasa, ni invierno que hiela; allí reina un aire purísimo que ni ahoga por su pesadez, ni aflige por su acritud; allí hay gozo sin hartura, consuelo sin término, descanso sin trabajo, paz sin

discordia, felicidad sin cambio; allí brilla una luz que no hiere ni deslumbra, sino que alegra y fortifica; allí reina el amor sin ódio, ni recelosa suspicacia, queriendo todos el bien ajeno como el suyo propio; allí vive lucidísima Corte de personas virtuosísimas que aman á Dios y desean su gloria y cantan sus alabanzas.

Eterna juventud se halla retratada en la frente pura de aquellos dichosos Ciudadanos; graciosa vaga por sus entreabiertos labios celestial sonrisa; ocupa serena y majestuosa una dulce satisfaccion el fondo de agradecido corazon; sobrenadan todos ellos en un Océano de espirituales é inefables delicias, que los envuelven cual las marinas aguas á la esponjosa espuma.

Es que el alma, exenta de envidia y corrupcion, incansable, incorruptible, inalterable, se halla contemplando con atencion sin fin al Sér por esencia, al principio y fin

de todos los séres, al que contiene todas las perfecciones imaginables, al Todopoderoso; y al descubrir en Él nuevos conocimientos, nuevas cualidades, nuevas bondades, nuevos motivos de amor, sin que esto la canse, ni hastíe, siempre vigorosa, siempre fuerte, siempre amante, se ve inundada de gozo inexplicable, gozo que por otra parte siempre es nuevo, siempre grato, siempre delicioso.

¡Qué felicidad! ¡Qué dicha! ¡Qué bienaventuranza!

Criados para ella, abiertas las eternas puertas de la celestial Sion por la muerte de Jesús, creyendo firmísimamente que nuestro Redentor vendrá segunda vez á triunfar del demonio y del mundo en la tierra, convencidos de que resucitará á sus escogidos y con ellos reinará para siempre en el cielo, seguros de que viviendo unidos acá en la tierra, mereceremos estar unidos

con Él en la gloria, entonemos regocijados en esta última parte de la Misa ese cántico bellísimo que repiten alborozados los Santos, ese cántico que, como dice un célebre Autor, muere y renace eternamente en el feliz éxtasis de los Cielos.

Unamos, pues, nuestras voces á las de los inocentes Niños, segados cual tempranas rosas por la aguzada hoz del cruel Herodes, ahora llenos de viva alegría en el Paraíso; acompañemos en nuestros cánticos á los coros de castas Vírgenes, que luciendo blanquísima vestidura de inocente candor y pureza, forman la Corte de la Reina de los cielos y tierra, y siguen amantes al Cordero Divino á quien dieran en la tierra su corazón; tomemos parte en el júbilo indescriptible de millares de Mártires, que agitan radiantes de gloria agradecida palma, símbolo de ilustre victoria que adquirieron á costa de sangre generosa;

acerquémonos, en fin, á los majestuosos Ancianos que representan la Comunión de los Santos, y con ellos hagamos salir de ondulantes incensarios olorosas columnas de nutridas oraciones al Dios de las alturas.

Con todos, sí, y bajo la valiosa intercesion de nuestra Madre María, digamos ahora y siempre:

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos: llenos están los Cielos y la Tierra de vuestra Gloria. Gloria al Padre, Gloria al Hijo, Gloria al Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amen.



CONCLUSION DE ESTA SEGUNDA PARTE.

YA QUE hemos asistido gustosos al Augusto Sacrificio de nuestros Altares, nada más propio que dar fin á tan piadoso acto con la siguiente bellísima oracion:

¡Dios de bondad! Con todas las veras de nuestro corazon os ofrecemos, dedicamos y consagramos los buenos pensamientos y santos afectos, las fervientes jaculatorias, las superiores ilustraciones, las ligeras penas y todas las buenas obras llevadas á cabo en este rato que hemos pasado con Vos, no deseando de aquí en adelante

sino pensar, hablar, sufrir y obrar en Vos, con Vos, y segun Vos.

Conformamos, Señor, enteramente nuestra voluntad con la Vuestra, así en lo próspero como en lo adverso, lo mismo en lo suave como en lo áspero, en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte, al presente y para lo futuro, no queriendo sino lo que Vos quereis, como Vos lo quereis, porque Vos lo quereis, y cuando Vos lo quereis.

Anonadados en vuestra presencia, os adoramos profundamente como á nuestro Principio: alentados por Vuestra Bondad, os deseamos vivísimamente como á nuestro último Fin: reconocidos á vuestros favores, os damos las más sinceras y cordialísimas gracias como á nuestro especial Bienhechor: y llenos de consoladora esperanza en vuestro infinito Poder, os suplicamos rendidamente nos otorgueis las siguientes gracias:

Nuestro entendimiento, Señor, se halla rodeado de espesas tinieblas, disipadlas con un rayo clarísimo de vuestra celestial y soberana luz: nuestra voluntad yace sumergida en helada indiferencia, avivadla con el fuego purísimo de vuestro amoroso corazon: nuestro cuerpo se arrastra por el abyecto lodazal de impuros movimientos, purificadle con el penetrante hálito de vuestro soplo santísimo, aquietando á la vez su necia agitacion: nuestra alma se ve dominada de vilísimas pasiones y desreglados apetitos, libradla de su ominoso yugo con la gracia del Espíritu Santo que infunda en ella preciosos hábitos de amables virtudes.

Queremos fe viva para creer todo lo que nos habeis revelado, esperanza firme para suspirar por los bienes imperecederos, amor ardiente para trabajar por adquirirlos y dolor intenso para arrepentirnos de haber

pecado y hecho indignos de merecerlos. Sea nuestra inmutable y segura regla de obrar la Infinita Sabiduría que no se engaña, ni engañarnos puede; conténganos cual potente freno la rectísima Justicia que ni teme las amenazas, ni se rinde á los halagos y siempre da á cada uno lo que merece; calme nuestro angustioso penar la inagotable Misericordia que enjuga clemente las ardorosas lágrimas de infeliz desvalido; y sírvanos de fortísimo escudo esa Divina Omnipotencia á la que nada se resiste y que sabe hacer milagros para bien de sus criaturas. Reine en nuestro corazon la ternura que reconozca el beneficio, la aversion que llore las faltas, el celo que convierta las almas, la prudencia que huya los lazos y el valor que desprecie los terrenales bienes.

Hacedlo así, Dios mio, que en cambio proponemos firmemente contemplar vuestras Divinas perfecciones, para que reca-

lentado nuestro corazon por el fuego de la meditacion, mande á la lengua y ésta os alabe juntamente con las criaturas todas que publican vuestra gloria, mande á las manos y éstas obren lo recto en vuestra presencia sirviéndoos fielmente toda nuestra vida, mande á los piés y éstos no den un paso en vago sino todos por la senda segura de vuestros Divinos mandamientos, y se mande á sí mismo y os ame tierna, afectuosa, intensamente, ahora y siempre, anteponiéndoos á todo objeto criado.

Tambien proponemos amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos, siendo obedientes á nuestros superiores, benignos con los inferiores, cariñosos con los iguales, generosos con los enemigos, hospitalarios con los extraños, caritativos con todos y fieles imitadores de nuestro dulcísimo Jesús que dió su preciosa vida por todos.

Proponemos, en fin, ser atentos á nues-

tras diarias devociones, mortificados en los movimientos desordenados, pacientes en las adversidades, templados en los placeres, exactos en las obligaciones, y humildes en las desgracias y aún en las prosperidades. Si nos sentimos acosados de la ira, la venceremos con la mansedumbre; si de la avaricia, con la limosna; si de la sensualidad, con el ayuno; si de la tibieza, con el fervor; si de la pereza, con la diligencia. Nos prepararemos á la muerte, quizá no lejana, domando la naturaleza, secundando la gracia, guardando la ley, mereciendo la salud; lo que haremos procurando la rectitud en la conciencia, un exterior modesto, una conversacion edificante, una piedad sólida, una conducta intachable, una santidad especial, todo, por supuesto, con los auxilios de Dios, sin los que nada podemos en orden á la eterna salvacion.

¿No nos incita á esto la brevedad de

esta vida, fugaz más que rápido fulgurar de relámpago momentáneo, y que cual ténue columna de humeante vapor se deshace al ligero soplo de suave vientecillo? ¿No lo pide tambien la pequeñez de este globo que habitamos, valle de encontrados accidentes, y donde el gozar es penar y los gustos todos dejan en el alma amarguísimos sinsabores, convirtiéndose á su contacto en negra ceniza, cual las frutas del Mar Muerto cuando eran exprimidas por curiosos viajeros? ¿No lo exige la inmensa grandeza de los eternos goces que se disfrutan en el Cielo, en ese delicioso Eden, do siempre reina apacible primavera sin el soplo helado del penetrante Ábrego, ni el bochornoso calor del ardiente Austro, y donde felices sus dichosos moradores, se aman entrañablemente y aman á Dios, fuente de toda alegría, y nadan en Océano insondable de gratisimas ondulaciones?

Sí, Dios mio, sí, queremos evitar vuestros juicios, queremos librarnos de las cárceles infernales, queremos reinar con los escogidos, queremos habitar en el Paraíso, queremos disfrutar de vuestra hermosa vista y ser la corona de gloria de la Inmaculada María, queremos la felicidad para siempre.

Para mejor obtenerla, lo decimos de todo corazón, seremos devotísimos del Augusto Sacramento de la Eucaristía y del Santísimo Sacrificio por el que nos viene tan Divino Tesoro. ¡Ah! Señor, que mientras podamos, no pase día sin que asistamos á ella con las debidas disposiciones, para que unidos á nuestro buen Dios con los lazos de la fe y del amor, no nos separemos jamás de él. Amen.



PARTE TERCERA.

ELOGIO LITÚRGICO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA MISA REZADA.

NO ES nuestro ánimo vindicar la Misa privada de las calumniosas inculpaciones con que los Reformadores del Siglo XVI la han impugnado.

La Misa rezada, que Luterana pluma teñida en odiosa y satánica rábida, quisiera un día eliminar del culto cristiano, se halla

garantida por firmísimas razones y apoyada en constante tradicion.

Es la misma, en su esencia, que la Misa solemne, y, cual Eucarístico Sacrificio, llena perfectísimamente los fines grandiosos de dar gloria al Supremo Hacedor y procurar inestimables bienes á las miserables criaturas.

Así vemos que en los tiempos de persecucion se celebraba en las subterráneas criptas y hórridas cárceles para alivio de animosos confesores: dada la paz á la Iglesia, continuaron los Prelados á ofrecer la Augusta Víctima privadamente, ya en las hospitalarias mansiones de las aristócratas damas romanas, ya en sus mismos aposentos y cabe el lecho del dolor, do yacían pacientes; y luego que desarrolló su esplendorosa pompa la Iglesia Romana por toda la redondez de la tierra, no ha cesado de inmolarse en mil altares de los millares

de Templos, que surgieron cual bellísimas rosas al paso majestuoso del astro del día, la Hostia de propiciación en olor de suavidad al Dios tres veces Santo.

Y los católicos Doctores, los venerables Concilios, los piadosos Escritores, los Fieles mismos, se han hecho un deber de defender y sancionar y elogiar y amar un acto tan grato, un acto tan significativo.

Porque la Misa rezada contiene ceremonias y ritos que hablan muy elocuentemente á los cristianos corazones, ritos y ceremonias cuya falta rodea el culto protestante de fúnebre luto y negro crespon.

¡Qué diferencia entre el desnudo salón que iluminan pálidamente los débiles rayos de escasas lucecillas, dibujando entre vagarosas sombras la repugnante figura de un hombre que vocea y gesticula sin un signo que lo ennoblezca, sin adorno que lo preste hermosura y belleza, sin nada que lo eleve

por encima de sus escasos admiradores, y la animada Iglesia con artísticos altares, simbólicos emblemas, místicos recuerdos, do mil lámparas, oscilando graciosas, irradian el suntuoso recinto, para dejarnos ver al Sacerdote revestido de riquísimos ornamentos y que celebra los Augustos Misterios rodeado de numeroso y devoto concurso!

¡Ah! Las ceremonias son luminosas nubes, que formara el soplo del Omnipotente en derredor del Sol de Justicia que baja á nuestros altares, nubes que unas veces ocultan sus clarísimos rayos para que no ofenda nuestra tierna pupila el brillante resplandor de la Divinidad, otras, empero, se abren á impulso de amante aura saturada de misericordiosa Bondad, dejándonos percibir suavísimo destello, semejante al que en el célebre Tabor tuvieron la dicha de presenciar fieles y atónitos Dis-

cípulos, y que enardece nuestras almas y las eleva á más puras regiones, bien así como los pintados vidrios de gótica clara-boya, modificando los rayos solares, les prestan melancólico y dulcísimo tinte que hace gustar inefables delicias y nos transporta á más serena y tranquila mansion.

Ese altar adornado de bronceados candelabros y graciosos ramilletes de naturales ó bien artificiales florecillas, cual trono preparado al amantísimo Señor que viene á derramar desde allí inefables dones; esas blanquísimas sabanillas de finísimo lino que le cubren, y que no sólo indican las telas que mano piadosa concediera para envolver en lapídeo sepulcro el embalsamado cuerpo de Jesús, sino que tambien simbolizan en su triple dobléz las tres gerarquías de Angélicos coros é Inteligencias purísimas que rodean y nos velan con sus brillantes fulgores el augustísimo misterio

de Beatísima Trinidad; esas vivísimas luces, que alimenta la industriosa abeja con su blanca sustancia, y que encendidas á la lámpara, que día y noche debe brillar en honor del Sacramento de nuestros altares, no sólo manifiestan ser Jesús la luz que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo y de donde parte así la claridad gratísima que dá vida al mundo físico como también la que ilumina los entendimientos é inflama los corazones, sino que además nos representan los Santos mil que ha formado el Divino modelo y que en la tierra le sirven de gloriosa escolta y en el Cielo de radiosa corona, y cual estrellas clarísimas reciben sus benéficos rayos, y en tersas superficies reflejan amantes las perfecciones de su Criador y Redentor; esos cálices de áureo metal, ó argentada masa, semejantes al hermoso lirio de los campos, y destinados á contener la sangre preciosí-

sima del Cordero que se apacienta de bellísimas flores, de buenas obras y de contritos corazones; esas cinceladas navecillas y oscilatorios pebeteros que resuelven en aromática nube de espeso humo las resinosas sustancias de pequeño arbolito, encubriendo con grata neblina la majestad de nuestro Dios y llevando en sus ascendentes columnas los votos de humilde y rendido pueblo; esos coloquios breves, dulcísimos y altamente significativos que entablan el Sacerdote y ministro, simbolizando y realizando á la vez la mística comunicacion del Criador y la criatura, mediante la que se reanuda la interrumpida relacion, en mal hora suspendida y rota en delicioso Edén por el hombre pecador; esos ósculos suavísimos que da el Sacerdote en el ara al Señor, y despues lleno de amante caridad y misericordia trasmite al pueblo fiel, abriendo y cerrando dulcemente sus brazos y es-

trechándose así los mortales corazones en el corazón de su amantísimo Salvador; esas bendiciones que se hacen sobre la materia ofrecida varias veces y con las que se quiere indicar, que todo bien y abundancia y alegría viene de lo alto, que la Cruz es principio de vida y que sólo por ella y con ella el hombre puede ser feliz; esas acciones, en fin, tan variadas, tan amenas, tan puras, tan tiernas, de las que unas sirven como de preparativo á la venida del Rey de Reyes, y otras le acompañan y le escoltan y cierran su majestuoso á la par que benéfico tránsito; todo esto, sí, no puede ménos de hacer grata y dignísima de nuestro amor la Misa, este Sacrificio Augusto que sirve de lazo de union entre la infinita Majestad de Dios y la despreciable vileza del mísero descendiente de Adán.

Las ceremonias nos trasladan en espíritu á las remotas edades, cuyas márgenes

floridas nos place aún recorrer. Y vemos un Pueblo, que viaja á través de hórridos desiertos, á quien contiene en sagrado deber y separa de corruptores ritos, con que le brinda el pagánico culto, un bellissimo conjunto de mosáicas ceremonias sábiamente ordenadas y prudentemente distribuidas. Y nos hallamos con la interesante al par que majestuosa figura del Hijo del Hombre, quien, bien en pública vía amasa un poco de lodo para dar vista á un ciego, bien en solitario retiro ora genuflexo á su Eterno Padre por nuestra salud; ya rodeado de turbas ávidas de prodigios, abre al contacto de su Divina mano los oídos y lengua de infeliz sordo-mudo, ya en medio de amantes Discípulos, les trasmite con misterioso soplo el omnipotente poder que cierra el Averno y abre el Cielo al arrepentido pecador; verificando con varias y significativas ceremonias actos que pudiera

realizar con sólo querer, ó pronunciar eficazísimo *Fiat*, cual sucediera en los días de la creacion. Y asistimos por doquiera al ceremonioso culto católico, ora entrando en lóbrega catacumba, do débiles manos suspenden pequeña lamparilla, fijan gracioso emblema, ó colocan entretegido ramo de caprichosa forma, ora descansando en el fondo de espeso bosque, cuya umbrosa cúpula de verdosas arcadas, entre las que bullen y se agitan numerosas avecillas, dando apénas entrada á los fulgurantes resplandores de un sol naciente, cobija apiñada inmensa multitud, que siente cambiarse dulcemente sus instintos sanguinarios al caritativo fuego que derrama en los corazones extasiados la majestuosa pompa de sencillas ceremonias, luego viniendo á las magníficas Basílicas, en cuyo recinto artísticamente decorado tienen lugar tier-nísimas escenas y solemnes fiestas ilumi-

nadas con millares de místicas luces, que reflejan sus radiosas emanaciones en el terso pavimento, en la lustrosa columna, en la atrevida bóveda, en la limpia y cristalina cornucopia y en el alegre rostro de gozosos espectadores, y por fin, deteniéndonos en la más pobre capilla, de rústica portada, desnudas paredes, blanco campanario, sencillo altar, la que, sin embargo, inspira devocion y ternura y enciende en amorosos afectos las almas que contemplan recogidas piadosa ceremonia. Es que en todas partes, como en el mundo físico se siente la vital fuerza del astro del día, así en el mundo religioso se percibe la influencia del Sol de gracia presente en el Sacrificio, obrando por doquiera con eficacia inmensa y dulzura inefable.

Como unida nuestra alma á un cuerpo material y percibiendo las cosas por medio de los sentidos, para elevarse sobre sí

misma y lanzarse en el abismo de lo intelectual, necesita de signos sensibles cual alas con que surcar aéreo elemento. Ésto prestan las ceremonias, que nos impresionan, y nos conmueven, y nos llevan á otras regiones, y nos hacen penetrar los senos de lo espiritual, y deshecha exterior corteza, gustar sustancioso jugo y dulce meollo de saludable doctrina, hallando gratisimas ideas en misterioso enlace de profundos arcanos. Y no sólo ésto, si que tambien nos hacen tratar con respeto las cosas santas, pues las vemos rodeadas de aparato imponente y de significativa oscuridad, infundiendo respetuoso temor en nuestros corazones la majestuosa niebla que envuelve el tremendo Sacrificio y causando no pocas veces admirables mutaciones en ánimos poco dispuestos.

Aquí podríamos aducir esplendorosos hechos que registra la Historia Eclesiástica

en sus anales; pero nos contentaremos con referir uno que prueba altamente la eficacia de las sagradas ceremonias religiosa y devotamente practicadas.

Regía la Iglesia de Milan el elocuente y pacificador Ambrosio, por cuyo medio ingresara en el seno del Catolicismo el fogoso Augustino que, primero Maniquéo, fué despues esforzado campeon del Cristo y Águila de los Doctores.

Dulce en su trato el Obispo de Milan, sabia sin embargo luchar, y luchar con valor, contra Príncipes delincuentes y exigentes Emperatrices, no mirando en lo que hacia sino la mayor gloria de Dios y el bien de su Pueblo.

Y mientras exhortaba á las doncellas á guardar la virginidad con éxito tan feliz, que sus padres no hallaban otro recurso para contrarestar su influencia que impedirles la salida de casa, se oponia impávido

á las diabólicas sugeriones y manejos inícuos de los violentos Arrianos, favorecidos por la impía Justina.

Rugia Ésta de despecho y colérica en extremo apelaba á medios extremos, y llegó hasta mandar esbirros que prendiesen ó asesinasen al Santo Prelado.

Parten los satélites animados de feroz encono á cumplir las órdenes crueles de su irritada Señora, entran en el vestibulo de la Sagrada Basílica atropellando la multitud de fieles que espera ocasion de penetrar en el recinto interior, se dirigen al presbiterio donde oficiaba el venerable Obispo rodeado de su amante Clero, y... ¡oh prodigio!, detiéndense conmovidos, sus ojos son recreados con patética ceremonia, palpita de ternura su corazon, languidecen las armadas manos, adoran al Dios á quien sirve el Prelado, y salen cual tímidos corderillos los que habian entrado sanguinarias hienas.

No fué otra la causa de su cambio que la majestuosa pompa con que el Santo Obispo, revestido de hábitos pontificales, celebraba los Divinos Misterios, reflejando en su espaciosa frente y en todo su grave continente un destello de aquella soberana potencia é imponente gloria que la Divinidad irradia en sus ministros, sobre todo cuando ejercen sus veces en el Altar Sacrosanto.

De manera que santas ceremonias religiosamente administradas neutralizaron las maquinaciones del Averno, desarmaron hombres inhumanos, castigaron las impías ánsias de la Emperatriz, conservaron al Pueblo fiel un Pastor querido y á la Iglesia universal un Obispo celoso, y probaron la eficacia de todo aquello que rodea la Augusta Religion que profesamos, recomendándonos su exacta observancia, un piadoso respeto y un amor tierno á tan interesantes cuanto místicos ritos.

CAPÍTULO II.

LA MISA SOLEMNE.

ARMONIOSO conjunto de místicas ceremonias ofrece al cristiano observador la Misa rezada; pero es mucho más bello y patético el que rodea y llena de esplendor la Misa solemne.

La esencia del Sacrificio es la misma. Sin embargo, la asistencia de los Ministros, que se llaman Diáconos y Subdiáconos, el canto y musical concierto, la incensacion y la exposicion de la Divina palabra, añaden cierta hermosa belleza que en-

canta y enagena. Porque nada hay en los católicos ritos que no tenga especial significacion y que no sirva para elevar nuestras miradas intelectuales de la tierra al Cielo.

Prescindamos en buen hora de aquellas solemnísimas Fiestas en que aparece radiante de gloria anciano Pontífice, coronada su venerable cabeza de riquísima mitra de bordado damasco, y sustentando su vacilante caminar cincelado báculo de brillantísima argentada materia. No hablemos tampoco de las vistosas colgaduras, cristalinas arañas, purpúreos doseles, valiosos tapices, floridos ramilletes, rizadas velas, lujosos sillones y demás adornos, con que la piedad cristiana llena los suntuosos Templos é indica su amorosa reverencia al Rey que los habita y deja henchidos de gloriosa majestad. Nada digamos, en fin, del numeroso concurso que esparcido en anchurosas naves y entusiasta de amante

confianza, dirige nutrido coro de fervientes oraciones al Altísimo, consiguiendo con su unánime concierto que se abran los insondables senos de misericordiosa clemencia y derramen vivificador rocío en doloridos corazones.

Lo que sí nos ocupará un momento, será la consideración de las funciones de los Ministros Sagrados.

Cual los dos Testamentos se enlazan en la persona del Mesías, que pone el sello al Antiguo y da principio al Nuevo, del mismo modo el Diácono y el Subdiácono acompañan al Sacerdote y giran en su derredor, recibiendo sus órdenes y trasmitiéndolas al pueblo fiel. Ya leen las proféticas promesas, ya el cumplimiento Evangélico; ahora manifiestan las súplicas de los fieles, ahora indican las bendiciones del Señor; bien preparan la materia de la Consagración, bien la reparten á los comunicantes;

unas veces se acercan al Sacrificador, otras se aproximan al devoto y arrodillado concurso; en esta ocasion callan y oran, en aquella hablan y cantan. Semejan, no hay duda, los obedientes Apóstoles, que atentos á lo que disponia Jesús, se esforzaban á cumplirlo lo mismo en la populosa Jerusalem, que en el pintoresco lago de Tiberiades, que en la solitaria montaña, que en el concurrido camino, que en la particular mansion, que junto al anhelado pozo. Y no sólo de ésto, si que tambien son símbolo de esa union de dos Pueblos hermanos, juntos un dia, separados luego por cruda persecucion, pero que volverán á juntarse en supremo momento, así como los dichos Ministros, luciendo blanquísimas albas, listadas fajas, plegadas planetas ó flotantes dalmáticas, se unen y se retiran y vuelven á unirse para darse el ósculo de paz, antes de terminarse la sagrada Funcion.

Y ¿qué diremos de la música? La música que da forma armónica al pensamiento; la música que llena los Templos de vivientes melodías; la música que alegrando al oído, habla al corazón; la música que distrae y consuela las almas apenadas; la música que en su variado y dulce sonar conmueve las fibras y nos trasporta á invisibles regiones do reina placentera dicha; la música que esparce en composiciones mil balsámica expresión; la música, en una palabra, es de las cosas más notables que deben meditarse en la Misa solemne.

Contemplemos el vibrante sonido de la metálica lengua de nuestras campanas, y hallaremos en él un lenguaje gráficamente expresivo de diversos y profundos sentimientos. Su lento y grave sonar nos indica la partida de este mundo de los que fueron nuestros amigos; su alegre voltéo nos llama vivamente al lugar Santo para celebrar

Augusto Misterio; su agudo y vehemente latido quiere decirnos la existencia de cierto peligro, á fin de evitarle; su tranquila pulsacion manifiesta la hora trascurrida, y que no vuelve ya para nosotros cuyo fin se aproxima rápidamente. Y un mismo metal, al golpear sobre el anchuroso vaso, lleva á nuestro corazon el terror y la alegría, la compasion y el horror, la esperanza y el desaliento, el ardor guerrero y la resignacion cristiana. ¡Cuántas veces el toque de agonía ha dejado caer de asesina mano el aleve puñal! ¡Cuántas otras el de alarma ha contribuido á la defensa de objetos carísimos que iban á ser víctimas de feroces enemigos! ¡Cuántas, tambien, el toque de fuego ha detenido el temible empuje de elemento devorador, salvando inocentes parvulillos dormidos en mullidas cunas de horrorosa muerte! ¡Cuántas la señal de regocijo ha reanimado la amortiguada fe en

tibios cristianos, pulverizando las cenizas de terrenos pensamientos que la tenían como sepultada! ¡Cuántas oraciones ha hecho surgir en toda la redondez de la tierra el piadoso signo del *Angelus*, que desde elevado campanario hace tres veces al día el melodioso y penetrante instrumento de que vamos hablando! Al mágico impulso de argentina voz se produce inimitable armonía, que no sólo halla eco en la visible naturaleza con el susurrar de las fuentes y los ríos, con el suave zumbido de flexibles hojas, con el sonoro gorjear de las avcillas, si que también trascendiendo las nubes, va á perderse en el alegre concierto de las Celestiales Inteligencias, en el mismo purísimo manantial de las más bellas alegrías.

Si de la sonora campana pasamos al órgano, ¡qué expresión tan divina no percibiremos en ese bronceado instrumento á

quien potente la Iglesia ha hecho suspirar para nuestro bien y contento!

El órgano, pulsado por diestra y segura mano, unas veces agita vehementemente las fibras del corazón con agudos sonidos de penetrante trompa, otras recrea dulcemente al alma angustiada con el suave y melancólico concierto del flautado; el órgano, que, cual la Religión que le inspira, se acomoda á todas las materias, ya nos deja percibir el modo copioso y dulce de los versos del cántico Mosáico, ya el tono áspero y patético de los ardientes enviados de Jehováh, ya la música estática del Régio Salmista, y tan pronto nos traslada al arenoso desierto que resuena con las pande-
ras y liras Hebráicas, como á las márgenes del río de Babilonia cuyas aguas reflejan en deleznables ondas los músicos instrumentos pendientes del verde sauce en días de doloroso destierro, como, en fin, al

Templo de la célebre Jerusalem; dentro de cuyo recinto los coros de las vírgenes y los cantores levíticos producian con sus dulcísimas voces armonioso y celestial concierto en honor del Dios de los Ejércitos; el órgano, modulando al infinito suavísimas notas, reproduciendo las gratas armonías del umbroso bosque agitado en sus ligeras hojas por ténue vientecillo, colocando su trono en medio de siglos bárbaros y formando un pueblo cristiano al compás de sus melodiosos acentos, presta á la vestal, consagrada á Dios, inimitable belleza en su atractivo cántico, y al misionero, de corazon abrasado en deseo de salvar almas, seguro y eficaz medio de dulcificar agrestes é incivilizados salvajes.

En prueba de ello podria referir el encantador episodio de la Historia Francesa, en que se nos dice que la dulcísima y melodiosa armonía producida por el cántico

de una religiosa, que entonaba el *Magnificat*, dejó cautivo entre los hierros del coro el corazón del Rey, que escuchaba enagenado, y á ella la trasladó al mismo trono á compartir las penas del reinado con su augusto Esposo. También, salvando con histórica licencia los veloces y tumultuosos siglos y viniendo á los primeros tiempos de la Edad Moderna, podría alegar el ejemplo de aquellos celosos Sacerdotes, que embarcados en débil piragua recorrían las plácidas olas de caudaloso río, y al suavísimo sonido de bien tañida flauta, á quien prestaban irresistible armónico concierto el ruido de las ondas y el eco de los no lejanos bosquecillos, enagenaban y encantaban y atraían á los tímidos y asustados habitantes de las breñas, quienes, dejado el temible arco y la voladora flecha, depuesta su natural ferocidad, con el consuelo en el alma y la semilla de la gracia en el cora-

zon, abandonaban aquella vida nómada y agreste, por empezar á gustar las dulzuras y delicias de la vida social.

Pero lo que no podemos ménos de referir, es lo que se lee en la Historia de las Órdenes Religiosas, una de las cuales debió su institucion á la influencia eficacísima de la armonía que hay en la música.

Se hallaba en Nápoles un valiente Militar, pretendiendo justo premio de los servicios prestados al Monarca en España.

Tenia á este fin reunidos los documentos todos que acreditaban su valeroso comportamiento en rudos combates y su inviolable adhesion á la causa de la Monarquía.

Iba un dia al Real Palacio, lleno su espíritu de viva ansiedad por el éxito de su peticion, pues si bien conocia el valor de sus méritos y la justicia de su Soberano, no dejaba por otra parte de temerlo todo de los hombres.

Y ya vislumbraba en lontananza éra venturosa de gozo y de descanso, dueño de inmensas posesiones, servido de atentos criados, orlado el pecho de brillantes cruces y alternando con la más noble sociedad; ya se sentia despreciado y arrojado con desdeñosa indiferencia, yendo á ocultar su vergonzosa deshonra á miserable turgio, víctima de los amaños de envidiosos rivales que le exponian crueles á horroroso precipicio de melancólica desesperacion.

Así luchando en torturada alma encontrados pensamientos de halagüeña esperanza y de tristísimo desconsuelo, avanzaba en su carrera y atravesaba indiferente las tumultuosas calles de la Poblacion, cuando hé aquí que acierta á pasar por la puerta de un Templo de Religiosas, y experimenta vehementemente deseo de entrar por un momento á orar.

Y oye la melodiosa sinfonía que produ-

ce el órgano diestramente pulsado, y siente á la par un acento angelical que acompañaba armoniosamente las musicales notas, y experimenta inusitada sensación con la dulzura del célico concierto, y percibe un gusto suavísimo de las cosas divinas, y se cree trasportado á tranquilas y etéreas regiones, y envidia anheloso la dicha que á su parecer deben disfrutar las felices criaturas á quienes admira, y contempla cuánto mejor será el servicio de un Señor en cuya compañía tanta ventura se respira, y se conoce enteramente trocado, y resuelve dar de mano á todo lo transitorio, y el que entrara poco hacia arrogante caballero, ilusionado con la aureola de mundanal gloria, sale convertido en humilde soldado del amoroso Jesús, que espirante en la Cruz manifestara intensísimo deseo de ganar humanos corazones.

Resuelto lo há el animoso Capitan Ca-

raffa. No quiere, no, servir á Señores terrenos y volubles: rompe con generoso desprendimiento los papeles y testificantes de su conducta: se alista en nueva y sagrada milicia de obreros hermanos: establece Órden especial que se ocupa en más gloriosas empresas: por sí y por sus Religiosos presta alivio á todas las dolencias y males que affigen á la humanidad: inmortaliza su nombre con tan heróico comportamiento, y despues de una vida de penitencia y fatiga, va á engolfarse en aquel Océano de delicias, de cuyos profundos senos desprendida una sola gota le habia enagenado y trasformado.

Agreguemos al toque del órgano, que tan mágicos efectos produce en union de las voces de expertos y puros cantores, el conjunto grandioso de instrumentos mil en ciertas solemnes ocasiones, y no, no podremos ménos de encontrar un destello de aquella inmensa Majestad que brilla en el

Universo é inspira en la Iglesia y constituye inefable dicha para el alma en celeste Empíreo.

Esos villancicos que infantiles voces ejecutan graciosas en torno al rústico pesebre, do preséntase reclinado el Niño Jesús para que le adoren rendido los corazones cristianos, en la célebre noche que nos recuerda la otra en que principiara á alborear una éra de paz y de ventura con el dichoso Nacimiento de nuestro Salvador: esos cánticos tiernísimos que hombres robustos entonan fervientes por entre las calles silvestres que surcan sus campos en los días de rogativa, aumentando la célica armonía el trinar del rruiseñor y el gorjear de otros pajarillos, que revoloteando de rama en rama vienen á tomar parte en la comun fiesta y bendecir tambien al Supremo Hacedor: esas nutridas y sentimentales plegarias que pecadores contritos y humillados

dirigen al Altísimo á impulso de la experta y autorizada voz de celoso Misionero, mientras que el tono dulcemente melancólico del órgano presta á la escena un tinte especial de penitente actitud y conmueve suavemente la Divina Misericordia á conceder el perdón: esos alegres himnos y expresivas estrofas, que vivaces monacillos, luciendo blanca sobrepelliz sobre roja vestidura y modulando con encanto sin igual sus tiernos acentos, ejecutan con maestría y bellissimo gusto en honor del Santísimo Sacramento, á la vez que airosos canarios, balanceándose gallardos en dorada jaula, emiten sonoros trinos, y candorosa niña agita resplandeciente bandeja esparciendo por el espacio olorosas hojas de purpúrea rosa, que vienen á posarse sobre las riquísimas columnas de artística Custodia: esos *Te-Deum*, en fin, que guerreros pechos entonan entusiastas, en medio de los rayos

y la sangre aún humeante, señaladas sus frentes con la gloriosa marca del fuego y del acero, ostentando así su gratitud al Dios de las victorias y trasmitiendo su alegría á las venideras generaciones con el penetrante sonido de clarines y trompetas, sonido que forma un eco gratísimo, reproducido unas veces por las montañas, aterradas todavía con el unduloso estampido del cañon, reflejado otras y aumentado por las altísimas bóvedas de augusta Basílica entre el temblor de las góticas vidrieras y subterráneas mansiones, y ahogado no pocas por las tumultuosas ondas del inseguro elemento do se mueven con gallarda gentileza las empavesadas naves.

Pero dejemos esto, que si bien sucede á la Misa, no siempre se verifica en ella, y digamos algo del incienso, del que se usa especialmente en la solemne celebracion del Sacrificio.

El plateado incensario suspenso de brilladoras cadenas de pequeños anillos, entrelazados unos con otros y conteniendo férrea urna, donde carbones encendidos resolviendo aromática sustancia producen movibles ondas de gratisimo y blanquísimo humo, es imágen bellísima de nuestra deleznable vida, pendiente de un hilo, y durante la que el fuego de amor Divino debe producir olorosas virtudes y riquísimas nubesillas de heróicas acciones, á fin de que la urna de nuestro corazon sea trasladada un dia á celestes mansiones en compañía de aquellos Santos que, llenas las copas de odoríficas emanaciones, constituyen la alegría del Anciano de Dias.

El uso del incienso es antiquísimo. Quemábanle los Hebreos dos veces al dia en el altar de los perfumes, ofreciendo á Jehováh continuo sacrificio de suavísimo olor que ascendiente en graciosas y ondulantes

nubes, descendia en benéfico y reparador rocío de bondadosa Misericordia. Quemábanle los Gentiles en honor de sus falsos dioses teniendo esta accion como el más significativo obsequio de la Divinidad, como vemos en sus Poetas, y hallamos en las actas de los Mártires, que prefirieron honrosa muerte á ofrecer un grano de incienso á las mentidas deidades. Lleváronle los Sabios de Oriente á Belen entre los dones que presentaron al Niño, reconociendo con esto que creian Dios al que veian envuelto en pobres fajas y reclinado en tosco pesebre. Santificóle despues la Iglesia aplicándole á la Santa Misa y á otras ceremonias que con ella tienen relacion, sin que el trascurso de siglos haya producido la más pequeña alteracion en practicar la grata ceremonia de la incensacion.

Se hace ésta al principio de la Misa en direccion al Crucifijo, para indicar que ado-

ramos á la Santísima Trinidad y á Jesucristo, Verbo hecho Hombre; despues doce veces al Altar en memoria de los doce Patriarcas y Apóstoles; y luego al Sacerdote, como representante del Salvador, oscilando suavemente el incensario lleno de fuego, símbolo de la Santa Humanidad llena del Espíritu Santo, y formando hermosas columnas de blanco humo, figura de las plegarias que en union de los Ángeles van á dirigir los fieles cristianos al Altísimo.

Vuélvese á incensar al ofertorio la materia preparada de pan y vino, ya para reconocer el supremo dominio de Dios sobre todas las criaturas, ya para ahuyentar de ella los espíritus malignos, como el humo del hígado del pez muerto por Tobías hiciera huir al demonio tentador, ya, en fin, para indicar que son santas y santamente se deben tratar las cosas allí presentes, que muy pronto han de convertirse en Cuer-

po y Sangre purísimos, y que han de servirnos de manantial copiosísimo de inefables gracias. En este acto, despues de incensar al Sacerdote, se hace lo mismo con los Ministros y con el Pueblo fiel, no porque se les tributen honores debidos á Dios, sino para significar que, como miembros vivos del Espíritu Santo, se les debe algun honor, y advertirles al mismo tiempo, que deben elevar sus afectos y pensamientos al Cielo, procurando que salgan inflamados por el fuego de amor Divino, y que vayan acompañados de las obras olorosas de una vida cristiana, devota, penitente y santa.

Tambien se repite la incensacion, ya al Evangelio, antes y despues de cantarle, ya á la elevacion de la Sagrada Hostia, en aquel acto para manifestar la reverencia que se debe á la palabra Divina, que canta el Diácono al Pueblo, y en este otro para rendir homenaje gratisimo al Soberano

Señor que se pone presente en el Sacramento, é indicar la universal adoracion que recibe de todas las criaturas.

No, no es sólo el incienso grato recuerdo de las antiguas prácticas, ni se ha usado sólo para depeler pútridos miasmas de oscuras y subterráneas mansiones, sino que ha sido instituido en obsequio al Supremo Hacedor, á quien se ofrece el Sacrificio, envolviendo á la vez en misteriosa oscuridad con sus flotantes columnas de espeso humo la majestad de las cosas santas, y pidiendo tambien la elevacion de los corazones á las regiones celestiales.

Mucho sentimos que la extension dada á las anteriores reflexiones no nos permita hablar de la predicacion de la Divina Ley, esa fecunda semilla que de mil modos ingeniosos procuran esparcir los Obreros Evangélicos en la Misa solemne, y que cayendo las más veces en tierras vírgenes y

convenientemente preparadas, suele producir ópimos frutos; ni de las devotas y humildes Procesiones que se organizan antes de empezar el Sacrificio, y recorriendo fervorosas las anchurosas naves de las artísticas Basílicas, hacen resonar sus magníficas bóvedas con nutridos cánticos, mientras que llevan grato solaz á las almas de los que descansan bajo las sepulcrales losas que oprimen dulcemente sus acompasados movimientos; ni del Ofertorio, vivísimo recuerdo de los hermosos tiempos en que los fieles todos, sin distincion de clases, depositaban sus dones en manos del Sacrificador y se desprendían gustosos de lo que liberalmente recibieran en honor y para el culto de su Dios y Señor; ni aún de la interesante ceremonia de dar la Paz, cuando el ósculo del Diácono, acompañado del aura suavísima del deseo de la paz, derramaba esta hija del cielo por los corazones de los

asistentes y expresaba los votos de que dominara y reinara en toda la tierra; pero contentémonos con indicarlo, y pasemos á describir las bellezas de otro acto no ménos imponente, á saber, la Misa en honor de los difuntos.



CAPÍTULO III.

LA MISA DE REQUIEM.

NO DEJA de tener sus bellezas la Misa llamada vulgarmente de *Requiem* á causa de empezar así su Introito, porque el Cristianismo, grave en su sonrisa, gracioso en su llanto y sensible hasta en la desgracia, diviniza los suspiros que arranca de humanos corazones cabe el lecho de muerte, y embellece los mismos retumbos que surgen del interior de los sepulcros.

Los sepulcros..... No descendamos, no,

al profundo de los mares, amplísima fosa que recibe á millares tristes despojos de súbito naufragio ó cruel y fratricida lucha, para ver devorados por enormes cetáceos ó bien ligeros y nadadores pececillos los restos del que un dia fuera mansion de alma inteligente. Tampoco nos paremos á considerar las extensas y hondas zanjas abiertas momentos despues de sangriento choque, á fin de que las entrañas de la tierra oculten los cuerpos de valientes campeones, y ahoguen la sangre preciosa derramada quizá por satisfacer locas ambiciones de poderoso Tirano. Apartemos, por fin, los ojos de esas inmensas piras, que entre el crugiente chirrido del leño que se inflama y de la carne que se arrolla, tuesta y carboniza, y coronadas de blancos penachos de fétido y espeso humo, convierten en cenicientas masas cadáveres mil con sus insignias y uniformes, con sus títulos y ho-

nores, y acaso, acaso, con nécios amigos y viles esclavos inmolados en fuerza de supersticioso y pagánico rito.

Los sepuleros..... Veamos cual oscila suavemente, entre las verdes palmeras de las costas del Océano Pacífico, la suspendida cuna que contiene el inanimado cuerpo del sencillo isleño, cubierta con una canoa boca abajo, cual si quisiera indicarse que la muerte es el naufragio de la vida, y cuya imágen reflejan á veces, con las azuladas montañas que coronan tan bellísimo paisaje, las plácidas ondas agitadas de brisas aromáticas y aumentadas con las ardientes lágrimas que séres queridos derraman en testimonio de vehemente dolor, mientras que su canto fúnebre mezcla los tristes acentos con el sordo rumor del movable abismo y el muído pero significativo silencio de la tumba: observemos la solitaria pirámide que descuella majestuosa sobre

abrasada planicie de deleznable arena, y mientras las sombras de la muerte vagan terroríficas por sus inmensas galerías y capillas subterráneas, la luna colocada sobre su cúspide ilumina cual faro brillante el espacio todo, y nos deja contemplar ya un obelisco, ya un trozo de columna, ya una caverna, ya una lápida, ya, en fin, otros monumentos del reinado de la Parca sobre la tierra: vengamos del Asia á la Europa, y sin hacer caso de aquellos montecillos de arena que en las costas de tumultuosos estrechos guardan los restos de algun héroe, contrastando su tranquilidad con la furia del tempestuoso mar que lanza sus espumosas gotas hasta el recinto sagrado, prescindiendo, por otra parte, de contemplar las tumbas que sobresalen entre los cuadros de aromáticas florecillas en los jardines chinos, ó las que cubiertas de toscas piedras serpeadas de verde musgo,

indican el lugar do reposan los restos de los valientes Escoceses, guerreros de Fingal y émulos de Oscar y Malvina, concretemonos á considerar los romanos Cementerios levantados á orillas de las grandes ciudades y no léjos de las magníficas vías, indicando al pasajero sorprendido, que no es esta vida más que un tránsito, y que junto al verdor de místico ciprés está la mústia faz de horrible espectro que aja y marchita en breve las más gallardas lozanías.

Los sepulcros..... Dejemos la fria atmósfera que nos hace respirar la pagana Religion, y gocemos de la encantadora belleza que imprime el Cristianismo á los mismos lugares de melancólica tristeza. Entremos, sí, en esas cercas que rodean silenciosas el alto y blanquísimo campanario, de donde parten penetrantes sonoros ecos para congregar á los fieles en el lugar

de la oracion ; allí contemplaremos sepul-
turas recién cubiertas sobre el cadáver de
anciano decrepito ó sobre el cuerpecito de
angelical niño, sendas que se cruzan en
varias direcciones pero que van á parar á
la Iglesia, largas yerbas que crecen entre-
mezcladas con flores amarillas, los bojés y
olmillos de la muerte , y, esparcidas acá y
acullá, cruces, pequeños ladrillos con sen-
cillos epitafios y otros signos de consola-
cion y gracia , unidos en amigable consor-
cio los despreciados vejetales con el labo-
rioso aldeano que regara con abundante
sudor las cercanas heredades, y realzada la
armoniosa belleza de la pródiga naturaleza
con el colorido gracioso que derrama la Re-
ligion sobre todo aquello que toca. Si de
aquí subimos á los Cementerios suizos,
admiraremos estos religiosos lugares colo-
cados á veces sobre altísimas y escarpadas
rocas, que dominan los plácidos lagos de

crystalina y tersa superficie, en que se ven ondular las ramas de los árboles agitadas del céfiro, y los resbaladizos precipicios, lecho irregular de espumosos torrentes que se despeñan con estruendo formando mil vistosas cascadas, y los amenos valles esmaltados de lozana vejetacion y de pintorescas viviendas, junto á los que anidan el águila altanera y el voraz buitres, y saltan el ligero gamo y la cabra montés, y trepa algun pastorcillo en busca de extraviada oveja, y dentro de los que crece, por decirlo así, la muerte pálida recibiendo incesante nueva fosa los restos de los habitantes de las pequeñas aldeas de Claris ó San Gall, allí trasportados en hombros de robustos mancebos y bendecidos por solícito Pastor, cuyo cántico triste repiten con pavoroso eco las encadenadas montañas, confundido con el balido de los ganados y los acentos de tonada pastoril. Si volvemos á nuestras

ciudades y penetramos en las antiguas Iglesias, hallaremos en sus naves oscuras, sobre las que gravitan atrevidas bóvedas por entre cuyos calados apénas pasa pálido rayo de luz modificada, y tambien en los enlosados claustros, que rodean escondido jardin do bulle susurrante caprichosa fuente salpicando con blancas gotas la hoja del ciprés y la acacia, variados al infinito numerosos nichos sepulcrales, desde el lujoso donde descansa el Prelado y cuya losa nos representa en dura piedra un anciano venerable, apoyada la encanecida cabeza en frio almohadon y durmiendo el sueño de la muerte, hasta el sencillo y desnudo de ignorado levita, sobre cuyas cenizas pesa comun cubierta de tosca y lapídea masa, en la que se descubre medio borrado alegórico epitafio expresivo de su grado, edad y dia en que falleció, y suplicatorio á la vez de benéfica oracion y de refrigerante plega-

ria. Y saliendo otra vez al aire libre, rodeados de blanquísimas tapias que decora y designa mística Cruz ó pequeña torrecilla, veremos los nuevos Cementerios construidos en eminentes lugares léjos de los centros de poblacion, admirando allí sus calles regulares, sus galerías llenas de nichos, sus ángulos graciosos atestados de emblemas infantiles, viva expresion del cariñoso afecto de afligidos padres á los que fueron prendas de su corazon, sus templetes de caprichosa forma y artístico gusto para guardar depositados cadáveres de los que grandes un dia están confundidos con los pequeños en el reino de las sombras y de la muerte, sus sentidas inscripciones en las que la amistad, el amor, la gratitud, el deber, vivificados por la Religion, emiten insinuantes meláncolicos suspiros, sus riquezas mortuorias, en fin, esparcidas con profusion por aquella region de muertos,

cuyo reposo y silencio contrasta con la agitación y bulla de los vivos.

Los sepulcros... Descendamos, descendamos también á esos panteones subterráneos de las viejas abadías, de los medio deruidos palacios y de las capillas de nobles potentados, ¿qué es lo que hallamos de notable? Ya el mausoleo de un génio militar que hunde con su cabeza arrogante el cojin que la sostiene, y parece aún, en su fiera expresión, querer turbar la paz de las tumbas; ya el modesto sepulcro de penitente monje, que ostenta en descarnada mano el religioso rosario, y cuyo hábito encubre con pliegues graciosos desnudos piés que se emplearon en procurar el bien de su hermano, traspirando por la fría materia de que se compone el busto aquella grata tranquilidad que su alma gozará en el Cielo; ahora la urna mármorea de un gran Monarca, preciosamente ornada de grabados en oro

y circuida de signos y emblemas que indican el poderío y extension de su gloria, aumentando con sus negras tintas la pequeñez del que ahora sólo ocupa seis piés de terreno, y yace olvidado áun de aquellos que ensalzó y ennobleció, quizás sin justicia y razon y con detrimento de leales vasallos; ahora el magnífico monumento de solariega familia, en que aparecen dos consortes vestidos con toda la pompa de los antiguos nobles, y oprimiendo con el peso de su inmensa mole todavía más pesada losa, dentro de cuyo recinto reposan sus cenizas esperando el dia de la resurreccion, mientras que en los cuatro ángulos armadas estátuas de fieles servidores, en actitud de orar por sus Señores, guardan y decoran el suntuoso sepulcro, y mezclan los consoladores recuerdos de la Religion con la tristeza de la muerte y pavor de la eternidad; bien son largas filas de ataudes deslumbrantes por

su blancura listada de negras fajas y sobre las que gravita pequeña capa de polvo, último término á que conduce la grandeza de este mundo, hasta el momento en que la voz del Eterno una las almas á los inanimados restos, y llame de los abismos como de la superficie de las aguas y de la tierra, de las entrañas de la dura piedra y del corazón del bronce, los mortales todos para ser juzgados; bien, en fin, son confusos montones de informes masas de humanos huesos, que, en días aciagos, mano impía sacara de su lugar, turbando con loca alegría el reposo de los muertos, y sin hacer caso del amenazador aspecto de rostros graves, lanzara á comun hoya, despues de vilipendiarles, y mofarse é insultar la memoria de aquellos á quienes pertenecieron en vida.

Los sepulcros... ¡ Ah! Tienen sobra de vida á pesar de ser centros de muerte, y sirven de lazo entre el mundo actual y el otro

que esperamos, y tambien prueban evidentemente, con ese respeto general que hácia las tumbas se siente, que se ve algo más que deleznables cenizas en el fondo de los sepulcros, que no está todo muerto en ellos, que esperamos la resurreccion de la carne, que vendrá dia en que nuestra alma inmortal volverá á animar aquellos restos en tan sagrados lugares depositados.

¡ Bendita mil veces la augusta Religion que no sólo nos toma cariñosamente en sus maternales brazos, al nacer á la vida, y mece nuestra infantil cuna con el aura grátisima de cánticos armoniosos y bendiciones fecundas, sino que además se encarga de endulzar benigna nuestros últimos momentos, y cuando la pagana impiedad suele abandonar, casi sin honores, el cadáver del pobre y esclavo, Ella, considerándole cual sér augusto, rescatado con sangre preciosa, quizá ya ciudadano del Cielo, le

honra y venera, y hace que celoso y devoto Ministro vele junto á su ataud y recite en su favor las oraciones que tiene dispuestas, nivelándose en su sábia igualdad el orgulloso potentado con el más despreciable siervo, pues no arrancará más oraciones la nobleza de aquél sobre la vileza de éste.

La sabiduría de esta Madre amante se echa de ver claramente en las ceremonias que suprime en la Misa que aplica á los difuntos, así como en los pasajes y versos de los Sagrados Libros que tiene asignados para ella.

No hay aleluyas, no hay ósculos, no hay paz en la Misa de *Requiem*, porque es tristísimo el motivo de celebrarse, no conviniendo las expresiones y signos de alegría á un hecho que nos arrebatara, siquiera sea temporalmente, un padre, un hijo, un hermano, un amigo, una persona queridí-

sima y con quien nos unian dulcísimos lazos.

Suprímense ciertas bendiciones, los abrazos, la incensacion del pueblo, coro y Ministros, porque nada distraiga al Sacerdote, y su ánimo se reconcentre en los pobres que acaso padecen en acerbo Purgatorio, y con todo su corazon procure proporcionarles el deseado refrigerio, pidiendo al Dios de vivos y muertos que se acuerde de su penar, y que les envíe por Angélico conducto una gota de Sangre purísima, que extinguiendo intolerables ardores, los traslade de aquel penosísimo morir al dulce y eterno vivir.

Es más simple, es más breve, es más igual el rito todo de las Misas de difuntos, acercándose en esta misma sencillez á los primitivos tiempos, cuando los Cristianos, temerosos de caer en poder de los Tiranos, asistian al Santo Sacrificio sobre y junto

á las tumbas de los Mártires en aquellos sitios lúgubres y subterráneos, do no penetraba la luz del sol y cuyas sombras movia y agrandaba pálida luz de pequeña lamparilla.

Sin embargo, cual lira por hábil mano pulsada modula al infinito variados tonos, así la Iglesia, en la Misa y Oraciones destinadas á los difuntos, emite sentimientos diversos y manifiesta multitud de afectos tiernísimos.

Ya son exclamaciones de dolor, ya gritos de esperanza; ora se regocija alegremente, ora gime con indecible tristeza; bien tiembla pavorosa, bien confía animada; unas veces suplica ferviente, otras da gracias reconocida; en estos momentos se eleva sobre las nubes y penetra en los cielos, despues descende á los abismos y recorre las regiones del tormento; á los cánticos suceden las lecciones, y de cuando en

cuando un vivo y animado diálogo entre Ministro y asistentes interrumpe la continuación de aquellos; y en todo hay una variedad que agrada, que conmueve, que enajena y entusiasma.

Recorramos en prueba de ello los funerales de las personas que fallecen.

¿Es un honrado labrador? Vedle conducido por robustos aldeanos en sencilla caja de madera pintada de negro; va por entre espinosas cercas y amenos prados de fina yerba y largas calles de espesos árboles; alternan el místico y melancólico cantar de venerable Sacerdote con el armonioso trino de la alondra y el suave susurro de las hojas que hiere la brisa; y acompañanle amantes vecinos con quienes compartiera incansable las rudas tareas del campo: de vez en cuando descansan sobre rústica meseta de verdosas piedras, ó junto á tosca base de graciosas Crucecitas; descúbrense

reverentes los jornaleros que encuentra á su paso el fúnebre cortejo, y murmurando sencilla oracion, piden al Señor el eterno descanso del finado; llegan por fin al sepulcro, despues de haber recorrido sendas trilladas y engalanadas de doradas mieses, vivos monumentos de la laboriosidad del que lloran arrebatado por la muerte.

¿Es quizá un valiente militar? De graciosa tienda súbitamente convertida en pequeña Iglesia, donde se ha dignado bajar el Dios de las alturas á la voz del Sagrado Ministro, parten cuatro membrudos granaderos llevando el cadáver de valeroso Jefe, aún rociado su uniforme de sangre generosa, y, entre el melancólico sonido de enlutados tambores y el estruendo del cañon que retumba en los valles contiguos y las ardientes lágrimas de veteranos agueridos que se inclinan respetuosos ante el que fuera su querido Capitan, le depositan

en la movable sepultura por sus bayonetas abierta, lanzándose luego cual fieros leones al campo enemigo á vengar tan sentida muerte, y encontrar ellos en suerte igual el cumplimiento de sus votos y la satisfaccion de sus deseos, ó bien la anhelada condecoracion debida al rudo trabajo de sangriento choque.

¿Se trata de una jóven vírgen? Ha caido cual flor herida por la reja del arado, ó amapola cuya cabeza abate tempestuosa llúvia; ni las gracias, ni la paz del corazon, han impedido se marchite apénas empezara á brillar en este valle de miserias; alba vestidura ceñida con purpúreas fajas cubre sus mortales restos, y graciosa corona de blancas rosas orla su cabeza, confundiéndose la frente en su palidez con las flores que la oprimen; llevan el cadáver sus amables y sensibles compañeras con túnicas finísimas y adornadas de verde follage, agi-

tando una de ellas la simbólica palma; cántanla en el Templo el Oficio de difuntos, embellecido á veces con algun himno que respira alegría y ternura, y otras con alegóricas expresiones que indican su temprano fin; por último, la dejan en su nicho, desde cuyo fondo surge admirable un suspiro de esperanza, y el Sacerdote que acompañara al monumento las cenizas de la doncella, bendice á la comitiva y llama dulcemente su atención hácia la vanidad de este mundo.

¿Ha muerto un potentado? Veámosle, á la luz de mil hachas de cera amarillenta, colocado en pesada caja de zinc, sobre la que hay otra de madera orlada de franjas de oro y plata; fúnebre carro, tirado por caballos con penachos de plumas y caparzones negros, que con su pausado caminar y arrogante movimiento de cabeza, que agita la atmósfera saturada de miasmas

poco gratos, parecen tomar parte en el duelo general, le conducen por las anchas calles de populosa Ciudad; precédenle niños huérfanos y ancianos desvalidos, excitando en padres amantes é hijos tiernos sentimientos de natural compasion, é indicando claramente que no hay mediacion más poderosa junto al Dios de las misericordias que las lágrimas de la inocencia y los congojosos suspiros de la adversidad; síguenle los Grandes de la tierra en lujosos coches, meditabundos sobre la nada de las cosas humanas, y mezclados sus dolientes corazones con los pobres, á quienes quizá desprecian, pero que inexorable muerte iguala con la accion terrible de afilada segur; reina un gran silencio, interrumpido solamente por los versos del Salmo de penitencia y las Oraciones que reclaman indulgente misericordia; y despues de largo trayecto, entre las bendiciones de los unos,

las imprecaciones de los oprimidos y la indiferencia de los más, que no se conmueven con nada, viene á ser encerrado en soberbio panteon de familia, para esperar como todos el penetrante sonido de final trompeta.

¿Llega su vez al Sacerdote del Altísimo? Obsérvase particular rito, respetando religiosamente al Vice-gerente de Dios en la tierra, al que mandara al mismo Todopoderoso, al que abriera tantas veces el diamantino Cielo á infeliz pecador; negra casulla, bajo la que se vé blanquísima alba de rizado encaje, es su última vestidura; cubre su desnuda cabeza pequeño bonete de oscura tela, y sostiene en sus pálidas manos el dorado cáliz, en que veces mil consagrara la sangre de Jesús; el rostro descubierto mira hácia el altar do está presente el Supremo Juez, reflejándose en sus facciones el fallo pronunciado y traspirán-

dose purísima alegría por entre las sombras de santa muerte, bien así como se traslucen los resplandores del Cielo por entre los celages de oscura noche; prolóngase más el Oficio religioso, cual si se quisiera pedir con más insistencia y demandar clemente misericordia para el mortal, que elevado puesto gozara, y que por lo mismo ha de sufrir más horrible juicio; y la concurrencia de otros venerables Presbíteros con sus capas ó mucetas corales, sus blancos y rizados roquetes, sus encanecidas cabezas y sus tristísimos suspiros por el hermano que lloran difunto, contribuye á dar especial solemnidad á dicho acto.

Y nada decimos de esas solemnísimas honras fúnebres que de vez en cuando se celebran por algun Monarca ó Prelado, ó bien por infelices víctimas de la independencia pátria ó de las discordias civiles, en suntuosas Basílicas, cubiertas de negro

crespon las atrevidas arcadas y fuertes columnas, enlutados los altares, los sillones y los bancos simétricamente colocados, cuando al pié de soberbio túmulo que sostiene los inanimados restos de un grande ó de un héroe, ó de héroes cien, á la luz de cirios mil que irradian en todas direcciones sus claros resplandores, se celebra el augusto y tremendo Sacrificio por el descanso de los finados, y despues, en medio del silencio general, un Ministro del Señor, de espaciosa frente, pálido su rostro, triste su mirar, grave la actitud, bien con hábito negro, bien con blanca sobrepelliz, habla á la multitud profundamente conmovida de la nada de la vida presente, de las esperanzas del porvenir, de la justicia y misericordia de un Dios, que ni nació ni morirá, y siempre es y será, consiguiendo de cristianos corazones propósitos verdaderos de mirar por la salud del alma, que es inmortal.

Nada tampoco añadiremos de esa ceremonia general con que la Iglesia, Madre cariñosa, reúne en cierto día la memoria de todos los habitantes de los sepulcros, para que ninguno, ni aún el más ignorado, quede sin sufragio y oración, ceremonia tiernísima y de sin igual belleza, que nos revela la vastísima república de los muertos, donde reina perfecta igualdad yaciendo el grande al lado del pequeño, humillados todos á dejar las insignias que los distinguían en el mundo, y mezcla las lágrimas de los vivos confundiendo las angustias de los unos con las penas de los otros, y estrechando esa gratísima Comunión de los Santos, manifiesta la poderosa fuerza vital de una Religión amante que, mediante el patético clamoreo de las metálicas lenguas de sus altas torres, excita en los corazones vivísimos sentimientos de piedad, haciendo que en pechos cristianos,

aunque reducidos, se contengan tantos suspiros como muertos en gracia hay que honrar, y que la memoria de carísimos parientes y amigos tenga su culto benéfico y afectuoso.

Ni aún nos permitiremos recordar la costumbre devota y pía de los responsos después de la Misa, momento solemne en que, sobre sepultura cubierta de oscuro paño y que exhibe á los ojos del espectador reciente panecillo y blanca rosca de cera que emite ténue y suavísima luz, voluntaria ofrenda de la familia del finado, entona revestido Sacerdote místicas Oraciones y el precioso *Pater noster*, produciendo el cántico de estas palabras espontáneos movimientos de tristes y doloridos deudos, que entrelazando sus manos, van á depositar en el inverso bonete el óbolo de la caridad, á la vez que fervientes desean el descanso del alma por quien se hace aquel acto sagrado,

recibiendo mútua recompensa al llegar á las sepulturas de los otros, y conmoviendo las entrañas de un Dios misericordioso á bendecir los que padecen y los que oran y los que sirven de intermediarios.

Lo que sí diremos, ántes de concluir este capítulo, es que no hay leccion como la que dar puede la descubierta fosa donde reposan frias cenizas; que el gran Francisco Borja, ese ilustre Duque de Gandía, ese sabio Virey de Cataluña, ese noble Español, ese Privado de poderoso Emperador, aprendió en el descompuesto rostro de la que fuera encantadora Reina á despreciar lo presente y estimar cual se merece lo eterno; y que el pensamiento de la muerte y la vista de la sepultura ha formado héroes en toda clase de virtudes, conteniendo á veces en su criminal carrera á los más audaces bandoleros.

¡ Ah! Es que por entre las negras tin-

tas que decoran el sepulcro y de los sombríos vapores que vagan en su pavoroso recinto, vienen á las almas reflexivas clarísimos destellos de luz sobrenatural que nos hacen conocer haber sido criados para gozar de Dios, despues de haber atravesado las amargas aguas de la enfermedad y la muerte y la triste soledad de olvidada tumba. Sírvanos, pues, de vehemente estímulo para procurar nuestra salvacion la lectura de lo que antecede, y pasemos, dejando las lágrimas y lúgubres sonidos, á tratar de otras más alegres y no ménos conmovedoras Fiestas.



CAPÍTULO IV.

LAS MISAS EN VARIOS TIEMPOS DEL AÑO.

 UN Á riesgo de reproducir las ideas emitidas ya en el trascurso de toda esta obra, vamos á continuar los elogios litúrgicos de las Misas de las varias Festividades del año, para completar de esta manera el cuadro que nos propusimos trazar y diseñar desde un principio.

La Misa nupcial no deja de tener sus particulares bellezas y hermosa perspectiva. El Matrimonio cristiano ha venido

con solemne y grave paso, rodeado de augusta y silenciosa pompa y elevado por Jesucristo á la dignidad de Sacramento, para que ese acto tan trascendental, y que puede considerarse cual el quicio sobre que gira la Sociedad, fuera santo y estuviera marcado con el sello de la Religion. Instruidos, ya el hombre del importante papel que va á desempeñar como jefe de la familia, y la mujer á su vez de la dependencia y sujecion al primero y de las demás obligaciones que hacen desaparecer ante sus ojos la imágen de los placeres, reciben juntos el místico velo que cual suave yugo los une para no separarse jamás, oyendo á la vez expresivos ruegos de que el Señor se digne bendecirles y darles prosperidad y santa sucesion, y concluyendo, despues de comulgar y alimentarse del cuerpo y sangre de aquel Dios que se unió con indisoluble lazo á la casta Iglesia de su costado

abierto nacida, con hacer entrega el Sacerdote de la esposa al esposo, no cual sierva, sino libre, para que se amen cual Cristo amó á su Iglesia. Tan patéticas ceremonias dan al enlace matrimonial un misterioso colorido, desterrando las voluptuosas sombras en que yacen envueltos los matrimonios paganos, y haciendo de los castos esposos una misma alma, una misma carne y una misma sangre, segun dijera el Criador en el Paraíso. Y la gracia del Señor, que se ha derramado abundante sobre los esposos arrodillados en las gradas del Altar, no sólo pone el complemento á las religiosas ceremonias, sino que además dispone á aquellos á cumplir mejor sus respectivos deberes. Mientras el varon combate en defensa de la Pátria, ó cultiva los campos de sus antepasados, ó ejerce otra cualquier útil profesion, la mujer, ángel doméstico, guarda la hacienda, y prepara la comida, y

arregla lo necesario para el vestido y sustento de su marido. Y si éste experimenta sinsabores amargos en el cumplimiento de su deber, ella sabrá dulcificarlos cariñosa, compartiendo solícita las penas inherentes á la vida con el compañero á quien jurara al pié de los Altares eterna é inviolable fidelidad. Y se verán renacer en tiernos retoños, y se estrecharán los vínculos de su union, y gozarán de las caricias de los pequeños angelitos, y en su vejez recibirán consolante refrigerio de amantes hijos, y, cuando pagado el comun tributo, se conviertan en polvo sus deleznales cuerpos, tendrán quien pida ferviente por el descanso de sus almas y quien con preclaros hechos y nobles acciones continúe la limpia historia de ilustre stirpe. Porque no sólo en la Misa nupcial reciben los esposos la gracia necesaria, si que tambien la madre cristiana procura alcanzarla en la pri-

mera Misa que oye devota despues de laborioso parto , cuando, imitando á nuestra amantísima Madre María Santísima, que no desdeñó ir al Templo á recibir las Sacerdotales bendiciones y presentar al Altísimo el Divino Fruto que llevara en purísimo seno, se presenta tambien humilde con su amado hijo, agitando en su diestra blanco cirio de gratísima luz, y ofreciendo generosa simbólica ofrenda, oye las tiernas Oraciones en que se dan rendidas gracias al Señor por el favor recibido y se suplica prosiga bendiciendo á la feliz criatura y á la no ménos dichosa que tiene la honra de ofrecerla. ¡Cuán bello es todo lo que envuelve el purísimo hálito de sacrosanta Religion, y cual abrillanta su Divino contacto las más toscas acciones y las más vulgares costumbres, convirtiéndolas en preciosos topacios!

La Misa, en los dias de Navidad y Re-

yes, se vé embellecida con graciosas comparsas de alegres niños que adoran el pesebre, con brillantes iluminaciones, que irradiando por doquiera reflejan en las doradas molduras de los Altares haciéndolos aparecer cual áscuas encendidas, con los alegres cánticos tomados de los responsorios de las lecciones y que escogida capilla música ejecuta con primorosa maestría, con las adoraciones fervorosas de todo un pueblo que renuncia al placer del sueño por venir á festejar al buen Jesús en su Nacimiento, y con las mútuas ofrendas, mediante las que las familias reanudaban sus relaciones, quizá interrumpidas, y realizaban la venturosa paz anunciada por Angélicos Ministros á los hombres de buena voluntad.

De este modo religiosos hijos continuaban la piadosa costumbre de sus venerados padres, y trasmitiéndola á los nietos

de éstos, enlazaban con santo vínculo las generaciones todas, experimentándose grátísimo placer en alegrarse con aquello que habia regocijado á los mayores, y aspirándose un momento de alegre felicidad por innumerables infelices en medio de los males y miserias de esta vida.

Los ecos, sí, del órgano, vibrando sonoros en las grandes Basílicas y produciendo grata melodía que embarga los enagenados espíritus; las animadas orquestas de puras Religiosas, que pulsando el armonium, hiriendo con flexibles puas el pequeño violin, agitando rápidas las penetrantes castañuelas y haciendo emitir dulces sonidos á la melancólica y graciosa flauta, arrebatan los corazones y los hacen gustar anticipadas las delicias de Angélico concierto; áun los alegres aires de campestre danza que forzudos labriegos ejecutan en modestas Iglesias con sencillo tambor y

pastoril gaita, conmoviendo los sensibles corazones de honrados vecinos; todo, todo esto contribuye á hacer más agradable la fiesta de Pascuas, fiesta que tiene su complemento en la engalanada sala de rico propietario y sencilla vivienda de pobre artista, donde niños vivaces, luciendo nuevos vestidos y abrazados á las trémulas rodillas de sus progenitores, que se creen remozados á su contacto, piden y obtienen graciosos el juego del sorteo de los años, de los Santos que les han de proteger, de las sustanciosas tortas ofrecidas en memoria de las de los Reyes, y de las simbólicas Monarquías que se llevan sin pena y se dejan sin lágrimas, concluyendo con participar todos del anhelado aguinaldo, y, entre los brándis calurosos de los ancianos y alegre entusiasmo de los jóvenes, hacer desaparecer el tierno mazapan y el endurecido turrón y la dorada naranja y la pro-

verbial castaña y la balsámica manzana, no sin haber ántes procurado el socorro del infeliz, alargando con mano compasiva el óbolo de la caridad al desvalido huérfano, y admitiendo en su compañía al viajero recién llegado y nuevo vecino, con quien empezaran en crítico día y sagrado tiempo, cristiana, benéfica y cariñosa relacion.

A la bulla y algazara de la Navidad sigue la tristeza y penitente mortificacion de la Cuaresma, indicando solícita la Iglesia nuestra Madre, que el llanto sigue á la risa y que no siempre debemos engolfarnos en la alegría, porque esta vida no es vida de descanso y felicidad, sino que lo es la otra que esperamos.

Empieza, pues, con la significativa ceremonia de la imposicion de la ceniza en aquel dia que sucede al de los carnales desahogos y locos placeres inventados por los mundanos, para que la vista del polvo

en que nos hemos de convertir y el recuerdo de la sentencia de muerte pronunciada contra el género humano nos hagan entrar dentro de nosotros mismos, y nos animen á sujetar la parte inferior y perfeccionar nuestro espíritu á imágen del Padre Celestial, cual sabe despreciar el valiente militar los peligros de la lucha en vista de la sangre que humea al rojear la tierra temblorosa, y orgullosos Monarcas han sabido despegar su corazon de las vanidades mundanales ante el elocuente espectáculo de una mortaja, y el mismo Romano Pontífice procura conservarse humilde en medio del esplendor de la Tiara, en fuerza de la tremenda leccion que le da la estopa, al arrollarse, pulverizarse y deshacerse bajo la penetrante accion del fuego que comunicaba la encendida candela, en el acto imponente y majestuoso de su coronacion.

Continúan luego las Misas de Féria con

su color morado , con sus largos y expresivos Evangelios y Epístolas , donde sábios Prelados han recogido lo más precioso de la Sagrada Escritura, bellos pasajes en que se describe al vivo la misericordia de nuestro clementísimo Dios con el infeliz pecador, con el significativo silencio del melodioso órgano, que enmudece para dar lugar á graves y patéticas voces, indicio clarísimo de amarga pena y afflictiva compasion , con las profundas humillaciones y penosas genuflexiones, que verifica el Celebrante para que le imite el pueblo consternado y dolorido , y con aquellas lúgubres procesiones, en que, flotante al viento negra banderola y sueltas de Capitulares mantos las simbólicas colas, se esparce por entre los asistentes el aura del dolor, y se preparan los corazones cristianos á sentir más vivamente los padecimientos del Hombre Dios.

Concluye, por fin, este místico tiempo

con la Semana Mayor, Semana que nos revela la inconstancia de un Pueblo que hoy victorea con verdes palmas y estrepitosos *Hosannas*, y despues rugiente pide la muerte del Justo, y anhela en su nécio furor que sus frentes y las de sus hijos rojeen con sangre inocente; Semana en que se canta solemnemente la Pasion del Señor, escrita por testigos oculares, pareciéndonos oir, en los acentos sonoros del Diácono y en la fingida vocecilla del Levita y en los penetrantes gritos de vivaces Monacillos, las respuestas mismas del Salvador y las exclamaciones de los esbirros y criadas y los rugidos del Pueblo Deicida, y creyendo en momento dado, que asistimos al sangriento espectáculo, sobre todo cuando sutilísima gasa, suspendida en la Capilla mayor, cruje á impulso de oculto resorte y aparece rasgarse de arriba abajo, cual sucediera un dia con el velo del Santuario;

Semana en que una música sublime y celestiales acentos, repitiendo las patéticas expresiones de Jeremías, y el melancólico cántico de las tinieblas interrumpido con expresivo silencio y estrepitoso ruido, y los cirios esparciendo débil luz por las enlutadas columnas, y las efigies de los Santos cubiertas con tupidas cortinas de seda morada, todo, todo, majestuoso y terrible, nos abisma en un mar de angustiosa congoja por el sacrificio de nuestro dulcísimo Redentor; Semana, en una palabra, que reúne en torno de graciosos sepulcros, iluminados por resplandores mil, y que contienen al Santo de los Santos sobre blanquísimos corporales y en preciosos cálices de oro y plata, un pueblo ferviente y devoto, triste en parte por lo que medita y en parte alegre por lo que contempla y espera.

Espera, sí, que de aquel sepulcro saldrá la vida, y que victorioso de la muerte resu-

citará su Dios, y abrirá á las almas cristianas clarísimos horizontes de venturosa dicha. Así sucede, y lo celebra con lacónico rezo, que permite más expansion á los sentimientos del alma, con hebreos *Aleluyas*, que indican gozoso júbilo y se mezclan amantes con el eterno cántico que celestes ciudadanos entonan sin cesar ante el Corredero Divino, y con otras magnificencias que en solemnes Fiestas despliega suntuoso el cristiano brillo y esplendoroso culto católico. Tales son las Dominicas de Pascua, en que ya los neófitos con sus blancas vestiduras, ya los penitentes vueltos al aprisco por el Buen Pastor que los llamara incansable, ya los fieles afligidos orando fervorosos en virtud de Divina promesa, hallan todos abundante materia de meditacion cristiana, y toman parte y la hacen tomar en la comun alegría y regocijo. Tal es el dia solemnísimos de la Ascension, en que el alma

se cree penetrar las nubes entre las columnas de incienso que vagan junto al Tabernáculo y al sonoro compás de los versos sagrados que cantan devotos Ministros, amenizado con las melodiosas notas de expresivo órgano. Tal es la no ménos célebre y solemne de Pentecostés, precedida de la memorable Vigilia, que, cual la del Sábado Santo, no sólo tiene gratisimas profecías, si que tambien ordena la bendicion de la pila bautismal y mezcla significativa de los Santos Óleos y Sagrado Crisma, y en la que nos parece ver descender al Divino Espíritu entre el estruendo artificial que el órgano produce al emitir sonoro el aire comprimido, queriendo imitar con esto en lo posible el sobrenatural vehemente sonido que dicho dia sintieran los admirados Apóstoles en célebre Cenáculo.

Tal es la fiesta notabilísima de la Santísima Trinidad, que, cual foco á donde

convergen y de donde parten las otras Fiestas, viene en el medio del año y condensa las adoraciones todas de las criaturas en ese manantial de toda dulzura, en ese principio de todos los bienes, en ese augusto y consolador Misterio por el que creemos y confesamos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Tal es..... pero digamos algo en particular de las patéticas Misas de rogativa, que de seguro alegrará nuestras almas.

Voltean sonoras las metálicas campanas en la pintoresca torre de reducida Aldea. Á su penetrante eco descende el laborioso viñador de la verde colina, atraviesa el tostado labrador los llanos sembrados de toda clase de frutos, sale de espeso bosque el leñador, surcada su frente de gruesas gotas de ardiente sudor, deja tranquilo el sencillo pastor su amado

aprisco, las matronas cierran las puertas de sus modestas viviendas, arrinconados ántes el huso y la rueca y llevando de la mano á sus pequeñuelos, abandonan las doncellas las riberas de plácido riachuelo sembradas de blancas piezas de lienzo, hasta el decrepito anciano se levanta de su asiento, cabe el hogar encendido, y camina apoyado en nudoso baston; y todos, todos, dando de mano á sus respectivas tareas, se aprestan á concurrir á la fiesta y acuden á la Iglesia. Viene despues el Párroco, anciano venerable; ábrenle camino solícitos los apiñados corros; salúdanle respetuosos y amantes jóvenes y ancianos; y despues de breve exhortacion, en que la ternura paternal suple á la elocuencia, y la patética expresion de «Hijos míos,» repetida con visible emocion, hace asomar ardientes lágrimas á los negros ojos de membrudos trabajadores; se ordena la religiosa Proce-

sion, y, hecha la conveniente señal, se pone en movimiento con profundo respeto.

Abre la marcha sencilla Cruz de madera sostenida por gracioso zagalillo y acompañada de alegres niños, que caminan en dos simétricas filas, cruzados los brazos con gracia ante el pecho y entonando con infantiles voces la patética y expresiva Letanía; sigue bordado Estandarte de seda y damasco, antigua bandera de gremio, religioso emblema de hazañas ilustres y tiempos heroicos, escoltado por forzudos varones, cuyo rostro tostado por el sol encubre corazones inflamados por la fe y contrasta admirablemente con el tosco sayal y tupido paño de sus largas capas; viene despues la tradicional Manga que ostenta en su cuspide preciosa alhaja artística con el signo de nuestra Redencion, á la vez que vela con su aro vestido de riquísimo tisú la encanecida cabeza de anciano Sacristan, y

presta con sus gruesos borlones dorados materia de diversion á los vivarachos monacillos que llevan oscilantes de uno y otro lado los plateados ciriales; preside la cristiana comitiva el Sacerdote con preciosa capa morada sobre blanquísima alba, revelando en su grave al par que afable semblante entrañas de solícito y amante Padre; al fin se ve detrás algun individuo del Municipio con la simbólica vara de la justicia, para mantener el órden si llegare á alterarse, seguido de la turba de mujeres y niños, que en confuso, pero reverente grupo, forman cual escolta de honor, y acompañando con sus piadosas plegarias los cánticos de la Iglesia, prueban con evidencia que ésta es Madre de todos.

Parten, y ya atraviesan ancho camino surcado por las ruedas de sus pesados carros, ya hollan con sus plantas alfombrada pradera de espesa y finísima yerba, esmal-

tada de aromáticas florecillas; ahora entran por estrecho sendero cercado de rústicas tapias ó hileras de espinosas zarzas, ahora recorren la frondosa alameda de altísimos chopos y espesos castaños; bien saltan el pequeño arroyuelo que susurra por lecho de duros guijarros salpicando de blanca espuma las verdes márgenes, bien salvan ligeros la despreciable barrera de añosos troncos de seca encina; unas veces dejan á su derecha los nacientes trigos, otras quedan á su izquierda los ocultos garbanzos; ora caminan rectamente, ora hacen un pequeño y necesario rodeo; y siempre avanzando, y continuando la senda de costumbre, mezcladas sus voces con los variados trinos de los pajarillos y con el grato murmullo de las aguas que se deslizan rápidamente, repitiendo gracioso el eco sonoro los montes y los valles, vuelven al lugar Santo, y se dispersan á breve rato, henchida

el alma de grata esperanza en el Dios Clemente á quien invocan, y que dispone á su placer de los vientos y de las nubes, de la vida y de la muerte, de la prosperidad y de la abundancia, de la luz y de las tinieblas.

Día tan santamente comenzado, continúa ocupado con las faenas propias del labrador, y concluye con un rato de descanso y alegre solaz bajo el gracioso emparrado de la Casa Rectoral, que empieza á echar sus verdes pámpanos. La luna, brillando serena á través de ligeras gasas, ilumina aquella escena y derrama un tinte misterioso sobre aquella pacífica y nocturna sesión de los ancianos del Pueblo. Se habla de las mieses arrojadas á las entrañas de la tierra, esperanza viva de las pobres familias, del estado de los ganados, necesarios á las rudas tareas, de la labor de los campos, de la grata perspectiva que ofrece por doquiera la

naturaleza vivificada por su Hacedor, de los intereses temporales de la Poblacion, y sobre todo del modo mejor de cumplir respectivamente sus cristianos deberes. Los suspiros del ruiseñor oculto en la espesura, desconocidas voces que surgen de lo interior de los bosques, algun que otro balido de las tímidas ovejuelas que entran en sus albergues, y el melancólico susurro del áura que azota las ramas de los sauces, todo mezcla sus inimitables armonías con las tiernas expresiones del afectado Párroco y con las oportunas observaciones de aquellos rústicos Campesinos, de tierno corazon y alma noble bajo la cubierta de grosero cuerpo y tosco vestir.

La Religion, pues, emanacion celestial, abrillanta cuanto toca con su aliento divino, y doquiera que posa su dulce planta, surgen sorprendentes bellezas que encantan, enagenan y extasían.

Tambien podríamos hablar largamente de las Misas solemnes en honor de los Patronos de los pueblos, que reunen bajo modesta Iglesia todo un devoto vecindario á honrar al Santo Protector, y oír atento de autorizados labios los elocuentes elogios de su virtuosa vida y benéfico tránsito por esta mísera tierra, fiestas que estrechan los lazos de caridad entre las familias diseminadas por los vecinos Caseríos y comarcas Aldeas, y hacen resonar, en los umbrosos pinares y selvas espesas y apiñados matorrales y verdinegras laderas y blancos arenales y suaves praderas, el eco armonioso de religiosos cánticos y populares canciones, unido á los melodiosos sonidos de campestre y penetrante gaita y al retumbante sonar de cilíndrico tamboril, sobre cuyo tirante parche menudea repetidos golpes con delgados palillos diestro músico, asistente obligado á todos los pú-

blicos regocijos que ameniza con su habilidad.

Y no nos faltaria qué decir acerca de las Misas de accion de gracias por los beneficios recibidos, cuando pescadores mil, que salieran ilesos de horroroso naufragio, empavesadas las calles donde moran con vistosas colgaduras y flotantes banderolas, é iluminado el Templo con mil blancos cirios que irradian en todas direcciones clarísima luz, ostentando ricos trajes de fiesta que hacen resaltar más y más lo tostado de su tez morena, se postran ante la Reina de los mares, y ofreciendo la Augusta Víctima presente en el Altar santo á la voz del Sacerdote, proclaman en alta voz su ilimitada confianza en tan buena Madre é Hijo tan poderoso, saliendo de su presencia inflamados de amor y animados á luchar con las olas de turbulento piélago, para sacar de sus entrañas el alimento indispensable

á numerosa familia que sufre y espera.

Y aventuraríamos alguna expresion sobre las Misas en que los niños reciben su primera Comunion, hermoseadas con la asistencia de inocentes parvulillos en traje y figura de gallardos Ángeles, ó pudorosas virgencitas de blanca toca y azulado manto, que sostienen en la diestra encendida vela, y ostentan en la sien florida corona de purpúreas florecillas, y llevan en el corazon vivísimas ánsias, y muestran con el brillante fulgor de sus animadas pupilas el ardor de su fe, viniendo gustoso á sus purificados pechos el buen Jesús, y dejándose amar y gustar y poseer y acompañar de aquellos fervientes neófitos en la bellísima é interesante Procesion, que se organiza momentos despues, y que arranca lágrimas de alegría de los circunstantes, y produce á veces asombrosas conversiones de endurecidos Padres y protervos pecadores.

Sí, de estas y otras Misas solemnes podríamos largamente disertar, si no temiéramos extralimitarnos; pero pondremos aquí fin á esta interesante materia, y dejaremos para el capítulo siguiente el hablar en especial de la Misa que se suele celebrar con el Santísimo Sacramento expuesto.



CAPÍTULO V.

LA MISA CON EL SANTÍSIMO SACRAMENTO EXPUESTO.



OMO á la corrupcion de las especies sacramentales cesa la real presencia de Nuestro Señor Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, la Iglesia Católica, nuestra Madre, tiene ordenado con suma prudencia, que se renueven periódicamente las Formas consagradas y reservadas en el Sagrario.

En virtud de esta disposicion, bien cada ocho dias, bien cada quince, segun el temporal sea más ó ménos húmedo, se ce-

lebra una Misa rezada, ó cantada, en la que el Sacerdote consume las Formas que han quedado y coloca de nuevo otras consagradas con la que sirvió para el augusto Sacrificio.

Y cual se limpia y adereza el aposento ó cámara régia do mora de continuo elevado Personaje, así se purifica con la mayor escrupulosidad posible el Sagrado Copon ó Viril, que contienen el augusto Sacramento, remudando á la vez los blancos corporales sobre que descansa, y haciendo desaparecer con el plumero cualquiera telilla que los insectos hayan podido formar, y el imperceptible polvo, que, sin saber cómo ni cuándo, suele introducirse áun en los lugares más religiosamente custodiados y herméticamente cerrados.

Nada de particular ofrece esta Misa, si se quiere, mas que la presencia del Redentor en el momento que se abre la dorada y

artística portezuela del Santo Tabernáculo, y las consigüentes genuflexiones y adoraciones al Dios que se manifiesta amoroso, y la piadosa incensacion con la ondulante navecilla, y el fuego de devocion que del encendido horno de caridad ardiente se desprende, cual de activo volcánico centro, envolviendo en sus abrasadoras y gratísimas ondas al alma reflexiva y atenta, y conmoviendo dulcísimas los cristianos y obsequiosos corazones rendidos ante prodigio tanto.

Despues de ésta debemos considerar la Misa que se celebra con el Santísimo Sacramento manifiesto, cuando precede causa grave y la Iglesia por sus Prelados lo consiente, para que la demasiada frecuencia, si quedaba al arbitrio de cualquier Sacerdote, no diera lugar á irreverentes abusos, pues dicha Misa tiene sus bellezas y místico sentido.

En ella, al patético sonido de célebre cántico, vivificado por el angélico espíritu del célebre Tomás de Aquino, mientras los melodiosos acentos del órgano derraman por doquiera gratísima alegría, y agraciado Monacillo de alegre rostro y rubia cabellera agita la vibrante campanilla que anuncia á los fieles el momento de prosternarse ante su Dios, se descorre bordada cortina de damasco precioso, ó gira sobre rechinantes goznes cincelada puertecilla, y aparece radiante de amorosa gloria é inefable bondad el mismo Verbo Eterno, humillado y oculto bajo los sacramentales velos, si bien en riquísimo trono de oro y pedrería, sobre cuyas brillantes superficies reflejan gratos cambiantes las circunvecinas lámparas de suave oscilar y los serenos cirios de rizadas labores y graciosas floreadas corolas, añadiendo á todo el conjunto inimitable armonía la balsámica neblina que de los incesa-

rios asciende, y se espárce por el Altar, y vaga por la Iglesia, y se resuelve, al fin, en imperceptible vapor en obsequio á su Hacedor.

Un pueblo ferviente, que llena las naves, se postra humilde y adora reverente á su dulcísimo Redentor, de quien espera con fundado motivo el remedio á sus necesidades generales y particulares, repitiéndose ahora en lugares mil y casi á todas las horas del día lo que en la Antigua Ley sólo tenia lugar en un punto dado y raras veces y para pocas personas, á saber, el descorrer el velo que resguardaba el Arca Santa de la Alianza, simbólica figura del Sagrario de la Nueva Ley, donde habita, no ya la misteriosa nube de la gloria de Dios, sino el mismo Dios de excelsa majestad é inagotable clemencia.

Si abundancia de vida brota de la aparicion del sol en la naturaleza, y todo se

alegra y cubre de lozano verdor, y bullen y se agitan alegres las criaturas cumpliendo sus respectivos destinos, no es ménos la efusion de gracias que para la vida de las almas se deriva de la fuente de amor, encontrando unos fervor y otros paciencia, y éstos luz gratísima y aquellos esperanza suave y dulcísima, y todos consuelo y alegría. Sobre todo, cuando sostenida la radiosa Custodia por el Sacerdotal brazo orlado de rica banda brillante de oro y plata, se hace la señal de la cruz con el Santísimo Sacramento sobre la apiñada multitud, que canta, ora, pide y ama, es indecible la suavísima emoción que experimentan los cristianos corazones, saliendo de allí con pena por dejar á tan amante Redentor y animados á sufrir por Él los trabajos y angustiosas zozobras de este valle de miserias.

A veces suele seguir á la Misa de Manifiesto sencilla y devota Procesion claustral

con el Señor Sacramentado, de la que no hablamos en este momento, por haber ya descrito la procesion del Santísimo en el capítulo de la primera parte relativo al fruto del Santo Sacrificio, en cuyo caso la bendicion solemne no se da hasta que vuelve el religioso concurso á la Capilla Mayor, terminada la carrera recorrida entre armoniosos cánticos y suspiros de amor.

Tambien reseñaremos, siquiera brevísimamente, la célebre devocion de las Cuarenta Horas, durante cuyo tiempo se ofrece el augusto y tremendo Sacrificio ante el Santísimo Sacramento, que se deja luego expuesto para que los fieles vengan á postarse ante Él y adorarle reverentes.

Así como el sábio Legislador hebreo procurara en otro tiempo, con la pompa y solemnidad de religiosas ceremonias, apartar un Pueblo voluble é inconstante de los ritos paganos llenos de sensual lubricidad

y de los juegos del Politeísmo obscenos y sangrientos, del mismo modo la Iglesia nuestra Madre, dirigida por el Divino Espíritu, atrae dulcemente al Pueblo Cristiano con solemnísimas fiestas en honor de Jesús Sacramentado, separándole al mismo tiempo de los lugares de perdicion.

Nada, nada perdona su sábia prevision y cariño maternal con el fin de contentar á sus queridos hijos.

Y el volteo sonoro de las vibradoras campanas, y los ecos suavísimos de escogida orquesta, y el majestuoso aparato del altar, radiante de oro, y la gratísima luz de blancos cirios, y la insinuante voz de elocuentes oradores, y el balsámico perfume del incienso, y la devota actitud de elegantes caballeros y ricas damas, todo, todo cuanto de más atractivo hay en la Religion cristiana, concurre á dar belleza esplendente á esta Fiesta. Y se abandonan

los teatros, y quedan desiertas las casas de juego, y se dejan los cafés, y cesan las frívolas visitas, y se pone fin á la disolucion y al vicio para dar lugar á la virtud, y un Pueblo creyente viene á venerar á su Dios y Señor, de quien espera confiado proteccion y consuelo, paz y dicha, gracia y bienaventuranza.

Sí; las cenagosas lagunas de la impiedad se ven abandonadas por sus abrevadores, porque todos vienen á poner sus resecos labios al purísimo manantial, que brota de abierto costado abundante en ardorosa caridad.

Vemos que los nobles y valientes Caballeros dan la guardia de honor á los Reyes de la tierra, satisfechas sus aspiraciones con permanecer en las Reales antecámaras, ó ir junto al Monarca en los actos públicos, ¿por qué, pues, los Cristianos, adalides en sagrada milicia que tiende á la conquista

de eterno Imperio, no han de escoltar al Rey de Reyes, gozoso su espíritu y tranquilo el corazón, al velar amantes ante precioso Tabernáculo, sobre morados reclinatorios, y al grato resplandor de mil luces que resuelven en vaporosas emanaciones la sustancia que las alimenta?

Acuden en el mundo solícitos é incansables los necesitados á la casa del poderoso Magnate, cuyo benéfico corazón abre los repletos graneros y custodiadas arcas para remedio de las miserias humanas, ¿no lo deben hacer también, y con mayor motivo, los fieles afligidos ante la presencia del Dueño del Universo, viniendo confiados á la Casa y Trono de la Misericordia, donde un Padre amantísimo se exhibe clemente y nos ofrece, no oro y plata, ni corruptible grano, ni mudable y tosca vestidura, sino su Carne Divina, su Sangre purísima, su mismo Corazón, y en él, y con

él, y por él, los tesoros todos de su inagotable Bondad, y en un día gratisimo y sin igual la brillante aureola de la inmortalidad?

Piérdese regularmente un tiempo precioso, que gira con inconcebible rapidez para no volver á aparecer, en inútiles ocupaciones ó ilícitos desahogos, ¿cuánto mejor empleado seria el hacer amorosa visita á Jesús Sacramentado, y allí derramar nuestro corazon y exponerle nuestras penas y encomendarle nuestros negocios y pedir por nuestras obligaciones y extender la oracion para todos los que padecen en el orbe, y especialmente por los que necesitan los auxilios de lo Alto, deseando ardientemente la paz y tranquilidad universal y esa felicidad posible en la tierra del quebranto, que consiste en la entera conformidad de nuestra voluntad con la Divina, mediante íntima y amorosa comunicacion de afectos?

Hay Herejes fanáticos y malvados Católicos que osan injuriar al dulce Señor que espiró de amor al hombre en afrentoso patíbulo, y con blasfemas expresiones y criminales obras no titubean en repetir ingratos el horrendo Deicidio, ¿no será, pues, propio de reconocidos Hijos y amantes Fieles resarcir con sus alabanzas y profundos obsequios, con su amor y con su adhesion, la honra arrebatada por aquellos infelices?

¡Ah! ¡Qué bien vendria aquí hablar de las Funciones de Desagravios, que católicos y piadosos Monarcas han establecido en sus Dominios despues de tristísimas luchas intestinas, para desenojar á Su Divina Majestad, ofendida con las horribles profanaciones que desalmada turba suele llevar á cabo, en medio de la licencia militar que reina en los campamentos, y sobre todo despues de la embriaguez del triunfo ó el despecho de vergonzosa derrota !

¡Cuánto podríamos decir de las otras ordenadas por celosos Pastores, á raíz de un sacrílego robo, en que manos impías no perdonaran ni al mismo Sagrado Copon, para manifestar al Altísimo la pena recibida por tamaño desacato, y uniendo las oraciones de todos, recabar del Cielo que no se repitan semejantes vandálicos actos y conseguir de los corazones generosos limosnas cuantiosas á fin de resarcir la pérdida sufrida!

¡Y de las que en licencioso Carnaval se hacen, para neutralizar el efecto de voluptuosos desórdenes!... pero hagamos alto y concluyamos esta Parte con el siguiente capítulo, que contiene algunas reflexiones sobre la Confesion y Comunión.



CAPÍTULO VI.

MODO DE CONFESAR Y COMULGAR.

EN TIEMPOS antiguos, cuando An-
gélico Nuncio, rasgando invisible
el etéreo elemento, descendia so-
lícito á mover las cristalinas aguas de la
mística Piscina, tenían los pobres enfer-
mos precision de acercarse al líquido es-
tanque, y bañarse en las medicinales ondas
para recobrar la salud codiciada; del mismo
modo, ahora que la luz Evangélica disipara
potente las espesas tinieblas de nebulosa y
sombria Ley, los pecadores que, manchada

el alma de asquerosa culpa, desean ser revestidos otra vez de la blanquísima estola de la gracia, necesitan y son obligados á poner ciertos actos que predisponen á que la Sangre purísima, que mana abundante de abierto Costado, les sea aplicada por la Sacerdotal absolucion, lavándolos amante y bienhechora.

En primer lugar, y toda vez que el juicio Sacramental exige la confesion del reo, para que el Sacerdote conozca su estado y pueda pronunciar la debida sentencia, porque hombre como es, por más que haga las veces de Dios, no puede penetrar los insondables senos del humano corazon, más impenetrables en ocasiones que el profundo y revuelto abismo del mar, es necesario que el penitente se examine recogido y en silencio, repasando y volviendo á repasar su vida, especialmente por el tiempo que lleva sin confesar, pues lo con-

fesado y perdonado por el Señor ha sido ya borrado, sin que deje otro recuerdo que el siempre tristísimo de haber sido rebeldes é ingratos, pisando y hollando los inmensos beneficios de un Padre bondadoso y lleno de amor.

No debe empezarse el exámen sin haber ántes pedido la luz á Dios, por mediacion de nuestra amantísima Madre María, en breve y fervorosa oracion, para que así como en la Creacion ilumina por el astro brillante del dia las intrincadas selvas, sirviendo su luz gratisima de norte y guia al caminante, y en la Redencion ilustra los oscurecidos entendimientos con torrentes de purísima doctrina que nos enseña nuestros deberes, de la misma manera tambien se digne aclarar lo que en nuestra conducta es culpable, desenredando las enmarañadas hebras de la madeja de nuestra vida, y poniéndonos de manifiesto los ocul-

tos pliegues de nuestro perverso corazón.

Con la luz de lo Alto, contemplándonos en el espejo clarísimo de la ley de Dios, de la de la Iglesia y de nuestros propios deberes, donde aparecerá lo que nos sobra, ó falta, y nos afea, vayamos viendo lo que hemos dicho, hecho, pensado, y áun dejado de hacer, deteniéndonos tanto más tiempo cuanto más haga que no nos llegamos á confesar, porque sabido es, y en la conciencia de todos está, que cuanto más tiempo ha trascurrido, más se emplea en la formación de cuentas, en la enumeración de datos, en el descargo de comisiones y en la relación de hechos, sintiendo no poder señalar regla fija, por depender de las circunstancias de la persona y de la posición que ocupa.

Lo que sí diremos, que una vez conocidas nuestras faltas, conviene formar vivísimo dolor de ellas, para que éste las consuma y abraza, como reduce á cenizas activo

fuego informe monton de leños secos. Es cierto que hay dolor que borra los pecados ántes de confesarse, teniendo propósito de hacerlo cuanto ántes se pueda, y dolor que no los perdona sino unido á la confesion, y que aquel es muy difícil de obtener, si bien debe procurarse; pero tambien es cierto que la mayor parte de los penitentes van al Tribunal de la Penitencia sin haberse ántes excitado á la detestacion y dolor de sus pecados. Para facilitar á todos estos el modo de concebirle, nos permitiremos indicar aquí unas brevísimas ideas que hemos hallado en Autores respetabilísimos.

Para que no seamos envueltos un dia en las voraces llamas que, instrumentos de la Divina Justicia, castigan los pecados, nos es muy conveniente descender con la consideracion á ese lugar de tormento y de angustia indefinible. Y al ver horriblemen-

te torturadas las almas de los condenados en aquel mar insondable de penas, penas que alcanzarán al cuerpo, cómplice en el delito, cuando llegue el día de la resurrección general, sin que sentido alguno deje de ser punzado por aquel vehemente y activo fuego; y al contemplar que aquellas penas han de ser eternas, contándose más pronto las arenas del mar y las yerbas del campo y las estrellas del Cielo que los siglos que ha de durar aquella terrible cárcel, porque siempre ha de durar y nunca se ha de concluir; y al considerar que estaban preparadas para nosotros, y en ellas hubiéramos sido sepultados en aciago momento, si Dios lo hubiera permitido, súbito surge sentimiento vivo de verdadero temor y afecto sincero de vehemente dolor, por haber ofendido al Omnipotente Juez que no nos castigara severo por un exceso de misericordia, y consecuencia de este do-

lor es la detestacion del pecado cometido y la firme resolucion de no volver á cometerlo. Hé aquí la primera estacion que un alma pecadora debe hacer para concebir dolor de sus culpas, visitar el lugar del tormento; despues, si la vista de aquel profundísimo abismo y sulfúreo lago le trastornare con su pestífero olor, y causando penosos vértigos, le quisiere lanzar en brazos de la desesperacion, que levante el pecador sus ojos y contemple el Cielo hermoso y sereno.

Consideremos esa felicidad que reina en aquella mansion, donde todos respiran purísima atmósfera de casto amor, luciendo blanquísimas vestiduras y despidiendo clarísimos rayos que hacen más brillante la rica corona que orla sus sienes, felicidad que hace desaparecer el pecado, condenando al pecador á no tener objeto que satisfaga los insaciables deseos de su corazon y cer-

rando para él herméticamente las puertas que á ella conducen, y reflexionemos que si en tal estado muriere, la perderia, lo que es nuevo motivo para excitar profundo y sincero dolor de haber ofendido al buen Señor, que forma la grata delicia de sus escogidos y que priva de eternos goces á los que murieren sin arrepentimiento, procurando reparar tamaña pérdida con abandonar los anchos y espaciosos caminos que conducen á la muerte eterna, y seguir la estrecha y espinosa senda que lleva á la vida celestial.

Considerado esto, volvamos á bajar los ojos, y entre el cielo y la tierra veremos pendiente de afrentoso patíbulo á nuestro amantísimo Jesús, que en rubicundos caracteres nos muestra clemente lo que hace el pecado, obligando este sangriento espectáculo y tristísima escena de angustioso padecer á que el más empedernido corazón se conmueva, y agradecido al incompa-

rable beneficio de la Redencion, sienta vivamente haber sido ingrato á tanto amor, y pida ardientemente perdon de su inícua conducta, y se resuelva á restañar la Sangre preciosa que mana de abiertas llagas con obras de virtud, aquilatándose así el dolor y subiendo de punto desde la interesada atricion hasta la filial contricion.

Porque, de sentir las culpas por los beneficios de la Redencion, á sentir las por lo bueno que es Dios y por su infinita Bondad, ya poco resta. La reflexion de haber un vil gusano, polvo de la tierra, ceniza que lleva el viento, sombra que pasa, imperceptible sonido que el aura trasmite y ahoga, ofendido al Dios de cielos y tierra, al Señor en cuya presencia cubren su rostro con las alas los más encumbrados Serafines, al Supremo Hacedor cuya huella soberana lleva impresa toda la naturaleza y cuya inmensa majestad eclipsa y oscurece

al mismo Sol y el esplendor todo de los Monarcas de la tierra, es consiguiente á la piadosa consideracion de habernos atrevido á injuriar al que ha muerto por nosotros. Y ¿quién no se muere de pena y dolor, al contemplar la infinita distancia que hay del Criador á la criatura y el atrevimiento de ésta en injuriar á Aquél? ¿Quién no quisiera empezar á vivir, para siempre haber complacido á tan sumo Señor y nunca haberle ofendido? ¿Quién no deseara sentir su corazon penetrado del dolor de un David, de una Magdalena, de un Pedro, de un buen Ladron? Pero el dolor es don de lo Alto; pidámoslo, y nuestro dulcísimo Redentor nos le concederá generoso y amante.

Preparados con el dolor, hémos ya junto al confesonario.

¿Nos toca esperar por la afluencia de penitentes? Suframós con paciencia aquel mal rato, que será compensado con la dulce

satisfaccion de completo perdon, y empleemos un tiempo precioso en oraciones humildes, actos de dolor y amor, y en otras útiles y piadosas devociones, que más esperan y sufren por un mentido placer, que gozan brevísimo instante, los amadores del mundo. ¿Estamos á los piés del Confesor? Seamos sinceros con él, que es nuestro Padre y nuestro Médico, diciéndole con claridad y muestras de dolor nuestras faltas, respondiendo exactos á las preguntas que, Doctor y Juez, tuviere á bien hacernos, y aceptando sumisos los consejos y penitencias que nos impusiere. ¿Nos retiramos recibida la absolucion del místico baño? Pues demos cordialísimas gracias por la merced que Dios nos ha hecho, y recordemos brevísimamente las principales advertencias del Confesor, para que sirvan de jugosa sustancia á nuestra débil alma, y en momentos de viva tentacion nos sirvan de

báculo y sostén, y endulcen los amargos instantes de angustiosa duda, y unidas á las de otra y otra confesion, nos sean cadena preciosa que nos lance de la tierra al cielo, y luz clarísima á cuyos resplandores caminemos seguros por oscuro sendero, y medicina saludable, y bálamo exquisito que cure nuestras heridas y repare nuestras fuerzas, y... pero concluyamos con alguna ligera indicacion sobre la Comunion.

Preparados ya con la inocencia del alma, vestidura vistosísima de que careciera el infeliz del Evangelio y por lo que fuera excluido del dichosísimo convite nupcial, siendo relegado á las tinieblas exteriores donde sólo habia amarguísimo llanto y terrible espantoso crugir de dientes; sin ese deslumbrador lujo que se procura con anhelante afan para las terrenales reuniones, y que al paso que encubre deleznable miseria y horrible fealdad, sirve sólo para ex-

citar el enojo de un Dios todo sencillez y verdad, cuya vista perspicacísima penetra lo más escondido y halla faltas y manchas en el purísimo y resplandeciente rayo de la más clara luz; ántes bien, con exterior cristiana modestia, que sea cual velo gratísimo de ardiente é interno amor y vivísimo afecto hácia el Esposo suavísimo, que nos llama á su mesa y nos va á dar en alimento su mismo Cuerpo preciosísimo, mediante exceso de amorosa bondad; con dichas disposiciones lleguémonos al gracioso Altar, donde mora reservado para nuestro bien el Sacramento de amor, sobre finísimos corporales de blanquísima tela, y cubierto con dorada portezuela de primoroso artístico trabajo, que bien representa la radiosa custodia, bien la mística paloma, ahora el expresivo y patético Crucifijo, ahora el simbólico fénix, ya el rubicundo niño, ya la gótica torrecilla, á veces otros emblemas

que hablan al corazon, y una vez allí, mientras el Sacerdote sale de la Sacristía para celebrar la Santa Misa ó distribuir la Sagrada Comunion, empleemos utilísimamente el tiempo en la preparacion próxima para tan grave, solemne, anhelado y provechoso acto.

Se refiere de una persona, que vivia en medio de los peligros del mundo, no sin razon comparado á tumultuoso mar, cuyas alborotadas olas cercan y estrechan con revueltos remolinos á los incautos que se lanzan á ellas concluyendo por sepultarlos en sus abismos, que, á imitacion de San Luis Gonzaga, de este Ángel en carne humana, de este castísimo mancebo entre las devoradoras llamas de voluptuosa Corte, de este hombre extraordinario consumido prematuramente por vivísimo y penetrante fuego de amor Divino, santificaba de este modo cada semana, á fin de librarse de las

redes y lazos engañosos que astutos enemigos tienden y multiplican para perder las almas. Tenia permiso de su Confesor para comulgar todos los Domingos, y penetrado de lo importantísimo de esta accion sobrenatural, se ocupaba, durante los tres dias que precedian al felicísimo de su union con nuestro Redentor, en prepararse haciendo actos de fé, esperanza y caridad, y los otros tres que seguian, los empleaba en deseos amorosos, en manifestaciones de cordialísimo agradecimiento y en afectuosas peticiones, no desperdiciando un momento siquiera de la bondadosa mansion del Omnipotente en su pobre pecho. De esta manera, cual los Ángeles del Señor subian por mística escala hasta el Cielo, que llenaba con su gloria el Omnipotente, y volvian luego á bajar ligerísimos por la misma escala hasta la tierra, sobre cuyo deleznable polvo dormia plácidamente el

hombre mortal, del mismo modo el piadoso varon de quien hablamos, iba subiendo, dia por dia, de reflexion en reflexion, y con más vivos afectos, hasta el Domingo en que recibia á Jesús Sacramentado, descendiendo luego poco á poco, paso á paso, y de una en otra consideracion, hasta volver al punto de partida, para empezar de nuevo tan santa tarea, y enlazar así, uno con otro, los brillantísimos anillos de la cadena de Comuniones que iba haciendo, y que un dia habia de lucir, cual preciosísimo collar de finísimas perlas, en su garganta entre los Santos del Señor en la felicísima mansion de la gloria.

A este tenor, pues, ocupémonos nosotros en hacer iguales actos con todo el fervor posible, durante esos dichosos ratos que se deslizan insensiblemente ántes y despues de que nuestro Redentor venga á débil pecho, ó quizá tibio corazon.

Creamos, en primer lugar, y creamos vivamente, que en la Sagrada Hostia, que vamos á recibir, está realmente presente Jesucristo, Dios y Hombre, que ha criado los cielos y la tierra y cuanto en ellos se contiene, que reina majestuoso en el Em-píreo despues de haber llorado tiernecito niño en pobre pesebre y haber expirado amante en asperísima cruz, que es el Soberano Señor ante quien los más abrasados Serafines se postran, cubierto el resplandeciente rostro con purísimas alas, y por quien brillan en riquísimos tronos de oro y plata los Potentados del mundo, que es el centro á donde se dirigen nuestras almas agitadas y en el que descansarán tranquilas un día, que es nuestro Dios, nuestro Padre, nuestro Esposo, nuestro Amado y nuestro Amor, pues así, inflamados los corazones con esta virtud sobrenatural que presta alas al más vil gusano, los levanta-

rá de la tierra que hollan con pesada planta al Cielo, al que tienden velocísimos los afectos.

Esperemos despues, y esperemos confiados en nuestro amante Redentor, á cuya potente voz se calmaran un dia las olas entumecidas con soberbia tempestad en pintoresco lago de dulces aguas, y se multiplicaran otro prodigiosamente en las toscas manos de pobres pescadores los pequeños panecillos y pintados peces para alimento de numerosa y famélica turba, y repetidas veces recibieran vista los miserables ciegos, movimiento los impedidos, vida los muertos y consuelo todos los afligidos; espere-mos, y esperemos animosos, que como de altísimas montañas hace brotar raudales de cristalina agua que fertilizan las comarcas, y siembra los valles y las praderas de hermosísimas flores y benéficas plantas, y sustenta y recrea con sabrosísimos frutos á to-

dos los séres vivientes, del mismo modo, viniendo á nuestro pobre corazon en el Sacramento de amor, destilará purísimo rocío de vivificante gracia, y hará surgir vistosos ramos de afectuosas aspiraciones, y producirá á su tiempo suavísimos frutos de buenas obras; esperemos, en fin, y esperemos tranquilos, que su buen Corazon, revelado al vivo en el generoso perdon que concede á la Mujer adúltera y á la penitente Magdalena y al resignado Dímas, nos perdonará tambien nuestros pecados, nuestras faltas y nuestras imperfecciones, abrasando en misterioso contacto y con Divino fuego la espinosa maleza, que nuestra miseria dejara brotar en el que debia ser jardin purísimo do se recreara el Inocente Cordero: así nuestra alma, abierta por la esperanza á las dulcísimas comunicaciones de tan bondadoso Señor, se llenará é inundará de inefables delicias.

Pero sobre todo amemos, y amemos con intenso amor, á ese Dios que vamos á recibir en nuestro humilde pecho. No sólo nos criara bondadoso, y criara para nuestro provecho y utilidad cuanto nos rodea por doquiera; no sólo nos diera alma inteligente, imágen bellísima de Augusta Trinidad, con la cual nos distinguiéramos de los irracionales y pudiéramos con veloz pensamiento recorrer en un brevísimo instante espacios inmensos; no sólo formara para su habitacion este cuerpo con sus sentidos, que nos permiten usar de las cosas sensibles, gozando las más veces de gratísimas dulzuras con mil sensaciones agradables; no sólo nos conservara cariñoso, librándonos hasta el presente de mil peligros y de astutos enemigos conjurados para perdernos; no sólo viniera clemente del Cielo á la tierra, para despejar con vivísima luz de sana doctrina las espesas nieblas del

error; no sólo diera generoso Sangre purísima en infamante patíbulo, para lavar culpas enormes de ingratos hijos; no sólo estableciera prudente y previsor carísima Sociedad, depositaria de sus misterios y comunicadora de sus preciosísimos méritos. Aún hizo más: quiso darnos otra prenda; nos legó más valiosa joya; se nos entregó en alimento; instituyó el augusto Sacrificio Eucarístico; nos regaló su misma Carne y su misma Sangre bajo los velos del Sacramento; quiso que todo Él viniera á nuestro pecho, y se uniera en íntima vida, por decirlo así, con nuestro propio vivir. Ahora bien, puesto que amor con amor se paga, y el que ama, debe ser amado, y tanta bondad enciende hasta el mismo hielo, ¿qué harán nuestros corazones ante el pensamiento de que se van á unir con su mismo Dios? ¿Qué afectos no concebirán al aproximarse tan dichoso momento? ¿Qué llamas

de filial cariño y tierna caridad no les abrazarán? ¿Cómo querrian hacer la Comunion?

Mas hé aquí que ya está el Sacerdote al pié del Altar iluminado con los radiantes resplandores de místicas lucecillas; humillémonos profundamente, porque no tenemos ni la santidad de los Patriarcas, ni el celo de los Profetas, ni el amor de los Apóstoles, ni la abnegacion de los Mártires, ni la pureza de las Vírgenes, ni la mortificacion de los Monjes, ni el fervor de los Confesores, para hospedar como es debido á nuestro buen Jesús: ya dice el Monacillo arrodillado la confesion general, mientras gira suavemente sobre sus ligeros goznes la dorada y primorosa portezuela; confesemos tambien nosotros nuestra miseria é indignidad, y por los méritos de los Santos, de los Ángeles, de la Virgen Santísima y del mismo Redentor, supliquemos á Dios el

perdon de nuestras culpas é imperfecciones: ya se vuelve majestuoso el Sacerdote, hecha antes genuflexion al Santísimo Sacramento, y, á presencia de este Divino Señor y en su Nombre, nos concede el anhelado perdon, mediante la señal de la Cruz que acompaña á expresiva deprecacion; salte entónces, salte de gozo nuestro corazon con tanta bondad, extienda sus afectos y abra sus senos para recibir á su Dueño, que parece querer traspasar las plateadas paredes de rico Copon guarnecido de finísima seda y bordado damasco, á fin de unirse amante con nuestras almas: ya toma el Ministro del Altísimo en sus limpias y consagradas manos la Hostia purísima, y levantándola en alto, nos dice con acento conmovido: «Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo;» disponámonos, cual lo hace el tierno pajarillo á quien alimenta con sustancioso grano la

solícita avecilla, á dar entrada en nuestro cuerpo al alimento sobresustancial, al Cordero Divino: ya hace el Sacerdote la señal de la cruz con la Sagrada Forma, diciendo al mismo tiempo: «Que desea nos sirva para la vida eterna tan celestial union;» recta, pues, la cabeza, abierta la boca, saliente la lengua, latiendo de amor el corazón, recibamos al Dios que se dignó morar en el seno de una Virgen primero, despues en un sepulcro nuevo de piedra, y más tarde y para mientras la Iglesia exista, en riquísimo Tabernáculo, y entrando suavemente la lengua, procuremos que, humedecida con la saliva, pase la Hostia Sacrosanta al paladar y de allí al estómago, donde se consume la anhelada union con nuestras almas: ya se ha terminado el convite, el Sacerdote cubre el precioso Copon, le guarda cuidadoso en el Sagrario sobre limpio corporal, le vela con riquísima cortini-

lla de seda y oro, y dando vuelta á la resplandeciente llavecita, le oculta á las miradas de los fieles; abismados en tanto con el gozo de poseer á Jesús, saboreemos gustosos la riquísima miel que á su paso por nuestra boca ha destilado su bondadoso corazón: ya se vuelve el Sacerdote, despues de invocar la asistencia Divina, y con todo el afecto de su alma nos da paternal bendicion; deseemos ardientemente que sea recibida en nuestros corazones, como en profunda cavidad, abierta al pié de una montaña, el raudal de agua cristalina que se despeña abundante de altísima roca: ya, por último, apagadas las velas, recogidos los corporales, banda y llave por el devoto sirviente, vánse á la Sacristía; retirémonos tambien nosotros, no á la calle, porque el calor concebido en tan solemne acto se evaporaria con el soplo helado de profanas conversaciones, sino á un ángulo de la

Iglesia, donde en silencio aspiremos el aroma de la flor Jesús, y embriagados con él, nos entreguemos á los trasportes de casto amor.

Ahora, ahora es cuando debe empezar la otra série de actos, en que mostremos nuestro más vivo agradecimiento, y nos hagamos dignos de las gracias que el Señor sabe derramar sobre los corazones que se aprovechan con interés de su bondadosa mansion en el pecho del hombre.

Enagenados de gozo, abismados en la inmensidad de aquel Dios que poseemos, y aturcidos al ver tanta bondad y amor tanto, exclamemos de lo íntimo de nuestra alma con el Real Salmista: «¿Qué daremos al Señor por todos los bienes de que nos ha colmado?» ¿Cómo, en verdad, agradecer debidamente el singularísimo favor de haber sido recreados con el celestial alimento del Cuerpo y Sangre de Jesús?

¿Cómo corresponder dignamente á esa especialísima fineza, que á los Ángeles mismos no quiso hacer, no obstante su pureza y hermosura? Aunque los poros todos de nuestro cuerpo fueran otras tantas lenguas que entonaran dulcísimos himnos de alegría, no podríamos, no, dar las debidas alabanzas á nuestro adorable Redentor, hospedado en nuestro amante corazón: aunque poseyéramos los tesoros todos que hay encerrados en el seno de la tierra y lo profundo de los mares y en las arcas de los Potentados, y fuera nuestra toda la riqueza y perfeccion que brilla en las criaturas, no tendríamos bastante para reconocer y recompensar el favor recibido de la liberalidad de nuestro buen Dios: aunque imitéramos el desprendimiento de los Hebreos, cuando la construccion del Tabernáculo, y el sacrificio de los Cristianos, al fundarse las Iglesias, y la generosidad de piadosos

Reyes en todos tiempos, aún nos quedaríamos cortos. ¿Qué haremos, pues? ¿Qué daremos? ¿Qué ofreceremos?

¡ Ah! Bien así, como el aire comprimido tiende á dilatarse y extenderse, merced á la accion penetrante de activo fuego, produciendo esta fuerza de expansion los rapidísimos movimientos de pesadísimos trenes y grandes vapores que llevan por doquiera las mercancías y los viajeros, del mismo modo nuestro vivísimo deseo, contenido por la admiracion y estupor, y extendido luego por la llama de vehemente amor, inflamará nuestro corazon y nos hará decir: «Os ofrezco, Dios mio, y os doy gustoso mis potencias y sentidos, mi alma y mi cuerpo, mi pensamiento y mi vida, todo cuanto soy, todo cuanto puedo, todo cuanto valgo.» Y debiéramos desear ser dueños de todos los corazones para con ellos amar á Dios, sin que latido alguno se

sintiera que no fuera para Él: y debiéramos querer poder disponer de todas las voces y sonidos y armonías de la Naturaleza, para formar un himno de alabanza al Señor que le fuera gratísimo obsequio: y debiéramos ambicionar el brillantísimo ornato de los Cielos y la hermosísima gala de florida pradera y el exquisito aroma de blanquísimas azucenas y el sabrosísimo jugo de sazonados frutos y el aliento suavísimo de áura delicada, para con todo rendir digno homenaje al Criador: y debiéramos pedir á los Santos sus hermosísimas virtudes y á los Ángeles sus bellísimas perfecciones y á la Virgen Santísima sus singularísimas gracias y al mismo Redentor su omnipotente y amante Corazon, para que así llenáramos el vacío que sentimos: y...

Pero volvamos á nuestra miseria acortando el amoroso vuelo de nuestra alma,

y convencidos de nuestra necesidad, pidamos lo que nos falta, tanto más, cuanto que tenemos con nosotros al que ha dicho: «Pedid, y recibireis; buscad, y hallareis; llamad, y se os abrirá.» ¿No pedían las turbas ignorantes un rayo de luz que las iluminara? Pues pidamos nosotros esa ciencia que conduce por entre las tinieblas del error á puerto de salvacion. ¿No demandaban la salud los dolientes? Pues pidamos ese bien inestimable que nos hace cumplir con más gusto los deberes sociales. ¿No reclamaban ardientemente el perdón de sus culpas los mayores pecadores? Pues pidamos nosotros indulgencia y misericordia para las nuestras, quizá mayores que las de aquellos. ¿No pedían los Apóstoles que serenase la tempestad horrorosa que en el lago de Genesaret exponía su vida entre las entumecidas olas? Pues pidamos nosotros que calme potente las que

el demonio suscita á menudo contra la Iglesia, contra las Naciones y contra nuestras pobres almas. Roguemos, sí, roguemos con fervor por nosotros y por nuestras familias y por nuestros amigos y por nuestros paisanos y por nuestros enemigos y por todos los que padecen, que ellos tambien pedirán por nosotros, y encontrándose nuestras oraciones en el corazon de Jesús, le conmoverán, y alcanzarán para todos rios de misericordiosa clemencia, que nos llenen de gracia, de bendicion y de dulzura.

Detengámonos cuanto podamos en estas y otras consideraciones, que este momento es precioso y puede ser manantial de grandes bienes.

¡Oh! ¡Cuánto agradaria á Jesús que comulgásemos con devota preparacion, amorosa humildad y reconocida gratitud! ¡Cuánto gustaria de que repitiéramos á menudo dichas fervorosas y amantes Comuniones!

¡Cuánta gloria resultaría de estos actos para el buen Señor que invita generoso, y cuánto beneficio para los fieles que acuden puntuales!

Nuestro amorosísimo Redentor sabe premiar nuestra devoción con aumento de gracia, con visitas dulcísimas, y si las circunstancias ordinarias no lo permitieran, hasta con obrar estupendos milagros, á fin de unirse con las almas que anhelan recibirle en el Santísimo Sacramento. El siguiente hecho, que hemos indicado en el quinto modo de oír Misa, y que aquí ampliamos para complemento de esta obra, lo prueba de una manera indudable.

Se hallaba en un convento de Dominicas de Bolonia, á principios del siglo xiv, la niña Imelda Lambertini. Á pesar de no tener más que once años, acompañaba á las Religiosas en todos los actos á que por su asperísima regla estaban obligadas. En

el refectorio , era sóbria; en la recreacion, modesta; en la sala de labor, trabajadora; en los cláustros, silenciosa; en el locutorio, afable; en la Iglesia, devota; en todas partes, humilde. Cuando ayunaban, se abstenia de los manjares segun su edad: cuando se mortificaban, cumplia aquellas penitencias que la eran proporcionadas: cuando cantaban en el coro, acompañaba con su dulcísima voz: cuando meditaban, oraba ella á su manera: cuando asistian al Santo Sacrificio de la Misa, parecia un Ángel en carne humana: cuando confesaban sus pecados, lo hacia ella de ligerísimas faltas con lágrimas de dolor: cuando comulgaban... ¡Ah! Esto era lo que vivamente deseaba la fervorosa Imelda, porque aún no habia hecho la primera Comunion. Y al ver bajar á todas las Religiosas con sus tocas limpias y más ricos hábitos, rebotando el pecho de amor y encendido el

rostro con el fuego que salía de su corazón, y al oír la deliciosa melodía del bien pulsado órgano que confundía sus armoniosos sonidos con los celestiales cánticos de invisibles Espíritus, y al contemplar cómo el Sacerdote, con blanquísima sobrepelliz y preciosísima estola, iba distribuyendo el Pan de los Ángeles á enamoradas Esposas, y al considerar la inefable dicha de éstas con tan santa union, su pequeño corazón latía con vehemencia, y se abrasaba en vivísimas ansias de participar de tanto gozo y de dicha tanta.

Pero pasó un año, y no la permitieron comulgar. Vino otro, y tampoco la concedieron la deseada gracia. Y tenía ya trece años, y no sabía cuando pondrían fin á su cruel incertidumbre. Resignada á este horrible y doloroso sacrificio, hubiera, sin duda, vivido en continuo martirio; por otra parte, ella no podía, ni quería que se alte-

raran en lo más mínimo las costumbres de aquella Santa Casa. En este conflicto, acude á su amoroso Jesús, y este Omnipotente Señor se digna oír sus ruegos y endulzar la pena de la tierna Niña.

Un día en que todas oraban ante el Santísimo Sacramento, extasiadas sus almas con la consideracion del inmenso amor que retenia cautivo á Jesús bajo los místicos y visibles accidentes, ven súbito resplandor, que en forma de nube graciosa baja de la bóveda, y en su centro observan oscilante purísima Hostia, que viene con majestuosa actitud á colocarse sobre la cabeza de la jovencita Imelda, arrodillada como todas y orando afectuosísimamente á su Dios.

Aturdiditas las Religiosas con semejante aparicion, no saben que partido tomar. Á coger la Sagrada Hostia no se atreven, porque están convencidas de que no les es permitido. Tampoco quieren turbar la alegría

de que en aquel momento disfruta la pequeña Imelda, sintiendo la presencia de Dios é inundada de la gloria que esparce por doquiera. No decir nada, seria punible, pues el Señor que obra el prodigio, quiere su manifestacion, tanto más, cuanto que ignoran el fin de aquel glorioso principio y el término á que conducirá á Dios su exceso de amor.

En esta alternativa é incertidumbre penosa, se deciden por llamar al Sacerdote encargado de la direccion espiritual de aquel pequeño y escogido rebaño. Viene éste: se entera prudente del caso; adora primero la sagrada Hostia con reverencia; se reviste despues con la blanca sobrepelliz; aparecen encendidos como por encanto radiantes cirios en el coro; avanza el Ministro del Señor con la brillante Patena; hace la debida genuflexion; toma la Hostia purísima del medio del radioso resplandor; forma la

señal de la cruz; se la da á la favorecida Niña; la recibe ésta con amante anhelo en su purpurina lengua; brillan un momento fulgurantes sus ojos; cúbrese el rostro de rojo carmin; late con fuerza inusitada el corazon en su seno; únese toda su alma con su amante Jesús; inclina suavemente la cabeza; dobla su flexible talle con graciosa modestia; y, entre el estupor de las Religiosas y admiracion del Sacerdote y alegría de la Corte celestial, queda postrada en tierra como si estuviera en absorta meditacion.

Así lo creen aquellas santas Vírgenes, y no se atreven á llamarla; y la dejan en medio de su gozo; y dan gracias á Dios; y envidian el soberano favor; y hubieran dado su vida por merecerle; y no aciertan á respirar; y...

Pero la Niña no se levanta; no se mueve siquiera; no se la siente suspirar; no dá se-

ñales de vida. Se acercan; la tocan; la ponen derecha; la hablan; la llevan á la silla más próxima; corren á darle auxilios. Todo en vano: Imelda ha muerto de amor; Imelda ya no vive en la tierra; Imelda se ha desposado eternamente con Jesús; Imelda ha entrado en el cielo; Imelda va á continuar el Eucarístico Convite con los Ángeles; Imelda aumentó desde entónces el número de las Vírgenes que con blancas vestiduras rodean al Divino Cordero; Imelda es dichosa para siempre.

¡Quién fuera digno de gracia tan singular! Seamos amantes de la Comunión, seamos amantes de la Misa por la que nos viene, seamos amantes de Jesús, y un día reinaremos con Él eternamente.



INDICE.

| <u>Capítulos.</u> | <u>Páginas.</u> |
|-------------------|-----------------|
| DEDICATORIA..... | V |
| PRÓLOGO..... | VII |
| ÍNDICE..... | XV |

PRIMERA PARTE, HISTÓRICA.

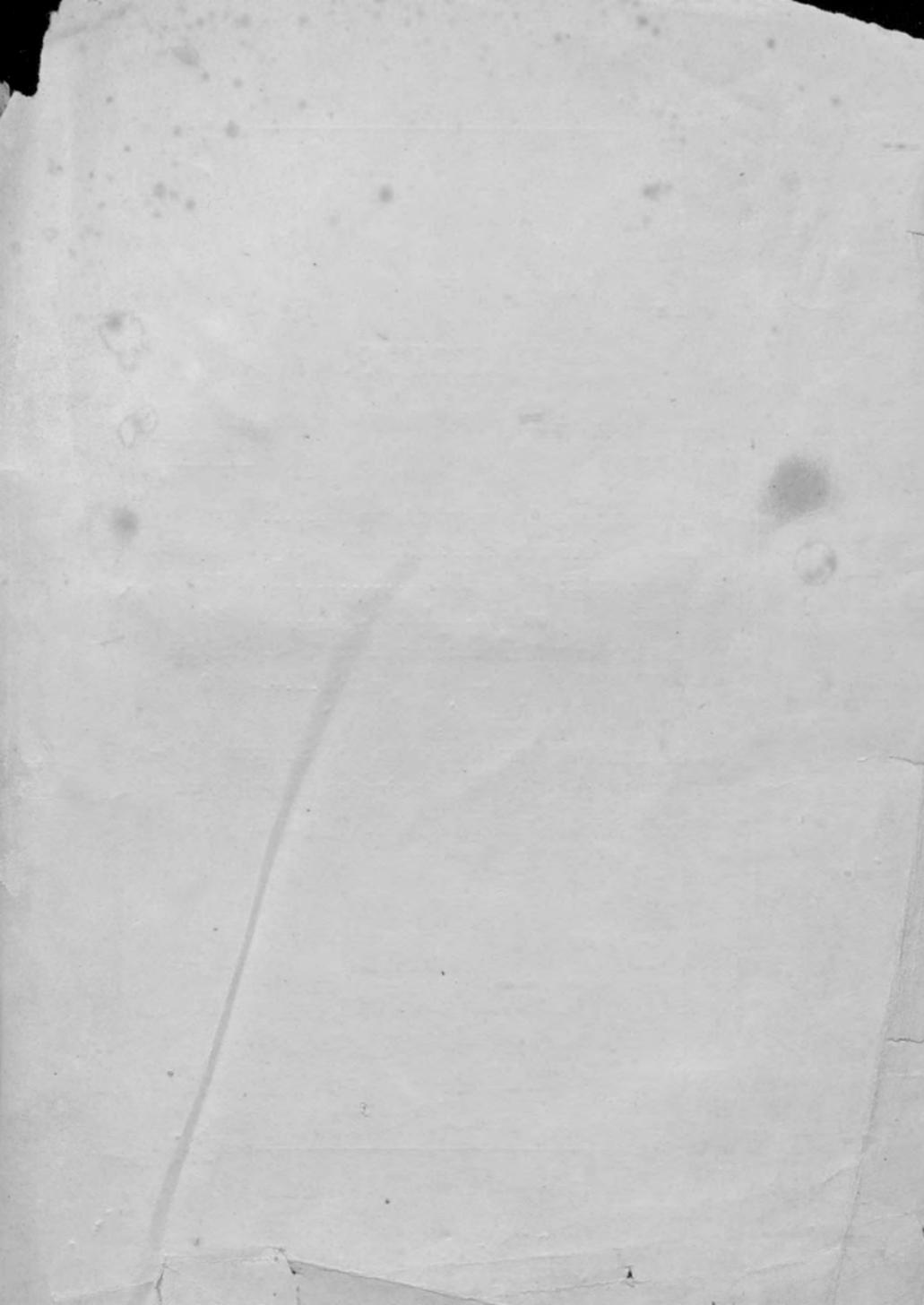
| | |
|--|-----|
| I. Los sacrificios antiguos..... | 1 |
| II. El Sacrificio Eucarístico..... | 13 |
| III. La Misa á través de los siglos..... | 27 |
| IV. Excelencia del Sacrificio de la Misa..... | 45 |
| V. Sucesos prodigiosos..... | 59 |
| VI. Continuacion del precedente. Misas de San Gregorio..... | 75 |
| VII. Continuacion del precedente. Bienes de fortuna..... | 89 |
| VIII. Ministro oferente..... | 105 |
| IX. La oblacion..... | 127 |
| X. Lo que queda despues de la Misa, ó sea el Sacramento..... | 145 |
| XI. Sucesos prodigiosos. Bondad, poder y justicia de Dios, manifestadas por el Sacramento de amor..... | 167 |
| XII. Precepto de oír Misa..... | 191 |

SEGUNDA PARTE, MÍSTICA.

| <u>Capítulos.</u> | <u>Páginas.</u> |
|---|-----------------|
| Modos de oír Misa.—Introduccion. | 203 |
| I. Primer modo de oír Misa. Salmos de David. . | 207 |
| II. Segundo modo. La vida de Jesús. | 263 |
| III. Tercer modo. La Misa parafraseada | 321 |
| IV. Cuarto modo. La vida de la Virgen. | 373 |
| V. Quinto modo. La comunión espiritual, ó sea union de afectos con Jesús | 431 |
| VI. Sexto modo. La devoción de las ánimas del Purgatorio. | 469 |
| VII. Sétimo modo. Todo para el Cristo, que es la Víctima del Sacrificio. | 511 |
| Conclusion de la segunda parte. | 553 |

TERCERA PARTE, ELOGIO LITÚRGICO.

| | |
|--|-----|
| I. La Misa rezada. | 561 |
| II. La Misa solemne. | 577 |
| III. La Misa de <i>Requiem</i> | 601 |
| IV. Las Misas de las diversas fiestas del año. . . . | 629 |
| V. La Misa con el Santísimo Sacramento ex- puesto. | 655 |
| VI. Breves reflexiones sobre la Confesion y Co- munion. | 669 |



PRECIOS.

PESETAS.

| | |
|--|-------|
| EN MADRID: en rústica cada tomo..... | 10 |
| — en tela..... | 12,50 |
| EN PROVINCIAS: en rústica..... | 11,50 |
| — en tela..... | 14 |
| EN ULTRAMAR Y EXTRANJERO: en rústica.. | 17,50 |
| — — en tela..... | 20 |

Se halla de venta en casa de D. Miguel Olamendi: Paz, 6; en las principales librerías, y en el Real Sitio de San Ildefonso. (Segovia.)

ALIXO DE ANDRÉS



EL PANAL DEL VAPOR

O SEA

LA MISA



PRECIO. 10 PESETAS

MADRID

1880